

UC-NRLF



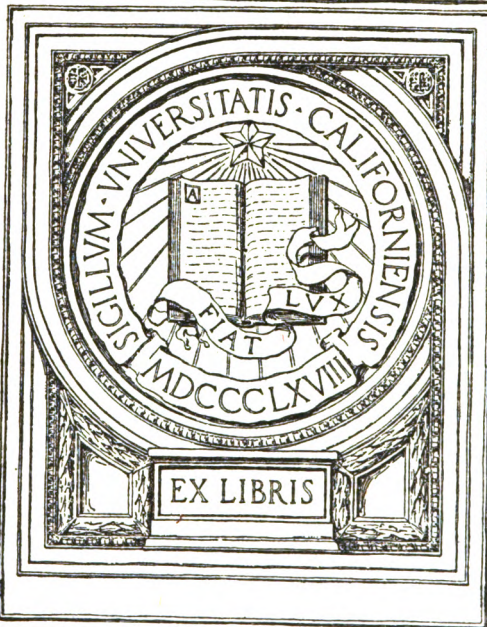
B 3 142 249

B

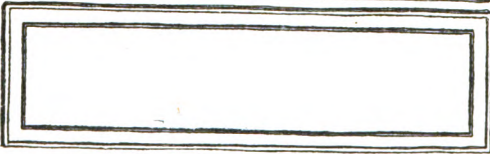
IBLIOTECA

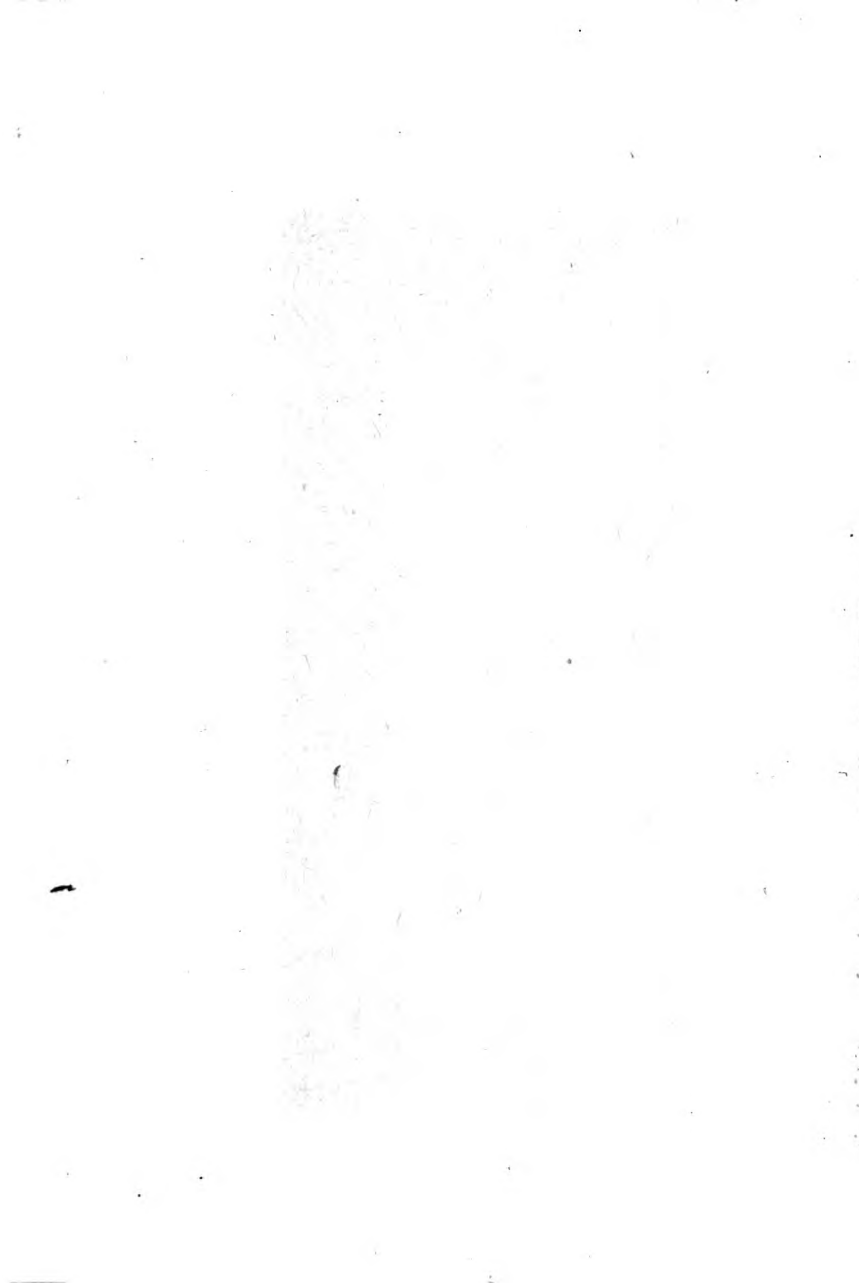
CLÁSICA.

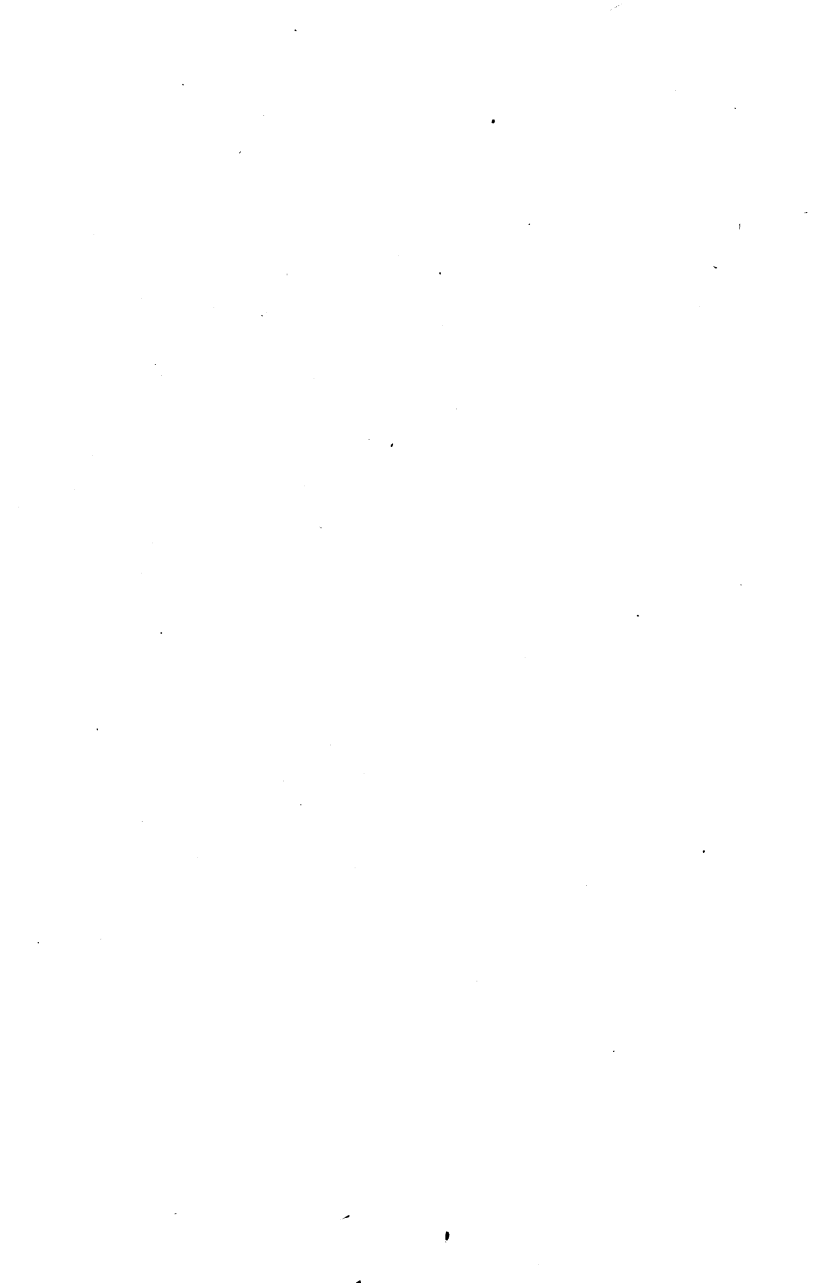
GIFT OF
J. C. Cebrían



EX LIBRIS

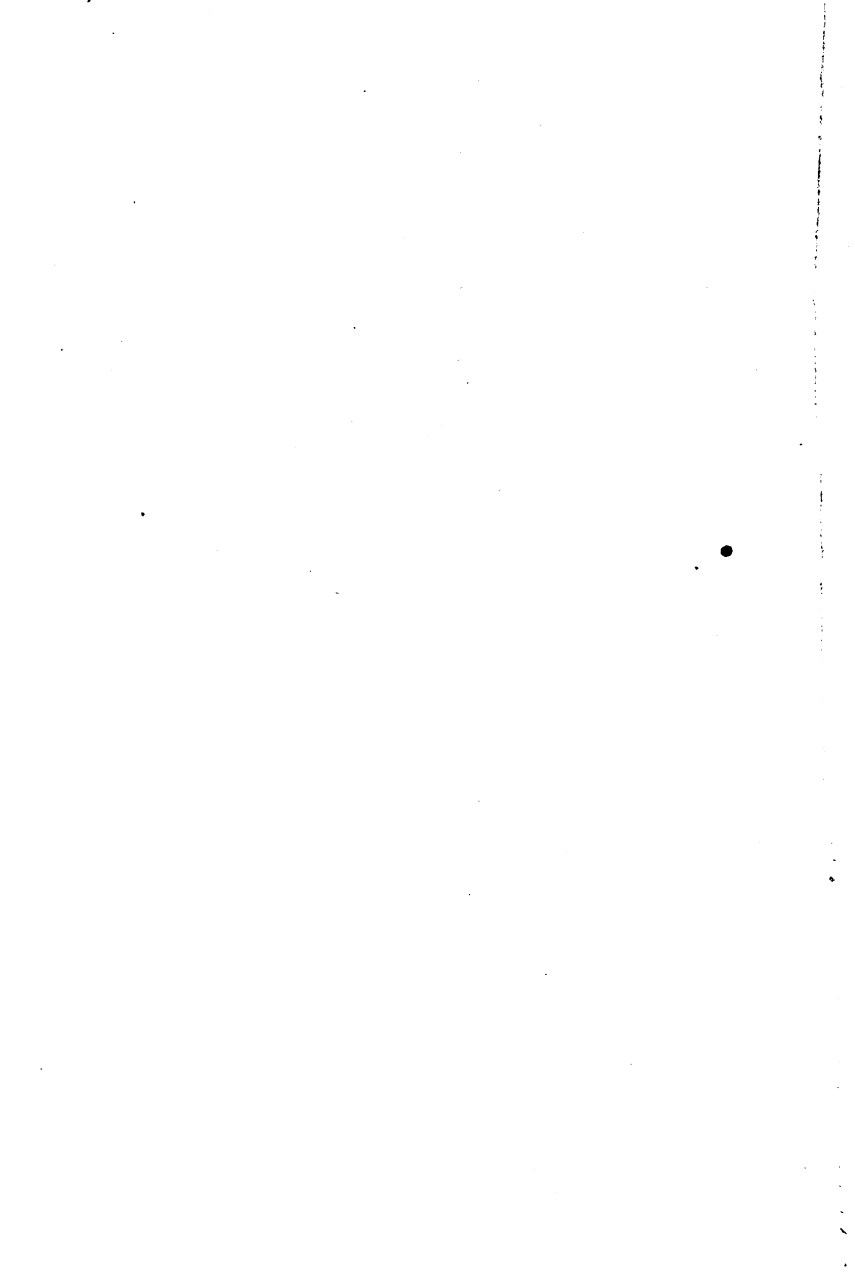






• **HISTORIA DE ITALIA**

DESDE 1494 A 1532



BIBLIOTECA CLASICA

TOMO CXXXV

HISTORIA
DE ITALIA

DONDE SE DESCRIBEN TODAS LAS COSAS SUCEDIDAS

DESDE EL AÑO DE 1494 HASTA EL DE 1532

POR

FRANCISCO GUICCIARDINI

TRADUCIDA DE LA ITALIANA EN LENGUA CASTELLANA

CON LA VIDA DEL AUTOR

POR

D. FELIPE IV

Rey de España

TOMO IV.

MADRID

LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a

calle del Arenal, núm. 11.

1890

J. G. Colón,

1897

SAN FERNANDO - CAL.

—
ES PROPIEDAD.
—

70 VINU
ABRORUJO

HISTORIA DE ITALIA

DESDE EL AÑO DE 1494 AL DE 1532.

LIBRO X.

(Continuación.)

CAPITULO IV.

Los venecianos se apoderan de Brescia y de Bérghamo.—Son derrotadas en Magnanino.—Foix recobra á Brescia y la saquea.—Sus gloriosas acciones.—El emperador Maximiliano se queja del rey de Francia.—El cardenal de San Severino en el ejército francés.—Foix va con el ejército á Ravena y la asalta.—Ordenamiento del ejército francés para dar la batalla.—Arenga de Foix al ejército antes de la batalla.—Ordenamiento del ejército de la liga.—Batalla de Ravena.—Error y muerte de Foix.—El cardenal Médicis cae prisionero.—Bella retirada de los españoles.—Marco Antonio Colonna entrega el castillo de Ravena á los franceses.

Levantado el sitio de Bolonia, dejó Foix en la guarda trescientas lanzas y cuatro mil infantes, y partió luego para ir con gran presteza á socorrer el castillo de Brescia, pues la ciudad había caído en poder de los venecianos el día antes del en que él había entrado en Bo-

NO VI
HISTORIA DE ITALIA.

lonia, porque Andrea Gritti, por orden del Senado, provocado por el conde Luis Avogaro, gentil-hombre de Brescia, por la gente de casi todo el país y con la esperanza de que dentro hubiese algún movimiento en su favor, con trescientos hombres de armas, mil y trescientos caballos ligeros y tres mil infantes, pasado el río Adige por Alberé, lugar cerca de Lignago, vadeado después el Mincio por el molino de la Volta, entre Goito y Valeggio y sucesivamente venido á Montechiaro, había hecho alto aquella noche en Castagnetolo, villa distante cinco millas de Brescia, de donde hizo que luego corriesen los caballos ligeros hasta las puertas, y oyéndose al mismo tiempo por todo el país el nombre de San Marcos, se arrimó el conde Luis á la puerta con ochocientos hombres de los valles de Eutropia y Sabia (á los cuales había sublevado), habiendo enviado por la otra parte de la ciudad, hasta las puertas, á su hijo con otros infantes; mas no recibiendo Andrea Gritti los avisos que esperaba de los de adentro y no habiéndole hecho ninguna de las señas concertadas antes, entendiendo que estaba la ciudad guardada por todas partes con diligencia, juzgó que no se debía pasar más adelante, y en este movimiento, acometido por los de adentro el hijo de Avogaro, quedó preso.

Retiróse Gritti cerca de Montagnana, de donde primero había partido, dejando guarda bastante en el puente que se había hecho sobre el Adige; pero siendo llamado de nuevo pocos días después, volvió á pasar el Adige con dos cañones y cuatro falconetes é hizo alto en Castagnetolo.

Habiéndose al mismo tiempo acercado á una milla de Brescia el conde Luis, con gran número de gente de aquellos valles, y aunque no se oía cosa favorable en la ciudad, alentado Gritti, por ser mayor el concurso que la otra vez, determinó tomarla por fuerza, para lo cual,

arrimándose con todos los del país, se comenzó á dar el asalto por tres partes; el cual, intentado infelizmente por la puerta de la torre, sucedió con prosperidad por la de las Pilas, donde peleaba Avogaro, y por la de Garzula, por donde los soldados, guiados por Baltasar Escipión, entraron (según decían algunos) por la puerta de hierro, por la cual el río que tiene el mismo nombre entra en la ciudad, resistiendo en vano los franceses, quienes viendo que entraban los enemigos en la ciudad y que se movían en su favor los brescianos, habiendo estado antes quietos por haberles privado ellos de tomar las armas, se retiraron á la fortaleza juntamente con el gobernador, monseñor de Luda, habiendo perdido los caballos y los carros. En este alboroto, aquella parte que se llama la ciudadela, que está separada de la ciudad, habitación de casi todos los gibelinos, fué saqueada, respetando las casas de los güelfos.

A la toma de Brescia se siguió luego la entrega de Bérgamo que, excepto los dos castillos, el uno puesto en medio de la ciudad y el otro distante una milla, se rindió por medio de algunos ciudadanos, y lo mismo hicieron Orcivechi, Orcinuovi, Pontevico y otros muchos lugares circunvecinos, y quizá se hubiera hecho mayor progreso ó á lo menos confirmado mejor la victoria si en Venecia, donde hubo grande alegría, hubiera habido tanta solicitud en enviar soldados y artillería, la cual era menester para la expugnación del castillo que, por ser poco fuerte, no se hubiera resistido mucho, cuanta hubo en crear y en enviar los magistrados que habían de regir las villas ocupadas.

Fué esta negligencia tanto más dañosa cuanto fué mayor la diligencia y celeridad de Foix, el cual, habiendo pasado el río Pó por la Stellata y enviando desde aquel lugar para la guarda de Ferrara ciento y cincuen-

ta lanzas y quinientos infantes franceses, pasó el Minicio por Puentemolino, habiendo, casi al mismo tiempo que pasaba, enviado á pedir licencia para hacerlo al marqués de Mantua, ó por no dejar lugar con la breve demanda á sus consejos, ó porque tardase más en ir la noticia de su venida á la gente veneciana.

De allí fué á alojar el día siguiente á Nugara en el Veronés y el otro día á Pontepesere y á Treville, á tres millas de la Scala, donde, habiendo tenido noticia de que Juan Paulo Baglione (el cual había hecho escolta á alguna gente y artillería de los venecianos que iba á Brescia) había llegado de Castelfranco con trescientos hombres de armas, cuatrocientos caballos ligeros y mil y doscientos infantes, para alojar en la isla de la Scala, corrió luego para acometerle con trescientas lanzas y setecientos arqueros, siguiéndole el resto del ejército, porque no podía igualar á tanta presteza; pero hallando que había partido una hora antes, se puso á seguirle con la misma celeridad.

Había sabido Juan Paulo que Bernardino del Montone, debajo de cuya guarda estaba el puente hecho en Alberé, al oír que se acercaban los franceses, lo había deshecho por miedo de no ser encerrado por ellos y por los tudescos, que estaban en Verona, donde el Emperador, aligerado de la guarda del Friul (porque excepto Gradisca, lo demás había vuelto al poder de los venecianos), había enviado poco antes tres mil infantes que tenía primero en aquella provincia, por lo cual fuera Juan Paulo á Brescia, si no se le hubiese mostrado que poco más abajo de Verona se podía vadear el río; donde, yendo para pasar, descubrió de lejos á Foix, y sin sospechar su increíble presteza (que aún fué mayor que la fama), pensó que no podía ser otra cosa que parte de los soldados que estaban en Verona; por lo cual, poniendo en batalla los suyos, les esperó con áni-

mo fuerte en la torre del Magnanino, cerca del Adige y poco apartada de la torre de la Scala.

Fué feroz por ambas partes el encuentro de las lanzas, y después se peleó valerosamente con las otras armas por más de una hora; pero continuamente se empeoraba el partido de los venecianos, porque iban llegando los soldados del ejército francés que habían quedado atrás, y, con todo eso, siendo desbaratados, volvieron muchas veces á ponerse en orden. Finalmente, no pudiendo hacer más resistencia al mayor número, se pusieron, rotos, en huida al anochecer y fueron seguidos por los enemigos hasta el río, el cual pasó libre Juan Paulo, si bien se anegaron en él muchos de los suyos.

De los venecianos fueron entre muertos y presos cerca de noventa hombres de armas, entre los cuales quedaron prisioneros Guido Rangone y Baltasar Signorello, de Perusa, deshechos los infantes y perdidos dos falconetes que tenían consigo. La victoria casi no fué sangrienta para los franceses.

Encontraron el día siguiente á Meleagro de Forli con algunos caballos ligeros de los venecianos, los cuales, con facilidad, fueron puestos en huida, quedando preso Meleagro y no perdiendo hora de tiempo el día nono, después que partieron de Bolonia, alojó Foix con la vanguardia en el burgo de Brescia, distante dos tiros de ballesta de la puerta de Torrelunga, y lo demás del ejército más atrás, por lo largo del camino que va á Pesquiera. Luego que alojó (aun no dándose lugar á sí mismo para respirar), envió otra parte de la infantería á acometer el monasterio de San Fridiano, que está puesto en medio del monte sobre su alojamiento y guardado por muchos villanos de Valditropia. Subiendo al monte esta infantería por muchas partes, favoreciéndoles una gran lluvia que impidió el tirar á la ar-

tillería que estaba plantada en el monasterio, les rompieron y mataron algunos de ellos.

Al día siguiente, habiendo enviado un trompeta á la ciudad á pedir se la entregasen, libres las haciendas y las personas de todos, excepto las de los venecianos, y respondiéndole ferozmente en presencia de Andrea Gritti, volviendo el ejército á la otra parte de la ciudad para estar cerca del castillo, alojó en el burgo de la puerta que se llama de San Juan, de donde, la mañana siguiente, cuando comenzaba á amanecer, eligiendo de todo el ejército más de cuatrocientos hombres de armas, armados todos de armas blancas, y seis mil infantes, parte gascones y parte tudescos, él á pie, subiendo con todos por la parte de hacia la puerta de las Pilas, entró, sin oponérsele nadie, á la primera muralla del castillo, donde, haciéndoles reposar y refrescar un rato los ánimos, les excitó con breves palabras á que bajasen animosamente á aquella riquísima y tan opulenta ciudad, donde la gloria y la presa sería sin comparación mucho mayor que el trabajo y el peligro, habiendo de pelear con soldados venecianos, que manifiestamente eran inferiores en número y en valor, porque de la multitud del pueblo sin experiencia en la guerra, y que ya pensaba más en la fuga que en la batalla, no se debía hacer ningún caso, antes se podía esperar que, comenzándose á desordenar por su vileza, sería causa de que todos los otros se desordenasen; rogándoles últimamente que, habiéndolos escogido por los más valerosos de tan florido ejército, no se causaran vergüenza á sí mismos y á su fama; que considerasen cuán infames y deshonorados serían si, haciendo profesión de entrar por fuerza en las ciudades enemigas, contra soldados, contra artillería, muros y reparos, no alcanzasen ahora su deseo, teniendo la entrada tan patente y sin más oposición que la de hombres solos.

Dichas estas palabras, comenzó á salir del castillo, precediendo la infantería á los hombres de armas; y habiendo encontrado á su salida algunos infantes que con artillería intentaron estorbarle que pasase más adelante, los hizo retirar con facilidad y bajó ferozmente por la cuesta á la plaza del palacio del capitán llamado el Burletto. En este lugar le esperaba la gente veneciana, amontonada toda con gran ferocidad, donde, viniendo á las manos, fué por mucho rato muy brava y espantosa la batalla, peleando la una de las partes por su propia salud, y la otra, no sólo por la gloria, sino también por la codicia de saquear una ciudad llena de tantas riquezas, y no menos ferozmente los capitanes que los soldados particulares, entre los cuales se mostraba muy ilustre el valor y fiereza de Foix. Finalmente, fueron echados de la plaza los soldados venecianos, habiéndose defendido valerosamente.

Entraron después los vencedores divididos en dos partes, la una por la ciudadela, á los cuales casi en cada esquina de calle se les hacía gallarda resistencia por los soldados y por el pueblo; pero siempre victoriosos, echaron á los enemigos de todas partes, sin atender al robo hasta haber ocupado toda la ciudad, por habérselo mandado así el capitán antes que bajasen; y si alguno no guardaba esta orden, era luego muerto por los otros.

Murieron en esta batalla muchos infantes de la parte francesa y no pocos hombres de armas, pero de los enemigos cerca de ocho mil hombres, parte del pueblo y parte de los soldados venecianos, que eran quinientos hombres de armas, ochocientos caballos ligeros y ocho mil infantes, y entre ellos Federico Contareno, proveedor de los estradiotas, el cual, peleando en la plaza, fué muerto de un arcabuzazo. Todos los demás fueron presos, excepto doscientos estradiotas que huyeron por un

pequeño portillo que está en la puerta de San Nazaro, pero con fortuna poco mejor porque, hallando por aquella parte algunos franceses que habían quedado fuera de la ciudad, fueron casi todos muertos ó presos, los cuales, entrando después dentro sin trabajo por la misma puerta, comenzaron á saquear también ellos, gozando de los trabajos y peligros ajenos (1).

Quedaron presos Andrea Gritti y Antonio Justiniano, enviado del Senado por gobernador de aquella ciudad; Juan Paulo Manfrone y su hijo, el caballero de la Golpe, Baltasar de Escipión, un hijo de Antonio de Pios, el conde Luis Avogaro y otro hijo suyo, y Domingo Busseco, capitán de los estradiotas.

Fué libre del saco, por orden de Foix, la honestidad de los monasterios de monjas; pero los objetos allí escondidos y los hombres que habían huído á ellos fueron presa de los capitanes.

Fué el conde Luis decapitado en la plaza pública, saciando Foix sus propios ojos en su castigo y sus dos hijos, si bien por entonces se difirió, sufrieron poco después la misma pena; de suerte que por las manos de los franceses, de los cuales se gloriaban los de Brescia que descendían, vino á tan gran ruina aquella ciudad, no inferior en grandeza ni dignidad á ninguna otra de Lombardía, y de riquezas superior á todas las otras (excepto Milán), la cual estuvo siete días sujeta al robo, tanto de las cosas sagradas como de las profanas, no menos las vidas y las honras de las personas que las

(1) De esta toma de Brescia hecha por Foix hace el Jovio muy poca mención, y nuestro autor tampoco hace muy particular descripción; por lo cual, quien desee saber el suceso más larga y particularmente, vea lo que refiere *Anselmo*, que está escrito por Jerónimo Ruscheli, en su *Suplemento á las Historias del Jovio*, donde hay muchas particularidades dignas de ser leídas y referidas con mucha advertencia.—(Nota del traductor.)

haciendas, y expuesta á la avaricia, á la deshonestidad y á la crueldad de los soldados.

Fué celebrado en toda la cristiandad con suma gloria el nombre de Foix, porque con su valor y presteza hubiese, en tiempo de quince días, obligado al ejército eclesiástico y español á irse de las murallas de Bolonia, roto en la campaña á Juan Paulo Baglione con parte de la gente veneciana, y recuperado á Brescia con tanto estrago de los soldados y del pueblo; de manera que, por juicio universal, se afirmaba que no se había visto en Italia cosa semejante en operaciones de guerra.

Recuperada Brescia y las otras villas perdidas, de las cuales Bérgamo, habiéndose rebelado por medio de pocos, había, antes que Foix entrase en Brescia, vuelto á llamar á los franceses alborotadamente, Foix, después que hubo dado forma á las cosas y hecho reposar y poner en orden el ejército, por estar cansado de tan largos y graves trabajos, determinó, por orden recibida del Rey, ir contra el ejército de los coligados, el cual, al partir de las murallas de Bolonia, se había detenido en el Boloñés.

Obligaban al Rey á esto muy precisos accidentes que le necesitaban á tomar nuevos consejos para el bien de sus cosas. Comenzábase ya á descubrir manifiestamente la guerra con el rey de Inglaterra, porque si bien aquel Rey lo había negado primero con palabras públicas, y después disimuládolo con dudosas, con todo eso no se podían encubrir los hechos, siendo muy diferentes que las palabras; porque de Roma se entendía que finalmente había llegado el instrumento de la ratificación de la liga hecha; sabíase que en Inglaterra se preparaban gente y bajeles, y en España naves para pasar á Inglaterra, y que estaban los ánimos de todos los pueblos encendidos á mover la guerra en Francia.

Había también llegado en buena sazón á Inglaterra

la galeaza del Papa, cargada de vinos griegos, de quesos y de cosas saladas, los cuales, dados en su nombre al Rey y á muchos señores y prelados, eran recibidos por todos con gran contento, y concurría todo el pueblo, al cual muchas veces no le mueven menos para verlas con gran gusto las cosas vanas que las graves, gloriándose de que jamás se hubiese visto en aquella isla bajel alguno con la bandera pontificia.

Finalmente, habiendo el obispo de Moravia, que tanto había tratado entre el Papa y el rey de Francia, movido por la conciencia y por el deseo que tenía del cardenalato, referido en un parlamento convocado de toda la isla muy favorablemente y con testimonio amplio la justicia del Papa, fué determinado en el parlamento que se enviasen los prelados, en nombre del Reino, al Concilio lateranense; y haciendo instancia al Rey los embajadores del Papa, mandó al embajador del rey de Francia que se fuese, porque no era justo que cerca de un Rey y de un reino devotísimo de la Iglesia se viese quien representaba á un Rey que tan públicamente perseguía á la Sede Apostólica.

Ya penetraba el secreto que estaba concertado oculta-mente que el rey de Inglaterra molestase con la armada marítima la costa de Normandía y de Bretaña y que enviase á España ocho mil infantes para mover la guerra en el ducado de Guyena, juntamente con las armas del rey de Aragón.

Afigían grandemente estos recelos al rey de Francia, porque siendo espantoso á sus pueblos, por la memoria de las guerras antiguas, el nombre de los ingleses, conocía que era mayor el peligro estando juntas con ellos las armas españolas, y tanto más habiendo enviado á Italia (excepto doscientas lanzas) toda su gente de armas, y si la volvía á llamar, ó toda ó alguna parte, quedaba en manifiesto peligro el ducado de Milán, que

tanto amaba. Y si bien, por no quedar tan desapercibido, acrecentaba á la ordenanza vieja ochocientas lanzas, con todo eso, ¿qué confianza podía tener, en tantos peligros, en hombres sin experiencia que venían de nuevo á la milicia? Añadíase la sospecha, que cada día crecía más, de haberse apartado de su amistad el Emperador, porque había vuelto Andrea de Burgos, habiendo sido despachado con tanta expectación; el cual, aunque refería que el Emperador estaba dispuesto á perseverar en la confederación, con todo eso, proponía muy duras condiciones, mezclando varias quejas porque pedía que le asegurasen de que le recuperarían aquello que le pertenecía por los capítulos de Cambray, afirmando que no se podía ya confiar en las simples promesas, por haber conocido siempre, al principio y después, que causaba molestia al Rey que recuperase á Padua, y que para consumirle y tenerle en continuos trabajos había gastado de buena gana cada año doscientos mil ducados, conociendo que para él era de mayor descomodidad el gastar cincuenta mil ducados; que había rehusado el año anterior concederle la persona del Trivulcio porque era capitán que, por voluntad y por ciencia militar, acabaría presto la guerra. Pedía que la hija segunda del Rey, de menos de dos años, se desposase con su nieto, señalándole en dote la Borgoña, y que la hija se le entregase de presente, y que á su determinación se remitiesen las causas de Ferrara, de Bolonia y del Concilio, contradiciendo que el ejército francés fuese hacia Roma y protestando que no había de sufrir que acrecentase en Italia nada de su estado.

Estas condiciones pesadas y casi intolerables por sí mismas, las hacía mucho más graves el conocer que no podía estar seguro de que, concediéndole tantas cosas, no variase después, según las ocasiones ó la costumbre.

Ante la injusticia de las condiciones propuestas era

casi manifiesto que, habiendo determinado ya apartarse del rey de Francia, procuraba ocasión para ponerlo por obra con algún color, mayormente descubriéndose, no sólo en las palabras, sino también en las obras, muchas señales de mal ánimo, porque con Burgos no habían venido los procuradores que tantas veces prometió para ir al Concilio pisano y la congregación de los prelados hecha en Augusta respondió al fin con decreto público que el Concilio pisano era cismático y detestable, si bien con la limitación de que estaban dispuestos á mudar de parecer si se mostrasen en contrario razones más eficaces.

Con todo eso, el Rey, en el tiempo que más necesitaba unir sus fuerzas, se veía obligado á tener á petición del Emperador doscientas lanzas y tres mil infantes en Verona y mil en la guarda de Lignago.

Atormentaba mucho, demás de esto, el ánimo del Rey el miedo á los suizos, aunque había alcanzado el enviar á sus Dietas al bailío de Amiens (al cual había dado comisiones muy cumplidas) y resuelto con prudente consejo (si prudentes se pueden llamar las determinaciones tomadas pasada ya la sazón de ayudarse) gastar cualquier cantidad de dinero para volverlos á su amistad; pero prevaleciendo el ardiente odio de la plebe y las persuasiones eficaces del cardenal Sedunense á la autoridad de aquellos que habían impedido de Dieta en Dieta que se tomase determinación contraria á él, se entendía que estaban inclinados á conceder seis mil infantes, pagados por los confederados, los cuales pedían para poderlos oponer á los escuadrones ordenados y firmes de los infantes tudescos.

Demás de esto, se hallaba privado el Rey enteramente de la esperanza de la paz, si bien nunca, en el fervor de las armas, la habían dejado de tratar los cardenales de Nantes y de Strigonia, prelado poderosísimo del rei-

no de Hungría, porque el Papa había respondido últimamente que procurasen, si querían ser oídos, que fuese anulado antes el conciliábulo pisano, que se entregasen á la Iglesia sus ciudades de Bolonia y de Ferrara; y no mostrando en los hechos menor aspereza, privó nuevamente de sus dignidades á muchos prelados franceses que habían intervenido en aquel Concilio, y á Filippo Decio, uno de los más excelentes jurisconsultos de aquel tiempo, porque había escrito y disputado en favor de la justicia de aquella causa y seguía á los cardenales para enderezar las cosas que se habían de despachar jurídicamente.

No tenía el Rey ningún pie firme ó cierto en parte alguna de Italia en las dificultades y peligros que se le mostraban por tantas partes, porque los Estados de Ferrara y de Bolonia le habían sido y le eran de embarazo y de gasto, y de los florentinos (con los cuales hacía nueva instancia para que, en su compañía, rompiesen la guerra en la Romana) no podía sacar otra cosa que respuestas generales; antes tenía algún recelo de sus ánimos porque en Florencia residía continuamente un embajador del virrey de Nápoles, y mucho más por haber enviado embajador al Rey Católico y porque no comunicaban ya con él sus negocios como solían; pero demás de esto porque, habiéndoles pedido que prorrogasen la liga que se acababa dentro de pocos meses, sin pedir dinero ni otras obligaciones graves, lo andaban difiriendo por estar libres para tomar los partidos que en cualquier tiempo les pareciesen mejores.

Queriendo aumentar el Papa esta disposición y no dar causa á que su mucha aspereza les indujese á seguir con las armas la fortuna del rey de Francia, les concedió (sin que la pidiesen en nombre público) la absolución de las censuras, y envió por nuncio á Floren-

cia con condiciones corteses á Juan Gozzadini, boloñés, uno de los clérigos de la Cámara Apóstólica, procurando aligerarse de la sospecha que habían concebido de él.

Viéndose, pues, el Rey solo con tantos enemigos declarados ó que estaban para declararse, y conociendo que no podía hacer resistencia sino muy dificultosamente si concurriesen en un mismo tiempo tantos trabajos, ordenó á Foix que, con la mayor brevedad que pudiese, fuese contra el ejército de los enemigos, de los cuales (por tenerlos por menos poderosos que su ejército) se prometía la victoria, y que, si vencía, acometiese sin respeto á Roma y al Papa, pues le parecía, si sucedía esto, que quedaba libre de tantos peligros. Que esta empresa (para que se disminuyese la envidia y se aumentasen las justificaciones) se hiciese en nombre del Concilio pisano, el cual señalase un legado que fuese en el ejército y recibiera en su nombre los lugares que se ganasen.

Moviéndose, pues, Foix de Brescia, vino al Finale, de donde, después que se detuvo algunos días para hacer provisión de vituallas que se conducían de Lombardía, y para recoger toda la gente que tenía el Rey en Italia, excepto la que quedaba por necesidad en la guarda de las villas, impedido también por los tiempos, que eran muy lluviosos, vino á San Jorge, en el boloñés, adonde le llegaron enviados nuevamente de Francia tres mil infantes gascones, mil aventureros y mil de Picardía, infantería escogida y que entre los franceses tenía gran nombre, de manera que en todos, según el número cierto, estaban con él cinco mil infantes tudescos, cinco mil gascones y ocho mil, parte italianos y parte del reino de Francia, y mil seiscientas lanzas, contando en este número los doscientos gentiles hombres.

A este ejército se debía juntar el duque de Ferrara con cien hombres de armas, doscientos caballos ligeros y gran aparato de artillería excelente, porque Foix, impidiéndole la dificultad de los caminos para traer la suya por tierra, la había dejado en Finale.

Venía asimismo al ejército el cardenal San Severino, señalado legado de Bolonia por el Concilio, cardenal ferroz y más inclinado á las armas que á los ejercicios y pensamientos de sacerdote.

Puestas en esta forma las cosas, se enderezó contra los enemigos con ardiente deseo de pelear, así por las órdenes del Rey, que cada día le estimulaban, como por la ferocidad natural de su brío y por la codicia de la gloria, encendida más por la felicidad de los sucesos pasados. Pero no por esto llevado tanto del ardor que tuviese intención de acometerles temerariamente, sino acercándose á sus alojamientos, intentar si de su voluntad vendrían á la batalla en lugar donde la calidad del sitio no hiciese su partido inferior, ó con impedirles las vituallas, reducirlos á necesidad de pelear.

Era muy diferente la intención de los enemigos, en cuyo ejército, habiendo (según se decía después que, con excusa de una diferencia, se fué la compañía del duque de Urbino) mil cuatrocientos hombres de armas, mil caballos ligeros, siete mil infantes españoles y tres mil italianos, levantados de nuevo, y juzgándose que los franceses, demás de excederles en número, tenían más valerosa caballería, no les parecía seguro pelear en lugar igual, á lo menos hasta que llegasen seis mil suizos; los cuales, habiendo convenido nuevamente concederlos los Cantones, se trataba en Venecia, donde habían ido para este efecto el cardenal Sedunense y doce embajadores de aquella nación, de tomarlos á sueldo á costa del Papa y de los venecianos.

Añadíase la voluntad del rey de Aragón, el cual, por

carta y personas propias les había ordenado que se abstuvieran de pelear cuanto pudiesen porque, esperando principalmente en aquello que temía más el rey de Francia, de que, difiriéndose hasta tanto que por el rey de Inglaterra y por él se comenzase la guerra en Francia, estaría obligado aquel Rey á volver á llamar á toda ó á la mayor parte de la gente de la otra parte de los montes, y consiguientemente se vencería la guerra en Italia sin sangre y sin peligro.

Por esta causa hubiera desde el principio, si no le conmovieran la instancia y quejas graves del Papa, prohibido que se intentase la expugnación de Bolonia, por lo cual el virrey de Nápoles y los otros capitanes habían determinado alojar siempre cerca del ejército francés, porque no le quedasen por presa las ciudades de la Romaña ni abierto el camino para ir á Roma, poniéndose continuamente en lugares tan fuertes, por el sitio ó por tener alguna villa grande á las espaldas, que no pudiesen acometerle los franceses sin gran desventaja, y por esto no hacer caso ni dificultar el retirarse tantas veces cuantas fuese menester, juzgando como hombres militares que no se debía atender á las demostraciones y rumores, sino principalmente á alcanzar la victoria, tras la cual se sigue la reputación, la gloria y las alabanzas de los hombres.

Por esta determinación, el día que el ejército francés alojó en Castelguelfo y en Medicina, ellos, que estaban alojados cerca de los dichos lugares, se retiraron á los muros de Imola.

Pasaron al día siguiente los franceses á milla y media de Imola, estando los enemigos puestos en orden en sus lugares, pero no queriendo acometerles con tanta desventaja, yendo más adelante, alojó la vanguardia en Bubano, castillo apartado de Imola cuatro millas, y la otra parte del ejército en Mordano y en Bagnara, vi-

llas distantes la una de la otra poco más de una milla, eligiendo alojar junto al camino real por la comodidad de las vituallas, las cuales se conducían seguramente por el río Pó, porque Lugo, Bagnacaballo y las villas circunvecinas que desampararon los españoles al entrar Foix en el Boloñés, habían vuelto á la devoción del duque de Ferrara.

Fueron el otro día los españoles á Castel Boloñés, dejando en la fortaleza de Imola suficiente presidio y en el lugar sesenta hombres de armas debajo del gobierno de Juan Sassatello, alojando en el camino real y extendiéndose hacia el monte.

El mismo día tomaron los franceses por fuerza el castillo de Solarolo y se rindieron Cotignuola y Granarolo, donde estuvieron el día siguiente, y los enemigos hicieron alto en el sitio llamado el Campo de las Moscas. En estas mudanzas pequeñas de lugares tan vecinos, procedían ambos ejércitos ordenados con la artillería delante y con la cara vuelta á los enemigos, como si á cada hora se hubiera de comenzar la batalla, pero procediendo también ambos con gran circunspección y orden, el uno por no dejarse obligar á venir á las manos sino en lugar donde la ventaja del sitio recompensase la desigualdad del número y de las fuerzas, y el otro para poner en necesidad de pelear á los enemigos, pero de manera que á un mismo tiempo no tuviesen la contradicción de las armas y del sitio.

Tuvo Foix en este alojamiento nuevas comisiones del Rey para que acelerase venir á la batalla, aumentándose las mismas causas que le habían inducido á darle la primera orden porque, habiendo los venecianos (si bien enflaquecidos por el suceso de Brescia y oprimidos primero por los ruegos y después por las protestas y amenazas del Papa y del rey de Aragón) rehusado la paz pertinazmente con el Emperador, si no se

consentía que retuviesen á Vicenza, se había hecho, finalmente, la tregua entre ellos por ocho meses delante del Papa, con condición que cada uno retuviese lo que poseía y que pagasen al Emperador cincuenta mil florines del Rhin; por lo cual, no dudando ya el Rey de que se apartaba de su amistad, se certificó al mismo tiempo que había de tener la guerra de la otra parte de los montes, porque Jerónimo Cavanillas, embajador del rey de Aragón cerca de su persona, habiendo hecho instancia para hablarle en presencia del Consejo, le significó que tenía orden de su Rey para irse, aconsejándole en su nombre que desistiese de favorecer á los tiranos de Bolonia contra la Iglesia, y de turbar, por una causa tan injusta, una paz tan importante y útil para toda la cristiandad; ofreciendo que si, por la restitución de Bolonia, temía recibir algún daño, le aseguraría de ello por todos los modos que él mismo deseara, y añadiendo al fin que no podía faltar á la defensa de la Iglesia, como lo debían hacer todos los Príncipes.

Certificado ya Foix de que no era á propósito acercarse á los enemigos porque, por la comodidad que tenían de los lugares de la Romana, no se les podía estorbar las vituallas sino con mucha dificultad, ni forzarles á pelear sin gran desigualdad, inducido también por la falta de bastimentos en los lugares donde estaba el ejército, determinó, con consejo de sus capitanes, ir á sitiar á Ravena, esperando que los enemigos, por no disminuirse tanto de reputación, no querrían dejar perder á su vista una ciudad semejante, y que así tendría ocasión de pelear en sitio igual.

Para impedir que el ejército enemigo, al saber esto, se acercase á Ravena, se puso entre Cotignuola y Granarolo, apartado de aquél siete millas, donde estuvo cuatro días firme, esperando de Ferrara doce cañones y doce piezas menores de artillería.

Sospechando su determinación los enemigos, enviaron á Ravena á Marco Antonio Colonna, pero, antes que conviniese en ir, fué necesario que el Legado, el Virrey, Fabricio, Pedro Navarro y los demás capitanes, le diesen todos su palabra de que irían á socorrerle con el ejército si los franceses la sitiaban. Fueron con Marco Antonio sesenta hombres de armas de su compañía, Pedro de Castro con cien caballos ligeros, Salazar y Paredes con seiscientos españoles. Lo restante del ejército se detuvo en las murallas de Faenza en la puerta por donde se va á Ravena, y mientras estuvieron allí, tuvieron con los enemigos una gruesa escaramuza.

En este tiempo envió Foix cien lanzas y mil y quinientos infantes á tomar el castillo de Russi, que estaba defendido solamente por sus vecinos, los cuales, aunque al principio (según el uso de la multitud) mostraron osadía, con todo eso, sucediendo casi luego, en lugar de ella, el miedo, comenzaron el mismo día á tratar de rendirse. Viendo los franceses que por estas pláticas habían aflojado en la diligencia de las guardas, entrando dentro con gran furia, saquearon el lugar, mataron en él más de doscientos hombres y prendieron á los demás.

De Russi se acercó Foix á Ravena, y el día siguiente alojó cerca del muro entre los dos ríos, en medio de los cuales está situada aquella ciudad.

Nacen en los montes Apeninos, donde divide la Romaña de la Toscana, el río Ronco, llamado por los antiguos Vitis, y el del Montone, celebrado por el primer río (excepto el Po) de los que nacen de la parte izquierda del Apenino, que entra en el mar por su propio curso. Estos, tomando en medio la ciudad de Forli, el Montone por el lado izquierdo, casi pegado á las murallas, y el Ronco por el derecho, aunque apartado cerca de dos millas, se estrechan en tan corto espacio cerca de

Ravena, que el uno por la una parte, y el otro por la otra, pasan muy junto á sus muros, por debajo de los cuales, mezcladas sus aguas, entran en el mar, que está ahora apartado tres millas de las murallas, aunque en tiempos pasados se dice que las bañaba.

Ocupaba el espacio de entre estos dos ríos el ejército de Foix, teniendo el frente hacia la puerta Adriana, que está casi contigua á la orilla del Montone. Plantaron la artillería, parte contra la torre llamada Roncona, que está entre la puerta Adriana y el Ronco, y parte del otro lado del Montone, donde, por un puente echado sobre el río, había pasado una parte del ejército, acelerando cuanto podía el batir por dar el asalto antes que los enemigos se arrimasen, porque sabían que ya se habían movido, y no menos porque estaban reducidos á grandísima dificultad de vituallas, atento á que la gente veneciana que se había detenido en Ficheruolo con bajeles armados, impedía las que se traían de Lombardía, y habiendo echado á fondo unas barcas en la boca del canal que entra en el Pó á doce millas de Ravena, y llega hasta dos millas de la ciudad, impedían que entrasen en ella las que venían de Ferrara en bajeles ferrareses, porque llevarlas en carro por tierra era difícil y peligroso. Era, demás de esto, muy dificultoso y con riesgo el ir á buscarlas, porque estaban obligados á apartarse siete y ocho millas del ejército.

Viéndose oprimidos por estas causas, determinó Foix dar el asalto el mismo día, aunque conocía que era muy difícil la entrada en la ciudad, porque de la muralla batida no estaba arruinada más que el espacio de treinta brazas, ni por aquella parte se podía entrar sino con escalas, pues había quedado lo alto del suelo poco menos de tres brazas. Para vencer estas dificultades con el valor y el orden, y para encenderlos con la emulación entre ellos mismos, partió en tres escuadrones dis-

tintos el uno del otro á los tudescos, italianos y franceses, y escogidos en cada compañía de hombres de armas diez de los más valerosos, les ordenó que, armados con las mismas armas con que peleaban á caballo, fuesen á pie delante de la infantería, los cuales, arriándose á la muralla, dieron el asalto muy terrible, defendiéndose valerosamente los de adentro con gran gloria de Marco Antonio Colonna, que, no perdonando ni trabajo ni peligro, socorría unas veces á una parte y otras á otra, según donde era más necesario.

Finalmente, perdiendo los franceses la esperanza de rechazar á los enemigos, y heridos (con gran daño) por una culebrina plantada sobre un bastión, habiendo peleado por espacio de tres horas se retiraron á los alojamientos, perdiendo cerca de trescientos infantes y algunos hombres de armas, y heridos no menor cantidad, y entre ellos Chatillón y Espinosa, capitán de la artillería; los cuales, siendo heridos por la que había dentro, murieron pocos días después. También fué herido Federico de Bozzole, aunque ligeramente.

Convirtiéronse el día siguiente los pensamientos de pelear contra los muros en combatir con los enemigos, los cuales, al moverse el ejército francés, queriendo guardar la palabra dada á Marco Antonio, entrando por el Friul entre los mismos ríos, y pasando después algunas millas al río Ronco, venían hacia Ravena.

En este tiempo los vecinos del lugar, temerosos por el asalto del día antes, enviaron, sin saberlo Marco Antonio, uno de los suyos á tratar de rendirse; pero mientras iba y volvía con la respuesta, se descubrió el ejército enemigo, que caminaba por la orilla del río, á cuya vista se levantó en armas el ejército francés, y armados todos entraron en sus escuadrones, quitaron con grande alboroto la artillería de frente á las murallas y la volvieron hacia los enemigos, consultando entre tanto

Foix con los otros capitanes si se había de pasar á la misma hora el río para oponérseles á que entrasen en Ravena, lo cual ó no determinaron hacer, ó á lo menos era imposible con el orden conveniente y con la presteza necesaria; por lo cual les fuera fácil á los otros entrar aquel día en Ravena por el bosque de la Pineta, que está entre el mar y la ciudad, y obligar á los franceses á irse con poca honra de la Romana por la falta de vituallas.

Mas ellos, ó no conociendo la ocasión, ó temiendo que les obligarian á pelear en campaña mientras caminaban, juzgando que, por arrimarse á Ravena, estaba bastantemente sócorrida, porque Foix no se atrevería á darles la batalla, hicieron alto, contra la esperanza de todos, á tres millas de Ravena, donde se llama el Mulinaccio. Al detenerse, atendieron todo lo restante del día y la noche siguiente á hacer un foso delante de la parte de su alojamiento, tan ancho y profundo quanto sufría la brevedad del tiempo.

En este ínterin, había consejo entre los capitanes de Francia, no sin diversidad de pareceres, porque dar de nuevo el asalto á la ciudad se juzgaba por muy peligroso, teniendo delante de sí poca abertura en el muro y á las espaldas los enemigos; era inútil detenerse sin esperanza de hacer ya efecto alguno, y aun imposible por la falta de las vituallas, y el retirarse daba mayor reputación á los españoles de la que ellos habían ganado los días antes con adelantarse; muy peligroso y contra las determinaciones que siempre habian tomado, el acometerles en su alojamiento, pues se pensaba lo habían fortificado, y que entre todos los peligros se debía excusar más aquel del cual ni podían suceder mayores males, ni se podía igualar mayor desorden ó mal alguno al de ser rotos. En estas dificultades se determinó al fin, aconsejando principalmente Foix esta determi-

nación como cosa más gloriosa y más segura, ir, en amaneciendo, á acometer á los enemigos.

Echando el puente (según esta determinación) la siguiente noche sobre el Ronco, allanados los ribazos de las orillas de ambas partes para facilitar más el pasaje, el día siguiente á la aurora, que fué á 11 de Abril, día solemnísimos por la memoria de la Santa Resurrección, pasaron por el puente los infantes tudescos, pero casi todos los de la vanguardia y los de la batalla pasaron el río á vado; la retaguardia, guiada por Ibo de Allegri, donde había cuatrocientas lanzas, quedó sobre la orilla del río de la parte de Ravena, porque según fuese menester pudiese socorrer al ejército, y oponerse si los soldados del pueblo saliesen de Ravena, y en la guarda del puente que se había echado antes sobre el Montone, quedó Paris Scoto con mil infantes.

Dispusiéronse con este orden los franceses para la batalla: la vanguardia, con la artillería, delante, guiada por el duque de Ferrara, con seiscientas lanzas y la infantería tudésca, fué puesta en la orilla del río que les caía á la mano derecha, estando los infantes á la izquierda de la caballería. Al lado de la vanguardia fueron puestos los ocho mil infantes de la batalla, parte gascones y parte de Picardía; y después, apartándose siempre más de la orilla del río, se puso el último escuadrón de la infantería italiana, guiada por Federico de Bozzole, en el cual no había más que mil infantes (porque aunque Foix, pasando por delante de Bolonia, había recogido los que estaban en su guarda, huyeron muchos por la estrechez de las pagas), y al lado de este escuadrón todos los arqueros y caballos ligeros, cuyo número pasaba de tres mil. Detrás de todos estos escuadrones, que no extendiéndose por línea recta, sino por oblicua, hacían casi forma de media luna, estaban puestas á la orilla del río las seiscientas lanzas

de la batalla, guiada por La Paliza y juntamente con él el cardenal San Severino, legado del Concilio, el cual grande de cuerpo y de ánimo feroz, cubierto desde la cabeza hasta los pies de armas lucientes, hacía más el oficio de capitán que de cardenal ó legado.

No se reservó Foix lugar ó cuidado alguno particular, sino, eligiendo de todo el ejército treinta gentiles hombres valerosísimos, quiso estar libre para proveer y socorrer á todas partes, haciéndose reconocer de los otros manifestamente por el resplandor y hermosura de las armas y de la sobrevesta, yendo muy alegre de rostro con los ojos llenos de vigor y alegría.

En estando en orden el ejército, subiéndose sobre la orilla del río, con elocuencia más que militar, según lo divulgó la fama, habló de este modo, encendiendo los ánimos del ejército:

«Soldados míos: lo que tanto hemos deseado de poder pelear con los enemigos en campo abierto, nos ha concedido largamente en este día la fortuna, que en tantas victorias nos ha sido benigna madre, dándonos ocasión de ganar con infinita gloria la victoria más grande que jamás en la memoria de los hombres alcanzó ejército alguno, porque no sólo Ravena y todos los lugares de la Romaña quedarán expuestos á nuestra discreción, sino serán una pequeña parte de los premios de vuestro valor; siendo cierto que, no quedando ya en Italia quien pueda oponerse á nuestras armas, correremos sin resistencia alguna hasta Roma, donde las grandes riquezas de aquella abominable Corte, sacadas por tantos siglos de las entrañas de los cristianos, serán saqueadas por vosotros; tantos ornamentos soberbios, tanta plata, tanto oro, tantas joyas y tan ricos prisioneros, que todo el mundo tendrá envidia á nuestra suerte. Desde Roma correremos con la misma facilidad hasta Nápoles, vengándonos de tantas injurias

recibidas, y no me persuado que haya nada que pueda impedir esta felicidad cuando considero vuestro valor, vuestra fortuna, las honradas victorias que habéis tenido en pocos días; cuando miro vuestros rostros, cuando me acuerdo que hay pocos de vosotros que, á mi vista, no hayan dado testimonio de su valor con algún hecho excelente.

»Son nuestros enemigos los mismos españoles que, por nuestra llegada, huyeron de noche vituperosamente de Bolonia; son los mismos que pocos días ha se libraron de nosotros, no de otra suerte que huyendo á las murallas de Imola y de Faenza, ó en los lugares montuosos y ásperos.

»No peleó nunca esta nación en el reino de Nápoles con nuestros ejércitos en lugar abierto ó igual, sino siempre con ventaja de reparos, de ríos ó de fosos; nunca fiándose de su valor sino de los engaños y estratagemas. Aunque estos no son aquellos españoles envejecidos en la guerra de Nápoles, sino gente nueva y bisoña y que jamás peleó contra otras armas sino contra los arcos y las flechas y contra las lanzas despuntadas de los moros, y con todo eso, fueron rotos con tanta infamia por aquella gente débil de cuerpo, tímida de ánimo, desarmada é ignorante de todas las artes de la guerra, el año pasado en isla de los Gelbes, donde, huyendo este mismo Pedro Navarro, capitán entre ellos de tanta fama, fué ejemplo memorable á todo el mundo de cuánta diferencia hay en hacer batir las murallas con la furia de la pólvora y con las minas hechas secretamente por debajo de tierra, á pelear con el verdadero ánimo y fortaleza.

»Están ahora encerrados detrás de un foso hecho esta noche, con gran miedo, cubiertos los infantes por los diques y confiando en las carretas armadas, como si la batalla se hubiese de dar con estos instrumentos pue-

riles y no con el valor del ánimo y con la fuerza de los pechos y de los brazos. Sacarállos (dadme crédito) de estas sus cuevas nuestra artillería, conducirállos á la campaña descubierta y llana, y se verá cuánto vale más la furia francesa, la ferocidad tudesca y la generosidad de los italianos, que la astucia y engaño de los españoles.

»Nada puede disminuir nuestra gloria sino ser tan superiores en número y casi al doble que ellos, y con todo eso, el usar de esta ventaja, pues nos la ha dado la fortuna, no se atribuirá á vileza nuestra, sino á imprudencia y temeridad suya, á los cuales no les trae á pelear el corazón ó el valor, sino la autoridad de Fabricio Colonna, por las promesas hechas inconsideradamente á Marco Antonio, y la justicia divina, para castigar con justísimas penas la soberbia y vicios enormes de Julio, falso Papa, y tantos engaños y traiciones usadas con la bondad de nuestro Rey por el fementido rey de Aragón.

»Mas ¿por qué me alargo á más palabras? ¿Por qué con superfluos consejos para con soldados de tanto valor difiero tanto la victoria cuanto tiempo se gasta en hablar con vosotros? Adelantaos valerosamente según la orden dada, ciertos de que este día dará á mi Rey el señorío y á vosotros la riqueza de toda Italia. Yo, vuestro capitán, estaré siempre á todas horas con vosotros, y expondré, como lo acostumbro, mi vida á todos los peligros, siendo más feliz que ningún capitán pasado, pues he de hacer con la victoria de este día más gloriosos y ricos á mis soldados que jamás, de trescientos años á esta parte, lo han sido soldados de ejército alguno.»

Después de estas palabras, oyéndose por todo el aire trompetas y atambores y alegrísimas voces de todo el ejército, comenzaron á moverse hacia el alojamiento de

los enemigos, que estaba distante del lugar por donde habían pasado el río menos de dos millas, los cuales, alojando extendidos sobre la orilla del río, que estaba á su mano izquierda, y hecho delante de sí un foso tan profundo cuanto había permitido la brevedad del tiempo, el cual foso, volviendo hacia la mano derecha, ceñía todo el alojamiento, dejando abierto para poder salir á escaramucear con los caballos sobre el frente del foso un espacio de veinte brazas, en sintiendo que los franceses comenzaban á pasar el río, se pusieron en batalla dentro de este alojamiento en esta forma:

La vanguardia, de ochocientos hombres de armas, guiada por Fabricio Colonna, se puso en la orilla del río, y junto á ella, á mano derecha, un escuadrón de seis mil infantes. A las espaldas de la vanguardia, por lo largo del río, estaba la batalla de seiscientas lanzas, y á su costado un escuadrón de cuatro mil infantes, conducido por el Virrey, y con él el marqués de La Palude. En ésta venía el cardenal de Médicis, falto naturalmente de gran parte de la vista, manso de costumbres y en traje de paz, y en las demostraciones y en los efectos muy diferente del cardenal de San Severino (1).

Iba en seguimiento de la batalla también por la orilla del río la retaguardia de cuatrocientos hombres de

(1) Porque tocante á esta batalla de Ravena hace poca mención de ella el Jovio, y el Bembo la trata muy generalmente, por esto yo no he leído quien la trate más llenamente que aquí el autor, y lo que refiere el señor César Anselmo, notado del Rucheci en su Suplemento, el cual, según allí se dice, se halló en persona, y se ve muy poca diferencia de lo que aquí se refiere. Pero lo cierto es, que la batalla fué memorable, y el Maquiavelo, en el capítulo diez y seis del libro segundo del *Discurso*, dice que esta batalla fué muy bien ordenada, y según la milicia moderna se combatió con mucho orden, y que entrambos ejércitos, ordenados por las espaldas, ne tenían sino una frente, y que se habían puesto en orden más por el costado que por derecho.—(Nota del traductor.)

armas, conducida por Carvajal, capitán español, con un escuadrón de cuatro mil infantes; y la caballería ligera, de la cual era capitán general Fernando de Avalos, marqués de Pescara, muchacho todavía, pero de rarísimas esperanzas, estaba á mano derecha, á las espaldas de los infantes, para socorrer la parte que flaquease.

La artillería estaba al frente de la gente de armas, y Pedro Navarro, que con quinientos infantes escogidos no se había obligado á estar en lugar alguno, había puesto sobre el foso, al frente de la infantería, treinta carretas que se parecían á los carros con hoces de los antiguos, cargadas de artillería menuda, con un venablo muy largo sobre ellas para sustentar con más facilidad el acometimiento de los franceses.

Con este orden estaban firmes dentro de la fortaleza del foso, esperando que el ejército enemigo viniese á acometerlos, y esta determinación, como al fin no salió útil, pareció asimismo muy dañosa en el principio.

Había sido consejo de Fabricio Colonna que se acometiese á los enemigos cuando comenzaron á pasar el río, juzgando por mayor ventaja pelear con sola una parte que la que les daba haber puesto delante de sí un foso pequeño; pero contradiciéndolo Pedro Navarro, cuyos consejos eran admitidos por el Virrey como si fuesen oráculos, se determinó, con poca prudencia, dejarles pasar.

Por tanto, adelantándose los franceses y llegando ya á casi doscientas brazas del foso, y viendo que estaban firmes los enemigos sin querer salir de su alojamiento, se detuvieron, por no darles la ventaja que ellos procuraban tener.

En esta forma estuvieron firmes ambos ejércitos por espacio de más de dos horas, tirando en este tiempo de cada parte infinitos tiros de artillería, la cual hacía

harto daño á los franceses por haberla plantado Navarra en lugar que les ofendía mucho; mas el duque de Ferrara, sacando por las espaldas del ejército una parte de la artillería, la llevó con gran celeridad á la punta de los franceses, en el mismo lugar donde estaban puestos los arqueros. Esta punta, por tener el ejército forma casi corva, estaba casi á las espaldas de los enemigos, de donde comenzó á batirlos ferozmente por el costado con grandísimo daño, principalmente de la caballería, porque los infantes españoles, retirados por Navarra á lugar bajo, cerca de los ribazos del río, y echándose por su orden extendidos en el suelo, no podían ser heridos.

Gritaba con voz alta Fabricio y con muchos avisos importunaba al Virrey para que, sin esperar á ser acabados por la artillería, se saliese á la batalla; pero repugnaba á esto Navarro, movido de perversa ambición, porque, presuponiendo que, por el valor de los infantes españoles, había de quedar victorioso, aunque pereciesen todos los otros, juzgaba que se aumentaba tanto su gloria cuanto crecía más el daño del ejército.

Había hecho ya tal estrago la artillería en los hombres y en los caballos ligeros, que no se podían sustentar más, y se veían con miserable espectáculo mezclado con horribles gritos, unas veces caer en tierra muchos soldados y caballos, y otras volar por el aire las cabezas y los brazos, arrancados de lo restante del cuerpo, por lo cual decía Fabricio Colonna exclamando: ¿Hemos todos de morir vituperosamente por la obstinación y malignidad de un marrano? ¿Ha de ser destruído todo este ejército sin que demos la muerte á uno solo de los enemigos? ¿Dónde están tantas victorias nuestras contra los franceses? ¿Se ha de perder la honra de España y de Italia por un Navarro?

Saltó fuera del foso, sin esperar licencia ú orden del

Virrey, y siguiéndole toda la caballería, se vió obligado Pedro Navarro á hacer la señal á sus infantes, los cuales, levantándose con gran ferocidad, se pegaron á los infantes tudescos que se les habían acercado, y mezclados así todos los escuadrones, comenzó una batalla grandísima y sin duda de las mayores que por muchos años había visto Italia, porque la batalla del Taro no había sido más que un gallardo encuentro de lanzas, y las ocasiones del reino de Nápoles, más desórdenes ó temeridad que batallas; en la Ghiaradada no había peleado más que la menor parte del ejército veneciano; pero aquí, mezclados todos en la batalla, que se daba en campo llano, sin impedimentos de aguas ó de reparos, combatían dos ejércitos de ánimo obstinado por la victoria ó la muerte; inflamados, no sólo por el peligro, por la gloria y por la esperanza, sino también por el odio que una nación tenía á la otra. Fué espectáculo memorable que en el encuentro de los infantes tudescos con los españoles, poniéndose delante de los escuadrones dos capitanes muy estimados, Jacobo Empser, tudesco, y Zamudio, español, pelearon casi como si estuvieran desafiados, y quedando muerto el enemigo, salió vencedor el español. No era igual de ordinario la caballería de la liga á la del ejército francés, y aquel día la había deshecho y maltratado la artillería, de manera que había quedado muy inferior; por lo cual, después que hubo sustentado algún rato, más con el valor del corazón que con las fuerzas, la furia de los enemigos, y viniéndoles cargando por el costado Ibo de Allegri, que había sido llamado por La Paliza con la retaguardia y con mil infantes que había dejado en el Montone, y preso ya por los soldados del duque de Ferrara Fabricio Colonna mientras peleaba valerosamente, no pudiendo resistir más, volvió las espaldas, ayudado también del ejemplo de los capitanes, porque el

Virrey y Carvajal, sin haber hecho la última experiencia del valor de los suyos, se pusieron en huída, llevando casi entero el tercer escuadrón. Huyó con ellos Antonio de Leiva, hombre entonces de poca cuenta, pero después, ejercitado por muchos años en todos los grados de la milicia, fué esclarecido capitán.

Habían sido ya rotos todos los caballos ligeros y preso el marqués de Pescara, su capitán, lleno de sangre y heridas, y también fué preso el marqués de la Palude, el cual, por un campo lleno de fosos y de zarzales había llevado el segundo escuadrón á la batalla con gran desorden, cubierta la tierra de caballos y de hombres muertos. Con todo eso, la infantería española, desamparada de los caballos, peleaba con increíble valor; y si bien en el primer encuentro con los infantes tudescos había perdido en parte la ordenanza firme de las picas, llegándose después á ellos á la distancia de las espadas, y muchos de los españoles cubiertos con los escudos, metiéndose con puñales entre las piernas de los tudescos, habían llegado ya casi á la mitad del escuadrón con gran matanza. Cerca de los tudescos, los infantes gascones, ocupando el camino de entre el río y los ribazos, habían acometido á los infantes italianos, los cuales, aunque les había hecho gran daño la artillería, con todo eso, los rebatían con grande alabanza si no hubiera entrado entre ellos Ibo de Allegri con una compañía de caballos con mayor valor que fortuna, porque, habiéndole muerto delante de sus ojos á Viverroe, su hijo, no queriendo sobrevivir á tan gran dolor, metiéndose con el caballo en la multitud más estrecha de los enemigos, peleando como convenía á fuerte capitán, y habiendo muerto á muchos de ellos, al cabo perdió la vida.

Humillábanse los infantes italianos no pudiendo resistir á tanta multitud; pero corriendo una parte de los

infantes españoles á su socorro, los detuvo en la batalla, y oprimidos los tudescos de la otra parte por los españoles, apenas podían ya resistir. Pero habiendo huído ya toda la caballería, se volvió sobre ellos Foix con gran multitud de caballos, por lo cual los españoles, antes retirándose que echados de la batalla, sin turbar en nada su orden, entrando en el camino que está entre el río y los ribazos, caminando al pasó y con el frente estrecho y, por su fortaleza, rebatiendo á los franceses, comenzaron á apartarse.

En este tiempo Navarro, deseoso más de morir que de salvarse, y no saliendo por esto de la batalla, quedó preso. No pudiendo sufrir Foix que aquella infantería española se fuese libre en orden, casi como vencedora, y conociendo que no era perfecta la victoria si éstos como los otros no eran rotos, fué furiosamente á acometerles con una escuadra de caballos, hiriendo en los últimos, por los cuales rodeado y echado del caballo, ó como algunos dicen, habiéndole caído encima mientras peleaba, fué muerto, herido de un picazo por un lado. Si, como se cree, es deseable el morir á quien está en el colmo de la mayor prosperidad, fué por cierto su suerte felicísima, habiendo alcanzado tan gloriosa victoria.

Murió muy mozo de edad y con singular fama en todo el mundo, habiendo en menos de tres meses, y casi primero capitán que soldado, ganado tantas victorias con increíble brevedad y valor. Quedó en el suelo cerca de él con veinte heridas Lautrech, casi por muerto, y después, llevado á Ferrara, por la diligencia de los médicos, vivió.

Por la muerte de Foix dejaron ir á los infantes españoles sin alguna molestia. Lo restante del ejército estaba ya deshecho y puesto en fuga. Tomados los carros, las banderas y la artillería, el legado del Papa preso, el

cual, viniendo de las manos de los estradiotas á poder de Federico de Bozzole, fué entregado por él al legado del Concilio. Fueron también presos Fabricio Colonna, Pedro Navarro, el marqués de la Palude, el de Vitonto, el marqués de Pescara y otros muchos señores, barones y gentiles hombres españoles y del reino de Nápoles.

Ninguna cosa hay más incierta que el número de los muertos en las batallas; con todo eso, en la variación de muchos se afirma más comúnmente que entre ambos ejércitos murieron á lo menos diez mil hombres, el tercio de los franceses y los dos tercios de los enemigos. Otros dicen muchos más, pero sin duda murieron casi todos los más valerosos y más escogidos, entre los cuales, de los eclesiásticos perdió la vida Rafael de Pazzi, capitán de esclarecido nombre, y muchos quedaron heridos; pero en esta parte fué sin comparación mucho mayor el daño del vencedor por las muertes de Foix, de Ibo de Allegri y de muchos hombres, del capitán Jacobo y otros muchos capitanes valerosos de la infantería tedesca, á cuyo valor se atribuía la victoria en gran parte, pero á gran precio de su sangre; muchos capitanes, juntamente con Molardo de los gascones y de los de Picardía, las cuales naciones perdieron aquel día con los franceses toda su gloria.

Mas á todo el daño se adelantó la muerte de Foix, con el cual de todo punto faltó el nervio y ferocidad de aquel ejército.

De los vencidos que se salvaron en la batalla huyó la mayor parte hacia Cesena, de donde pasaban á lugares más apartados. El Virrey no se detuvo antes de llegar á Ancona, donde llegó acompañado de pocos caballos. Fueron desvalijados y muertos muchos en la huída, porque los pisanos corrían por todas partes á los caminos, y el duque de Urbino, que había enviado muchos días antes á Baltasar de Castellón al rey de Fran-

cia, y teniendo personas propias cerca de Foix, se creía que ocultamente se había concertado contra Julio, no sólo despertó contra los que huían la gente de la tierra, sino envió soldados á hacer lo mismo en la comarca de Pésaro.

Sólo los que huyeron por los lugares de los florentinos pasaron libres por orden de los oficiales y después de la República.

Vuelto el ejército vencedor á los alojamientos, los de Ravena enviaron luego á tratar de rendirse; pero mientras se concertaban, ó que ya concertados atendían á poner en orden las vituallas para enviar al ejército, dejando la guardia de las murallas, los infantes tudescos y gascones, entrando en el lugar por la rotura de la muralla batida, lo saquearon cruelísimamente, encendiéndoles en mayor crueldad, demás del odio natural contra el nombre italiano, el enojo del daño recibido en la batalla.

Dejó después de cuatro días Marco Antonio Colonna la ciudadela, donde se había recogido, libres las personas y la hacienda; mas prometiendo, juntamente con los otros capitanes, que no tomarían las armas contra el rey de Francia ni contra el Concilio pisano hasta la festividad próxima de Santa María Magdalena.

Pocos días después, el obispo Vitelo, que gobernaba la fortaleza, con ciento y cincuenta infantes vino en entregarla, concediéndole la misma facultad.

Siguieron la fortuna de la victoria todas las ciudades de Imola, de Forli, de Cesena y de Rímini y todas las fortalezas de la Romaña (excepto las de Forli y de Imola), las cuales fueron todas recibidas por el Legado en nombre del Concilio de Pisa.

CAPITULO V.

Llega á Roma la noticia de la derrota de Ravena.—Los cardenales exhortan al Papa á la paz.—Los embajadores aragoneses y venecianos lo persuaden á continuar la guerra.—Diversas negociaciones para la paz.—Apertura del Concilio lateranense.—El cardenal de Médicis prisionero en Milán.—Los suizos en Italia á sueldo del Pontífice.—Los aliados atacan á Pavía.—Bologna vuelve al poder de los Papas.

Quedando el ejército francés por la muerte de Foix y por tanto daño recibido como asombrado, estaba ocioso cuatro millas de Ravena é inciertos el Legado y La Paliza, en los cuales había caído el gobierno, porque Alfonso de Este se había vuelto ya á Ferrara, de cuál era la voluntad del Rey. Esperaban sus órdenes, no teniendo tanta autoridad con los soldados que fuese bastante á hacer mover el ejército, el cual estaba ocupado en repartir ó enviar á lugares seguros la hacienda saqueada, y tan flaco de fuerzas y de ánimo por la victoria ganada con tanta sangre, que más parecían vencidos que vencedores; por lo cual todos los soldados con lamentos y con lágrimas llamaban el nombre de Foix, al cual hubieran seguido por todas partes sin impedirles ni espantarles nada.

No se dudaba que, llevado del ímpetu de su ferocidad y de las promesas que, según se decía, le había hecho el Rey de que ganase para sí el reino de Nápoles, hubiera corrido luego después de la victoria con su presteza acostumbrada hasta Roma, y que el Papa y los demás, no teniendo ninguna otra esperanza de salvarse, se hubieran puesto en huida desesperadamente.

Llegó la nueva de la rota á Roma á 13 de Abril, llevada por Octaviano Fregoso, que corrió la posta desde

Fosombrone, y fué oída con gran miedo y alboroto de toda la corte, por lo cual los cardenales, yendo luego á la presencia del Papa, le apretaban con sumos ruegos á que, aceptando la paz (pues no desconfiaban que se podía alcanzar muy honesta del rey de Francia) se dispusiese á librar la Sede Apostólica y su persona de tantos peligros: que había trabajado mucho por la exaltación de la Iglesia y por la libertad de Italia y alcanzado gran gloria por su santa intención; que le había sido contraria en la empresa tan piadosa, como se había visto, la voluntad de Dios, y que quererle oponer á ella no era más que poner toda la Iglesia en su última ruina; que tocaba más á Dios que á él el cuidado de su esposa, y que así se pusiese en su voluntad, abrazando la paz, según el precepto del Evangelio y sacase de tantos trabajos su vejez, el Estado de la Iglesia y de toda su corte, que no deseaba ni quería otra cosa que la paz; que se podía creer que los vencedores se habrían movido ya para venir á Roma, con los cuales se juntaría su sobrino y también Roberto Orsino, Pompeo Colonna, Antonio Savello, Pedro Margano y Renzo Mancino (sabíase que éstos, habiendo recibido dinero del rey de Francia, se disponían, desde antes de la batalla, para molestar á Roma), y que no había remedio para estos peligros sino la paz.

Por otra parte los embajadores del rey de Aragón y del Senado veneciano hacían grande instancia en contrario de esto, procurando persuadirle que no estaban las cosas tan rematadas ni reducidas á tal extremo, ni tan destruído el ejército, que no se pudiese en breve tiempo y con poca costa volver á poner en orden; que al fin se sabía que el Virrey se había salvado con la mayor parte de los caballos; que se había salido de la batalla en orden estrecha la infantería española, la cual si se hubiese librado, como era verosímil, cualquiera otra

pérdida era de poca consideración; que no se debía temer que los franceses pudiesen venir hacia Roma tan presto que no hubiese lugar para prevenirse, porque era necesario que acompañasen á la muerte del capitán muchos desórdenes y muchos daños; que les debería tener suspensos la sospecha de los suizos, los cuales no se podía dudar que se declararían por la liga y bajarían á Lombardía; que no se podía esperar alcanzar la paz del rey de Francia, sino con condiciones injustísimas y llenas de infamia, y que también se recibirían las leyes de la soberbia de Bernardino de Carvajal y de la insolencia de Federico de San Severino; que, por esto, cualquiera otra cosa sería mejor que con tanta indignidad é infamia sujetarse debajo de nombre de paz á una cruel é infiel servidumbre, porque nunca cesarían aquellos cismáticos de perseguir su dignidad y vida; que era mucho menor mal, cuando todavía no se pudiese hacer otra cosa, desamparar á Roma é ir con toda la corte al reino de Nápoles ó á Venecia, donde estaría con la misma seguridad, honra y grandeza porque, con la pérdida de Roma, no se perdía el Pontificado, pues estaba unido en cualquier lugar con la persona del Papa; que retuviese su acostumbrada constancia y magnanimidad, porque Dios, que conocía las intenciones de los hombres, no faltaría en ayudar su santo propósito, ni desampararía la navecilla de Pedro, acostumbrada á ser maltratada por las ondas del mar, pero nunca á anegarse; que los Príncipes cristianos, irritados por el celo de la religión y por el celo de la mucha grandeza del rey de Francia, tomarían su defensa con todas sus fuerzas y propias personas.

Oía el Papa estas cosas con gran duda y suspensión, de manera que se podía entender fácilmente que combatían en él, por una parte el odio, el enojo y la pertinacia no acostumbrada á ser vencida ni mudada, y por

la otra el peligro y el miedo: también se echaba de ver por las respuestas que daba á los embajadores que no le era tan molesto desamparar á Roma, cuanto el no poder ir á ningún lugar en que no estuviese en poder de otros; por lo cual respondía á los cardenales que quería la paz, consintiendo que se pidiese á los florentinos que se interpusiesen con el rey de Francia, pero no les respondía con tal resolución ni palabras tan duras, que diesen entero crédito á su intención.

Había hecho venir de Civitavechia al Biascia, genovés, capitán de las galeras, por lo cual se creía que pensaba irse de Roma, y poco después le despidió.

Hablaba de tomar á sueldo los barones romanos que no estaban en la conjuración con los otros, oía de buena gana los consejos de los dos embajadores, pero respondiendo las más de las veces palabras injuriosas y llenas de enojo.

En este tiempo llegó Julio de Médicis, caballero de Rodas, que después fué Papa, enviado por el cardenal de Médicis con licencia del cardenal San Severino en nombre del ejército para encomendársele en tantas calamidades, si bien el efecto de la embajada era referirle el estado de las cosas, del cual, habiendo entendido largamente cuán enflaquecidos estaban los franceses, cuántos capitanes les faltaban, cuán valerosa gente habían perdido, cuántos eran aquellos que por las heridas estaban inútiles por muchos días, gastados infinitos caballos, repartido parte del ejército en varios lugares por el saco de Ravena, los capitanes suspensos é inciertos de la voluntad del Rey y no muy concordes entre sí mismos, porque La Paliza rehusaba sufrir las insolencias del San Severino, que quería hacer el oficio de legado y de capitán; que se oían voces ocultas de la venida de los suizos y no se veía alguna señal de que aquel ejército se moviese presto.

Animado mucho el Papa con esta relación, introduciéndolo en el Consistorio, le hizo referir lo mismo á los cardenales.

Se añadió que el duque de Urbino (sin saber la causa que á ello le movía), mudando de opinión, le envió á ofrecer doscientos hombres de armas y cuatro mil infantes.

Perseveraron con todo eso los cardenales en estimularle á la paz; y si bien en las palabras no se mostraba ajeno de ella, tenía resuelto no aceptarla, sino esperar el último y desesperado remedio; antes, cuando por ventura al mal presente no se hallase medicina pronta, se inclinaba más á huir de Roma, por no estar del todo desesperado de que fuese ayudada su causa por las armas de los Príncipes, y de que especialmente se moviesen los suizos, quienes, mostrándose inclinados á sus deseos, habían muchos días antes estorbado á los embajadores del rey de Francia que fuesen al lugar en donde se juntaban los diputados de todos los Cantones para tomar resolución sobre lo que pedía el Papa.

Descubrióse en esta situación alguna esperanza de la paz, porque el rey de Francia antes de la batalla, conmovido por tantos peligros que le amenazaban de tantas partes, enojado de la vanidad del Emperador y de las duras leyes que le proponía, y resuelto al fin por esto á ceder antes en muchas cosas á la voluntad del Papa, había enviado ocultamente á Fabricio Carretta, hermano del cardenal de Finale, á los cardenales de Nantes y Strigonia, que jamás habían abandonado de todo punto las pláticas de la paz, proponiendo que convenía en que se volviese Bolonia al Papa, que Alfonso de Este le diese á Lugo y todos los otros lugares que tenía en la Romana, que se obligase al censo antiguo y no se labrase más sal en sus lugares y que se extinguiese el Concilio; no pidiendo al Papa otra cosa sino

la paz con él, que Alfonso de Este fuese absuelto de las censuras, restituído por entero en sus antiguos derechos y privilegios, que á los Bentivogli que estuviesen desterrados, se les reservasen sus bienes propios y que se restituyesen á sus dignidades los cardenales y prelados que habían seguido la parte del Concilio.

Estas condiciones, si bien temiesen los dos cardenales que, habiendo sucedido después la victoria, no las mantendría el Rey, no se atrevieron á proponerlas de otra manera; ni el Papa, siendo de tanta honra para él, no queriendo manifestar aún la oculta determinación que tenía en su ánimo, juzgó que las podía rehusar, antes por ventura era más útil procurar con estas prácticas detener las armas del Rey para tener más lugar de ver los progresos de aquellos en que tenía puesto lo último de sus esperanzas; por lo cual, haciendo instancia sobre lo mismo todos los cardenales, firmó nueve días después de la batalla estos capítulos, añadiendo el dar su palabra á los cardenales de que los aceptaría si el Rey los confirmaba, y sometió por cartas al cardenal de Finale, que vivía en Francia (pero ausente de la corte por no ofender al Papa) y al obispo de Tívoli, el cual tenía en Avignón el lugar de legado, que fuesen donde estaba el Rey para tratar estas cosas, pero no les despachó ni orden ni poder para concluir las.

Hasta este término procedieron los males del Papa y hasta este día fué el colmo de sus calamidades y de sus peligros; mas después comenzaron á mostrarse continuamente mayores esperanzas y á volverse á su grandeza, sin ningún freno, la rueda de la fortuna.

Dió principio á tantas mudanzas la ida súbita de La Paliza de la Romaña, el cual, llamado por el general de Normandía por el rumor que se aumentaba de la venida de los suizos, se movió con el ejército hacia el ducado de Milán, dejando en la Romaña debajo del gobierno

del legado del Concilio trescientas lanzas, trescientos caballos ligeros y seis mil infantes con ocho piezas gruesas de artillería.

Acrescentaba más el miedo que se tenía á los suizos ver que el mismo general, pensando más en agradar al Rey que en servirle, había, contra lo que pedían las cosas presentes, despedido imprudentemente la infantería italiana y una parte de la francesa, luego que se ganó la victoria.

La partida de La Paliza aseguró al Papa del temor que más le afligía, confirmóle en la pertinacia y le dió disposición para afirmar las cosas de Roma, para las cuales había tomado á su sueldo algunos barones de aquella ciudad, con trescientos hombres de armas, y trataba de hacer capitán general á Próspero Colonna, porque, enflaquecidos los ánimos de los que intentaban cosas nuevas, Pompeyo Colonna, que se disponía en Montefortino, convino (interponiéndose en ello Próspero Colonna) en poner en manos de Marco Antonio Colonna, para seguridad del Papa, á Montefortino, quedándose feamente con el dinero que le había dado el rey de Francia, por lo cual Roberto Orsino que primero había venido de Pitigliano á los lugares de los Colonnas para mover las armas, quedándose también con el dinero recibido del rey de Francia, se concertó poco después, por medio de Julio Orsino, recibiendo del Papa, en premio de su maldad, el arzobispado de Reggio en la Calabria.

Sólo Pedro Margano se avergonzó de tener el dinero que le había tocado, con consejo más honroso y más afortunado, porque poco tiempo después, preso en la guerra del sucesor del presente Rey, hubiera pagado con el castigo debido la pena del engaño.

Confirmado mucho el ánimo del Papa con estas cosas, pues cesaba el temor presente de los enemigos fo-

rasteros y de los domésticos, comenzó el Concilio á 30 de Mayo con gran solemnidad en la Iglesia de San Juan Laterano, certificado ya de que, no sólo concurriría á él la mayor parte de Italia, sino España, Inglaterra y Hungría. Intervino Su Santidad personalmente á su principio con traje pontifical, acompañado del Colegio de los cardenales y de gran multitud de obispos, donde celebrada, demás de otras muchas preces, según la antigua costumbre, la misa del Espíritu Santo, y exhortando con una pública oración á los padres á que atendiesen con todo el corazón al bien público y á la dignidad de la religión cristiana, se declaró, para hacer fundamento de las otras cosas que en lo futuro se habían de establecer, que el Concilio congregado era verdadero, legítimo y Santo Concilio, y que en él residía sin duda toda la autoridad y potestad de la Iglesia universal. Ceremonias lucidas y santas y que debían penetrar hasta los corazones de los hombres, si se creyese que eran, tales como las palabras, los pensamientos y fines de los autores de estas cosas.

Así procedía el Papa después de la batalla de Ravenna; mas el rey de Francia, aunque perturbase algo la alegría de la victoria el dolor de la muerte de Foix, á quien amaba mucho, ordenó luego que el legado y La Paliza llevasen lo más presto que se pudiese el ejército á Roma. Pero, entibiado el primer ardor, comenzó á volverse al deseo de la paz con todo su ánimo, pareciéndole que más grave tempestad y de más partes amenazaba á sus cosas; porque si bien el Emperador continuaba en prometerle que quería estar unido con él, afirmando que la tregua que se había hecho con los venecianos en su nombre, había sido sin su consentimiento y que no la ratificaría, con todo eso, le parecía al Rey (demás del temor de su inconstancia y de no estar cierto de que estas cosas se dijeren fingidamente) que

tenía pesado compañero en la guerra y dañoso en la paz por las condiciones que pedía, porque creía que su interposición le habría de obligar á más indignas condiciones y, demás de esto, no dudaba ya de que los suizos se juntarían con sus contrarios.

Del rey de Inglaterra esperaba la guerra cierta, porque había enviado un rey de armas á intimarle que pretendía que estaban acabadas todas las confederaciones y conciertos que había entre ellos, pues en todas se comprendía la excepción de que él no hiciese guerra á la Iglesia y al Rey Católico su suegro.

Por todo esto, entendiendo el Rey con gran gusto que se había pedido á los florentinos que se interpusiesen para la paz, envió á Florencia con amplio mandato al presidente de Grenoble para que tratase en lugar más cercano, y para que, si fuese necesario, pudiese ir á Roma; y sabiendo después, por la firma de los capítulos, la inclinación del Papa, que parecía muy pronta, se decidió enteramente á la paz, aunque temiendo que, por la partida del ejército, volviese á su acostumbrada pertinacia, ordenó á La Paliza, que ya había llegado á Parma, que con parte de su gente volviese luego á la Romaña y que echase voz que había de pasar más adelante.

Parecíale cosa pesada el conceder á Bolonia, no tanto por la instancia que en nombre del Emperador se le hacía en contrario, cuanto porque temía que, hecha la paz quedase en el Papa el mismo ánimo contra él, siéndole por esto dañoso el privarse de Bolonia, á la cual defendía como á fuerte baluarte del ducado de Milán, y demás de esto, habiendo venido el cardenal de Finale y el obispo de Tívoli, sin orden para concluir la paz, parecía justa señal de que el Papa había convenido en ella fingidamente.

Viéndose rodeado entonces de tantos aprietos y pe-

ligros, determinó al fin aceptar los capítulos dichos con algunas limitaciones, pero no de manera que turbasen las cosas sustanciales.

Fué con esta respuesta á Roma el secretario del obispo de Tívoli, pidiendo en nombre del Rey que el Papa enviase la orden para concluir la paz al dicho obispo y al cardenal, ó que llamase de Florencia al presidente de Grenoble, el cual tenía amplia autoridad para hacer lo mismo.

Aumentábanse en el Papa cada día más las esperanzas y por consiguiente se disminuía la inclinación á la paz, si había tenido alguna.

Había llegado la orden del rey de Inglaterra, despachada desde el mes de Noviembre, por la cual daba facultad al cardenal Eboracense para entrar en la Liga, y había tardado tanto por el largo rodeo de la mar, porque primero estuvo en España. El Emperador nuevamente, después de largas dudas, había ratificado la tregua hecha con los venecianos, moviéndole á hacerlo sobre todo las esperanzas que le había dado el Rey Católico y el rey de Inglaterra sobre el ducado de Milán y la Borgoña. Confirmó asimismo grandemente la esperanza del Papa las grandes promesas que le hizo el rey de Aragón, el cual, habiendo tenido la primer noticia de la rota por cartas del Rey escritas á la Reina, por las cuales la significaba cómo había muerto Gastón de Foix, su hermano, en una victoria habida contra los enemigos, con suma gloria, y después más particularmente por los avisos de los suyos mismos, los cuales, por los embarazos de la mar, llegaban tarde, y pareciéndole que el reino de Nápoles quedaba en grande peligro, había determinado enviar á Italia con suplemento de mucha gente al Gran Capitán y acudía á este remedio por falta de los demás, porque, aunque le honraba públicamente, le era poco acepto por las cosas pasadas del reino

de Nápoles, y sospechoso por su grandeza y autoridad.

De suerte que, estando el Papa confirmado en tantas cosas, cuando llegó el secretario del obispo de Tívoli con los capítulos tratados y dándole esperanzas de que también las limitaciones añadidas por el Rey, por moderar la infamia de desamparar la protección de Boloña, se reducirían á su voluntad, determinado de todo punto á no aceptarlas, pero respecto de su firma y de la palabra dada al Colegio de cardenales fingiendo lo contrario, como usaba hacer algunas veces contra la fama de su acostumbrada verdad, las hizo leer en el Consistorio, pidiendo consejo á los cardenales.

Después de estas palabras, el cardenal Arborense, español, y el cardenal Eboracense, que primero lo habían concertado así secretamente con él, hablando el uno en nombre del rey de Aragón y el otro en el del rey de Inglaterra, aconsejaban al Papa que perseverase en la constancia y no desamparase la causa de la Iglesia que con tan grande honra había abrazado, habiendo cesado ya las necesidades que le habían movido á dar oídos á aquellas pláticas; que, viéndose manifiestamente que Dios, que por algún fin que nosotros no alcanzamos, había permitido que la navecilla fuese trabajada del mar, no quería que pereciese, no era conveniente ni justo hacer paz para sí particularmente, y que, habiendo de ser común, la tratase sin participación de los otros confederados; acordándole últimamente que considerase con diligencia cuán gran peligro podía causar á la Sede Apostólica y á su persona el apartarse de los verdaderos y fieles amigos, por seguir á los enemigos reconciliados.

Mostrando el Papa que le movían estos consejos, rehusó descubiertamente la paz, y pocos días después, procediendo con su ímpetu acostumbrado, pronunció en el Consistorio un monitorio al rey de Francia para

que soltase al cardenal de Médicis, debajo de las penas ordenadas por los Sacros Cánones, aunque convino en que se detuviese el publicarle porque, rogándole el Colegio de los cardenales que difriese cuanto pudiese los remedios ásperos, ofreció, con cartas escritas en nombre de todos, hacer lo mismo, aconsejándole y suplicándole que como Príncipe Cristianísimo, le pusiera en libertad.

Había sido llevado á Milán el cardenal de Médicis, donde estaba guardado honradamente y, con todo eso, aunque se encontraba en poder de otros, resplandecía en su persona la autoridad de la Sede Apostólica y la reverencia de la religión, y al mismo tiempo el desprecio del Concilio pisano, cuya causa desamparaban con la devoción y con la fe, no sólo los otros, sino también aquellos que lo habían acompañado y seguido con las armas; pues, habiéndole cometido el Papa facultad para absolver de las censuras á los soldados que prometiesen no tomar las armas más contra la Iglesia y conceder á todos los muertos, para los cuales le fuese pedida, la sepultura eclesiástica, era increíble el concurso y maravillosa la devoción con que le pedían y prometían estas cosas, sin contradecirlo los ministros del Rey; mas con grandísima indignación de los cardenales, que delante de sus ojos, en el mismo lugar donde estaba la silla del Concilio, los vasallos y soldados del Rey, contra su honra y provecho y en sus lugares, menospreciada totalmente la autoridad del Concilio, seguían á la Iglesia romana, reconociendo con suma reverencia al cardenal preso como á legado apostólico.

Por la tregua ratificada por el Emperador, aunque sus agentes que estaban en Verona la negasen, envió á llamar el rey de Francia parte de la gente que tenía en la guarda de aquella ciudad, como si ya no fuese necesaria, y porque, habiendo llamado de la otra parte de

los montes, por las amenazas del rey de Inglaterra, los doscientos gentiles-hombres, los arqueros de su guardia y otras doscientas lanzas, conocía, por los recelos que se aumentaban de los suizos, que había menester mayor presidio en el ducado de Milán.

Por esta misma causa había oprimido á los florentinos á que enviasen á Lombardía trescientos hombres de armas, como estaban obligados por la confederación, para defensa de sus Estados y, porque se acababa dentro de dos meses, les obligó (estando todavía fresca la reputación de la victoria) á confederarse de nuevo con él por cinco años, obligándose á la defensa de su Estado con seiscientas lanzas, y por el contrario, prometiéndole los florentinos cuatrocientos hombres de armas para la defensa de todo lo que poseía en Italia; si bien por huir de cualquier ocasión de entrar en guerra con el Papa, exceptuaron de la obligación general la defensa de la villa de Cotignuola, como si la Iglesia pudiese pretender que tenía algún derecho sobre ella.

Añadíanse ya claramente á las cosas del Rey gravísimos peligros, porque al fin determinaron los suizos conceder seis mil infantes para el servicio del Papa, que los había pedido debajo de nombre de emplearlos contra Ferrara, no habiendo podido alcanzar más los que sustentaban la parte del rey de Francia, sino detener la deliberación hasta aquel día.

Exclamaba en las Dietas contra ellos con grande furor la multitud, encendida de gran odio contra el nombre del rey de Francia, afirmando que no le había bastado á aquel Rey la ingratitud de haber negado el acrecentar una cantidad corta á las pensiones de aquellos con cuyo valor y sangre había ganado tanta reputación y tan grande estado que, demás de esto, había, con palabras muy injuriosas, despreciado el bajo linaje de ellos, como si al principio no hubiesen tenido todos los

hombres un origen y un mismo nacimiento, y como si alguno fuese al presente noble y grande que en algún tiempo no hubiesen sido sus progenitores pobres y sin nobleza; que había comenzado á levantar infantería de lansquenets, para mostrar que ya no le era necesario en la guerra el auxilio de ellos, persuadiéndose que, viéndose privados de su sueldo, hubiesen de sufrir odiosamente ser consumidos por el hambre en aquellas montañas; que por esto se debía mostrar á todo el mundo que habían sido vanos sus pensamientos, falsas sus persuasiones y la ingratitud dañosa sólo para él; que no podía ninguna dificultad detener á los hombres militares que mostrasen su valor; que, finalmente, el oro y el dinero servía á quien tenía el hierro y las armas, y que era necesario dar á entender una vez á todo el mundo cuán imprudentemente discurría el que anteponía á la nación de los helvecios, los infantes tudescos.

Llevábales tanto este ardor, que, tratando la causa como propia, se iban de sus casas, recibiendo solamente un florín del Rhin por cada uno, cuando primero no se movían para ir al sueldo del rey de Francia, si á los infantes no se les prometían muchas pagas y á los capitanes muchos dones.

Juntábanse en Coira, villa principal de los grisonos, los cuales, por estar confederados con el rey de Francia, de quien recibían pensiones ordinariamente, habían enviado á excusarse de que, por las antiguas ligas que tenían con los cantones más altos de los suizos, no podían rehusar enviar con ellos cierto número de infantes.

Perturbaba mucho este pensamiento los ánimos de los franceses, cuyas fuerzas estaban disminuídas, porque después que el general de Normandía despidió á los infantes italianos, no tenían más que diez mil infantes, y habiendo pasado de la otra parte de los mon-

tes la gente de armas que había llamado el Rey, no les quedaba más en Italia que mil y trescientas lanzas, de las cuales las trescientas estaban en Parma, y, con todo eso, el general de Normandía, haciendo más el oficio de tesorero que de soldado, no consentía se tomasen á sueldo nuevos infantes sin la orden del Rey.

Pero habían hecho volver á Milán la gente que llegó á Finale para pasar á la Romaña debajo del gobierno de La Paliza, y ordenado que el cardenal de San Severino hiciese lo mismo con la que estaba en la Romaña, por cuya partida, Rímíni y Cesena con sus fortalezas y juntamente Ravena, volvieron sin dificultad á la obediencia del Papa, y no queriendo los franceses desarmar el ducado de Milán, quedaba Bolonia (que por conservarla se habían recibido tantos disgustos) como desamparada en el peligro.

Vinieron los suizos, cuando se juntaron, de Coira á Trento, habiéndoles concedido el Emperador que pasasen por su Estado y, procurando encubrir del rey de Francia lo más que podía lo que ya tenía determinado, afirmaba que no les podía estorbar el paso por la confederación que tenía con ellos.

De Trento vinieron al Veronés, donde los esperaba el ejército de los venecianos, los cuales concurrían juntos con el Papa á sus sueldos, y aunque no había tanta cantidad de dinero que fuese bastante para pagar á todos, porque iban, sobre el número que se había pedido, más de seis mil, era tan ardiente el odio de la multitud contra el rey de Francia que, contra lo que solían hacer, sufrían con paciencia todas las dificultades.

De la otra parte La Paliza había venido primero con el ejército á Pontoglio para impedirles el paso, creyendo que querrían pasar á Italia por aquella parte, y viendo después que era otra su intención, había hecho alto en Castiglione del Striviere, lugar que está á seis

millas de Pesquiera, incierto sobre cuáles fuesen los pensamientos de los suizos, ó de ir (como se divulgaba) hacia Ferrara, ó de acometer el ducado de Milán.

Esta incertidumbre aceleró acaso los males que sobrevinieron, porque no se dudaba de que hubieran seguido el camino hacia el Ferrarés, si no les hiciera mudar de Consejo una carta que, por mala suerte de los franceses, tomaron los estradiotas de los venecianos, por lo cual, significando La Paliza al general de Normandía (que había quedado en Milán) el estado de las cosas, mostraba que era muy difícil resistirles si se volvían hacia aquel Estado.

Consultados sobre esta carta, juntamente con el cardenal Sedunense, que había venido de Venecia, los capitanes, determinaron, con razón, que raras veces es engañoso el acometer la empresa juzgada por más molesta para los enemigos, por lo cual fueron de Verona á Villafranca, donde se juntaron con el ejército veneciano, en el cual, debajo del gobierno de Juan Paulo Baglione, había cuatrocientos hombres de armas, ochocientos caballos ligeros y seis mil infantes con muchas piezas de artillería, á propósito para la expugnación de las villas y para la campaña.

Fué esto causa de que La Paliza, desamparando á Valeggio, porque era lugar flaco, se retirase á Gamba-
ra, con intención de detenerse en Pontevico, no teniendo en el ejército más que seis ó siete mil infantes, porque los otros estaban distribuídos entre Brescia, Pesquiera y Lignago, ni más que mil lanzas, porque, si bien estuvo inclinado á llamar las trescientas que había en Parma, le obligó el manifiesto peligro de Bolonia, después de grande instancia de los Bentivogli, á ordenar que entrasen en aquella ciudad, por haber quedado casi sin presidio. Donde, conociéndose tarde el propio peligro, por la vanidad de las esperanzas con que habían

sido engañados, y sobre todo, reprendiendo la avaricia y malos consejos del general de Normandía, le obligaron á convenir en que Federico de Bozzole y algunos otros capitanes italianos levantasen lo más presto que pudiesen seis mil infantes, remedio que no se podía poner en ejecución, si no á lo menos, después de diez días.

Enflaquecía también al ejército francés, demás del corto número de los soldados, la discordia entre los capitanes, porque los otros casi se enojaban de obedecer á La Paliza, y la gente de armas, cansada de tantas fatigas y de tan largos trabajos, deseaba más que se perdiese el ducado de Milán para volverse á Francia, que defenderle con tanto disgusto y peligro.

Partido La Paliza de Valeggio, entraron en aquel lugar los venecianos y los suizos, y pasando después el Mincio alojaron en el Mantuano, donde el Marqués, excusándose por su corto poder, concedía el paso á todos.

En estas dificultades determinaron los capitanes, desamparando de todo punto la campaña, atender á la guarda de las villas más importantes, esperando, y no sin razón que, entreteniéndolos, se había de deshacer tanto número de suizos, porque el Papa, no menos tibio en el gastar que ardiente en la guerra, desconfiando también de poder suplir las pagas de número tan grande, enviaba muy despacio el dinero, por lo cual metieron en Brescia dos mil infantes, ciento y cincuenta lanzas y cien hombres de armas de los florentinos, en Cremona cincuenta lanzas y mil infantes y en Bérgamo mil infantes y cien hombres de armas. Lo restante del ejército, en que había setecientas lanzas, dos mil infantes y cuatro mil tudescos, se retiró á Pontevico, sitio fuerte y á propósito para Milán, Cremona, Brescia y Bérgamo, donde fácilmente esperaban que se podrían sustentar, pero al día siguiente llegaron cartas y órdenes del Emperador á los infantes tudescos que luego

dejasen el servicio del rey de Francia, los cuales, siendo casi todos del condado del Tirol y no queriendo desobedecer á su Señor propio, se fueron el mismo día.

Por su partida perdieron La Paliza y todos los otros capitanes toda la esperanza de poder defender más el ducado de Milán, por lo cual de Pontevico se retiraron luego alborotadamente á Pizzichittone, y los de Cremona, viéndose por esta causa desamparados, se rindieron al ejército de los coligados, que ya se les arrimaba, obligándose á pagar á los suizos cuarenta mil ducados; y habiendo disputado en qué nombre se había de recibir la ciudad, procurando los venecianos que se les restituyese, fué al fin recibida (quedándose los franceses con la fortaleza) en nombre de la Liga y de Maximiliano, hijo de Luis Sforza, para el cual pretendía el Papa y los suizos que se conquistase el ducado de Milán.

Había venido en los mismos días á poder de los coligados, enajenada de los franceses, la ciudad de Bérgamo, porque habiendo La Paliza llamado la gente que estaba en ella para unirla al ejército, entraron en la ciudad, luego que se fué, algunos emigrados y fueron causa de que se rebelase.

De Pizzichittone pasó La Paliza el río Adda, donde se juntaron con él las trescientas lanzas señaladas para la defensa de Bolonia que, por crecer el peligro, las había llamado, y esperaba poder estorbar allí á los enemigos el paso del río, si hubieran llegado los infantes que se había determinado se levantasen; mas este pensamiento, como los otros, no parecía bueno, porque faltaba el dinero para levantarlos, no teniendo el general de Normandía dinero de contado, ni modo (estando en tantos peligros perdido enteramente el crédito) para hallarlo prestado, como solía, obligando las rentas reales, por lo cual después que se hubo detenido en aquel puesto cuatro días, luego que los enemigos se arrima-

ron al río por tres millas más abajo de Pizzichittone, se retiró á Sant Angelo, para irse al día siguiente á Pavía, siendo cosa desesperada de todo punto, por esta razón, el poder defender el ducado de Milán, y, estando ya todo el país en grande sublevación y alborotos, se fueron de Milán al Piamonte para librarse Juan Jacóbo Trivulcio, el general de Normandía, Antonio María Palavicino, Galeazzo Visconti y otros muchos gentiles-hombres y ministros del Rey; y algunos días antes, temiendo no menos á los pueblos que á los enemigos, habían huído los cardenales, aunque estando mas feroces en los decretos que en las otras obras, habían casi al mismo tiempo, como principio de su privación, suspendido al Papa de todas las administraciones espirituales y temporales de la Iglesia.

Ayudaron estos alborotos al bien del cardenal de Médicis (reservado del cielo para grande felicidad) porque, siendo llevado á Francia, cuando entraba por la mañana en la barca al paso del Pó que está enfrente de Bassignana (llamada por los antiguos *Augusta Bactienorum*), alzando las voces unos vecinos de la villa llamada la Pieve del Cairo, de los cuales fué el primero Reinaldo Zallo, con quien se habían concertado algunos criados del Cardenal que habían alojado allí aquella noche, fué quitado de las manos á los soldados franceses que le aguardaban; los cuales, espantados y temerosos de cualquier accidente, en oyendo el ruido, atendieron más á huir que á hacer resistencia.

Habiendo entrado en Pavía La Paliza, determinaba detenerse allí, por lo cual pedía al Trivulcio y al general de Normandía que fuesen á aquella ciudad. Fué enviado el Trivulcio (habiéndoselo ordenado así el general y los otros principales), y le dió á entender cuán vano era su consejo, y que no era posible detener tan gran ruina, estando el ejército sin infantería y no su-

friendo la brevedad del tiempo el levantarla de nuevo; que no se podía sacar ya sino de lugares muy apartados y con suma dificultad y, cuando no hubiese estos impedimentos, faltaba el dinero para pagarla; que la reputación estaba perdida en todas partes, los ánimos llenos de espanto y los pueblos con grande odio por la licencia usada por los soldados sin moderación en tanto tiempo.

Dichas estas cosas, fué el Trivulcio para que la gente pasase con más comodidad á hacer echar un puente donde el río apartado de Valenza hacia Asti se estrecha más; pero ya el ejército de los coligados, á quien se rindió, cuando los franceses se retiraron del Adda, la ciudad de Lodi con su fortaleza, se había acercado á Pavía desde Sant Angelo, donde luego que llegaron comenzaron los capitanes venecianos á batir con la artillería el castillo, y una parte de los suizos pasó en barcos el río que está junto con la ciudad. Mas temiendo los franceses que les impedirían el pasar por el puente de piedra que está sobre el río Tesino, por donde sólo se podían salvar, fueron hacia él para salir de Pavía, y antes que hubiese salido la retaguardia, adonde habían puesto en lo último para guarda de los caballos algunos infantes tudescos que no se habían ido con los otros, los suizos, saliendo de hacia Portanuova y del castillo que estaba ya desamparado, fueron peleando con ellos por todo lo largo de Pavía y del puente, resistiendo animosamente, sobre todos los otros, los infantes tudescos. Pero pasando el puente del Gravalone, que era de madera, quebradas las vigas por el peso de los caballos, quedaron presos y muertos todos los franceses y tudescos que aún no lo habían atravesado.

Obligóse Pavía á pagar gran cantidad de dinero, lo mismo que había hecho Milán, componiéndose en mu-

cho mayor suma, y también lo hacían á porfía (excepto Brescia y Cremona) todas las otras villas.

Apellidábase en altas voces por todo el país el nombre del Imperio. El Estado se recibía y gobernaba en nombre de la Santa Liga (así la llamaban todos), disponiéndose la suma de las materias con la autoridad del cardenal Sedunense, señalado por legado del Papa; mas los dineros y todos los tributos se pagaban á los suizos, y de ellos eran todos los provechos y las ganancias.

Conmovidas todas las naciones por la fama de estas cosas, luego que se acabó la Dieta convocada en Zurich para este efecto, vino gran cantidad de gente á juntarse con los otros.

En tan gran mudanza de cosas se entregaron voluntariamente al Papa las ciudades de Parma y Plasencia, el cual pretendía que le tocaban como miembros del Exarcado de Ravena (1).

Ocuparon los suizos á Lucerna, y los grisones la Valtelina y á Chiavenna, lugares muy á propósito para sus cosas, y yendo á Génova Ianus Fregoso, capitán de los venecianos, con caballería é infantería que ellos le habían dado, fué causa de que, huyendo el capitán francés, se rebelase aquella ciudad y fuese él creado Dux, la cual dignidad había tenido ya su padre.

Volvieron con el mismo ímpetu de la fortuna al Papa todos los lugares y fortalezas de la Romana, y arrimándose á Bolonia el duque de Urbino con la gente eclesiástica, la desampararon los Bentivogli por verse privados de toda esperanza. Persiguiéndoles el Papa as-

(1) Este Exarcado de Ravena fué dado por Pipino, rey de Francia, al Papa Esteban II, después que hubo vencido á Astolfo, rey de los Longovardos, y fué el año 75 de la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo.—Véase esto en el Bembo, libro primero de la vida de Esteban II.—(Nota del traductor.)

perísísimamente, excomulgó á todos los lugares que en lo futuro los recogiesen. No mostraba menos odio contra aquella ciudad, enojado de que, olvidada de tantos beneficios, se rebelara tan ingratamente, que á su estatua hubiesen maltratado con muchos oprobios y escarnecido su nombre con muchas injurias. Por esto no les creó de nuevo los magistrados ni los admitió en alguna parte del gobierno, sacando por medio de ministros ásperos dineros de muchos ciudadanos, como amigos de los Bentivogli, por lo cual se divulgó, ó con verdad, ó falsamente, que, si no hubiera interrumpido sus pensamientos la muerte, tenía dispuesto en su ánimo, destruyendo aquella ciudad, pasar sus habitantes á Cento.

LIBRO XI.

SUMARIO.

Reconcíliase el Papa (aunque fingidamente) con el duque de Ferrara, por intercesión dal marqués de Mantua. Vuelve su pensamiento á hacer que el rey de Inglaterra moleste al de Francia, por lo cual, libre Italia algún tiempo del temor de las armas francesas, comenzaron á descubrirse algunas señales de discordia entre el rey de Aragón, el Papa y los venecianos, que antes habían estado unidos, por causa de la recuperación de algunos lugares, y al fin tuvo efecto esta desunión. Estando las cosas en este estado, aficionado el Papa á la casa de los Médicis, procura volverla á Florencia y sacar de su estado á Pedro Soderini, para lo cual, viniendo el Virrey con ejército formado á la Toscana, según lo que se había ajustado en la Dieta de Mantua, después del saco de Prato, volvió á entrar en Florencia la familia de los Médicis, y Pedro Soderini fué echado por fuerza del magistrado de Alférez mayor que tenía por su vida. Porque en la misma Dieta se concluyó que Maxamiliano Sforza, hijo de Luis, fuese hecho duque de Milán, puesto ya en su estado, le hubo de defender de las fuerzas del rey de Francia, el cual, después de la muerte de Julio II y de la creación de León X, estando con deseo de conquistar el Estado de Milán y Génova, coligándose con los venecianos, volvió á recuperar casi todo, excepto á Novara, donde fué roto por los suizos solos miserablemente en una batalla memorable. Porque, por esta confederación, habían alcanzado Andrea Gritti y el Albiano la libertad del rey de Francia, que los tenía presos, se emplearon los venecianos en la toma de las villas que tenía el Empera-

dor en Lombardía, el cual, haciendo muchos progresos contra ellos, vino otra vez, desde el asedio de Padua, y les dió una rota en Vicenza. En este tiempo fué anulado de todo punto el Concilio pisano, y los cardenales que habian sido privados del capelo fueron restituidos á su dignidad.

CAPÍTULO PRIMERO.

El marqués de Mantua intercede con el Papa en favor del duque de Ferrara.—Alfonso de Este está en Roma en peligro de ser arrestado por el Papa, y le salvan los Colonna.—Enrique VII de Inglaterra declara la guerra á Francia.—Julio II favorece á la familia de los Médicis.—La liga empieza á desunirse.—Dieta de Mantua.—Guerra contra los florentinos.

Después que el Papa en sus mayores adversidades y peligros hubo, con suceso no esperado, conseguido la victoria contra sus enemigos, recuperando y ensanchando el dominio de la Iglesia, quedó firme en su antiguo deseo de la ciudad de Ferrara, la cual había sido el primer objeto de tan grande incendio, y aunque deseaba ardientemente volver las armas contra ella, con todo eso, ó pareciéndole más fácil el camino de la paz que el de la guerra, ó esperando más en las diligencias ocultas que en las obras descubiertas, dió antes oídos al marqués de Mantua, que le suplicaba que concediese á Alfonso de Este ir á Roma á pedirle perdón para recibirle en su gracia con alguna condición honesta, y después al embajador del rey de Aragón, que rogaba por él como pariente de su Rey (había nacido Alfonso de una hija del rey Fernando el viejo, de Nápoles), y

porque, para las cosas del Rey, era más á propósito obligarle con tan gran beneficio que permitir que también se añadiese á la grandeza de la Iglesia aquel Estado.

Procurábanlo asimismo los Colonnas, que habían recobrado grande amistad con Alfonso porque, habiéndole pedido el rey de Francia, después de la batalla de Ravena, á Fabricio Colonna, su prisionero, negándolo primero y después interponiendo varias excusas, difirió tanto el concedérsele, que, por la mudanza que sucedió de las cosas, había estado en su mano darle libertad graciosamente y sin ninguna carga.

Fué, pues, Alfonso á Roma, habiendo alcanzado salvoconducto del Papa, y para mayor seguridad dándole la palabra, con la voluntad del Papa, el embajador del rey de Aragón en nombre de su Rey, de que iría y volvería seguramente donde, después que hubo llegado, habiendo suspendido el Papa las censuras, y admitiéndole en el Consistorio, pidió perdón humildemente, suplicando con la misma sumisión que le volviese enteramente en su gracia y en la de la Sede Apostólica, ofreciendo que quería continuamente hacer todas las obras que pertenecían á fidelísimo feudatario y vasallo de la Iglesia.

Oyóle muy benignamente el Papa, y señaló seis cardenales para tratar con él las condiciones de la concordia, las cuales, después que fueron tratadas algunos días, le declararon que no pensaba el Papa de ninguna manera privar á la Iglesia de la ciudad de Ferrara, pues había recaído en ella legítimamente; pero que, en recompensa de ella, le daría la ciudad de Asti, de la cual, habiéndola recibido en su poder de la Liga, por la ida de los franceses, pretendiendo el Papa que tocaba á la Iglesia todo lo de esta parte del Pó, había enviado (aunque en vano) á tomar la posesión al obispo de Agrigento.

Negando esto constantemente Alfonso, comenzó por esta demanda, tan diferente de las esperanzas que se le habían dado, y no menos por lo que de nuevo había sucedido en Regio, á temer que el Papa le entretenía artificiosamente en Roma para acometer al mismo tiempo á Ferrara.

Había enviado el Papa á excitar á los de Regio (los cuales tenían gran temor, por estar en tal confusión las cosas) á que, siguiendo el ejemplo de los parmesanos y placentinos, se entregasen á la Iglesia, y ordenado (porque fuesen más eficaces sus consejos) que viniese al Modenés el duque de Urbino con la gente.

Intentaba lo mismo, por el Emperador, Vitfrust, habiendo ido personalmente á Regio; y conociendo el cardenal de Asti (quien, por ausencia de su hermano, tenía á su cargo el Estado) que no podía conservar la ciudad, juzgando que era menos dañoso para su Estado que viniese á manos del Emperador, pues no pretendía á Ferrara y en cuyas cosas se podía esperar mayor variedad, aconsejaba á los de Regio que reconociesen antes el nombre del Imperio; pero respondiendo ellos que querían seguir el ejemplo del Duque que había ido al Papa y no al Emperador, introdujeron en el lugar la gente de la Iglesia, la cual, con industria ocupó también la ciudadela, aunque Vitfrust había metido ya en ella algunos de sus infantes.

Rindióse finalmente la Garfagnana al duque de Urbino, el cual, volviendo después á Bolonia, licenció toda la infantería, porque habiendo causado mucho disgusto á los coligados que el Papa hubiese ocupado á Parma y á Plasencia, dió á entender el cardenal Sedunense al Duque que no era necesario que pasase más adelante, pues había alcanzado la victoria contra los enemigos comunes.

Receloso grandemente el duque de Ferrara de la du-

reza del Papa y de haber ocupado á Regio, pidió á Su Santidad, por medio del embajador español y de Fabricio Colonna (que había estado con él en Roma continuamente), licencia para volverse á Ferrara. Mostrándose el Papa resistente á esta demanda, y afirmando que no perjudicaba el salvoconducto que le había concedido por las diferencias que tenía con la Iglesia, á los acreedores particulares, muchos de los cuales pedían que les administrase justicia, respondieron claramente el embajador y Fabricio que no se persuadiese de que ni al Duque ni á ellos se les hubiese de faltar á la palabra, y á la mañana siguiente, por prevenir si el Papa quisiese hacer nuevas provisiones, subiendo á caballo Fabricio fué hacia la puerta de San Juan de Letrán, siguiéndole no muy lejos el Duque y Marco Antonio Colonna. Hallóla guardada por muchos más de los que solían, los cuales le dijeron que no pasase, pero siendo más poderoso que ellos, esperando al Duque sobre la puerta le llevó con seguridad á Marino, recompensando, como comúnmente se creía, el beneficio de la libertad que él le había dado, porque nadie duda que, si no se lo hubieran impedido al Papa los Colonnas, le prendiera, y así, siéndole impedido el camino de tierra, volvió por mar poco después á Ferrara.

Mientras se andaba en estas cosas, había tratado también el Papa con el Sedunense (encendido como antes del odio á la libertad de los florentinos) que la gente que habían concedido al rey de Francia fuese desvalijada; de la cual, la parte que debajo del gobierno de Lucas Sabello estaba con el ejército, en número de ciento y veinte hombres de armas y sesenta caballos ligeros (porque Francisco Torrello con la demás se había quedado en la guarda de Brescia), había, antes que pasasen el Pó los franceses, alcanzado salvoconducto del Sedunense y la palabra de Juan Pablo Baglione y

de casi todos los capitanes venecianos para poderse volver á Toscana; pero habiendo alojado, según la instrucción que recibieron de ellos, cerca de Cremona, los desvalijaron los soldados venecianos, con consentimiento del Sedunense, el cual, según afirman algunos, envió allí para hacerlo dos mil infantes, atento á que alojaban juntamente con ellos las compañías del Trivulcio y del caballero mayor, las cuales por ser casi todas de soldados italianos, habían alcanzado también salvoconducto para pasar.

En saqueándolas envió luego el Sedunense á pedir la presa hecha á Cristóbal Moro y á Paulo Cappello, proveedores del Senado, como perteneciente á los suizos; mas no concediéndola y yendo un día después al ejército de los suizos para hablar al Sedunense, fueron, casi como presos, llevados á Jacobo Staffier, su capitán, y conduciéndolos él al Cardenal, se les obligó á prometer, en recompensa de la presa, seis mil ducados, no pareciendo justo que fuese de otros el premio de su traición, con la cual procuró también que el marqués de Monferrato le entregase preso á Nicolás Capponi, embajador florentino, que se había retirado á Casal Cervagio con salvoconducto.

En este medio, el Senado veneciano, deseoso de atender á la recuperación de Brescia y de Crema, procuraba que volviese su gente, á la cual entretenía el Cardenal debajo de color de que fuese, juntamente con los suizos, al Piamonte contra el duque de Saboya y el marqués de Saluzzo, que habían seguido la parte del rey de Francia; mas habiendo cesado después esta ocasión, por haberse multiplicado en gran número los suizos y porque se sabía manifiestamente que los soldados franceses pasaban de la otra parte de los montes, no consentía ni negaba que se fuesen.

Creíase que procedía esto de la instancia que hacía

al Emperador para que no recuperasen aquellas ciudades.

Finalmente, estando los suizos en Alejandría, partieron de repente los venecianos del Bosco y pasaron sin ningún estorbo el Pó por la Caba en el Cremonés. No dándose por entendido de ello el Cardenal, como se creyó, á petición del Papa, pues es cierto que se lo hubiera podido impedir.

En pasando el Pó se dividieron parte contra Brescia y parte contra Crema, que estaban guardadas por el rey de Francia. Habiéndoles acometido los franceses, que estaban en Brescia en la villa de Paterna, fueron obligados á retirarse adentro, perdiendo más de trescientos hombres.

Los suizos, que habían quedado en el ducado de Milán y en el Piamonte, atendían á poner tributos por todo el país, estando seguros enteramente de los franceses porque, si bien el rey de Francia, por la intensa afición que tenía al Estado de Milán, se disponía de mala gana á dejar desamparadas de todo punto las cosas de Italia, con todo eso, le obligó la necesidad á dar crédito á la opinión de aquellos que le aconsejaban que, difiriendo para otra sazón este pensamiento, atendiese por aquel verano á defender el reino de Francia; siendo cierto que el rey de Inglaterra, según los conciertos hechos con el Rey Católico, había enviado por mar seis mil infantes ingleses á Fuenterrabía, villa en el reino de España, situada á la orilla del mar Océano para que, juntos con la gente de aquel Rey, acometiesen el ducado de Guyena.

Demás de esto, comenzaba á infestar con una armada de mar las costas de Normandía y de Bretaña, con grande asombro de los pueblos.

No quedaba esperanza alguna de reiterar al Emperador en su amistad, porque entendía, por relación del

obispo de Marsella, que había sido Embajador cerca de su persona, que tenía el ánimo muy apartado de él y que por ninguna otra cosa le había dado tantas esperanzas y tratado con él tantas cosas, con sumo fingimiento, sino para tener ocasión de oprimirle, cogiéndole desapercibido, ó á lo menos lastimarle con un golpe casi mortal, como se gloriaba que lo había hecho con la revocación de los infantes tudescos.

Asegurada, pues, Italia por este año de las armas del rey de Francia, cuya gente guardaba todavía á Brescia, Crema, Lignago, el Castillejo y la Linterna de Génova, el castillo de Milán, el de Cremona y algunas otras fortalezas de aquel Estado, se veían señales de diferencia y de desunión entre los coligados, siendo muy varias sus voluntades y fines.

Deseaban los venecianos recuperar á Brescia y á Crema, ciudades que se les debían por las capitulaciones y por haber pasado tantos peligros y molestias de la guerra, y lo mismo deseaba el Papa para ellos. Por otra parte, el Emperador (de cuya voluntad no podía al fin apartarse el Rey Católico) pensaba tomarlas para sí, y demás de esto, quitar á los venecianos todo lo que se les había adjudicado por la liga de Cambray.

Trataban el Emperador y el mismo Rey (pero con ocultos consejos) que el ducado de Milán fuese para uno de los nietos de ambos. En contrario de esto trabajaban descubiertamente el Papa y los suizos, para que fuese restituído al pueblo de su padre (como siempre desde el principio se había tratado) Maximiliano, hijo de Luis Sforza, el cual, después de la ruina de su padre, había vivido continuamente en Alemania; obligado el Papa porque Italia no cayese enteramente en la servidumbre tudescas y española, y los suizos porque deseaban, por su propio provecho, que no fuese señoreado aquel Estado por Príncipes tan poderoso.

sos, sino por quien no pudiese valerse sin sus ayudas.

Dependiendo esto casi de todo punto de ellos, en cuyo poder estaba aquel Estado, y por el terror de sus armas, el Papa, para confirmarlos en esta voluntad y para tener prevenido éste freno en todo lo que se ofreciese, con el cual pudiese moderar la ambición del Emperador y del Rey Católico, usaba de cualquiera industria y maña para hacerlos sus amigos, para lo cual, demás de ensalzar públicamente hasta las estrellas el valor de la nación helvecia y engrandecer las cosas que habían hecho por el bien de la Sede Apostólica, les había dado las banderas de la Iglesia por honrarles é intitulado con nombre más glorioso de auxiliares y defensores de la libertad eclesiástica.

Añadíanse á las otras desuniones que, habiendo el Virrey puesto en orden la gente española que, después de la rota, se había retirado toda juntamente con él al reino de Nápoles, y moviéndose para pasar con ella á Lombardía, negaban el Papa y los venecianos el pagar los cuarenta mil ducados al mes que, después de la rota, habían dejado de satisfacer, alegando que, por haber pasado de la otra parte de los montes el ejército francés, no estaban ya sujetos á aquella obligación, la cual se acababa, según los capítulos de la confederación, cuando los franceses fuesen echados de Italia.

Replicábase á esto en nombre del rey de Aragón que no se podía suponer echados á los franceses de Italia mientras estaban en su poder Brescia, Crema y tantas fortalezas. Quejábase, demás de esto, junto con el Emperador, de que el Papa, atribuyéndose á sí mismo los premios de la victoria común, y usurpando lo que manifiestamente tocaba á otros, hubiese, con motivos aparentes, ó sin fundamento, ocupado á Parma y Placencia, ciudades que largo tiempo las habían poseído los que dominaban á Milán como feudatarios del Imperio.

Veíase finalmente diversidad de ánimo en las cosas del duque de Ferrara, animado el Papa de la antigua ambición, y por otra parte, el rey de Aragón, deseoso de librarle; enojado también, como se creía, de que hubiese intentado el Papa detener al duque en Roma contra la palabra dada, por lo cual el Papa dejaba de molestar á Ferrara, esperando por ventura que primero se compusiesen las cosas mayores en cuya determinación, queriendo intervenir el Emperador, enviaba á Italia al obispo Gurgense, que estaba señalado para ir á ella desde cuando se trataba la paz entre el Papa y el rey de Francia, después de la batalla de Ravena, porque temía que se hiciese entre ellos algún concierto sin considerar sus intereses; pero sucediendo después la mudanza de las cosas, continuó en la determinación de enviarle.

Considerábanse también las cosas de los florentinos, los cuales, llenos de recelos, comenzaban á sentir los frutos de la neutralidad usada desaprovechadamente, y á conocer que no era suficiente presidio el abrazar la justicia de la causa donde había faltado la prudencia; porque en la presente guerra no habían ofendido á los coligados, ni dado ayuda alguna al rey de Francia, sino la que estaban obligados para la defensa del Estado de Milán, por la confederación hecha comúnmente con el Rey Católico y con él; y no habían permitido que fuesen maltratados en su dominio los soldados españoles huídos de la batalla de Ravena, por lo cual el mismo rey de Aragón había dado las gracias al embajador de Florencia. Así habían cumplido con obras sus demandas, porque, después que se fué el Concilio de Pisa, habían ofrecido sus ministros en Italia y el mismo Rey al embajador que se obligaría á defender su República contra cualquiera, con tal que le prometiesen no defender á Bolonia, no mover las armas contra la Iglesia,

ni dar favor al conciliábulo pisano. Pero impidiéndoles las discordias civiles escoger la mejor parte, no se juntaron con el rey de Francia ni con otros, y guardando la neutralidad de día en día con consejos dudosos é interrumpidos, sin tomar alguna determinación unidamente, ni declarando que la querían guardar, ofendieron mucho el ánimo del rey de Francia, el cual, desde el principio, se prometía mucho de ellos. Ni mitigaron el odio del Papa, ni al rey de Aragón le dejaron (sin recibir recompensa alguna) gozar el fruto de su neutralidad, el cual, por alcanzarla, se hubiera de buena gana concertado con ellos.

Provocado el Papa por el odio contra el Alférez mayor, y por el deseo antiguo de todos los pontífices de tener autoridad en aquella República, hacía instancia para que se intentase restituir á su primera grandeza la familia de los Médicis; á lo cual se inclinaba también el rey de Aragón (aunque con el embajador de Florencia usaba de diferentes palabras que hechos), por los recelos que tenía de que en cualquier movimiento se inclinasen á favor del rey de Francia por la autoridad del Alférez mayor, sospechándose que, quitado el Alférez mayor, y viéndose la República gobernada libremente, tendría la misma afición por las dependencias antiguas y modernas. El tomar resolución sobre esto se reservaba, juntamente con los otros negocios, para la venida del Gurgense, con quien estaba concertado que se juntasen en Mantua el Virrey y los ministros de los otros coligados.

Mientras venía, envió el Papa á Florencia á Lorenzo Pucci, florentino, su Datarío (aquel que llegando después á ser cardenal se llamó el cardenal de Santicuatro) á pedirles, juntamente con el embajador que tenía allí el Virrey, que se juntasen con la Liga, contribuyendo en los gastos contra los franceses. Este era el color

de su venida, pero verdaderamente le enviaba para penetrar los ánimos de los ciudadanos.

Tratando muchos días sobre esta demanda no se tomaba conclusión alguna, ofreciendo los florentinos pagar á los confederados cierta cantidad de dinero, pero respondiendo dudosamente sobre las demandas de entrar en la Liga y de declararse contra el Rey.

Causaba en parte esta duda (como era cierto) el creer que se proponían estas cosas artificiosamente, pero mucho más la respuesta que dió en Trento el obispo Gurgense á su embajador que habían enviado á recibirle porque, mostrando que no hacía caso de lo que le recordaba de que el Emperador, por la capitulación hecha en Vicenza por su mano, estaba obligado á su defensa, afirmaba que el Papa tenía intención de molestarles, y que, pagando al Emperador cuarenta mil ducados, les libraría de este peligro. Añadía que aún duraba la confederación entre el Emperador y el rey de Francia, por lo cual les aconsejaba que no entrasen en la Liga hasta que entrase también el Emperador.

No hubieran los florentinos estado apartados de comprar la quietud con el dinero; pero dudando que sólo el nombre del Emperador, aunque el Gurgense afirmaba que seguirían los españoles su voluntad, no bastaba para quitar la mala intención de los otros, estaban suspensos para, con consejo más maduro, poder dar los remedios á quien pudiese dar ayuda á su enfermedad. Por ventura se consideraba esto prudentemente, pero procedía, ó de imprudencia, ó de las mismas diferencias, ó de hacer más confianza de la que se debía en la ordenanza de los infantes de su dominio, no previniéndose de soldados ejercitados, los cuales fueran útiles para poderse defender más facilmente de un acometimiento súbito, ó á lo menos para facilitar el concertar-

se con los coligados cuando hubiesen conocido que era dificultoso el forzarlos.

Mientras se trataban estas cosas había llegado el Virrey al Boloñés con los infantes españoles, y faltándole en aquel sitio el poder para pagar á la infantería el dinero que les había prometido, corrieron con tan gran alboroto á su alojamiento, amenazándole que le querían matar, que apenas tuvo tiempo para huir ocultamente, yendo hacia Módena. Una parte de los infantes se volvió hacia el país de los florentinos, los otros no mudaron alojamiento, pero estaban sin ley, sin orden y sin gobierno.

Al fin, habiéndose aquietado sus ánimos, después de tres ó cuatro días, con una parte del dinero prometido, y volviendo el Virrey y todos los infantes al ejército, prometieron esperarle en el mismo lugar hasta que volviese de Mantua, donde había llegado el Gurgense, al cual, cuando pasaba por el Veronés, los franceses que guardaban á Lignago, desechando muchas ofertas de los venecianos, le habían entregado aquel lugar por no poderle sustentar más, teniendo orden para ello, según se cree, que antes les había dado La Paliza, así á ellos como á todos los que guardaban las otras villas, á fin de sustentar la discordia entre el Emperador y los venecianos, si bien esto les sucedió infelizmente á los soldados porque, saliendo de Lignago, sin tener respeto al salvoconducto que el Gurgense les dió, fueron desvalijados por el ejército veneciano que estaba á los contornos de Brescia, donde se había detenido cuando volvió de Bosco, habiendo recuperado á Bérgamo sin trabajo; pero no combatía á Brescia porque, según se decía, se lo había prohibido el cardenal Sedunense.

En la junta de Mantua se determinó que viniese al ducado de Milán Maximiliano Sforza por ser deseado grandemente de los pueblos, concediéndolo el Empera-

dor y el rey de Aragón por la firmísima voluntad del Papa y de los suizos, y que el tiempo y el modo lo concertase el Gurgense con el Papa, al cual debía ir para establecer amistad entre el Emperador y él, y para tratar la concordia con los venecianos y confirmar por medio de la unión común la seguridad de Italia contra los ataques del rey de Francia.

Tratóse en la misma Dieta de acometer á los florentinos, haciendo instancia Julián de Médicis en su nombre y el del Cardenal, proponiendo que era fácil la mudanza de aquel Estado por las divisiones de los ciudadanos, porque muchos deseaban su vuelta, por ocultas pláticas que tenían (según afirmaba) en aquella ciudad algunas personas nobles y poderosas, porque los florentinos, deshecha una parte de su gente en Lombardía y la otra encerrada en Brescia, no tenían fuerzas suficientes para defenderse contra un acometimiento tan repentino. Mostraba el fruto que, demás del dinero que ofrecía, resultaría de su restitución porque, quitado el poder de aquella ciudad de la mano de uno que dependía enteramente del rey de Francia, vendría á manos de personas que, ofendidas é injuriadas por aquel Rey, no reconocerían otra dependencia ni unión que la de los coligados.

Lo mismo procuraba en nombre del papa Bernardo de Bibbiena, que después fué cardenal, enviado por Su Santidad por esta razón, y criado, juntamente con sus hermanos, desde la niñez en la casa de los Médicis.

Era embajador de los florentinos cerca del Gurgense Juan Vettori Soderini, jurisconsulto, hermano del Alférez mayor, al cual, ni por el Virrey ni en nombre de la Liga se le decía ni preguntaba nada; pero mostrándole el obispo Gurgense estos peligros, le persuadía á que se concertase con el Emperador, según las demandas hechas primero, y ofreciendo que el Emperador y el rey de

Aragón le recibirían en su amparo; mas no teniendo el embajador autoridad para hacer conciertos, tenía que limitarse á significarlo á la República y esperar sus respuestas. Ni por él ni por otros se hacía instancia con el Virrey ni diligencia para interrumpir las propuestas de los Médicis; pero, con todo eso, la materia por sí misma ofrecía muchas dificultades, porque el Virrey no tenía ejército tan poderoso que, si no fuese necesitado, debiese experimentar sus fuerzas de buena gana, y el Gurgense, para impedir que los venecianos recuperasen á Brescia ó hiciesen mayores progresos, deseaba que pasasen los españoles á Lombardía lo más pronto que pudiesen, por lo cual se cree que si los florentinos, dejando aparte el negociar con ventajas y ahorros, como lo pedían los peligros que les amenazaban, hubiesen convenido en dar al Emperador el dinero pedido y ayudado con alguna suma al Virrey, por verse en suma necesidad, se hubieran fácilmente librado de esta avenida, y que quizás el Gurgense y el Virrey se concertaran de mejor gana con la República, la cual estaban ciertos que cuidaría de lo que prometía, que con los Médicis, pues no les podían dar nada si primero no volvían con las armas á Florencia.

Mas estando desamparada casi de todo punto la causa de aquella ciudad, ó por negligencia ó por malicia de los hombres, se determinó que el ejército español, con el cual fuesen el Cardenal y Julián de Médicis, volviese hacia Florencia, y que llamase el cardenal (al cual declaraba el Papa por Legado de la Toscana en esta jornada) á los soldados de la Iglesia que estaban en los lugares más cercanos y que le pareciesen más á propósito.

Acabadas las materias de la Dieta, volviendo el Virrey al Boloñés, movió luego la gente contra los florentinos, á los cuales había dejado muy corto tiempo

para hacer las provisiones necesarias el no haber sabido antes lo que se había determinado en Mantua. Juntóse con el Cardenal estando ya cerca de los confines, el cual, por no tener los españoles artillería para batir las murallas, hizo sacar de Bolonia dos cañones y habían venido á su servicio Franciotto Orsino y los Vitelli, capitanes de la Iglesia, pero sin sus compañías, porque á ellos y á los otros soldados de la Iglesia se lo estorbó el duque de Urbino, el cual, aunque se había sustentado en su corte algunos años Julián de Médicis y siempre hubiese hecho profesión de desear su grandeza, le negó, no se sabe por qué motivo, darles artillería ni alguna ayuda de soldados ni de vasallos suyos, no obstante que el Papa les había ordenado lo contrario por amplios Breves á él y á los súbditos de los lugares cercanos de la Iglesia.

CAPITULO II

Demanda del Virrey á los florentinos para restablecer la casa de los Médicis.—Desacuerdo entre los ciudadanos.—Discurso del Alférez mayor Soderini.—Toma y saqueo de Prato.—Espanto general en Florencia.—El Alférez mayor es sacado por fuerza del palacio y se retira á Ragusi.—Los florentinos entran en la liga con el rey de Aragón.—Julián de Médicis entra en Florencia y oprime la libertad.

Vino al Virrey un embajador de la República luego que entró en el dominio de los florentinos, el cual, mostrando el respeto que siempre habían tenido al rey de Aragón, cuáles fueron sus acciones en la guerra pasada y lo que su Rey podía esperar de aquella ciudad si la

recibía en su amistad, le rogó que, antes que pasasen más adelante, significase lo que pedía de los florentinos, porque le corresponderían liberalmente á las demandas justas y que fuesen conformes á sus fuerzas.

Respondió que su venida no la había determinado sólo el Rey Católico, sino todos los confederados para la seguridad común de Italia, y que, mientras el Alférez mayor estuviera en aquel puesto, no se podía tener alguna seguridad de que en cualquiera ocasión no siguiesen al rey de Francia, por lo cual pedía en nombre de todos que fuese privado el Alférez mayor del cargo y se constituyera una forma de gobierno que no fuese sospechosa á los confederados, lo cual no podía ser si el Cardenal y Julián de Médicis no eran restituidos á su patria; que si convenían en estas cosas se ajustarían en las otras fácilmente; que así fuese á referirlo á Florencia ó enviase á hacer notoria por otro camino su intención, mas que él no quería detenerse hasta que viniera la respuesta.

Entendida en Florencia la venida de los españoles y persuadiéndose de que las fuerzas del Papa les habían de acometer por otra parte, había grande asombro en toda la ciudad, temiéndose de la división de los ciudadanos y de la inclinación de muchos á cosas nuevas.

Tenían poca gente de armas é infantería que no fuese levantada de tropel ó recogida de sus ordenanzas, y la mayor parte de ella no estaba experimentada en la guerra. No poseían ningún capitán señalado cuyo valor ó autoridad les animase; los otros capitanes eran tales, que nunca en la memoria de los pasados habían estado en su servicio hombres de menos esperanza; con todo eso, disponiendo con solicitud cuanto podían en tan corto tiempo, recogían la gente de armas que estaba dividida en varios lugares; levantaban infantería, pero la que se podía hallar y escogiendo las más útiles ban-

das de todas las ordenanzas, reducían todo el esfuerzo á Florencia para seguridad de aquella ciudad y para proveer desde allí los lugares adonde se volviesen los enemigos.

No dejando de intentar, aunque tarde, el camino del acuerdo, demás de lo que por su embajador se trataba continuamente con el Virrey, escribieron al cardenal de Volterra, que estaba en Grádoli, tierra de la Romaña, que, pasando donde estaba el Papa, procurase aplacarle con ofertas, con ruegos y con cualquier artificio, el cual endurecido respondía, aunque con obras contrarias á las palabras, que no era esta empresa suya y que se hacía sin su gente, pero que, por no irritar contra sí toda la Liga, había estado obligado á convenir en ella y á sufrir que el cardenal de Médicis hiciese llevar la artillería de Bolonia, y que pues no lo había podido estorbar antes que se hubiese comenzado, mucho menos lo podría hacer después de haber tenido principio.

Entre tanto el Virrey, bajando de las montañas á Barberino, villa apartada quince millas de Florencia, envió por una persona suya á significar que no era intención de la Liga alterar el dominio de la ciudad, como se apartase de su cargo el Alférez mayor, por la seguridad de Italia; que deseaba que los Médicis pudiesen gozar de su patria, no como cabezas del gobierno, sino como particulares y viviendo debajo de las leyes de los magistrados, siendo en todo semejantes á los otros ciudadanos.

Habiéndose publicado esta propuesta en toda la ciudad, eran varias las opiniones de las gentes. ¡Tan diferentes son los juicios, las pasiones y el temor! Murmuraban algunos de que, por el respeto de uno solo, se hubiesen de exponer todos los ciudadanos y todo su dominio á tan gran peligro; pues, con deponerle del cargo, no se perdía ni el Consejo del pueblo, ni la libertad

pública, la cual no sería dificultoso conservar de los Médicis, despojados de reputación y del poder, si quisiesen pasar del grado de particulares; que se debía considerar cómo podría resistir la ciudad á la autoridad y á las fuerzas de tan gran Liga; que sola no era bastante, teniendo á toda Italia por enemiga, y enteramente le faltaban las esperanzas de ser socorrida por los franceses; los cuales, habiendo desamparado vilmente á Italia, tenían que hacer en defender su reino y, sabiendo su flaqueza, habían respondido á las peticiones de los florentinos que convenían en que se hiciese acuerdo con la Liga.

Decían otros, en contrario de esto, que era cosa ridícula creer que tan grande movimiento se hiciese sólo por el odio al Alférez mayor y porque los Médicis pudiesen estar en Florencia como ciudadanos particulares; que era otra la intención de los coligados, los cuales por tener unida la ciudad á su voluntad y poder sacar de ella gran cantidad de dinero, no tenían otro fin que poner á los Médicis en la tiranía, pero que lo encubrían con demandas menos ásperas y que contenían el mismo efecto. ¿Qué otra cosa era significar con las amenazas y con el espanto de las armas que se quitase en este tiempo al Alférez mayor del Palacio, sino dejar el rebaño descarriado sin pastor? ¿Qué otra cosa entrar en Florencia los Médicis con tan gran alboroto, sin alzar una bandera que pudiesen seguir aquellos que sólo pensaban en extinguir el nombre, la memoria y huellas del Consejo grande, pues si él se anulaba, lo quedaba también la libertad? ¿Que cómo se podría estorbar que los Médicis, acompañados fuera por el ejército español y seguidos dentro por los ambiciosos y sediciosos, no oprimiesen la libertad el mismo día que entrasen en Florencia? Que se debía considerar lo que podían producir los principios de las cosas y el comenzar á ceder en las

demandas injustas y dañosas; que no se debía temer tanto de los peligros que se olvidasen del bien de la ciudad y de cuán cruel cosa era el vivir en servidumbre para quien había nacido y se había criado en libertad; que se acordasen con cuánta generosidad se opusieron al rey Carlos de Francia para conservar la libertad cuando estaba en Florencia con ejército tan poderoso, y considerasen cuánto era más fácil resistir á tan poca gente falta de dinero, sin provisión de vituallas, con pocas piezas de artillería y sin ninguna comodidad para sustentar la guerra, si se defendiese del primer esfuerzo, la cual necesitada á estar breve tiempo en la Toscana y movida por las esperanzas que le habían dado los emigrados de alcanzar la victoria con pocas fuerzas, en viendo que comenzasen á resistir con valor, se inclinaría á la concordia con muy justas condiciones.

Esto se decía por los ciudadanos en los corrillos y en las plazas; pero queriendo el Alférez mayor que el mismo pueblo determinase la respuesta que había de dar el Magistrado á la persona que había enviado el Virrey, convocado el Consejo mayor, al juntarse los ciudadanos, habló de esta manera:

«Si yo creyera que la demanda del Virrey no miraba á otro fin que á sólo mi interés, hubiera tomado por mí mismo la determinación que fuese conforme á mi propósito, el cual, habiendo sido siempre estar prevenido á exponer mi vida por vuestro propio bien, me sería mucho mas fácil resolverme á renunciar el magistrado que vosotros me habéis dado, por libraros de los daños y de los peligros de la guerra, mayormente teniendo, en tantos años como he poseído este puesto, cansado el cuerpo y el ánimo con tantas molestias y trabajos. Mas porque en esta demanda puede ser que se trate más que de mi interés, les ha parecido á estos honrados

compañeros míos y á mí que, sin el consentimiento público, no se determine aquello en que consiste tanto el interés de todos, y que cosa tan grave y tan universal no se trate con el número ordinario de los ciudadanos con los cuales se suelen tratar las otras cosas, sino con vosotros que sois el Príncipe de esta ciudad y á quien pertenece sólo tan grave determinación. No quiero aconsejaros más á una parte que á otra; vuestro sea el consejo y vuestro el juicio: lo que determinareis será aceptado y alabado por mí, que os ofrezco, no sólo el magistrado, que es vuestro, sino la persona y mi propia vida, y atribuiría á singular felicidad si yo pudiese creer que esto sea el medio de vuestro bien.

»Examinad lo que puede importar ahora á vuestra libertad la demanda del Virrey, y Dios os dé gracia y alumbre vuestros entendimientos para que resolváis lo mejor.

»Si los Médicis tuviesen disposición para habitar en esta ciudad como ciudadanos particulares, sufriendo con paciencia el juicio de los magistrados y de vuestras leyes, sería loable su restitución para que la patria común se juntase en un cuerpo general; si es otra su intención, advertid á vuestro peligro. No os parezca grave sustentar gastos y dificultades por conservar vuestra libertad; y cuán preciosa sea lo conoceréis mejor, aunque sin fruto, cuando (tengo horror de decirlo) la hayáis perdido.

»No hay nadie que se persuada de que el gobierno de los Médicis ha de ser el mismo que antes que fuesen echados, porque está mudada la fortuna y los fundamentos de las cosas. Criados entonces entre nosotros casi como ciudadanos particulares, riquísimos de hacienda según el puesto que tenían, sin ser ofendidos por nadie, hacían fundamento en el amor que les tenían los ciudadanos, trataban con los principales las cosas pú-

blicas, y procuraban más con el manto de la cortesía cubrir que publicar sus grandezas.

Pero ahora, habiendo habitado tantos años fuera de Florencia, hechos á costumbres extranjeras, entendiendo poco por esto de las cosas civiles, teniendo en la memoria el destierro y crueldades usadas con ellos, pobres de hacienda y enemigos de tantas familias, sabiendo que la mayor parte ó casi toda la ciudad aborrece la tiranía, no confiarán en ningún ciudadano, y forzados por la pobreza y por la sospecha, tomarán para sí mismos todas las cosas, no fundándose sobre la amistad y amor sino sobre la fuerza y las armas, de tal manera, que en muy breve tiempo quedaria esta ciudad como estaban Bolonia, Siena y Perusa en el tiempo de los Bentivogli.

»He querido decir esto á aquellos que alaban el tiempo del gobierno de Lorenzo de Médicis, en el cual, aunque hubo duras leyes y fué una tiranía, si bien más mansa que otras muchas, fué, en comparación de ésta, una edad de oro.

»Tócaos ahora á vosotros determinar con prudencia. A mí, ó renunciar con ánimo constante y alegre este cargo, ó si tomarais otra determinación, atender gallardamente á la conservación y defensa de vuestra libertad.»

No se dudaba cuál sería la determinación del Consejo por la inclinación que tenía casi todo el pueblo á mantener el gobierno popular; por lo cual se resolvió, con maravilloso consentimiento, que se conviniese en la vuelta de los Médicis como particulares, pero que se negase el mover al Alférez mayor de su puesto, y que si estuviesen pertinaces los enemigos en este parecer, se atendiese con las haciendas y con las vidas á defender la libertad y la patria común.

Vueltos por esto todos los pensamientos á la guerra,

y habiendo hecho provisión de dinero, enviaban gente á la villa de Prato, que está á diez millas de Florencia, porque sería, á lo que se creía, la primera que acometiese el Virrey, el cual, después que en Barberino hubo recogido el ejército y la artillería, conducida con dificultad por la aspereza del Apenino y porque, por falta de dineros, no tenía la provisión necesaria de gastadores ni de instrumentos para llevarla, se arrimó, como se había creído, á Prato, donde, habiendo llegado al amanecer, batió el mismo día con los falconetes por algunas horas la puerta de Mercatale, en que hizo poco fruto por estar bien reparada por dentro.

Habían metido los florentinos en Prato cerca de dos mil infantes, casi todos de sus ordenanzas y los demás recogidos aprisa de todos los artes y ejercicios viles, mas de tan grande número, eran muy pocos los que tenían experiencia de la guerra; y con cien hombres de armas á Lucas Savello, capitán viejo, mas que ni por la edad ni por la experiencia había llegado á puesto alguno de destreza militar. Los hombres de armas eran los mismos que poco tiempo antes habían sido desvalijados en Lombardía.

Añadíase que, por la brevedad del tiempo y por la poca práctica de quien los había de proveer, había en el lugar poca cantidad de artillería y falta de municiones y de todas las cosas necesarias para la defensa.

Estaban con el Virrey doscientos hombres de armas, cinco mil infantes españoles y sólo dos cañones, ejército pequeño en cuanto al número y á los otros aparatos, pero grande en cuanto al valor, porque los infantes eran todos los mismos que con tanta gloria se habían salvado en la batalla de Ravena, los cuales como hombres militares, confiando mucho en su valor, despreciaban grandemente la poca práctica de los contrarios. Pero habiendo venido sin provisión de vituallas y no ha-

llando el país abundante de ellas, porque, aunque apenas se había acabado la cosecha, las habían conducido á los lugares amunicionados, comenzaron luego á sentir su falta. Espantado de esto el Virrey, se inclinaba á la paz que continuamente se trataba, con condición de que los florentinos conviniesen en que los Médicis volvieran, iguales á los otros ciudadanos, y no hablándose más de la deposición del Alférez mayor, pagasen al Virrey, por que se fuese de su dominio, cierta cantidad de dinero, la cual se pensaba que no pasaría de treinta mil ducados.

El Virrey había concedido salvoconducto á los embajadores electos para este despacho, y se abstuviera de acometer á Prato hasta su venida si le hubieran dado de adentro alguna cantidad de vituallas.

Ninguna cosa vuela más que la ocasión; ninguna es más peligrosa que juzgar de las profesiones de los otros, y ninguna es más dañosa que los demasiados recelos. Deseaban la paz todos los ciudadanos principales, acostumbrados en tiempos pasados, con los ejemplos de sus mayores, á defender muchas veces la libertad del hierro con el oro, por lo cual hacían instancia que fuesen luego los embajadores escogidos, encargándoles, demás de las otras cosas que se les cometían, que hiciesen dar vituallas de Prato al ejército español, para que el Virrey esperase con quietud si la paz tratada tenía efecto; pero el Alférez mayor, persuadiéndose contra su natural tímido, que los enemigos, desesperados de la victoria, hubiesen de irse por sí mismos, ó temiendo que los Médicis volverían en cualquier movimiento á Florencia, ó llevándole su hado á ser causa de su propia ruina y de las calamidades de su patria, alargando artificiosamente el despacho de los embajadores, obró de manera que no fueron el día que estaba determinado que fuesen; por tanto, apretando al Virrey la falta

de las vituallas, é incierto de si vendrían ya los embajadores, mudando la noche siguiente el alojamiento de la puerta de Mercatale á otra que se llama la del Serrallo, por donde se va hacia el monte, comenzó á batir con dos cañones la muralla que está junto á la puerta; habiendo elegido este lugar porque está unido con la muralla un terrado alto, del cual se podía subir fácilmente á la batería que se hacía en la muralla de arriba, y esto, que era fácil por la parte de afuera, era muy dificultoso por la de adentro, porque la ruina que se hacía sobre el terrado, quedaba por dentro muy alta de tierra.

Reventó á los primeros tiros uno de los cañones, y el otro con que sólo continuaban batiendo, por lo mucho que tiraba había perdido tanta fuerza, que llegaban los tiros á la muralla muy cansados y de poco efecto.

Al fin, después que en espacio de algunas horas hubieron hecho una abertura de poco más de doce brazas, comenzaron algunos solcados españoles, subiéndose sobre el terrado, á subir á la rotura y de ella á lo alto de la muralla, donde mataron dos infantes que la guardaban, comenzando, por su muerte, á retirarse los otros.

Subían ya los infantes españoles por escalas, y aunque de la parte de adentro, cerca de la muralla, había un escuadrón de infantería con arcabuces y picas, ordenado para no dejar mantenerse encima del muro á nadie y para matarlos si algunos saltasen dentro temerariamente ó bajasen por otro camino, con todo eso al ver á los enemigos sobre la muralla, poniéndose en huída, por sí mismos desampararon la defensa, por lo cual los españoles, admirados de que en gente militar pudiese reinar tanta vileza y tan poca experiencia, entrando dentro por muchas partes sin oposición, comenzaron á correr por el lugar, donde no había ya resisten-

cia, sino sólo voces, fuga, violencias, sangre, saco y muertes, echando en el suelo las armas los soldados florentinos y rindiéndose á los vencedores, de cuya avaricia, sensualidad y crueldad no hubiera estado libre nada si el cardenal de Médicis, poniendo guarda en la Iglesia mayor, no hubiera conservado la honestidad de las mujeres, por haberse encerrado en ella casi todas.

Murieron más de dos mil hombres sin pelear, sino huyendo y pidiendo misericordia, y todos los otros fueron presos, juntamente con el comisario florentino.

Perdido Prato, los de Pistoja, no apartándose en lo demás del dominio de los florentinos, concertaron dar vituallas al Virrey, prometiéndoles éste que no les molestaría.

Al saberse en Florencia lo que había sucedido, los embajadores que iban al Virrey, estando en la mitad del camino, volvieron atrás, y hubo en los ánimos de todos grande alteración.

Arrepentido el Alférez mayor de la vanidad de su consejo; espantado y perdida casi de todo punto la reputación y la autoridad, más como gobernado que como gobernador, sin saber resolverse, se dejaba llevar de la voluntad de los otros, sin disponer nada ni para su conservación ni para el bien de todos.

Otros, deseosos de la mudanza del gobierno, tomando osadía decían mal públicamente de las cosas presentes; pero la mayor parte de los ciudadanos, no acostumbrados á las armas y teniendo delante de los ojos el miserable ejemplo de Prato, aunque amadores del gobierno popular, estaban expuestos por el miedo á ser despojo de quien quisiese oprimirles.

Tomando más atrevimiento de esto Paulo Vettori y Antonio Francisco de Albizzi, mozos nobles, inquietos y deseosos de novedades, los cuales hacía ya muchos

meses que se habían secretamente conjurado con otros en favor de los Médicis, y para concertar con ellos el cómo los habían de volver á su patria, habían ido á hablar en secreto con Julián de Médicis á una villa del territorio de Florencia, cerca de la comarca de los sieneses, resolvieron intentar sacar por fuerza del Palacio público al Alférez mayor, y comunicando su parecer con Bartolomé Valori, mozo de semejantes calidades, y muy empeñado, como lo estaba Paulo, por lo mucho que gastaba, dos días después de la pérdida de Prato, por la mañana, que fué á último de Agosto, entrando con pocos compañeros en Palacio, donde por parte del Alférez mayor (que se había puesto al albedrío del suceso y de la fortuna) no había ninguna provisión ni resistencia, y yendo á su aposento, le amenazaron que le quitarían la vida si no se iba de Palacio, dándole palabra si lo hacía que le librarían, en lo cual convino el Alférez mayor; y estando ya con este tumulto sublevada la ciudad, descubriéndose muchos contrarios suyos y ninguno en su favor, habiendo hecho por su orden juntar luego los magistrados que, según las leyes, tenían muy amplia autoridad sobre los Alférezes mayores, pidieron que le privasen legítimamente del cargo, amenazando que, si no lo hacían, le quitarían la vida. Habiéndole privado por este miedo del oficio contra su propia voluntad, le llevaron libre á la casa de Paulo, de donde la noche siguiente fué llevado con buena compañía al territorio de los sieneses, y de allí, fingiendo que iba á Roma con salvoconducto alcanzado del Papa, tomando ocultamente el camino de Ancona, pasó por mar á Raugia, porque por orden del Cardenal su hermano había sido advertido de que el Papa, ó por rencor ó por codicia de quitarle su dinero, que se decía era mucho, le faltaría á la palabra.

Privado el Alférez mayor de su autoridad, envió luego

la ciudad embajadores al Virrey, con el cual se compuso fácilmente por medio del cardenal de Médicis, porque el Cardenal convino en que, de los intereses propios, no se sacase otra cosa sino la restitución á la patria de los suyos y de todos los que le habían seguido como ciudadanos particulares, con facultad de volver á comprar dentro de cierto tiempo sus bienes enajenados por el fisco, pero dando el precio que habían pagado y las mejoras hechas á los que los adquirieron.

En cuanto á las cosas comunes, entraron los florentinos en la Liga; obligáronse, siguiendo lo que los Médicis habían prometido en Mantua por la merced de su vuelta, á pagar al Rey de Romanos, según lo que había pedido el Gurgense, cuarenta mil ducados; al Virrey para el ejército ochenta mil, la mitad al presente y lo restante dentro de dos meses, y para sí propio veinte mil, y que, en recibiendo la primera paga, se fuese luego del dominio florentino, restituyendo lo que había ocupado.

Hicieron demás de esto liga con el rey de Aragón, con obligación recíproca de cierto número de gente de armas para la defensa de los Estados y que los florentinos condujesen á su sueldo doscientos hombres de armas de los vasallos de aquel Rey; y aunque no se declaraba para quién habían de ser estos hombres de armas, se pensaba que serían para el marqués de la Palude, á quien el cardenal había prometido, ó á lo menos dándole esperanza de hacerle capitán de las armas de los florentinos.

Echado el Alférez mayor y desviados, por el acuerdo, los peligros de la guerra, comenzaron los ciudadanos á volver á corregir el gobierno en aquellas cosas que primero se habían juzgado por inútiles, pero con intención universal (excepto algunos pocos y éstos ó mozos ó casi todos de baja calidad) de conservar la libertad y

el Consejo popular. Por tanto, determinaron con nuevas leyes que no se eligiese ya perpetuo el Alférez mayor, sino sólo por un año, y que al Consejo de los Ochenta, que se variaba cada seis meses, con cuya autoridad se determinaban las cosas graves, para que interviniesen en él los ciudadanos de mayor calidad, se añadiesen para siempre todos aquellos que hasta aquel día habían administrado los primeros cargos, dentro ó fuera de la ciudad; dentro los que habían sido Alféreces mayores ó de los diez de la Bailía, magistrados de grande autoridad en aquella República; y fuera todos aquellos que, escogidos en el Consejo de los Ochenta, habían sido embajadores de Príncipes ó comisarios generales en la guerra; quedando firme en todo lo demás el ordenamiento del mismo gobierno.

Establecidas estas cosas, fué elegido para el primer año Alférez mayor Juan Bautista Ridolfi, ciudadano noble y tenido por prudente; mirando el pueblo, como sucede en los tiempos de inquietudes, no tanto á los que por las artes populares les eran más gratos, cuanto á uno que, con la autoridad grande que tenía en la ciudad, mayormente entre la nobleza y con su valor propio, pudiese afirmar el Estado vacilante de la República.

Pero habían pasado muy adelante las cosas, tenía la libertad pública muy poderosos enemigos: en las entrañas de su dominio el ejército sospechoso; dentro los más atrevidos de la juventud deseosos de oprimirla.

La voluntad del cardenal de Médici era la misma, aunque con las palabras mostraba lo contrario; el cual desde el principio no hubiera tenido por premio digno de tantos trabajos la restitución de los suyos como ciudadanos particulares. Consideraba al presente, que tampoco esto sería cosa durable porque, serían aborrecidos de todos, no sólo por su nombre, sino también

por la sospecha que continuamente incitaría á los otros ciudadanos de que ellos perseguían la libertad, y mucho más por el enojo de que habían traído el ejército español contra su patria, siendo causa del saco cruelísimo de Prato y de que, por el terror de las armas, hubiese estado obligada la ciudad á recibir tan indignas é injustas condiciones. Incitábanle á lo mismo aquellos que primero se habían conjurado con él y otros que en la República bien ordenada no tenían lugar honroso; pero era necesario el consentimiento del Virrey, el cual, esperando la primer paga, que por las calidades de la ciudad se despachaba difícilmente, se detenía aún en Prato y no tenía el ánimo inclinado, sea cual fuese la causa, á que en la ciudad hubiese nueva alteración. Con todo eso, mostrándole el Cardenal y procurando que el marqués de la Palude y Andrés Garaffa, conde de San Severino, capitanes del ejército, hiciesen lo mismo; que á la ciudad que había recibido tan grande ofensa no podía dejar de ser muy odioso el nombre español; que en cualquier ocasión seguiría siempre á los enemigos del Rey Católico, y que corría peligro que, en apartándose el ejército, llamasen al Alférez mayor habiéndole echado forzosamente; moviéndole también el proveerse con tanta dificultad el dinero prometido, pues, de estar más pronto, hubiera hecho mayor fundamento en el gobierno libre, convino en el deseo del Cardenal, el cual, componiendo las cosas con él, vino luego á Florencia á sus casas, donde, parte con él y parte separadamente, entraron muchos capitanes y soldados italianos, no atréviéndose los magistrados, por la vecindad de los españoles, á prohibirles la entrada.

Después al día siguiente, habiéndose juntado en el palacio público para los negocios ocurrentes un consejo de muchos ciudadanos, en que estaba presente Julián de Médicis, acometiendo los soldados de improvisa la

puerta y después subiendo las escaleras, ocuparon el palacio, robando la plata que se conservaba en él para el uso de la Señoría, la cual, viéndose juntamente con el Alférez mayor obligada á ceder á la voluntad de quien con las armas podía más que los magistrados con la reverencia y autoridad desarmada, juntó luego el pueblo en parlamento, proponiéndolo así Julián de Médicis, con el son de la campana grande, adonde los que llegaron, viéndose rodeados de las armas de los soldados y de los mozos de la ciudad, que las habían tomado por los Médicis, convinieron en que se diese á cincuenta ciudadanos nombrados, según la voluntad del Cardenal, la misma autoridad que tenía todo el pueblo sobre las cosas públicas (llamaban los florentinos á esta potestad tan amplia Bailía), por cuyo decreto, reducido el gobierno á la forma en que solía estar antes del año 1494 y metiendo en el palacio una guardia firme de soldados, volvieron á entrar los Médicis en la misma grandeza, pero gobernándola más imperiosamente y con más absoluto albedrío del que solía tener su padre.

De esta manera fué oprimida con las armas la libertad de los florentinos, conducida á este estado principalmente por las discordias de sus ciudadanos; al cual se cree que no hubiera llegado (sin contar la neutralidad tenida imprudentemente y el haber dejado el Alférez mayor tomar mucho ánimo á los enemigos del gobierno popular) si no se tratara de la libertad con negligencia en los últimos tiempos; porque el rey de Aragón no deseaba tanto al principio acabar la libertad cuanto apartar á la ciudad de la amistad del rey de Francia y sacar alguna cantidad de dinero para pagar el ejército; y tan pronto como desampararon el ducado de Milán los franceses, ordenó al Virrey que, cuando las cosas ocurentes le llamasen á otra empresa ó que por otra causa tuviese por dificultosa la restitución de los

Médicis, resolviéndose conforme á las calidades de los tiempos, se concertase ó no con la ciudad, según le pareciese más á propósito.

Esta había sido desde el principio su orden, pero después, enojado con el Papa por lo que había intentado en Roma contra Alfonso de Este, y sospechoso por las amenazas que públicamente hacía contra los que llamaba bárbaros, mostró descubiertamente al embajador florentino, que al principio de la guerra había ido á su presencia, y ordenó al Virrey que no intentase alterar el gobierno, ó porque juzgase que le era más seguro conservar al Alferez mayor, enemigo del Papa, ó porque temiese que, al estar restituído en el poder el cardenal de Médicis, tuviese mayor dependencia del Papa que de él. Pero no supo el Virrey esta última determinación, sino un día después que se redujo la República al poder del Cardenal.

Vese por este discurso que si los florentinos hubieran procurado cón diligencia, después que fueron echados los franceses, asegurar sus cosas mediante la paz, ó se hubieran fortificado con armas de soldados prácticos, no se moviera el Virrey contra ellos, ó hallando dificultad para oprimirles, se hubiera compuesto fácilmente por dinero. Pero estaba destinado que no lo hiciesen aunque, demás de lo que se podía comprender por los juicios humanos, les hubiese avisado el cielo los peligros que les amenazaban, porque poco antes, un rayo que cayó en la puerta que va de Florencia á Prato, quitó de un escudo antiguo de mármol las lises de oro, insignias del rey de Francia, y otro que cayó en lo alto del Palacio, entrando en el aposento del Alferez mayor no hirió en otra parte sino en una urna grande de plata en que se recogían los votos del sumo magistrado, y bajando después á lo más ínfimo, hirió de manera en una piedra grande, que al pie de la escalera sustentaba

la máquina del edificio, que, desencajándola de su lugar, parecía que lo habían hecho maestros prácticos con gran destreza y arquitectura.

En estos mismos tiempos ó poco antes, batiendo los genoveses el castillo de Génova con la artillería que el Papa les había prestado, lo entregó el castellano á los genoveses, recibiendo diez mil ducados, por no tener esperanza de ser socorrido; porque una armada despachada de la Provenza, antes que el Rey supiese la rebelión de aquella ciudad, para atender á su defensa, no osando hacer desembarco, se volvió atrás. Mas estaba todavía por el Rey la Linterna, en la cual aquellos mismos días habían metido vituallas y otras cosas necesarias algunos bajeles franceses.

CAPITULO III.

Parte el Virrey de Toscana.—El cardenal Gurgense va á Roma.—Confederación entre el Papa y el César.—Maximiliano Sforza es reconocido duque de Milán.—Guerra entre ingleses y franceses.—Retirada de los ingleses indignados contra el rey de Aragón.—Combate entre franceses y españoles.

Ajustadas las cosas de Florencia, y habiendo recibido el dinero prometido, movió el Virrey el ejército para ir á Brescia, en cuyo contorno, habiendo mitigado la voluntad de los suizos, peleaba el ejército veneciano que estaba alojado en la puerta de San Juan y batían á un mismo tiempo la ciudad y la fortaleza con la artillería que estaba plantada sobre el monte opuesto.

Esperaban asimismo que, por medio de un trato, los meterían dentro por la puerta de las Pilas, si bien, por

haberse descubierto, salió vano; mas al llegar el ejército español al castillo de Gairo, cerca de Brescia, Obigni, capitán francés que estaba dentro, eligió entregarle al Virrey, juntamente con la fortaleza, con condición de que todos los soldados que estaban dentro saliesen libres con sus haciendas, pero con las banderas recogidas, con las armas en sus fundas y dejando la artillería.

Creyóse que Obigni anteponía el Virrey á los venecianos por haberle ordenado su Rey que antes la entregase á los españoles ó al Emperador, no porque tuviese odio contra ellos, sino por darles materia de diferencia con el Emperador y con el rey de Aragón.

El mismo consejo habían seguido los franceses que guardaban á Lignago antes que pasasen los españoles á Lombardía; pues despreciando muchas ofertas de los venecianos, la habían entregado al obispo Gurgense, al cual, al mismo tiempo que el Virrey entró en Brescia, se le rindió asimismo Pesquiera.

El Gurgense pedía la posesión de Brescia, pero el Virrey quiso retenerla por entonces por la Liga, pues en su nombre la había recibido.

Diferente suceso tuvieron las cosas de Crema, en cuyo contorno estaba Renzo de Ceri con una parte de los soldados venecianos, porque, acercándose cuatro mil suizos enviados por Octavio Sforza, obispo de Lodi, gobernador de Milán, para tomarla en nombre de Maximiliano Sforza, futuro duque, Benito Cibrario, sobornado con dádivas y con promesa de que le harían gentil-hombre de Venecia, la entregó á los venecianos, viniendo en ello monseñor Duraso, que tenía á su cargo la guarda de la fortaleza, porque no confiaba su vida á la fe de los suizos.

Fué después el obispo Gurgense á Roma, y deseando grandemente el Papa hacerse su amigo, forzando su naturaleza, le hizo recibir por todo su dominio con to-

do género de honras, haciéndole por el camino á él y á los que le seguían convites muy regalados, recibiendo-le por todos los lugares con excesivas y desacostumbradas demostraciones. Los caminos estaban llenos de los que le salían á recibir; era visitado en muchas partes con nuevas embajadas de los prelados y personas honradas enviadas por el Papa, y hubiera hecho que el Colegio de los cardenales saliera á recibirle á la puerta de Roma, pero rehusándolo como cosa no sólo nueva, sino llena de suma indignidad, fueron á recibirle en nombre del Papa hasta los prados, media milla fuera de la puerta, los cardenales Agenense y de Strigonia, de los cuales fué llevado, yendo en medio como lugarteniente del Emperador, hasta la iglesia de Santa María del Pópulo, de donde, después que le dejaron los dos cardenales acompañado de grande multitud, llegó á la presencia del Papa, que le esperaba en el Consistorio público en la silla pontifical y con el traje solemne, en donde pocos días antes había recibido doce embajadores de los suizos con grande honra, enviados de todos los Cantones á darle públicamente la obediencia, á ofrecerle que aquella nación quería defender siempre el Estado de la Iglesia, y agradecerle el haberles dado, con tan gran honra, la espada, el sombrero y el almete, la bandera y el título de defensores de la libertad eclesiástica.

Comenzóse á tratar, con la venida del Gurgense, sobre el establecimiento de las cosas generales, y el fundamento de esto consistía en quitar las diferencias y encuentros particulares para que Italia quedase de tal manera ordenada que, con ánimo y consejo unido, se pudiese resistir al rey de Francia.

Era lo más dificultoso de esto la composición tratada tantas veces entre el Emperador y el Senado veneciano, porque el Gurgense convenía en que quedasen

los venecianos con Padua, Treviso, Brescia, Bérgamo y Crema, pero que restituyesen al Emperador á Vicenza, que renunciasen los derechos que tenían sobre los lugares que poseía el Emperador, que le pagasen al presente doscientos mil florines del Rhin y para siempre un censo cada año de treinta mil.

Era pesado para los venecianos el reconocerse por censuarios de aquellos lugares que tantos años habían poseído como propios; también se les hacía mal la paga del dinero, aunque ofrecía el Papa prestarles una parte, pero más les molestaba el restituir á Vicenza, alegando que, con tenerla el Emperador, separaba el cuerpo del Estado y les privaba de poder pasar desde la cabeza y los otros miembros principales á lo restante del cuerpo; quedándoles por esta causa incierta y mal segura la posesión de Brescia, Bérgamo y Crema. Alegaban, demás de esto, para rehusarlo más justamente, que habían dado la palabra á los de Vicenza, cuando se rindieron últimamente, de no separarlos jamás de ellos.

Tratábanse otras condiciones entre el Papa y los embajadores del rey de Aragón, propuestas una parte de ellas más para recompensa de las quejas de los otros que por esperanza de alcanzarlas; porque pedía el Papa que aquel Rey (según se disponía en la confederación) le ayudase para la conquista de Ferrara y también que dejase la protección de Fabricio y de Marco Antonio Colonna, contra los cuales había comenzado á proceder con las armas espirituales, por haber violentado la puerta Lateranense y acogido á Alfonso de Este, su rebelde, en los lugares cuyo directo dominio pertenecía á la Iglesia. Pedía igualmente que renunciase las protecciones que había aceptado en Toscana de los florentinos sieneses, luqueses y de Piombino, como hechas en disminución de los derechos del Imperio y como sospecho-

sas generalmente á Italia y en particular á la Iglesia, porque ni á los otros potentados les era provechoso que hubiese en Italia tantas amistades, y para la Iglesia era muy peligroso que una provincia, unida con su dominio, dependiese de su autoridad.

Replicaban á esto los españoles diciendo que no se rehusaba ayudarle contra Ferrara, con tal que, según las obligaciones de la misma Liga, pagase el dinero que debía al ejército del tiempo pasado, y proveyese el necesario para el venidero; que no era cosa digna de alabanza proceder contra Fabricio y Marco Antonio Colonna, porque, por las dependencias que tenían y porque eran capitanes de autoridad, daría materia el perseguirles para nuevo incendio; que no podía el Rey Católico, sin gran perjuicio de su propia honra, desampararles, ni merecían tal remuneración las cosas que habían hecho ambos en las guerras contra el rey de Francia en servicio del Papa y suyo; que no nacía de justo celo ó de sospecha la queja de las protecciones de la Toscana, sino porque quedasen por despojo de su codicia Siena, Luca y Piombino, apuntando, con todo eso, que en lo tocante á estas ciudades se referiría el Rey al arbitrio del Emperador.

Convenían todos los confederados unidamente en que entrase en el ducado de Milán Maximiliano Sforza, mas no en que el Emperador le diese la investidura, ni nombre de Duque ó título jurídico.

Resucitaba la queja del Gurgense y de los españoles de haber ocupado el Pontífice á Parma y Plasencia en perjuicio de los derechos del Imperio, y con mucha grandeza del Papa y gran disminución del ducado de Milán, el cual hubiera sido necesario ponerlo más poderoso, porque había de ser siempre lo que acometiesen primero los franceses.

No había hablado el Papa en los capítulos de la Liga

de otra cosa que de Bolonia y de Ferrara, y ahora, con derechos de los cuales no se veía memoria auténtica, usurpaba aquello que de mucho tiempo á esta parte nunca lo había poseído la Iglesia romana, ni se tenía cierta noticia de que jamás lo hubiese poseído en los tiempos antiguos, ni se mostraba de las donaciones de los Emperadores más que una simple carta que podía ser fingida al arbitrio de cualquiera, y con todo eso, el Papa, como en cosa manifiesta y notoria, con la ocasión de los alborotos de Lombardía, se había hecho justicia por sí mismo.

Resolvíanse dificultosamente todas estas disputas, pero mucho más turbaba todas las cosas la diferencia entre el Emperador y los venecianos. Trabajaba cuanto podía el Papa, unas veces aconsejándoles, otra rogándoles, deseoso como antes de la conservación de los venecianos por el bien público de Italia, y porque esperaba que, con sus ayudas, sin las armas españolas podría ganar á Ferrara.

Trabajaban los embajadores del rey de Aragón, temiendo que, con peligro de todos, no se diese causa á los venecianos para volver el ánimo á juntarse con el rey de Francia, pero estaban necesitados á proceder cautamente por no provocar al Emperador á que hiciese unión con los franceses, la cual había deshecho su Rey con tanto trabajo, y porque, por otras causas, no quería apartarse de su amistad.

Procuraban los embajadores de los suizos, porque obligados á defender á los venecianos que estaban concertados á pagarles por esto veinte mil ducados, no querían verse en necesidad, ó de no observar las promesas, ó de oponerse al Emperador en caso que les acometiese.

Finalmente, no pudiendo desviar al Gurgense de volver á recobrar á Vicenza, ni disponer á los vene-

cianos á darla, desconcertándose también en la cantidad del dinero el Papa, que deseaba sobre todas las cosas, por extinguir el nombre y la autoridad del conciliábulo pisano, que el Emperador aprobase el Concilio Lateranense, protestó á sus embajadores que se vería obligado á perseguir aquella República con las armas espirituales y temporales. Mas no moviéndoles esta protesta, se confederó sólo con el Emperador, porque el embajador español rehusó intervenir en la confederación, ó por no tener orden del Rey, ó porque, aunque aquel Rey tenía intención de ayudar al Emperador, procuraba sustentar á los venecianos con algunas esperanzas.

Referíase en el proemio de la confederación que se publicó después solemnemente en la iglesia de Santa María del Pópulo, que, habiendo los venecianos rehusado la paz obstinadamente y protestado el Papa que los desamparaba por la necesidad de toda la cristiandad, entraña el Emperador y aceptaba la liga hecha el año 1511 entre el Papa y el rey de Aragón y los venecianos, según entonces se le reservó poder para hacerlo; prometía ayudar al Concilio Lateranense y hacer ir á los infantes tudescos, que estaban al sueldo de Alfonso y de Fadrique de Bozzole, su feudatario.

Por otra parte, prometía el Papa ayudar al Emperador con las armas espirituales y temporales contra los venecianos, hasta que hubiese recuperado todo lo que se contenía en la Liga de Cambray; declaraba que los venecianos estaban de todo punto excluidos de la Liga y de la tregua hecha con el Emperador, porque habían contravenido á ambas por muchos caminos, y que eran enemigos del Papa, del Emperador y del Rey Católico, al cual reservaban lugar para entrar en la confederación dentro de cierto tiempo y debajo de algunas condiciones; que no pudiese el Papa hacer algún concierto

con ellos sin consentimiento del Emperador, ó si el Emperador no había recuperado primero lo que le tocaba, como arriba se ha dicho, que tampoco pudiese Su Santidad ni el Emperador, sin voluntad el uno del otro, concertarse con ningún príncipe cristiano; que durante la guerra con los venecianos no molestase el Papa á Fabricio y Marco Antonio Colonna, reservándole el proceder contra el obispo Pompeyo y algunos otros rebeldes declarados; que si bien por esta capitulación se toleraba el poseer á Parma, Regio y Plasencia, no se entendía causando perjuicio á los derechos del Imperio.

Publicada la confederación, el Gurgense en la próxima sesión del Concilio Lateranense, se adhirió al Concilio en nombre del Emperador y como su lugarteniente general en Italia, anulando la orden los actos hechos y las comisiones y, presente todo el Concilio, testificó que nunca el Emperador había aprobado el conciliábulo pisano, detestando á cualquiera que hubiera usado su nombre.

Partió después el Gurgense de Roma para estar presente cuando Maximiliano Sforza (que por comisión del Emperador había venido á Verona) tomase la posesión del ducado de Milán; disponíanse difícilmente á esperar su venida el cardenal Sedunense y los embajadores de toda la nación suiza que estaban en Milán, porque querían que, en las demostraciones y en la solemnidad de los actos que se habían de hacer, se viese lo que era en los efectos, de ser los suizos los que habían echado á los franceses de aquel Estado, y que por su valor y medio lo recibía Maximiliano.

Alcanzó con todo eso el Virrey, más con arte y con industria que con la autoridad, que se esperaba al Gurgense, el cual, habiendo ratificado en nombre del Emperador la confederación hecha en Prato, y recibido cierta suma de dinero de los luqueses, á los cuales ha-

bía aceptado en su protección, llegó á Crema, donde le esperaban Maximiliano Sforza y el Virrey, y de allí fueron todos juntos á Milán, para entrar el día señalado en aquella ciudad con la solemnidad y honras que se acostumbran hacer á los nuevos príncipes. Aunque en este acto hubo gran disputa entre el cardenal Sedunense y el Virrey sobre cuál de ellos, á la entrada de la puerta, le había de entregar las llaves en señal de darle la posesión, con todo eso, cediendo al fin el Virrey al Cardenal, en nombre público de los suizos le puso las llaves en la mano, y ejercitó aquel día, que fué de los últimos de Diciembre, todos los actos que mostraban que recibía Maximiliano la posesión de ellos.

Fué éste recibido con increíble alegría de todos los pueblos por el ardiente deseo de tener un príncipe propio, porque esperaban que había de ser semejante á su padre y á su abuelo, pues la memoria del uno de ellos era esclarecida en aquel Estado por sus excelentes virtudes, y en cuanto al otro, el enfado de los imperios forasteros había convertido el odio en amor.

Recuperóse la fortaleza de Novara antes de acabarse estas fiestas, rindiéndose los que estaban dentro.

No había la confederación hecha en Roma interrumpido de todo punto la esperanza de la paz entre el Emperador y los venecianos, porque el Papa envió luego á Venecia á Juan Staffileo, su Nuncio, con quien habían ido tres embajadores de los suizos, para persuadirles á la paz, y por otra parte el Senado, para conservar la amistad del Papa y no dar causa al Emperador de acometerles con las armas, había consentido á sus embajadores que favoreciesen el Concilio Lateranense, y despues de hecha la confederación, ordenó á su gente que volviese al Paduano.

El Virrey, no queriendo turbar la esperanza de la paz, había vuelto el ejército hacia Milán, pero perseve-

rando las mismas dificultades sobre la restitución de Vicenza y de la paga del dinero, eran vanos estos trabajos.

Esto era causa de que el Papa no acometiese al duque de Ferrara porque, en tal caso, esperaba que bastarían para la victoria sus fuerzas y las ayudas de los venecianos, con solo el nombre de arrimarse á la ciudad los españoles si fuese menester. No siendo así, resolvió dilatarlo hasta la primavera, porque se tenía por dificultoso expugnar en tiempo de invierno á Ferrara, fuerte por el sitio en que estaba respecto del río, á la cual había fortificado muy bien Alfonso y la fortificaba sin intermisión alguna.

Parecerá por ventura fuera de mi propósito, que ha sido no tocar las cosas sucedidas fuera de Italia, hacer mención de lo que el mismo año se hizo en Francia; mas la dependencia de aquéllas con éstas, porque á los sucesos de la una provincia estaban unidos muchas veces las determinaciones y sucesos de la otra, me hace fuerza á no pasarlo en silencio de todo punto.

Habían pasado desde el principio de Mayo con las naves inglesas y españolas á Fuenterrabía (último término del reino de España hacia la Francia sobre el mar Océano) seis mil infantes ingleses para acometer, unidamente con las fuerzas españolas, según los conciertos hechos entre el suegro y yerno, al ducado de Guyena, parte de la provincia Aquitania, según los nombres y divisiones antiguos.

El rey de Francia preparaba contra este movimiento (no aun seguro de las partes de Picardía) la nueva ordenanza que había hecho de ochocientas lanzas, y levantaba mucha infantería en las partes bajas de Alemania que no eran súbditas del Emperador, y conociendo cuánto importaba para la defensa del ducado de Guyena el reino de Navarra, el cual, siendo dote de

Catalina de Foix, lo poseía, juntamente con ella, Juan hijo de Albret, su marido, había llamado á la corte á su padre y procurado con gran diligencia hacerle su amigo.

Dióle para esto gran oportunidad la muerte de Gastón de Foix, que pretendía que aquel reino no tocaba á hembra, sino á él, por ser el varón más cercano de la familia de Foix, por lo cual había perseguido el Rey á Juan.

Por otra parte, el Rey Católico (que había vuelto los ojos á aquel reino) pedía al rey de Navarra que estuviese neutral entre el rey de Francia y él; que consintiese el paso á su gente que había de entrar en Francia por el reino, y que, para seguridad de que le guardaría estas promesas, le entregase algunas fortalezas prometiendo que se las restituiría luego en acabándose la guerra.

Conociendo el de Navarra adonde miraban estas peticiones, porque era notorio el antiguo deseo que tenían los reyes de España de ocupar á Navarra, escogía antes exponerse al peligro incierto que aceptar la pérdida cierta, esperando que no le faltaría el socorro prometido del rey de Francia, para cuyas cosas era muy á propósito detener la guerra en Navarra, y al mismo tiempo ó por dar más lugar á que viniese la gente señalada para su socorro ó por librarse si podía de estas demandas, trataba con el rey de Aragón, el cual procedía en estas cosas con grande arte, según su costumbre.

Pero no dañó más al rey de Navarra la industria y solicitud del rey de Aragón que la negligencia del rey de Francia, el cual, habiendo tomado ánimo de ver que los ingleses que habían pasado á Fuenterrabía no habían hecho en muchos días algún movimiento, y confiando en que el rey de Navarra podría defender su

reino algún tiempo con sus fuerzas propias, procedió lentamente en enviarle el socorro, por lo cual el Rey Católico, habiendo sustentado las esperanzas del de Navarra astutamente, volvió hacia aquella parte con suma celeridad la gente que estaba preparada para juntarse con los ingleses y, no estando el rey de Navarra prevenido, desconfiando de poder resistir, huyó al Bearne, de la otra parte de los montes Pirineos, y viéndose el reino de Navarra desamparado, excepto algunas fortalezas que estaban por el Rey huído, vino al poder del rey de Aragón singasto ni dificultad alguna, y más por la reputación de la cercanía de los ingleses que por sus fuerzas propias.

No pudiendo el rey de Aragón afirmar legítimamente la posesión con otro título, alegaba que lo había ocupado jurídicamente por la autoridad de la Sede Apostólica, porque, no estando satisfecho el Papa de los prósperos sucesos de Italia, había publicado poco antes una Bula contra el rey de Francia, en la cual, no nombrándole ya Cristianísimo, sino Ilustrísimo, le sujetaba á él y á cualquiera que siguiese su partido á todas las penas de los herejes y cismáticos, concediendo facultad á todos para poder ocupar lícitamente su hacienda, sus Estados y todo lo que tuviesen; y enojado con la misma crueldad de que fueran recibidos en la ciudad de Lyon los cardenales y los otros prelados que huyeron de Milán, había mandado, debajo de gravísimas censuras, que la feria que se solía celebrar en Lyon cada año cuatro veces con grandísimo concurso de mercaderes, se celebrase en lo venidero en la ciudad de Ginebra, de donde, en tiempos pasados, el rey Luis XI la había quitado por beneficio de su reino y últimamente sujetó al entredicho eclesiástico todo el reino de Francia.

Después que el rey de Aragón hubo conquistado á Navarra, reino, aunque pequeño y de cortas rentas,

muy á propósito por su sitio y de gran seguridad para las cosas de España, tenía fijo en su ánimo no pasar más adelante, no juzgando fuese á propósito la guerra con el rey de Francia de la otra parte de los montes.

Por esta causa había procedido tardamente en disponer sus fuerzas luego que llegaron los ingleses, los cuales, solicitando después de la conquista de Navarra que se juntase con ellos su gente para ir todos á sitiar á Bayona, ciudad junto á Fuenterrabía, puesta casi sobre el mar Océano, les proponía otras empresas en lugares distantes del mar, diciendo que Bayona estaba tan bien fortificada y proveída de soldados, que no se podía tener esperanza alguna de ganarla. Contradiciendo esto los ingleses que despreciaban cualquier conquista en el ducado de Guyena, sin Bayona, después que se hubo gastado mucho tiempo en estas disputas, enfadados los ingleses y teniéndose por burlados, se embarcaron sin orden ni licencia de su Príncipe y volvieron á Inglaterra; por lo cual, quedando el rey de Francia seguro de aquellas partes, y no temiendo ya á los ingleses que le habían acometido por la mar, porque al fin quedó tan poderoso con las armas marítimas que dominaban todo el mar desde la costa de España á las de Inglaterra, determinó recuperar á Navarra, dándole ánimo para ello, demás de la partida de los ingleses, el haberse recogido toda su gente al reino de Francia por los malos sucesos de Italia.

Había el rey de Aragón, en el mismo tiempo que daba esperanza á los ingleses de hacer la guerra, enviado alguna gente, para ocupar todo el reino de Navarra, á San Juan del Pie de Puerto, último confín del reino de Navarra, situado á las faldas de los montes Pirineos de la parte de Francia, y comenzando después los franceses á aumentar sus fuerzas en los lugares cercanos, envió á aquel sitio con todo el ejército á

D. Fadrique, duque de Alba, capitán general de la guerra; pero haciéndose al fin muy superior el ejército francés, al cual habían venido el Delfín, Carlos, duque de Borbón y Longueville, señores principales de toda la Francia, deteniéndose el duque de Alba en un alojamiento fuerte entre el llano y el monte, juzgaba que no haría poco si estorbaba que los franceses entrasen en Navarra; los cuales, no pudiendo echarle de aquel lugar por la fortaleza del sitio, determinaron que el rey de Navarra con siete mil infantes de su parte, llevando consigo á La Paliza con trescientas lanzas, moviéndose de Salvatierra, lugar cercano á San Juan del Pie de Puerto, donde alojaba todo el ejército, pasasen los montes Pirineos por el valle del Roncal, y, arrimándose á Pamplona, metrópoli de Navarra, en donde ya los pueblos causaban grandes alborotos por el deseo de su Rey, tomando ánimo de la vecindad de los franceses, ocupasen el paso de Roncesvalles, por el cual sólo se llevaban las vituallas á la gente española porque, en el lugar donde estaban, por la esterilidad del país no había nada de que sustentarse.

El efecto de esto fué que el rey de Navarra y La Paliza, habiendo ocupado primero un paso que estaba sobre la cumbre de los montes Pirineos, forzaron á Burguete, lugar situado á sus faldas, defendido por Valdés, capitán de la guardia del rey de Aragón, con muchos infantes, y si con la presteza que era justo hubieran ido á ocupar el paso de Roncesvalles, bastaba sólo el hambre para expugnar al ejército español, rodeado por todas partes de enemigos y de país dificultoso sobre manera; pero prevínoles la celeridad del duque de Alba, el cual, dejando en San Juan del Pie de Puerto mil infantes y toda la artillería, pasó á Pamplona por el paso de Roncesvalles antes que ellos entrasen en él.

Engañados por esta razón en su esperanza el rey de

Navarra y La Paliza, á los cuales había enviado de nuevo el Delfín cuatrocientas lanzas y siete mil infantes tudescos, se arrimaron á Pamplona con cuatro piezas de artillería, conducidas con gran dificultad por la aspereza de los montes, y no habiendo ganado la ciudad con el asalto que dieron, después, obligados por la razón del tiempo, que era por el mes de Diciembre, y por la falta de las vituallas, por la esterilidad del país, volvieron á pasar los montes Pirineos, sobre los cuales, por la dificultad de los pasos y por los impedimentos de los de la tierra, fueron obligados á dejar la artillería.

Al mismo tiempo Lautrech, que con trescientas lanzas y dos mil infantes había entrado en Vizcaya robando y abrasando toda la tierra, habiendo acometido en vano la villa de San Sebastián, pasó de nuevo los montes y volvió al ejército, el cual, por cesar el miedo y la esperanza por todas partes, se deshizo, quedando libre y pacífico todo el reino de Navarra al rey de Aragón.

Habiéndose descubierto en este tiempo que Fernando (que se llamaba duque de Calabria), hijo de Fadrique, rey de Nápoles, trataba de huir al ejército francés por concierto secreto que hizo con el rey de Francia cerca de la ciudad de Logroño, donde entonces estaba, el Rey le envió al castillo de Játiva, donde los reyes de Aragón solían prender á las personas esclarecidas por su nobleza ó valor.

Por la misma causa fué descuartizado Felipe Cópola, napolitano, el cual había ido ocultamente al rey de Francia para estas materias, variando así la fortuna el destino de los hombres, pues fué descuartizado en servicio de aquel cuyo abuelo paterno había hecho cortar la cabeza al conde de Sarni, su padre.

Hizo mucho al caso para las cosas de Italia que se descubriese esta conjuración, fraguada por un fraile que

el duque de Ferrara envió en secreto á Fernando; por lo cual, teniendo ya inclinación de satisfacer al Papa, se encendió mucho más por este enojo; de suerte que mandó al Virrey y al embajador que tenía cerca de Su Santidad que, cuando le pareciese al Virrey, volviera su ejército contra Ferrara, sin pedir al Papa más dinero que el necesario para sustentarlo.

Estas cosas se hicieron aquel año en Italia, España y Francia.

CAPITULO IV.

Condiciones de la liga entre el Emperador y Francia.—El Trivulcio en la Dieta de los suizos.—Muerte del papa Julio II.—Sus costumbres.—Parma y Plasencia vuelven al dominio del duque de Milán.—El cardenal de Médicis es elegido Papa y toma el nombre de León X.—Tregua entre el Rey Católico y el Rey de Francia.—Primeros hechos militares de Andrea Doria.—Pasaje de los franceses á la conquista del Milanésado.—El Albiano es puesto en libertad.—Ideas del papa León.—Bajan los suizos á defender el ducado de Milán.—Jerónimo Morone, embajador del duque Sforza, cerca del Papa.

El año 1513 no fué menos fecundo en cosas memorables que el precedente. En su principio cesaron las armas por todas partes, porque ni los venecianos molestaban á otros, ni nadie se movía contra ellos.

Yendo el Virrey á sitiar la fortaleza de Trezzo con tres mil infantes, la ganó con condición que se fuesen libres con sus haciendas los que estaban dentro.

Pero atemorizaban los ánimos de todos los pensamientos de las cosas futuras, sabiéndose que, habiendo

librado el rey de Francia de las armas forasteras su reino y cobrado ánimo, por haber tomado á sueldo muchos Infantes tudescos y acrecentado mucho el número de la ordenanza de las lanzas, no pensaba en ninguna cosa más que en la recuperación del ducado de Milán.

Aunque era propósito muy ardiente en el Rey, y deseaba sumamente acelerar la guerra mientras estaban por él los castillos de Milán y de Cremona, con todo eso, considerando cuán grande dificultad le causaba la oposición de tantos enemigos, y no estando seguro de que el siguiente verano no le acometiese el rey de Inglaterra con grandes aparatos, determinaba no mover cosa alguna si no separaba de la unión común á alguno de los confederados ó no se unía con los venecianos.

Tenía varias esperanzas desde el año antes de que le pudiese suceder alguna de estas cosas, porque oyendo benignamente el obispo Gurgense, cuando iba de Roma á Milán, á un criado del cardenal de San Severino, enviado por orden de la reina de Francia, despachó después secretamente á uno de los suyos á Francia, proponiendo que se obligase el Rey á ayudar al Emperador contra los venecianos; que se hiciese el casamiento entre la hija segunda del rey y Carlos, nieto del Emperador, al cual se diese en dote el ducado de Milán, que cediese el Rey á su hija y á su futuro yerno los derechos que pretendía tener en el reino de Nápoles, y para que la seguridad del Emperador no fuesen las simples palabras y promesas, que entregase al presente en su poder la desposada, y que, en recuperando el Rey el ducado de Milán, se entregasen al Emperador Crema y la Ghiaradadda.

Esperaba asimismo el Rey que podría unir consigo á los venecianos, que estaban enojados grandemente de que el Virrey hubiese ocupado á Brescia, y mucho más por lo que después se concertó en Roma entre el Papa

y el Emperador, por lo cual, desde entonces había hecho que secretamente fuese á la corte Andrea Gritti, que, preso en Brescia, estaba aún en la cárcel en Francia, y dispuesto que Juan Jacobo Trivulcio (en quien confiaban mucho los venecianos) enviase á Venecia, fingiendo que era para otros negocios, á un secretario suyo.

Ofrecíasele asimismo alguna esperanza de concertarse con el rey de Aragón, el cual, como muchas veces solía tratar sus negocios por medio de religiosos, había enviado secretamente á Francia dos frailes para que, mostrando que tenían celo del bien público, comenzasen á tratar con la Reina algo tocante á la paz ó universal ó particular entre los dos Reyes.

Pero había poca esperanza de esto, sabiendo el rey de Francia que él se quería quedar con Navarra, y siendo muy duro y lleno de grande indignidad desamparar aquel Rey que, por reducirse á su amistad y debajo de la esperanza de sus ayudas, había caído en tantas calamidades.

Mas ninguna cosa apreciaba tanto el ánimo del rey de Francia como el deseo de reconciliar consigo á los suizos, conociendo que de esto pendía el tener la victoria por cierta, por la grande autoridad que entonces tenía aquella nación, á causa del terror de sus armas, y porque parecía que habían comenzado á regirse, no ya como soldados jornaleros, ni como pastores, sino velando, como en República bien ordenada y como hombres criados en la administración de los Estados y en los negocios. No permitían que se hiciese algún movimiento sino según su albedrío, por lo cual concurrían en Helvecia los embajadores de todos los Príncipes cristianos; el Papa y casi todos los potentados de Italia les pagaban pensiones cada año para que los recibiesen en su confederación y para tener facultad de levantar sol-

dados de aquella nación para su propia defensa cuando lo hubiesen menester.

Ensoberbecidos con estas cosas, y acordándose que, con sus armas, había primero Carlos, rey de Francia, maltratado el feliz estado de Italia, y que con ellas Luis, su sucesor, había conquistado el ducado de Milán, recuperado á Génova y vencido á los venecianos, procedían con todos imperiosa é insolentemente; pero con todo eso, el rey de Francia, demás de los consejos de muchos particulares de la nación y de persuadirse que les moverían las grandes ofertas de dinero, le daba esperanza el ver que, habiendo concertado los que gobernaban á Milán con los embajadores de los suizos en nombre de Maximiliano Sforza darles, cuando recibiera la posesión del ducado de Milán y de las fortalezas, ciento cincuenta mil ducados y cuarenta mil cada año por tiempo de veinticinco, recibéndole ellos debajo de su protección y obligándose á darle infantes á su sueldo, los Cantones no lo habían querido ratificar. Por esto al principio del año presente, aunque primero había intentado en vano que fuesen oídos los embajadores que pensaba enviar á tratar estas cosas, convino, para poderlo hacer, en darles las fortalezas de Valdelugana y de Lucarna, alcanzando á este precio su audiencia. ¡Con tan grande indignidad procuraban los príncipes poderosos la amistad de aquella nación!

Vino, pues, á Lucerna, por orden del Rey, monseñor de la Tremouille, adonde estaba convocada la Dieta para oírle y, aunque fué acogido con semblante alegre, conoció presto que en cuanto al ducado de Milán eran vanos sus trabajos porque, pocos días antes, seis de los Cantones habían ratificado y sellado los capitulos hechos con Maximiliano Sforza: tres habían determinado ratificarlos y los otros tres mostraban que todavía estaban dudosos, por lo cual no hablando ya de las cosas

de Milán, proponía que á lo menos ayudasen al Rey á recuperar á Génova y á Asti, pues no se incluían en la capitulación hecha con Maximiliano.

Hizo el Trivulcio (para favorecer estas demandas) instancia para poder ir á la Dieta debajo de color de cosas particulares suyas, y se le concedió el salvoconducto, mas con condición de que no tratase de nada tocante al rey de Francia, antes en llegando á Lucerna, se le dió orden que no hablase ni en público ni en secreto con la Tremouille.

Finalmente, con voluntad común, ratificaron todos los Cantones los capítulos hechos con el duque de Milán, denegaron las demandas del rey de Francia y añadieron que no se le concediese levantar infantería de aquella nación para servirse de ella ni en Italia ni fuera de Italia.

Excluido por esto de los suizos el Rey, conocía que era necesario reconciliarse ó con el Emperador ó con los venecianos, los cuales al mismo tiempo trataban con el Emperador porque, creciendo en los ánimos de los coligados la sospecha de su reconciliación con el rey de Francia, consentía el Gurgense que retuviesen á Vicenza; pero dando ánimo al Senado las mismas razones que causaban temor á los enemigos, negaban el querer hacer ya la paz si no se les restituía á Verona, recompensando al Emperador con mayor suma de dinero.

Hallando dificultad en esta demanda, inclinados tanto más á la amistad con los franceses concertaron con el secretario del Trivulcio que se confederarían con el Rey, refiriéndose á las primeras capitulaciones hechas entre ellos, por las cuales se les daría á Cremona y á la Ghiaradadda; mas el secretario expresó en la capitulación que no fuese valido nada si, dentro de cierto tiempo, no se aprobaba por el Rey, en cuyo consejo había varias disputas sobre qué se debía desear más, ó la re-

conciliación con el Emperador, ó la confederación con los venecianos.

Esta la aprobaban más Rubertet, secretario de gran autoridad, Trivulcio y casi todos los principales del Consejo, alegando lo que la experiencia presente había mostrado (con tanto daño) de la inconstancia del Emperador, el odio que tenía contra el Rey y el deseo de vengarse, mayormente sabiendo de graves autores que había dicho en este tiempo algunas veces que tenía fija en su ánimo la memoria de diez y siete injurias recibidas de los franceses, y que, llegando la disposición de vengarse de todas, no quería perder la ocasión: que estas cosas no las trataba para otro efecto sino ó por tener por medio de la reconciliación falsa mayor comodidad para ofenderles ó á lo menos para interrumpir lo que se sabía que trataban con los venecianos, ó para entibiar las prevenciones de la guerra, y que no se podía disculpar ni merecía compasión quien, engañado una vez de uno, volvía incautamente á confiarse de él.

Replicaba al contrario de esto el cardenal de San Severino, movido más, como decían sus contrarios, del amor de la parcialidad contra el Trivulcio que por otras razones, porque en Milán había siempre con sus hermanos seguido la parte gibelina, diciendo que ninguna cosa podía ser más útil para el Rey que, juntándose con el Emperador, romper la unión de los enemigos, mayormente haciéndose esta junta por tal medio que se podía esperar que sería durable, siendo propio de los Príncipes anteponer siempre en sus deliberaciones la utilidad al amor, á los odios y á los otros deseos, y que cualquier cosa podía hacer mayor bien al Emperador que la ayuda presente contra los venecianos y la esperanza de haber de suceder su nieto en el ducado de Milán; que estando separado el Emperador de los otros no podía, por los intereses de su nieto y por los

demás respetos, oponerse á su autoridad el Rey Católico, y que ninguna cosa podía espantar más al Papa que esto; que, por el contrario, estaba llena de indignidad la confederación con los venecianos, habiéndoles de conceder á Cremona y á la Ghiaradadda, miembros tan propios del ducado de Milán, por cuya recuperación había irritado el Rey á todo el mundo, y que, con todo eso, si no se dividía la unión de los otros, no bastaba para conseguir la victoria juntarse con los venecianos. Prevalecía al fin este parecer por la autoridad de la Reina, que estaba deseosa de la grandeza de su hija, como se pudiese alcanzar que estuviese cerca de su madre hasta consumir el matrimonio, la cual había de dar su palabra de que la tendría en nombre del Emperador como esposa señalada para su nieto y que la entregaría á su marido en teniendo edad puvil para el matrimonio.

Certificado después el Rey de que el Emperador no quería concertarse con esta limitación, sino que había propuesto estas cosas artificiosamente para darle causa de proceder más despacio en los otros pensamientos, apartado el ánimo de esta plática, volvió á llamar á Asparot, hermano de Lautrech, que ya había partido de la corte para ir al Gurgense con esta comisión.

Por otra parte, creciendo el miedo de la unión entre el Rey y los venecianos, aconsejaba el rey de Aragón al Emperador que restituyese á Verona, proponiéndole que pasase la guerra á la Borgoña con el dinero que tendría de los venecianos y con el ejército español.

Lo mismo sentía el Gurgense, el cual, pensando que con su presencia podría mover al Emperador, volvió á Alemania, siguiéndole, no sólo Don Pedro de Urrea, que había venido con él, sino también Juan Bautista Spino, conde de Carriati, embajador del mismo Rey cerca de los venecianos, habiendo inducido primero al Sena-

do para que, con nuevas dificultades, interrumpiese las pláticas que se trataban sobre hacer tregua con el Emperador por todo el mes de Marzo, dando la palabra los embajadores dichos que restituiría el Emperador á Verona como le prometiesen á ciertos tiempos doscientos y cincuenta mil ducados y cada año cincuenta mil.

Medió, mientras se trataban estas cosas y en tiempos tan pesados, la enfermedad del Papa, estando lleno de mayores deseos y trazas (porque con haber alcanzado lo que deseaba no se disminuían, sino se acrecentaban sus designios) que por ventura había estado antes en algún tiempo; y así había determinado hacer al principio de la primavera la empresa tan deseada de Ferrara, la cual se creía que haría poca resistencia, por verse desamparada de todas las ayudas y por haber de ir á ella, demás de su gente, el ejército español.

Había comprado secretamente al Emperador por precio de treinta mil ducados la ciudad de Siena para el duque de Urbino, al cual, por conservarse entera la gloria de haber pensado puramente en la exaltación de la Iglesia, no le había querido conceder nunca (excepto á Pésaro) ninguna cosa del Estado eclesiástico. Concertaba que prestaría al Emperador cuarenta mil ducados recibiendo en empeño á Módena. Amenazaba á los luqueses porque, en los trabajos del duque de Ferrara, habían ocupado la Garfagnana, instando que se la diesen á él. Estaba enojado con el cardenal de Médicis por parecerle que era más amigo del Rey Católico que suyo y por conocer que no podía disponer de aquella ciudad como había juzgado. Tenía ya nuevos designios y pláticas para alterar el Estado de Florencia, y enojado con el cardenal Sedunense, porque se había tomado para sí de los Estados y bienes de diversas personas en el Estado de Milán más de treinta mil ducados de renta cada

año, le había quitado el nombre de legado y, llamándole á Roma, había (para que las cosas del duque de Urbino en Siena fuesen más estables por la inteligencia de los vecinos) conducido de nuevo á Carlos Baglione para echar de Perusa á Juan Pablo, que estaba muy unido por afinidad con los hijos de Pandolfo Petrucci, sucesores de la grandeza de su padre. Quería constituir en Génova por nuevo Dux á Octaviano Fregoso, habiendo quitado á Ianus de aquella dignidad; conviniendo en esto los otros Fregosos porque parecía que le tocaba más á él, puesto que lo habían sido sus mayores. Pensaba continuamente cómo podría ó quitar de Italia ú oprimir con la ayuda de los suizos (á los cuales solos alababa y admitía) el ejército español, para que, ocupado el reino de Nápoles, quedase Italia (estas palabras salían muy á menudo de su boca) libre de los bárbaros, y para este fin había impedido que se confederasen los suizos con el Rey Católico.

Con todo eso, como si estuviera en su mano herir á un mismo tiempo á todo el mundo, continuando en su acostumbrado ardor contra el rey de Francia, aunque había oído un mensajero de la Reina, excitaba al rey de Inglaterra para la guerra, á quien había ordenado que, por decreto del Concilio Lateranense, se pasase el nombre del Rey Cristianísimo, sobre lo cual estaba escrita ya una Bula en que se contenía asimismo la privación de la dignidad del título al rey de Francia, concediendo aquel reino á cualquiera que lo ocupase.

En estos tales y tan grandes pensamientos y quizás en otros más secretos y mayores (porque en ánimo tan feroz no era increíble ningún designio grande ni demasiado) le oprimió la muerte, después de una enfermedad de muchos días; y sintiendo que ya se le acercaba, haciendo llamar al Consistorio, en el cual no podía intervenir personalmente por la enfermedad, hizo confirmar

la Bula que primero había publicado contra quien subiese al Pontificado por simonía y declarar que la elección de su sucesor tocaba al Colegio de los cardenales y no al Concilio, y que los cardenales cismáticos no pudiesen intervenir en él, á los cuales dijo que les perdonaba las injurias que le habían hecho á él y que rogaba á Dios que les perdonase las que habían hecho á la Iglesia; pidió después al Colegio de los cardenales que, por darle gusto, concediese al duque de Urbino la ciudad de Pésaro en Vicaria, recordándoles que por medio de aquel Duque principalmente se había recuperado á la Iglesia, cuando murió Juan Sforza.

En ninguna otra cosa mostró afectos particulares ni propios, antes suplicándole con instancia madama Felice, su hija, y por su intercesión otros muchos, que hiciese cardenal á Guido de Montefalco, porque habían nacido de una misma madre, respondió claramente que no era persona digna de aquel puesto; y reteniendo en todo lo demás su acostumbrada severidad y constancia y el mismo juicio y fuerza de ánimo que tenía antes de la enfermedad, recibiendo devotamente los Sacramentos de la Iglesia, acabó el curso de sus trabajos presentes á 21 de Febrero en la noche, ya cerca de amanecer.

Príncipe de ánimo y de constancia inestimables, pero imperioso y de conceptos desmedidos, y detúvole pará que no se precipitase con ellos más la reverencia de la Iglesia, la discordia de los Príncipes y la calidad de los tiempos, que la moderación y la paciencia. Digno ciertamente de suma gloria si hubiera sido Príncipe seglar, ó si el cuidado é intención que tuvo de ensalzar la Iglesia en grandeza temporal por medio de la guerra, los hubiera tenido en ilustrar las cosas espirituales por el camino de la paz. Tuvo esclarecida y honrada memoria sobre todos sus antecesores, mayormente sobre aquellos que, habiendo perdido los verdaderos vocablos de

las cosas y estando confusa la distinción para pesarlas rectamente, juzgaban que era más oficio de los Pontífices acrecentar el imperio de la Iglesia con las armas y sangre de los cristianos, que procurar con el ejemplo bueno de su vida y con el corregir y curar las costumbres dañadas, la salud de aquellas almas, por la cual se engrandece el haberlos hecho Cristo sus Vicarios en la tierra.

Muerto el Papa, fué el Virrey de Nápoles con los soldados españoles hacia Plasencia y obligó á aquella ciudad á volver, como solía en tiempos pasados, debajo del imperio de los duques de Milán. Los parmesanos siguieron el ejemplo de los de Plasencia, por el mismo terror.

Por otra parte, habiendo recuperado luego el duque de Ferrara los lugares de la Romaña, se arrimó á Regio; pero, por no haber dentro movimiento alguno, no se atrevió á detenerse allí más, porque el ejército español se había extendido á alojar entre Plasencia y Regio.

No hubo algún otro movimiento en el Estado de la Iglesia, ni sintió Roma ni el Colegio de los cardenales ninguno de los estorbos que padeció en la muerte de los dos próximos Pontífices, por lo cual, acabadas, según el uso, las exequias, entraron pacíficamente en el Cónclave veinticuatro cardenales, habiendo concedido primero que el hijo del marqués de Mantua, que estaba en poder de Julio por rehenes, pudiese volver con su padre, libre de la palabra dada.

Fué el primer cuidado del Cónclave moderar con capítulos muy estrechos la autoridad del Papa futuro, por haberla ejercitado el muerto, como decían, muy inmoderadamente; si bien poco después, como algunos no tienen atrevimiento para oponerse al Príncipe, y otros desean ganarle la gracia, ellos mismos los anularon casi todos. Eligieron al séptimo día, sin faltar ningún vo-

to, por papa á Juan, cardenal de Médicis, que tomó el nombre de León X, de edad de treinta y siete años, cosa maravillosa según la costumbre pasada y que principalmente la ocasionó la industria de los cardenales mozos, concertándose juntos en secreto mucho antes para crear el primer Papa de su edad.

Holgóse de esta elección grandemente casi toda la cristiandad, persuadiéndose todos que había de ser rarísimo Príncipe por la esclarecida memoria del valor de su padre y por la fama que se oía por todas partes de su liberal benignidad, tenido por casto y por de perfectas costumbres y se esperaba que, por el ejemplo de su padre, había de ser amigo de todos los hombres de letras y de todos los ingenios ilustres. Acrecentaba esta esperanza el haberse hecho esta elección cándidamente, sin simonía ni recelos de alguna mácula, y parecía que comenzaba ya Dios á aprobar este pontificado porque, cuatro días después de su elección, vinieron á su poder los cardenales destituidos de Santa Cruz y de San Severino que, habiendo entendido la muerte de Julio, iban por mar á Roma, acompañados del embajador del rey de Francia; pero llegando á su noticia en el puerto de Liorna, donde habían dado fondo, que habían elegido por nuevo Papa al cardenal de Médicis, confiándose en su benignidad y especialmente San Severino en la estrecha amistad que había tenido con él y con su hermano, sacando salvoconducto del capitán de Liorna, el cual no se extendía fuera de los límites de su jurisdicción, desembarcaron, y después, sin buscar más seguridad, fueron voluntariamente á Pisa, en donde se les acogió con mucha honra, enviándoles á Florencia. Estaban guardados decentemente de manera que no tenían libertad para irse, deseándolo así el Papa, el cual les envió al obispo de Orbieto á aconsejarles con palabras muy benignas que, para su seguridad y para la

paz de la Iglesia, se detuviesen en Florencia hasta que se determinase de qué manera habían de ir á Roma, y que, habiendo sido privados jurídicamente y confirmada la privación en el Concilio Lateranense, no fuesen en hábito de cardenales porque, haciendo señales de humildad, le reducirían á sacar á buen puerto sus cosas, según tenía intención de hacerlo.

Fué la primera acción del nuevo pontificado su coronación, hecha, según el uso de sus antecesores, en la iglesia de San Juan Laterano, con tan grande pompa, así de su familia y de su corte como de todos los preladados, de muchos señores que habían concurrido allí y del pueblo romano, que confesaron todos que jamás había visto Roma, después de las irrupciones de los bárbaros, día más magnífico ni más soberbio que éste.

En esta solemnidad llevó el estandarte de la Iglesia Alfonso de Este, el cual, habiendo alcanzado la suspensión de las censuras, había ido á Roma con grande esperanza de componer sus cosas por la mansedumbre del Papa: llevó el de la religión de Rodas Julio de Médicis, armado sobre un gran caballo, inclinado por su voluntad á la profesión de las armas, pero llevado de los hados á la vida de sacerdote, en la cual había de ser ejemplo maravilloso de la variedad de la fortuna. Hizo más memorable y de mayor consideración este día el reparar que aquel que tomaba ahora con tan rara pompa y esplendor las insignias de dignidad tan grande, había sido preso el mismo día el año antes. Confirmó esta magnificencia con el vulgo la esperanza que se tenía de él, prometiéndose todos que Roma había de ser feliz debajo del gobierno de un Papa adornado de tan gran liberalidad y esplendor, porque era cierto que había gastado en este día cien mil ducados; pero los hombres prudentes desearon mayor gravedad y moderación, juzgando que no convenía tan gran pompa á los Pontí-

fices, ni pedía la calidad de los tiempos presentes que se disipase inútilmente el dinero que había juntado su antecesor.

Pero ni la mudanza del Papa ni otros accidentes eran bastantes á establecer la quietud de Italia, antes comenzaban ya descubiertamente las cosas á encaminarse más á la guerra que á la paz, porque el Emperador, ajeno totalmente de la restitución de Verona, pareciéndole que quedaba privado de la facultad de poder entrar en Italia, aunque se había prorrogado la tregua por todo Abril, desprecó las condiciones del acuerdo tratado en Milán, y enfadado de la instancia que le hacían los embajadores del Rey Católico, dijo al conde de Carriati que, por la inclinación que mostraba á los venecianos, le podían llamar más justamente embajador veneciano que español. Aumentó mucho más esta disposición la tregua que se hizo entre los Reyes Católico y Cristianísimo, por un año solamente, para las cosas de la otra parte de los montes; por lo cual, libre el rey de Francia de los recelos que tenía de España, se le facilitaba mucho el renovar la guerra en el ducado de Milán.

Aborrecía en todo tiempo el Rey Católico el tener guerra con los franceses de la otra parte de los montes, porque, no estando poderoso de dinero y viéndose obligado por este respecto á ayudarse con las fuerzas de los señores y de los pueblos de España, ó no tenía las ayudas prontas, ó había menester estar con ellos como en sujeción en el tiempo de la guerra. Pero en éste mayormente se había confirmado su consejo antiguo, porque con la quietud se establecía mejor el reino de Navarra, nuevamente conquistado, y mucho más porque no siendo ya Rey después de la muerte de la reina Isabel, sino gobernador de Castilla, no había fundado tanto su autoridad en los tiempos de inquietudes; viéndolo re-

cientemente por la experiencia de la empresa de Navarra, en la cual, si bien fué feliz el fin, no por esto se había dejado de ver en muchos peligros por la tardanza de los socorros. No queriendo volver á ellos, hizo la tregua sin haber tenido todavía noticia de la muerte del Papa, aunque no se publicó antes que supiese la elección del nuevo Pontífice.

Alegaba, para justificar esta determinación no esperada, que habían violado la Liga el Papa y los venecianos porque, después de la batalla de Ravena no habían querido pagar los cuarenta mil ducados, como estaban obligados, mientras el rey de Francia poseyera algo en Italia; que él sólo había pensado en el bien común de los confederados; no se había atribuído los premios de la victoria común, ni poseía en Italia una torre más de aquello que tenía antes de la batalla; pero que el Papa había pensado en sus intereses particulares, y haciendo suyas propias las cosas comunes, había ocupado á Parma, Plasencia y Regio, y no pensaba en otra cosa sino en ocupar á Ferrara; que esta codicia suya había estorbado el conquistar las fortalezas del Estado de Milán y la Linterna de Génova; que había interpuesto toda su diligencia y autoridad para la concordia entre el Emperador y los venecianos; pero que el Papa, por sus intereses propios, se había precipitado á excluirlos de la Liga, en lo cual obraron imprudentísimamente sus embajadores, pues no habiendo consentido (porque sabían que era así su intención) que fuese nombrado en el capítulo en el cual se establecía la confederación, le habían dejado nombrar en aquel en que se excluía á los venecianos; que en este negocio no habían correspondido los de Venecia al concepto que se tenía de su prudencia, habiendo tenido tanta cuenta con Vicenza que, por no perderla, no habían querido librarse de los trabajos de la guerra; que le era imposible sustentar el ejér-

cito que tenía en Italia sin las pagas que le habían prometido, y no le era menos imposible sustentar tan gran guerra en los confines de sus reinos como conocía que deseaban y procuraban hacerle todos los otros; que no disimulaba el Papa el deseo que ya había enderezado á quitarle el reino de Nápoles, y que, con todo eso, no le movían estas injurias á pensar en desamparar á la Iglesia y á los otros Estados de Italia cuando hallase la correspondencia conveniente, los cuales esperaba que, conmovidos por esta tregua con el Rey, estarían más prontos á concertarse con él para la defensa común.

Puso en la escritura de la tregua el nombre del Emperador y del rey de Inglaterra, aunque no había comunicado con ellos nada, y fué cosa que causó risa que en los mismos días que se pregonaba solemnemente por toda España, vino un rey de armas á significarle, en nombre del rey de Inglaterra, los aparatos poderosos que hacía para acometer á Francia, y á solicitar que asimismo moviese la guerra por la parte de España, como lo había prometido.

Hecha la tregua de esta manera, espantó mucho en Italia los ánimos de aquellos á quien era molesto el imperio de los franceses, teniendo todos casi por cierto que no tardaría el rey de Francia en enviar al ejército de esta parte de los montes, y que, por la obstinación que tenía el Emperador en la paz, se juntarían con él los venecianos, á los cuales parecía muy dificultoso hacer resistencia, porque el ejército español, aunque del Estado de Milán (afligidos por los gastos continuos) había sacado alguna vez cierta cantidad de dinero, no tenía ya modo con que sustentarse.

No se alcanzaba aún cuál era la intención del nuevo Papa. Parecía que deseaba secretamente que el poder del rey de Francia tuviese término en los montes. Con todo eso, nuevo en el pontificado y no menos confuso

que los otros por la tregua hecha por el Rey Católico en el tiempo que se creía que había aplicado sus pensamientos á la guerra, estaba con el ánimo muy suspenso y enojado todavía de que, pidiendo con grande instancia que se restituyese á la Iglesia Parma y Placencia, estaba pronto en darle esperanzas, pero en la ejecución procedía lentamente, deseando todos los otros conservarlas para el Estado de Milán, y acaso esperando que el deseo de recuperarlas le induciría á la defensa de aquel Estado.

Parecía más cierto y más poderoso presidio el de los suizos; pero, considerando que ni Maximiliano Sforza ni otros podrían pagar el dinero que según los conciertos era necesario para moverlos, se temía que, en la mayor necesidad, rehusarían bajar al Estado de Milán.

Por otra parte, el rey de Francia determinó, hecha la tregua, enviar el ejército á Italia, dándole esperanza para la victoria las razones dichas arriba, á las cuales se añadía el saber que los pueblos del Estado de Milán, viéndose vejados con tantos tributos, hurtos de los suizos, alojamientos y pagas hechas á los españoles, deseaban ardientemente volver debajo de su dominio; habiendo, por la crueldad de otros, conocido que era, en su comparación, deseable el imperio de los franceses.

Muchos gentiles hombres particulares, por personas propias enviadas unas al rey y otras al Trivulcio, á quien había enviado el Rey á Lyon para que, desde lugar más cerca, tratase con los milaneses, le aconsejaban que no difriese el enviar el ejército, prometiendo que luego, en pasando los montes, tomarían descubiertamente las armas por él.

Tampoco faltaban los estímulos continuos del Trivulcio ni de los otros expatriados que, según la costumbre de quien está fuera de su patria, proponían que la em-

presa sería muy fácil, mayormente juntándose con él los venecianos, y que le obligaba á darse prisa el confiar que, con el fin de este movimiento, prevendría el principio de la guerra del rey de Inglaterra, la cual no podía comenzar sino después de haber pasado algunos meses, porque aquel reino, habiendo estado en paz muchos años, estaba sin armas, sin artillería y con falta de casi todas las cosas necesarias para la guerra; ni había caballos para pelear, porque los ingleses no conocían otra milicia que infantería, y no estando ésta experimentada, se veía obligado el Rey (porque quería pasar á Francia muy poderoso), á tomar á su sueldo gran número de infantes tudescos, cosas todas que, sin largo tiempo, no se podrían disponer.

Obligaba asimismo al Rey á darse prisa el temor de que se perdiesen las fortalezas por falta de vituallas, y especialmente la Linterna de Génova, pues pocos días antes no había podido recibir refresco de una nave enviada para aquel efecto, la cual, desde Arbinga hasta donde fué acompañada por tres naves y un galeón, entró en alta mar con viento próspero, por cuya fuerza, pasando por medio de algunos bajeles genoveses, se había arrimado al castillo, y surta sobre las áncoras, dando un cabo á la fortaleza, comenzaba ya á descargar las vituallas y las municiones que había traído; pero Andrea Doria (aquel que después fué tan feliz y famoso en la mar) entrando con gran peligro con una nave gruesa que era suya, entre la Linterna y la nave francesa, cortando el cabo que había dado á la fortaleza y los de las áncoras, la tomó peleando valerosamente, siendo herido en el rostro en el combate.

Determinado pues, el Rey á no diferir el dar principio á la guerra, para cuyo fin, por estar prevenido en toda ocasión, había enviado primero muchas lanzas á la Borgoña y al Delfinado, apretó lo que había tratado

muchos meses con los venecianos, si bien habían aflojado algo en ello ambas partes, porque al Rey le tuvo suspenso unas veces la esperanza de la paz con el Emperador y otras la demanda que ellos hacían pertinazmente de Cremona y la Ghiaradadda.

En el Senado había habido varios pareceres, porque muchos de grande autoridad en la República proponían la paz con el Emperador, mostrando que era más útil aligerarse al presente de tantos gastos y librarse de los peligros para poder más prontamente abrazar las ocasiones que se ofreciesen que, estando la República trabajada y débiles las fuerzas de los particulares, entrar en nuevas guerras en compañía del rey de Francia, de cuya amistad, aunque fuese fiel y segura, tenían tan fresca la experiencia. Pero, pareciendo á la mayor parte que raras veces se podría ofrecer semejante ocasión para recuperar su antiguo estado y que la paz con el Emperador, si se quedaba con Verona, no les libraba de las molestias y de los peligros, se resolvieron á hacer la confederación con el rey de Francia, deponiendo el pensamiento de Cremona y de la Ghiaradadda; la cual concluyó en la corte del Rey Andrea Gritti, que ya hacía más el oficio de embajador que de prisionero, y alcanzando por ella la libertad de Bartolomé de Albiano y de Andrea Gritti, se obligaron los venecianos á ayudar al Rey con ochocientos hombres de armas, mil y quinientos caballos ligeros y diez mil infantes contra cualquiera que se opusiese á la recuperación de Asti, Génova y el ducado de Milán, y el Rey se obligó á ayudarles hasta que recuperasen enteramente lo que poseían en Lombardía, y en la marca Trevisana antes de la liga de Cambray.

Luego que se ratificó recíprocamente esta confederación, fueron á Susa Juan Jacobo Trivulcio y Bartolomé de Albiano, el uno para ir después á Venecia por el ca-

mino más seguro, y el otro para juntar allí el ejército señalado para la guerra, que era de mil y quinientas lanzas, ochocientos caballos ligeros y quince mil infantes, de estos, ocho mil tudescos y los demás franceses, gobernados por La Tremouille, que señaló el Rey por lugarteniente suyo.

Para que las cosas procediesen con mayor reputación, hacía en este mismo tiempo el Rey instancia con el Papa, con sumos ruegos, para que no le impidiese la recuperación de su Ducado, ofreciéndole no sólo que no pasaría más adelante, después de la victoria, sino que siempre haría la paz á su albedrío, y aunque el Papa oía benignamente estas cosas y, para que se recibiesen sus palabras con mayor crédito, usaba para tratar con el Rey de la intervención y medio de Julián su hermano, con todo eso, le hacían muchas cosas sospechoso al Rey; la memoria de lo que había hecho antes del Pontificado, el haberle enviado luego que llegó á la Sede, á Cintio, su criado, con una carta con corteses comisiones, pero tan generales que argüían que no tenía el ánimo inclinado á su persona; el haber consentido que Próspero Colonna fuese elegido capitán general del duque de Milán, lo cual había estorbado siempre el papa Julio por el odio contra los Colonnas.

Dábale causa de mayores recelos que el Papa había significado al rey de Inglaterra que quería continuar en la confederación hecha con el Emperador, con el Rey Católico y con él; y á las comunidades de los suizos había escrito casi mostrando que las exhortaba á la defensa de Italia, y no disimulaba que quería continuar con ellas la confederación hecha por Julio II, por la cual, recibiendo cada año veinte mil ducados de él, se habían obligado á la protección del Estado eclesiástico.

Era también señal de su ánimo el no haber recibido

en su gracia al duque de Ferrara, sino diferido con varias excusas la restitución de Regio hasta que viniese á Roma el cardenal su hermano, el cual, por huir de las persecuciones del papa Julio y de la instancia que le hacía el rey de Francia para que fuese el concilio pisano se había ido á Agria, su obispado, en Hungría. Pero más que ninguna de estas cosas le hacía sospechoso al Papa el haber, aunque con el mayor secreto posible, aconsejado al Senado veneciano que se concertase con el Emperador, cosa toda contraria á la intención del Rey; el cual también había atribuído á mala parte que, mostrando el Papa que no se movía por otra cosa sino por el oficio de Pontífice, le hubiese escrito un Breve amonestándole que no moviese las armas y que se inclinase á acabar la guerra con honesta composición, cosa que por sí misma no la acogiera mal el Rey si hubiera aconsejado al de Inglaterra, por el mismo deseo de la paz, que no molestase á Francia. Y sin duda no eran vanos los recelos, porque el Papa deseaba sumamente que los franceses no tuviesen más asiento en Italia, por parecerle más útil para la seguridad común, ó por la grandeza de la Iglesia, ó porque estuviese firme en su ánimo la memoria de las ofensas recibidas de la Corona de Francia, de la cual, aunque su padre y sus antecesores habían sido muy aficionados y en varios accidentes habían recibido comodidades, con todo eso, estaba más fresca la memoria de que sus hermanos y él habían sido echados de Florencia por la vanidad del rey Carlos y que, favoreciendo este presente Rey el gobierno popular, ó los había despreciado siempre ó si alguna vez se había mostrado inclinado á ellos, lo hizo para usar de su medio como de instrumentos á fin de atraer á los florentinos, por este recelo, á conciertos útiles para sí propio, olvidándose de ellos enteramente.

Añadiase acaso el enojo de haber sido llevado preso

á Milán después de la batalla de Ravena y de que hubiese mandado el Rey que fuera llevado á Francia.

Mas aunque tenía esta disposición por estas ó por otras causas el no ver fundamentos poderosos, como había deseado, para poder resistir, le hacía proceder cautamente y disimular cuanto podía su concepto, oyendo siempre con deseo las demandas y las instancias que le hacían contra el Rey, porque los suizos, que estaban muy inclinados á moverse para defender el ducado de Milán, ofrecían que harían este movimiento con mucho mayor número, con que les llevasen mediana cantidad de dinero, la cual, por la poca posibilidad de los otros, no se podía esperar sino del Papa.

Pero los consejos del Virrey eran inciertos y sus palabras varias y ocultas, porque unas veces ofrecía al Papa que se opondría á los franceses si él entraba también descubiertamente en la causa, enviando su gente á que se juntase con él y pagando por tres meses gran cantidad de infantes; y porque se creyese esto más fácilmente, habiendo llamado sus soldados del Parmesano y del Regiano, había hecho alto con el ejército sobre el río Trevia, y estando también algunos de sus soldados en la guarda de Tortona y de Alejandría no los había movido.

Otras veces afirmaba que había recibido orden de su Rey, en el mismo tiempo que le significó que había hecho la tregua, para volver el ejército al reino de Nápoles.

Hablaba en otra forma Jerónimo de Vich, embajador del Rey Católico en Roma, conformándose en esto con lo que prometía su Rey de que, tomando el Papa la defensa de Milán, rompería la guerra á Francia, no teniendo respeto á la tregua hecha, lo cual decía que le era lícito, sin quebrantar la palabra dada. Por esto creyeron muchos que, temiendo aquel Rey que no se atre-

vería nadie á oponerse al rey de Francia por la tregua hecha, había ordenado al Virrey que, en caso que no viese que los otros concurrían con calor á la defensa del ducado de Milán, procurando no provocar con nuevas injurias al rey de Francia, redujese el ejército á Nápoles.

Por esta causa misma mostraba al rey de Francia que tenía el ánimo inclinado á la paz, ofreciendo inducir también á ella al Emperador y al rey de Inglaterra, y para que estuviese menos áspero con él, en caso que recuperase á Milán, le hacía promesa casi cierta de que no se le opondría su ejército.

Teniendo por esto el Virrey intención de partir, volvió á llamar á los soldados que, debajo del gobierno del marqués de Pescara, estaban en Alejandría y en Tortona, significando, como se decía en el mismo tiempo, al Trivulcio su determinación, para que su partida fuese con gusto del rey de Francia. Pero no siguió luego este consejo, porque los suizos, deseosísimos de la defensa del Estado de Milán, habían enviado por público decreto cinco mil infantes, y daban esperanza de enviar mucho mayor número, antes mostrando lo contrario envió á Próspero Colonna á tratar con los suizos sobre en qué lugar se habían de juntar contra los franceses, ó por tener aviso de que le había sido muy molesta al Emperador la tregua hecha, ó por nuevas órdenes de su Rey para que siguiese la voluntad del Papa, el cual combatiendo en su ánimo de una parte la corta esperanza, y de la otra la propia inclinación, perseveraba todavía en las mismas dudas.

Vinieron los suizos al Tortones, donde había dado á entender Próspero Colonna que el Virrey vendría á juntarse con ellos, pero alegando éste varias excusas, les pidió que viniesen á juntarse sobre el Trevia. Comprendiendo ellos, por esta demanda, que era diferente la vo-

luntad que las palabras, respondieron con arrogancia que no pedía esto el Virrey para ir á mostrar la cara á los enemigos, sino para volver las espaldas con mayor seguridad; que no importaba nada á los suizos que tuviesen miedo de pelear con los franceses; que les era igual que se fuera, que se estuviese ó que huyese, pues ellos solos bastaban para defender el ducado de Milán contra todos.

Pero ya se alborotaba todo el país. El conde de Musocco, hijo de Juan Jacobo, había entrado en Asti y después en Alejandría, sin oponérsele nadie; los franceses, partiendo de Susa, se adelantaban; el duque de Milán, no habiendo estado á tiempo para entrar en Alejandría, se juntó con los suizos cerca de Tortona, de donde, habiéndoles significado descubiertamente el Virrey que había determinado irse, se fueron á Novara. Los milaneses, á la fama de la partida del Virrey, enviaron embajadores á Novara á disculparse con él en caso que, por no tener quien los defendiesen, se juntasen con los franceses por excusar los últimos males, el cual mostró que aceptaba benignamente su disculpa, y aun les encomendó que pensasen piadosamente en el bien de la patria común.

Con esta ocasión Sacromoro Visconti, que estaba señalado para el asedio del castillo, volviéndose á la fortuna de los franceses, metió en él vituallas.

Partió, pues, el Virrey del Trevia con todo el ejército, en el cual había mil doscientos hombres de armas y ocho mil infantes, para volver al reino de Nápoles, dejando como desesperadas las cosas de Lombardía, y por esto, pensando sólo en salvar el ejército. Pero el mismo día, recibiendo en el camino cartas de Roma, volvió súbitamente las banderas, tornando al mismo alojamiento.

Fué la causa de esto que el Papa (al cual en los mis-

mos días se le habían restituído Plasencia y Parma) determinado á intentar si por medio de los suizos se podría defender el estado de Milán, dió con gran secreto á Jerónimo Morone, embajador del Duque cerca de su persona, cuarenta y dos mil ducados para enviar á los suizos, debajo de nombre (si acaso llegaba á noticia de otros) que los veinte mil eran por cuenta de las pensiones, y veintidós mil por cuenta de lo que pretendían los Cantones, que debían haber de su antecesor, el cual había rehusado siempre pagarles.

CAPITULO V.

El Albiano es nombrado general de los venecianos.—Conspiración descubierta en Verona para entregar la ciudad á los venecianos.—El Albiano en Cremona.—Génova vuelve á poder del rey de Francia.—Carta enviada por La Tremouille al rey de Francia.—Determinación de los suizos en Novara.—Arenaga de Mottino, su capitán.—Asalto nocturno de los suizos.—Derrota de los franceses.—El Albiano es batido en Verona.—Bérgamo, Brescia y Pesquiera se rinden al César.

Por la vuelta del Virrey sobre el Trevia, y por la fama de la venida de nuevos suizos, arrepintiéndose los milaneses de haberse movido tan presto, daban esperanza á Maximiliano Sforza de que volverían debajo de su dominio, siempre que los suizos y el ejército español se juntasen en la campaña.

Para sustentar estas esperanzas el Virrey (con el cual estaba Próspero Colonna) echaba el puente sobre el Pó, prometiendo continuamente que pasaría, mas no poniéndolo en ejecución, porque pensando principal-

mente en el bien del ejército, determinaba proceder según los sucesos de las cosas, pareciéndole que era muy peligroso haber de tener al frente á los franceses y á las espaldas el ejército veneciano, el cual tenía ya cerca, habiendo ocupado la ciudad de Cremona y echado el puente en la Cava sobre el Pó.

Había ido Bartolomé de Albiano de Susa á Venecia por largo rodeo, donde hablando magníficamente de la presente guerra en sus consejos, después que hubo referido sin contradicción la culpa que tuvo el conde Petigliano en la rota de la Ghiaradadda, le eligió el Senado por capitán general con las mismas calidades con que había tenido aquel puesto el conde de Petigliano, y por ventura el mismo día (que tan á menudo se ríe la fortuna de la ignorancia de los mortales) en que cuatro años antes había venido á poder de los enemigos.

Yendo luego al ejército que se juntaba en San Bonifacio en el Veronés, estando con él Teodoro Trivulcio, como lugarteniente del rey de Francia, se arrimó con gran presteza, el mismo día que el ejército francés se movía de Susa, á las puertas de Verona, donde se habían conjurado algunos para recibirle dentro. Mas al día siguiente entraron en Verona por el río Adige quinientos infantes tudescos, y habiéndose descubierto lo que se trataba dentro, perdida por el Albiano la esperanza de ganarla, determinó, contra la autoridad del proveedor veneciano, ir hacia el río del Pó para oponerse á los españoles, ó según el progreso de las cosas, juntarse con los franceses.

No significó esta determinación al Senado hasta haberse apartado de Verona un alojamiento, porque aunque alegaba que la suma de todo dependía de lo que sucediese en el ducado de Milán, y procediendo en él las cosas contra los franceses, sería vano y no durable lo que se intentase ó consiguiese en otro lugar, y que

por esto se debía ayudar allí cuanto era posible la victoria del rey de Francia; con todo eso temía, y no en vano, que el Senado lo contradijese, no tanto por el deseo de que primero se atendiese á la recuperación de Verona y de Brescia, cuanto porque algunos de los otros capitanes contradecían el pasaje del río Mincio si no se tenía primero más particular noticia de los progresos de los franceses, mostrando, si sucedía algo en contrario, cuán dificultoso sería retirarse libres, habiendo de pasar por el Veronés y Mantuano, países ó súbditos, ó devotos del Emperador.

Rindiéronsele, temerosos de sus amenazas Valegio y la villa de Pesquiera, de lo cual, espantado el castellano, entregó la fortaleza, recibiendo muy poca cantidad de dinero para él y para algunos infantes tudescos que había dentro.

Entraron en los mismos días en Brescia, en ayuda de los venecianos, algunos de los principales de la montaña con muchos de la tierra; mas con todo eso el Albiano, aunque interpusieron sus ruegos los embajadores de Brescia, que le hallaron en Gambera, é hizo instancia el proveedor veneciano, no quiso ir á Brescia para detenerse en aquel lugar sólo un día, sin que se recuperase la fortaleza que estaba todavía guardada por el Virrey. ¡Tanto era el ardor de proseguir sin intermisión alguna su primera deliberación!

Viniendo con esta presteza á las puertas de Cremona, y hallando que al mismo tiempo había entrado en ella en favor del rey de Francia Galeazzo Palavicino, llamado por algunos cremoneses, no queriendo partir con otros la gloria de haberla recuperado, rompió las puertas y la entregó al saco de su gente. Dentro de Cremona desvalijó á César Fieramosca que, con trescientos caballos y quinientos infantes del duque de Milán, había quedado en su guarda.

No fué menester perder tiempo para la recuperación de la fortaleza, porque siempre había estado en poder del rey de Francia, y poco antes proveída de vituallas por Renzo de Ceri, el cual, al volver á Crema, donde era gobernador, encontrando en Serezana doscientos caballos de Alejandro Sforza los había roto.

De allí fué el Albiano y se detuvo en la Cava, sobre el Pó, con el puente dispuesto para pasar, y no estorbó que sus soldados molestasen algunos lugares del Papa.

Fué después á Pizzighittone, habiendo levantado ya las banderas francesas, por la mudanza de Cremona, Sonzino, Lodi y otros lugares circunvecinos.

Mas primero, luego que recobró á Cremona, había enviado á Renzo de Ceri á Brescia con una parte de la gente para asegurar aquella ciudad y recuperar la fortaleza, y mucho más para refrenar los prósperos sucesos de los tudescos, porque casi luego que se apartó de Verona, saliendo de aquella ciudad Rocandolfo, capitán de los infantes tudescos, y con él Federico Gonzaga de Bozzole, con seiscientos caballos y dos mil infantes, fué á San Bonifacio, donde había dejado el Albiano, debajo del gobierno de Segismundo Caballo y Juan Forte, trescientos caballos ligeros y seiscientos infantes, los cuales esparcidos por el país, sin disciplina militar, al oír la venida de los enemigos huyeron á Cologna, donde siguiéndolos los tudescos y entrando por fuerza en la ciudad los prendieron á todos y la saquearon y abrasaron; lo mismo hicieron después en Soave; rompieron el puente que los venecianos habían hecho sobre el Adige, y hubieran con la misma furia ocupado á Vicenza de no entrar en la ciudad de repente gran número de los del país.

Hacia de mayor consideración estos progresos el haberse publicado que del condado de Tirol venían á Verona nuevos infantes.

En este mismo tiempo se arrimó por mar á Génova la armada del rey de Francia con nueve galeras sutiles y otros bajeles, y por tierra, con el favor de los de la ribera que estaban de su parte, y con otros soldados conducidos á costa del rey de Francia moviéronse con gran ocasión Antonio y Jerónimo, hermanos de los Adornos, por la discordia que poco antes había nacido entre los Fiescos y el Dux de Génova, con quien habían estado unidos primero contra los Adornos; porque ó por pendencia casual, ó sobre recelos que sobrevinieron había sido muerto Jerónimo, hijo de Juan Luis del Fiesco, saliendo del palacio público por Luis y Fregosino, hermanos del Dux.

Retirándose por esta injuria á sus castillos Ottobuono y Sinibaldo, sus hermanos, concertándose poco después con el rey de Francia y conspirando con los Adornos, se arrimaron á Génova por la otra parte con cuatro mil infantes.

No tenía fuerzas el Dux para resistir por sí mismo á los Fiescos y Adornos, ni por la brevedad de los contrarios podía llegar á tiempo el socorro que había pedido al Virrey. Incluyó de todo punto las cosas el haber sido rotos mil infantes de los suyos que se habían detenido sobre los montes cercanos, no pudiendo resistir al mayor número, por lo cual, el Dux, juntamente con Fregosino, habiendo apenas tenido tiempo para librar su vida, huyó por mar dejando en guarda del castillo á Luis, el otro hermano suyo, y los vencedores entraron en Génova, donde los hermanos Fiescos, llevados de la furia de la venganza, hicieron matar, y después, atado á la cola de un caballo, arrastrar por toda la ciudad á Zacarías, hermano del Dux, que había quedado preso en la batalla que se tuvo sobre los montes, el cual, juntamente con los otros, había intervenido en la muerte de Jerónimo Fiesco.

Reducida así Génova á la devoción del rey de Francia se hizo gobernador en su nombre á Antonio Adorno, y la armada francesa abasteció de gente y de vituallas la Linterna, y después, saqueando la Spezia, se detuvo en Portovenere.

No quedaba otra cosa al rey de Francia para la recuperación entera de los Estados que había perdido el año antes, sino Novara y Como, las únicas ciudades que estaban todavía en nombre de Maximiliano Sforza en todo el ducado de Milán.

Mas la gloria de esta guerra no estaba destinada ni para los franceses, tudescos ó españoles, ni para los venecianos, sino solamente para los suizos, con infamia de todos los otros, contra los cuales, dejando el ejército francés en Alejandría, presidio suficiente para sustentar las cosas de la otra parte del Pó, se arrimó á Novara, feroz por tantos sucesos, por la confusión de los enemigos que estaban encerrados dentro de las murallas y por el temor ya manifiesto de los españoles.

Representábanse, demás de estas cosas, á la memoria de los hombres casi como una imagen y semejanza de lo pasado, que era esta la misma Novara en que había sido preso Luis Sforza, padre del duque presente; que estaban en el ejército francés los mismos capitanes La Tremouille y Juan Jacobo Trivulcio, y que militaban junto á su hijo algunas de las mismas banderas y de los mismos capitanes de los Cantones que entonces habían vendido á su padre; por lo cual, La Tremouille había escrito soberbiamente al Rey que en el mismo lugar donde había preso al padre prendería al hijo.

Batieron los franceses furiosamente con la artillería las murallas, pero en lugar de donde era muy difícil y peligroso bajar adentro, mostrando tanto los suizos que no los temían, que nunca consintieron que se cerrase la puerta de la ciudad que miraba al ejército. Mas

habiendo derribado espacio suficiente de muralla, dieron los de afuera muy ferozmente el asalto, del que se defendieron con gran valor los de adentro, por lo cual se volvieron los franceses á sus alojamientos, y entendiendo que el mismo día habían entrado en Novara muchos suizos, y teniendo noticia de que se esperaba á Altosasso, capitán de gran fama, con mucho mayor número, desesperados de poderla ya ganar, se apartaron el día siguiente dos millas de Novara, esperando alcanzar la victoria, más por los desordenes y falta de dinero, que por la furia de las armas.

Interrumpió estas esperanzas la ferocidad y ardiente espíritu de Mottino, uno de los capitanes de los suizos, el cual, llamando toda la gente á la plaza de Novara, la animó con palabras muy ardientes á que, sin esperar el socorro de Altosasso, que debía venir al día siguiente, fuesen á acometer á los enemigos en sus alojamientos; que no consintiesen que la gloria y la victoria que podía ser propia fuese común, ó antes fuese toda de otros, porque, como las cosas futuras llaman á sí las pasadas y el aumento cubre la parte aumentada, se atribuiría toda la victoria á los que venían, y no á ellos.

«Cuanto la materia (dijo Mottino) parece más difícil y peligrosa, tanto será más fácil y segura, porque cuanto los accidentes son más repentinos y no esperados, tanto espantan más á los hombres y les causa terror. Nada esperan menos los franceses al presente que nuestro acometimiento, y habiéndose alojado hoy, no puede haber sido sino desordenadamente y sin ninguna fortaleza.

»Solían los ejércitos franceses no tener atrevimiento para pelear si no tenían consigo nuestros infantes; de algunos años á esta parte se han atrevido á pelear sin nosotros, pero nunca contra nosotros. ¡Cuánto espanto, cuánto terror tendrán cuando se vean acometidos fu-

riosa y repentinamente por aquellos cuyo valor y ferocidad solía ser su corazón y aliento!

»No os hagan fuerza sus caballos ni su artillería, porque otras veces hemos experimentado cuánto confían ellos mismos en estas cosas contra nosotros. Gastón de Foix, tan feroz capitán, con tantas lanzas, con tantos cañones, ¿no nos dejó siempre libre el paso en el llano, cuando, sin caballos y otras armas que las picas, bajamos dos años ha hasta las puertas de Milán?

»Ahora tienen consigo los infantes tudescos, y esto es lo que me mueve y enciende; teniendo á un mismo tiempo ocasión para mostrar á aquel que con tanta avaricia é ingratitud despreció nuestros trabajos y nuestra sangre, que jamás tomó peor determinación para sí y para su reino, y mostrar á aquellos que pensaron que sus obras eran bastantes para privarnos de nuestro pan, que no son iguales los tudescos á los suizos, que hablan la misma lengua y se rigen de la misma suerte, pero no con el mismo valor y con la misma ferocidad.

»Sólo un trabajo hay, que es ocupar la artillería; mas harále menor el no estar fortificada, y la obscuridad de la noche ayudará á acometerla de improviso, y acometiéndola de repente es muy corto espacio de tiempo el que nos pueden ofender, y éste interrumpido por el desorden y por la súbita confusión.

»Las demás cosas son muy fáciles. No se atreverán los caballos á venir á chocar con nuestras picas; mucho menos osará la turba de los infantes franceses y gascones acudir á mezclarse con nosotros. Mostraráse con esta determinación no menos que nuestra prudencia, nuestra braveza.

»Ha subido á tan gran fama nuestra nación, que no se puede conservar ya la gloria de nuestro nombre si no es intentando algún caso fuera de la esperanza y uso común de todos los hombres, y pues estamos en el con-

torno de Novara, el lugar nos muestra que no podemos borrar de otra manera la infamia antigua que cobramos cuando militábamos con Luis Sforza en la misma Novara. Vamos, pues, con la ayuda de Dios, nuestro Señor, perseguidor de los cismáticos, de los descomulgados y de los enemigos de su nombre; vamos á una victoria, si nos mostramos hombres, segura y fácil; en la cual, cuanto parece que es mayor el peligro, tanto será más glorioso y mayor vuestro nombre, y cuanto es mayor el número de los enemigos que el nuestro, tanto más nos enriquecerán sus despojos.»

A las palabras de Mottino alzó la voz ferozmente todo el pueblo, aprobando todos con el brazo levantado lo que había dicho, y después, prometiendo él la victoria cierta, ordenó que fuesen á reposar y á disponer sus personas para ponerse en escuadrones cuando los llamase el son de una caja.

Nunca tomó la nación suiza determinación más soberbia ni más atrevida que ésta, porque eran pocos contra muchos, sin caballos y sin artillería contra un ejército poderosísimo de estas cosas, sin inducirlos á ello necesidad alguna, pues Novara estaba libre del peligro y esperaban al otro día gran número de más gente. Eligieron voluntariamente intentar antes aquel camino en que hubiese menos seguridad, si bien era mayor la esperanza de la gloria, que aquel de mayor certeza, pero de que resultaría menor alabanza.

Salieron, pues, con gran furia, de Novara después de media noche, á 6 de Junio, en número de cerca de diez mil hombres, distribuidos en esta forma: siete mil para acometer la artillería, y lo restante para detenerse con las picas levantadas para hacer oposición á la gente de armas.

No se habían fortificado los alojamientos de los franceses por la brevedad del tiempo y porque no temían

tan presto un accidente semejante, y al primer alboroto, cuando las centinelas les significaron la venida de los enemigos, el caso imprevisto y la obscuridad de la noche les causaba mayor confusión y terror. Con todo eso, la gente de armas se recogió con presteza á los escuadrones, y los infantes tudescos, que fueron seguidos de la demás infantería, se pusieron luego en su orden. Ya ofendía la artillería con gran estruendo á los suizos que venían á acometerla, haciendo entre ellos mucho estrago, lo cual se conocía más por las voces y gritos de la gente que por el beneficio de los ojos, cuyo uso impedía todavía la noche; mas con maravilloso valor, no haciendo caso de la muerte presente ni espantándose el suceso de los que caían muertos á su lado, sin perder el orden caminaban á gran paso contra la artillería, y al llegar á ella se encontraron con gran furia ellos y los infantes tudescos, peleando rabiosamente los unos contra los otros, y mucho más por el odio y por la ambición de la gloria. Pudiérase ver cuando ya comenzaba á salir el sol rendirse, ya estos, ya aquellos; parecer muchas veces superiores los que primero se habían mostrado inferiores de una misma parte, y á un mismo tiempo retirarse algunos y adelantarse otros; unos resistir dificultosamente, y otros con furia apretar á los enemigos. De ambas partes lleno todo de muertos, de heridos, de sangre; los capitanes hacer unas veces con gran valor el oficio de soldados, hiriendo á los enemigos y defendiéndose á sí propios y á los suyos, y otras ejercitar con prudencia el cargo de capitanes, animando, disponiendo, socorriendo, ordenando y mandando. Por otra parte, había quietud y grande ocio donde estaba la gente de armas, porque, pudiendo más en los soldados el miedo que la autoridad, consejos, órdenes, ruegos, exclamaciones y amenazas de La Tremouille y del Trivulcio, no tuvieron osadía jamás para acometer

á los enemigos que delante de sí tenían, y á los suizos les bastaba tenerlos firmes para que no socorriesen su infantería. Finalmente, en tanta ferocidad y valor de las partes que peleaban prevaleció el ánimo de los helvecios, que, ocupando victoriosamente la artillería y volviéndola contra los enemigos, con ella y con su ánimo les hicieron huir.

Juntóse á la fuga de la infantería la de la gente de armas, de la cual no se vió valor ni alabanza alguna. Sólo Roberto de la Marche, llevado del ardor de padre, entró con un escuadrón de caballos entre los suizos, y por librar á Floranges y á Denesio, sus hijos, capitanes de infantería tudésca que, oprimidos por muchas heridas estaban en el suelo, peleando con tan grande brío que les parecía cosa maravillosa á los suizos, los sacó vivos fuera de tan grande peligro.

Duró la batalla cerca de dos horas, con gran daño de ambas partes; de los suizos murieron cerca de mil quinientos, entre los cuales perdió la vida Mottino, autor de este glorioso consejo, herido de un picazo en la garganta mientras peleaba con gran valor. De los enemigos fué mucho mayor el número; algunos dicen diez mil, pero la mayor parte de los tudescos murieron en la batalla, y la mayor de los infantes franceses y gascones perdieron la vida cuando huían. Salvóse casi toda la caballería, no pudiendo apretarla los suizos, que si hubieran tenido caballos la hubieran deshecho fácilmente, por ser grande el terror con que se retiraban. Quedaron por despojo de los vencedores todos los carros, veintidós piezas de artillería gruesa y todos los caballos señalados para su servicio.

Volviéron los vencedores casi triunfantes el mismo día á Novara, y con tan gran fama por todo el mundo, que muchos osaban, considerando la magnanimidad del propósito, el evidente desprecio de la muerte, la brave-

za del pelear y la felicidad del suceso, anteponer esta ocasión á casi todas las cosas memorables que hicieron los romanos y los griegos.

Huyeron los franceses al Piamonte, de donde, aunque el Trivulcio gritaba en vano, pasaron luego á la otra parte de los montes.

Al alcanzar la victoria, Milán y los otros lugares que habían seguido la parte de franceses, enviaron á pedir perdón, y se les concedió con que se obligasen á pagar gran cantidad de dinero: los milaneses debían contribuir con doscientos mil ducados; los otros según su posibilidad, y todos lo pagaban á los suizos, á los cuales, de la victoria que ganaron con su esfuerzo y sangre, se les debía justamente no menos el provecho que la gloria.

Para recoger todo el fruto que se pudiese, entraron después en el marquesado de Monferrato y en el Piamonte, que estaban culpados por haber acogido el ejército francés, donde, parte robando y parte componiéndose los míseros pueblos (peró absteniéndose de violar las vidas y las honras), hicieron grandes ganancias.

No fueron los españoles privados de todo punto de los premios de la victoria porque, habiendo recurrido al Virrey, después de la batalla, Ianus, echado poco hacía de Génova, y Octaviano Fregoso, los cuales ambos tenían deseo de ser Dux, anteponiendo el Virrey á Octaviano, por quien hacía muchas instancias el Papa por su antigua amistad y recibiendo promesa suya que le pagaría, en entrando en Génova, cincuenta mil ducados, le concedió tres mil infantes debajo del gobierno del marqués de Pescara, y con el resto del ejército fué á Chiestegio, mostrando que pasaría más adelante si fuese necesario; pero al arrimarse á Génova el Marqués y Octaviano, conociendo los hermanos Adornos que no tenían poder para resistir, se fueron de la ciu-

dad, y entrando en ella Octaviano fué hecho su Dux; la cual vió en aquel año mismo por sus gobernadores á los franceses, á Ianus Fregoso, á los Adornos y á Octaviano.

Al llegar á noticia de Bartolomé de Albiano la rota del ejército del rey de Francia, temiendo que le siguiesen luego los españoles, se retiró sin dilación á Pontevico, abandonando en el camino, por no perder tiempo, algunas piezas de artillería que se conducían más despacio de Pontevico, dejando á Renzo de Ceri en Crema y desamparando á Brescia, porque era inútil disminuir el ejército, en el cual había seiscientos hombres de armas, mil caballos ligeros y cinco mil infantes; procediendo con tanta presteza y con tanto miedo y desayuda del país, que cualquiera poca gente que los hubiera seguido les obligara á romperse por sí mismos. Fué á la Tomba, cerca del Adige, no descansando jamás en ningún lugar, sino cuando le obligaba la necesidad de dar aliento á la gente y á los caballos. Hizo alto en la Tomba, habiendo cesado el miedo porque no le seguía nadie, y estando allí comenzó á hacer llevar del Veronés á Padua y á Treviso la mayor cantidad de vituallas que podía, y al mismo tiempo envió á Juan Pablo Baglione con sesenta hombres de armas y mil y doscientos infantes á Lignago, el cual siendo recibido luego por la gente del lugar donde no había presidio alguno, dió un asalto á la fortaleza que estaba guardada por ciento y cincuenta infantes entre españoles y tudescos, habiéndola batido primero con la artillería por la parte que mira hacia la plaza. No sé lo que pudo más en este asalto, si el valor ó la fortuna; porque, comenzando acaso mientras se peleaba, á arder las vituallas por algunos instrumentos de fuegos artificiales que echaban los de afuera, abrasó una parte de la fortaleza, y entrando en ella los infantes que daban el asalto con la ocasión de

este alboroto, parte por la muralla rota y parte con escalas, prendieron al capitán español y mataron ó prendieron á todos los que había dentro. En tomando á Lignago echó el Albiano el puente sobre el Adige, y habiéndole dado después speranza algunos veroneses de que se alborotarían contra los tudescos, fué á alojar á la villa de San Juan, que está distante cuatro millas de Verona, de donde, arrimándose á la mañana siguiente á la puerta que llaman de San Máximo, plantó con gran denuedo la artillería contra la torre de la puerta y la muralla que está junta con ella, atendiendo á si, en este tiempo, se levantaba dentro algún alboroto. Arruinadas cerca de cuarenta brazas de muralla, demás de la torre, la cual cayó de manera que hizo un reparo muy fuerte á la puerta, dió con grande ánimo el asalto, pero en Verona había trescientos caballos y tres mil infantes tudescos gobernados por Rocandolfo, capitán de gran nombre, los cuales se defendían valerosamente desde la rutura del muro. Para bajar al suelo había grande altura y los veroneses no hacían algún movimiento según las esperanzas dadas, por lo cual el Albiano, viendo la dificultad de ganarla, retiró sus infantes de los muros y comenzó á apartar la artillería; pero, mudando de parecer en un instante (creese que fué por una embajada recibida de los de adentro), haciendo volver los infantes á las murallas, renovó el asalto con más furia que antes, si bien había las mismas dificultades para ganarla y la misma tibieza en los que le habían llamado; de manera que, perdiendo las esperanzas de todo punto de la victoria, muertos en el combate más de doscientos hombres de los suyos, entre los cuales lo fué Tomás Fabio Ravena, condestable de la infantería, quitando con gran presteza la artillería de los muros, volvió el mismo día al alojamiento del cual por la mañana había partido, no siendo alaba-

do este día ni por el consejo ni por suceso, pero celebrada su presteza por toda Italia de que en un día hubiese hecho lo que otros capitanes suelen hacer con trabajo en tres ó cuatro. Taló después el país, intentando si por este medio podría obligar á los veroneses á concertarse, pero ya se venía adelantando el ejército español, porque el Virrey, al saber la pérdida de Lignago, no se detuvo más por el próspero suceso de las cosas de Génova, temiendo que Verona abriese las puertas á los venecianos por la mala disposición de sus vecinos, y determinó socorrer sin dilación las cosas del Emperador, por lo cual, pasando el río Pó por la Stellata y rindiéndosele las ciudades de Bérgamo y de Brescia sin dificultad y asimismo la villa de Pesquiera, sitió el castillo que estaba guardado por doscientos y cincuenta infantes, el cual, aunque conforme á la opinión común, se podía defender todavía algunos días, vino por fuerza á su poder, quedando preso el proveedor veneciano y los infantes que no murieron en el combate.

Retiróse el Albiano, por acercarse los españoles, á Alberé, de la otra parte del Adige, llamando para engrosar lo que pudiese el ejército, no sólo algunos infantes que estaban en el Polesino de Robigo, sino también á los que había dejado en Lignago; y habiéndose juntado poco después con el Virrey los infantes tudescos en San Martino y yendo á Montagnana, después de recuperar á Lignago de los venecianos, á los cuales no les quedaba en aquellas partes más que Padua y Treviso, atentos sólo á la conservación de aquellas ciudades, ordenaron que el ejército se distribuyese en ellas. En Treviso pusieron doscientos hombres de armas, trescientos caballos ligeros y dos mil infantes, debajo del gobierno de Juan Paulo Baglione, cerca del cual estaban Malatesta de Sogliano y el caballero de la Volpe; en Padua el Albiano con lo restante del ejército, el cual,

atendiendo á fortificar y á reparar los bastiones que estaban hechos y dando perfección á muchas obras imperfectas, hacía, demás de esto, para que los enemigos no se pudiesen arrimar sino con mucho peligro y dificultad y con gran multitud de gastadores, arrasar todas las casas y cortar todos los árboles tres millas alrededor de Padua.

CAPITULO VI.

Los cardenales que por el concilio de Pisa fueron privados del capelo son restablecidos en su dignidad.—Subsidios que da el Papa al César.—Asedio de Pavia.—Padua librada del asalto.—Combates en el Véneto.—Derrota de los venecianos en Vicenza.—Compromiso pactado entre el Papa, el Emperador y los venecianos.

Mientras procedían en esta forma las cosas de las armas, el Papa trabajaba con suma industria para extirpar la división de la Iglesia introducida por el Concilio de Pisa, y dependiendo esto totalmente de la voluntad del rey de Francia, procuraba con maña aplacar su ánimo, afirmando que era falsa la fama que se había divulgado de que él hubiese enviado dinero á los suizos, y mostrando que no tenía otro deseo sino el de la paz universal y ser padre común de todos los príncipes cristianos; que le dolía grandemente que su diferencia con la Iglesia le privase de la facultad de mostrarle cuán particularmente estaba inclinado á su amistad, porque por la honra de la Sede Apostólica y de su propia persona estaba obligado á proceder separadamente con él

hasta que, habiendo vuelto á la obediencia de la Iglesia romana, le fuese lícito recibirle como Rey Cristianísimo y abrazarle como á hijo primogénito de la Iglesia. Deseaba el Rey, por sus propios intereses, la unión de su reino con la Iglesia, pedida con instancia por todos los pueblos y por toda la corte, á la cual estaba muy persuadido por la Reina, y conocía, demás de esto, que no podía esperar unión con el Papa en las cosas temporales si no se componían primero las diferencias espirituales; por lo cual, ó dando crédito ó fingiendo que se le daba á sus palabras, le envió por embajador para tratar estas cosas al obispo de Marsella.

Por su venida hizo el Papa por decreto del Concilio restituir la facultad para purgar la rebeldía, por todo Noviembre próximo, á los obispos franceses y á los otros prelados contra los cuales, como cismáticos, había procedido muy rigurosamente su antecesor por vía de Monitorio, y la misma mañana en que se tomó esta determinación se leyó en el Concilio una escritura firmada de la mano de Bernardino de Carvajal y de Fadrique de San Severino, en la cual, sin nombrarse cardenales, aprobaban todo lo que se había hecho en el Concilio Lateranense, prometían seguirlo y obedecer al Papa, por lo cual confesaban por consecuencia que había sido legítima su privación del cardenalato que, hecha por Julio, fué confirmada, durante su vida, por el mismo Concilio. Habíase tratado primero de restituirlos á su dignidad, pero fué diferido por lo que contradecían los embajadores del Emperador y del rey de Aragón y los cardenales Sedunense y Eboracense, los cuales detestaban como cosa indigna de la majestad de la Sede Apostólica, y de dañado ejemplo el conceder perdón á los autores de tan grande escándalo y de un delito tan pernicioso y lleno de tan gran abominación, recordando la constancia que Julio había tenido contra

ellos hasta el último punto de su vida, no por otra causa que por el bien público.

Inclinábase el Papa á la parte más benigna, juzgando que era más fácil apagar de todo punto el nombre del Concilio pisano con la clemencia que con el rigor, y por no exasperar el ánimo del rey de Francia que con instancia suplicaba por ellos. No le detenía odio particular, pues la injuria no se le había hecho á él, antes primero que fuese Papa, habían estado muy unidos sus hermanos y él con Fadrique. Siguiendo su propio juicio, por estas razones, había hecho leer antes á los padres del Concilio la escritura de su humillación, y después señaló el día de la restitución, la cual se hizo con este orden; entraron Bernardo y Fadrique de noche ocultamente en Roma, sin traje ni insignias de cardenales, y á la mañana siguiente, debiendo presentarse delante del Papa, que estaba en el Consistorio acompañado de todos los cardenales, excepto los suizos é ingleses, que rehusaron intervenir en él, pasaron primero vestidos de simples sacerdotes con los bonetes negros por todos los lugares públicos del palacio del Vaticano, donde se habían aposentado la noche antes, concurriendo gran multitud á verlos, y afirmando todos que este desprecio tan público debía ser cruelísimo tormento para la soberbia inmoderada de Bernardino, y no menor para la arrogancia de Fadrique. Admitidos en el Consistorio, pidieron, hincados de rodillas, con señales de gran humildad, perdón al Papa y á los cardenales, aprobando todo lo que había hecho Julio, y señaladamente su privación y la elección del nuevo Pontífice como hecha canónicamente, y contradiciendo el conciliábulo pisano como cismático y detestable.

Después que se hizo escritura auténtica de esta su confesión y firmada de sus manos, levantándose en pie, hicieron reverencia y abrazaron á todos los cardenales,

los cuales no se movieron de sus asientos. Después de esto, vestidos con el traje de cardenales, fueron admitidos á sentarse con el mismo orden que solían antes de su privación, habiendo recuperado con este acto solemnemente la dignidad del cardenalato, pero no las Iglesias y otras rentas que solían poseer, porque mucho antes, por estar vacantes, se habían pasado á otros.

Satisfizo con este acto, si no en todo, á lo menos en alguna parte el Papa al rey de Francia, pero no le satisfacía en las otras acciones, porque procuraba solícitamente la paz entre el Emperador y los venecianos, como cosa no difícil de alcanzar por los accidentes sucedidos. Porque se creía que el Emperador, invitándole las ocasiones de la otra parte de los montes, se inclinaba, para poder más libremente atender á la recuperación de la Borgoña para su nieto, á aligerarse de aquel peso, y mucho más se esperaba que lo desearan los venecianos, espantados por la rota de los franceses, y porque sabían que el rey de Francia, amenazando muchos peligros á su propio reino, no podía ya en el presente año pensar en las cosas de Italia.

Oían que se acercaba el ejército español, y que debía juntarse con él la gente que había en Verona. Ellos, exhaustos de dinero, débiles de soldados, especialmente de infantes, habían de resistir solos, sin que se viese ninguna centella de luz cercana, y con todo eso, respondía constantísimamente el Senado que no quería aceptar ninguna paz sin la restitución de Vicenza y de Verona.

Pidió en este tiempo el Emperador al Papa que le concediese doscientos hombres de armas contra los venecianos. Esta demanda le causó mucho disgusto, temiendo que el concederlos fuese molesto al rey de Francia, y no pareciéndole á propósito ni para el Em-

perador ni para él hacerse sospechoso á los venecianos por una causa de tan poca importancia. Con todo eso, perseverando en ello el Emperador obstinadamente, le envió el número que le había pedido, debajo del gobierno de Froilo Savello, Aquiles Torello y Mucio Colonna, no queriendo, con negarlo, mostrar que no deseaba perseverar en la confederación hecha con el Papa pasado, y pareciéndole que no le retenía obligación alguna con los venecianos, los cuales, demás que su ejército, cuando el Albiano estaba junto á Cremona, había con poca amistad hecho robos por el Parmesano y Placentino, nunca habían elegido embajadores para darle la obediencia según el uso antiguo, sino después que, vencidos los franceses, se habían vuelto de la otra parte de los montes.

Espantó esta determinación á los venecianos, no tanto por la importancia de tal ayuda, cuanto por el miedo de que de este principio no pasase el Papa más adelante, teniéndolo también por señal manifiesta de que jamás se separaría de sus enemigos; más con todo eso, no variaron de los primeros consejos; antes, estando dispuestos á mostrar en cuanto podían el rostro á la fortuna, ordenaron al proveedor del mar, que estaba en Corfu que, recogiendo cuantos bajeles pudiese, acometiese los lugares marítimos de la Pulla; si bien poco después, considerando mejor lo que importaba provocar tanto al rey de Aragón por su poder, y porque siempre había mostrado que aconsejaba al Papa que hiciese la paz, revocaron esta determinación como más animosa que prudente.

Estaba detenido el Virrey en Montagnana, sin haber aún determinado lo que se había de hacer, porque eran altos los conceptos de los tudescos, difíciles las empresas de Treviso y de Padua, las únicas que había por hacer, y las fuerzas muy inferiores á las dificultades, por-

que en todo el ejército no había más de mil hombres de armas, pocos caballos ligeros y diez mil infantes entre españoles y tudescos. Habiéndose finalmente de remitir esta determinación á la voluntad del obispo Gurgense, cuya venida se esperaba, por haberse de hallar en el ejército dentro de pocos días.

Estando en este tiempo en Bérgamo un comisario español que cobraba el tributo de veinticinco mil ducados, impuesto á aquella ciudad cuando se rindió al Virrey, envió á ella Renzo de Ceri desde Cremona una parte de sus soldados, los cuales, entrando de noche, con ayuda de algunos del lugar, habiendo preso al comisario con la parte de dinero que había recogido, se volvieron á Cremona.

Hízose también en estos mismos días prevención para turbar de nuevo las cosas de Génova, siendo conforme á esto la voluntad del Duque de Milán y de los suizos. Recurriendo á ellos Antonio y Jerónimo Adorno, habían recordado al Duque la dependencia que sus pasados tuvieron de Luis, su padre, que, con la ayuda de los Adornos, había recuperado y tenido muchos años quieto el dominio de Génova, del cual había sido despojado engañosamente por los Duxes Fregosos, y que los Adornos habían participado de la mala fortuna de los Sforzas, porque en el mismo tiempo que Luis perdió el ducado de Milán, habían sido ellos echados de Génova; por lo cual era conveniente que asimismo participasen del bien; que duraba la misma amistad y la misma fe, y no les debían acriminar, porque no oyéndoles en lugar alguno y desamparados de toda esperanza, habían recurrido por necesidad y no voluntariamente al rey de Francia, el cual les había echado antes; que, por otra parte, se acordase del odio antiguo de los franceses, cuántas injurias y cuántos engaños habían hecho á su padre, Bautista y el cardenal Fregoso, uno

después del otro Duxes de Génova, y considerase cómo podía ser conveniencia suya confiarse de Octaviano Fregoso, el cual, demás del odio antiguo, rehusaba tener superior en aquella ciudad; que á los suizos habían propuesto estímulos de provechos de seguridad y de honra; que le pagarían, si por su medio fuesen restituidos á su patria, tanta cantidad de dinero como había pagado el Fregoso á los españoles; que por su valor se había conservado el ducado de Milán, y á ellos tocaba su patrocinio; que por esto debía considerarse cuán contrario era para la seguridad de aquel Estado que Génova, ciudad su vecina y tan importante, fuese dominada por un Dux que dependía enteramente del rey de Aragón; y que había sido muy indigno de su nombre y gloria el haber permitido que Génova (fruto de la victoria de Novara) hubiese caído en provecho de los españoles, los cuales, mientras los suizos iban con tanta ferocidad á encontrarse con las balas fulminadas de la artillería de los franceses, y mientras que, por decirlo mejor, corrían á recibir la muerte, se estaban ociosos sobre el Trevia, esperando como desde una ventana el suceso de las cosas, ó para huir afrentosamente, ó para robar con engaño los premios de la victoria alcanzada con la sangre de los otros.

Convencido por estas razones, movía ya el Duque su gente y los suizos cuatro mil infantes; mas las amenazas del Virrey contra el Duque y la autoridad del Papa (el cual tenía sumamente en el corazón las cosas de Octaviano) les hizo desistir de este intento.

Había ido el Virrey en este ínterin á la Battaglia, lugar distante de Padua siete millas, de donde, yendo Carvajal con pocos caballos inadvertidamente á mirar el sitio del país, fué preso por Mercurio, capitán de los caballos ligeros de los venecianos.

Habiendo venido en esta sazón el obispo Gurgense

al ejército, se consultaba sobre lo que se debería hacer y proponía el Gurgense que se fuese á sitiar á Padua, mostrando que esperaba tanto en el valor de los tudescos y de los españoles contra los italianos, que finalmente vencerían todas las dificultades; que era poco menos trabajosa la expugnación de Treviso, pero muy diferente el premio de la victoria, porque ganar sólo á Treviso era de poca consideración para el fin de las cosas, mas que por la expugnación de Padua, se aseguraban enteramente los lugares súbditos al Emperador de las molestias y peligros de la guerra y se privaba de toda esperanza á los venecianos de poder recuperar jamás lo que habían perdido. Tenían contrario parecer el Virrey y casi todos los otros capitanes, juzgando por más imposible que difícil forzar á Padua por las fortificaciones casi increíbles y por estar bien amunicionada de artillería y de todas las otras cosas necesarias para su defensa, y proveída muy abundantemente de soldados, adonde habían venido (como las otras veces lo habían hecho) muchos mozos de la nobleza veneciana; decían que la ciudad era grande de circuito y que por esta razón, por la multitud de sus defensores y por otras dificultades, era necesario cercarla y combatirla con dos ejércitos y que aún no tenían uno solo suficiente, no siendo grande el número de los soldados, y de éstos, los tudescos no solían sufrir de buena gana la tardanza de las pagas, que no estaban muy prontas; que no tenían muchas municiones y había falta de gastadores, cosa muy necesaria para tan ardua empresa.

Finalmente, fué necesario que las razones dichas por el Virrey y por los otros cediesen á la voluntad del obispo Gurgense, por lo cual, arrimándose el ejército á Padua, fué á alojar á Bassanello, sobre la orilla derecha del canal, que está apartado de Padua milla y media, y estando el ejército en aquel lugar muy molestado por

algunos cañones dobles que estaban plantados sobre un bastión de la ciudad, pasando el canal, alojaron algo más desviados de ellos, de donde, enviando los infantes á la iglesia de San Antonio, que está á media milla de Padua, comenzaron (para arrimarse con menos peligro) á hacer las trincheras cerca de la puerta de San Antonio. Pero las obras eran grandes y extrema la falta de gastadores en país donde todos los moradores habían huído, por lo cual se trabajaba despacio y no sin peligro porque, saliendo fuera de repente muchas veces los soldados de día y de noche, hacían daño á los que trabajaban. Añadíase la falta de las vituallas porque, estando sola una parte del lugar rodeada de los enemigos, teniendo comodidad los estradiotas para salir por las otras, impedían todo lo que se traía al ejército, corriendo libremente por todo el país. También lo estorbaban unas barcas armadas que los venecianos pusieron para este efecto en el río Adige, porque la gente que iba embarcada en ellas no cesaba, unas veces en un lugar y otras en otros, de inquietar toda la campaña.

Mostrando de nuevo el Virrey en el Consejo, por estas dificultades, el estado de las cosas, juzgaron todos claramente que era menor mengua corregir la determinación tomada imprudentemente con levantar el sitio que, perseverando en el yerro, ser causa de que resultase mayor daño acompañado de mayor vergüenza. Refiriendo el Virrey en presencia de muchos capitanes esta opinión al Gurgense, que había rehusado intervenir en el Consejo, respondió que, por no ser profesión suya la disciplina militar, no se avergonzaba de confesar que no tenía juicio en las cosas de la guerra, y que al aconsejar que se fuese á sitiar á Padua, no procedió dando crédito á sí mismo en esta determinación, sino por haber creído y seguido la autoridad del Virrey, el cual, por cartas y por personas propias, lo había aconsejado

muchas veces al Emperador y dándole gran esperanza de ganarla.

Finalmente, no apartándose las dificultades por las quejas ni por las disputas, antes creciendo cada día la desesperación de obtenerla, se levantó el sitio, después de haber estado diez y ocho días en las murallas de Padua, y siendo al levantarlo y después, cuando marchaba, molestado continuamente el ejército por los enemigos, se retiró á Vicenza, que estaba entonces sin habitantes y era despojo de cualquiera superior en la campaña.

Ganó en este medio la gente del duque de Milán (en cuyo socorro había enviado el Virrey á Antonio de Leiva con mil infantes) á Pontevico, en cuya guarda había doscientos infantes venecianos, los cuales, no espantados por la artillería ni por las minas y habiendo sustentado valerosamente el asalto, fueron al fin de un mes obligados á rendirse por falta de vituallas.

Cerca de este mismo tiempo Renzo de Ceri, saliendo de Crema, rompió á Silvio Savello que, enviado por el duque de Milán, iba á Bérgamo con su compañía y con cuatrocientos infantes españoles, y habiendo vuelto poco después á Bérgamo un comisario español á cobrar dinero, envió allí Renzo trescientos caballos y quinientos infantes, los cuales tomaron juntamente al comisario y el castillo adonde se había recogido, con el dinero cobrado, habiendo dentro de él pocos que se defendiesen. Por esta causa se movieron de Milán para recuperar á Bérgamo sesenta hombres de armas, trescientos caballos ligeros y setecientos infantes con dos mil hombres del monte de Brianza, gobernados por Silvio Savello y por César Fieramosca, los cuales, habiendo encontrado en el camino quinientos caballos ligeros y trescientos infantes que Renzo enviaba á Bérgamo, los pusieron en huída fácilmente, por lo cual los otros que

primero habían ocupado aquella ciudad, la desampararon, dejando solamente guarda en el castillo llamado la Cappella, cuya situación es sobre el monte que está fuera de la ciudad.

Detuviéronse algunos días el Virrey y el Gurgense en Vicenza, enviando una parte de los españoles, gobernados por Próspero Colonna á saquear á Basciano y á Marostico, no porque hubiesen cometido delito alguno, sino porque con la sustancia de los pueblos infelices se sustentase el ejército lo más que se pudiese, al cual le faltaban las pagas porque el Emperador estaba siempre oprimido de las mismas dificultades, el rey de Aragón solo no podía sustentar tan gran peso, y el ducado de Milán, que estaba gravado excesivamente por los suizos, no podía dar á otros cosa alguna.

El ejército estaba en Vicenza con grandísima incomodidad por las molestias continuas de los caballos ligeros venecianos, los cuales, corriendo de día y de noche por el país, impedían el llevar las vituallas si no iban acompañadas de gruesas escoltas, las cuales, porque tenían muy pocos caballos ligeros, era necesario que hiciesen los hombres de armas.

Por huir de este tormento se fué el Gurgense con los infantes tudescos á Verona, mal satisfecho del Virrey, el cual, siguiéndole á menores jornadas, hizo alto en Alberé sobre el Adige, donde, se detuvo algunos días para dar comodidad á los veroneses á hacer la vendimia y la sementera, no cesando por esto de molestar la caballería ligera veneciana que en las puertas de Verona quitó á los tudescos los bueyes que conducían la artillería.

Había pensado primero el Virrey en distribuir el ejército en los alojamientos del Bresciano y del Bergamasco, y á la vez molestar á Crema, que era sólo lo que tenían los venecianos de la otra parte del río Mincio.

El haberse divulgado esto había asegurado de tal manera á los países circunvecinos que el Paduano estaba lleno de habitantes y de haciendas, por lo cual el Virrey, no teniendo otra facultad para sustentar el ejército sino las presas, mudando de parecer y llamando los infantes tudescos, fué á Montagnana y á Este, de donde yendo á la aldea de Bovolenta y haciendo gran presa de ganados, la abrasaron los soldados, y muchas casas magníficas que había en el contorno de Bovolenta. Convidándole la codicia del robo, y animándole el estar distribuidos los infantes venecianos en la guarda de Padua y de Treviso, determinó el Virrey arrimarse á Venecia, si bien como cosa temeraria y de peligro lo contradecía Próspero Colonna, por lo cual, pasando el río Bacchiglione y saqueando á Pieve de Saco, populoso y abundante castillo, yendo después á Mestri, y de allí, llegando á Marghera, que está sobre las aguas saladas, tiraron (para que fuese más esclarecida la memoria de esta jornada) con diez piezas gruesas de artillería hacia Venecia, cuyas balas llegaron hasta el monasterio del templo de San Segundo, y al mismo tiempo robaban y talaban todo el país, habiendo huído de él todos sus habitantes y haciendo injustísimamente la guerra contra los muros, porque, no contento con la presa grande de los animales y de las cosas muebles, abrasaron con gran crueldad á Mestri, Marghera, Lizza, Fusina y todos los lugares y aldeas de la tierra, y demás de ellas todas las casas de hermosura y apariencia más que ordinaria.

En todo esto no se mostraba menor la impiedad de los soldados del Papa y de los otros italianos, antes tanto mayor cuanto más censurable era en ellos que en los bárbaros, destruir la magnificencia y los ornamentos de la patria común.

Pero viendo en Venecia de día el humo y de noche

arder todo el país por los incendios de sus quintas y palacios, y oyendo dentro de sus propias casas y habitaciones el ruido de la artillería de los enemigos, que no se había plantado para otra cosa que para hacer más esclarecida su ignominia, estaban irritados los ánimos de la gente con gran indignación y dolor, pareciéndoles á todos la más cruel cosa que podía ser, que se hubiese mudado de manera la fortuna, que en trueque de tanta gloria y de tantas victorias alcanzadas por lo pasado en Italia y fuera de ella por tierra y por mar, viesen al presente un ejército pequeño, en comparación de sus antiguas fuerzas y poder, maltratar tan feroz y afrentosamente el nombre de tan gloriosa república.

Violentada por estas indignidades la deliberación de aquel Senado, obstinado hasta aquel día en no hacer experiencia de la fortuna aunque le propusiesen grandes esperanzas, vino, por las persuaciones eficaces de Bartolomé de Albiano, en que se llamase á todos los soldados y, conmoviendo á todos los villanos del llano y de las montañas, se intentase impedir la vuelta á los enemigos. Mostraba el Albiano que era esto muy fácil, porque habiendo pasado tan adelante temerariamente y metídose en medio de Venecia, Treviso y Padua, no podían (mayormente estando cargados con tantas presas) retirarse sin gravísimo peligro por la incomodidad de las vituallas y por el impedimento de los ríos y de los pasos dificultosos.

Ya los españoles, habiendo oído el rumor que andaba, acelerando el camino, habían llegado á Ciudadela, mas no pudiendo ocuparla, porque habían entrado en ella muchos soldados, alojaron debajo de ella, cerca del Brenta, para pasar á la aldea Conticella, por donde se podía vadear. Pero detúvoles, al intentar pasar, la oposición del Albiano, el cual se había puesto de la otra parte con la gente ordenada en escuadrones y con la

artillería extendida sobre la orilla del río, proveyendo con solicitud, no sólo aquel lugar, sino los demás por donde, si no hubieran tenido resistencia, hubiera sido fácil pasar.

Mas continuando el Virrey en las demostraciones de querer pasar por la parte de abajo, hacia donde el Albiano había vuelto todas sus fuerzas, pasó la noche siguiente sin embarazo por el paso llamado Nueva Cruz, tres millas más arriba de Ciudadela, desde donde se enderezaron con grande celeridad hacia Vicenza; mas el Albiano, queriendo oponérseles al paso del río Bacchigliene, les previno.

Juntáronse con él junto á Vicenza doscientos y cincuenta hombres de armas y dos mil infantes que habían venido de Treviso, gobernados por Juan Paulo Baglione y Andrea Gritti.

El consejo de los capitanes venecianos era no pelear á banderas desplegadas en campo abierto con los enemigos, los cuales venían hacia Vicenza, sino guardando los pasos fuertes y los lugares oportunos, impedirles el caminar á cualquier parte que se volviesen. Para este efecto habían enviado á Juan Pablo Mafrone con cuatro mil infantes á Montecchio; á Barberano, para impedirles el camino de los montes, quinientos caballos con otros muchos del país, é hicieron ocupar á los villanos todos los pasos que iban á Alemania y fortificarlos con fosos, con cortaduras, con piedras y con árboles atravesados por los caminos. Dejó en guarda de Vicenza el Albiano con suficiente presidio á Teodoro Trivulcio, y él con lo restante del ejército hizo alto en Olmo, lugar dos millas de Vicenza sobre el camino que va á Verona, habiendo impedido de manera aquel paso y otro cercano á él con cortaduras, con fosos y con artillería extendida en los sitios á propósito, que era casi imposible pasarlo.

Impedido así el camino determinado hacia Verona era difícil á los españoles, que caminaban á lo largo de los montes, extenderse por el país pantanoso y lleno de agua. También les era dificultoso el camino del monte por ser estrecho y estar ocupado por muchos soldados; de manera que, rodeados de los enemigos, casi por todas partes teniéndolos al frente, á las espaldas y al lado y seguidos continuamente por gran multitud de caballos ligeros, no podían determinar nada que no tuviese grande dificultad y peligro.

Alojaron por haber sobrevenido la noche, después de haber escaramuzado algún rato, á media milla del alojamiento de los venecianos, donde, consultando aquella noche los capitanes lo que deberían hacer entre tantos peligros y aprietos, eligieron por cosa de menos riesgo volver las banderas hacia Alemania, para ir á Verona por el camino de Trento, aunque por lo largo del viaje y por la poca guarda que habían dejado presuponían casi por cierto que entrarían antes en aquella ciudad los venecianos.

Se movieron al amanecer hacia Bassano, volviendo las espaldas á los enemigos, que es la cosa más espantosa y dañosa para los ejércitos, y aunque caminaban en buen orden, iban con tan poca esperanza de buen suceso, que tenían por el menor mal que les podía suceder perder todos los carros y los caballos menos útiles. No llegó pronto á la noticia del Albiano el haberse levantado el ejército, porque lo hizo con silencio y sin ruido de trompetas, ni tambores, y porque una niebla muy espesa que había aquella mañana, le impedía la vista; pero luego que lo entendió lo siguió con todo el ejército, en el cual se decía que había mil hombres de armas, mil estradiotas y seis mil infantes, molestándole siempre por todas partes los estradiotas y gran número de villanos, que bajaban de las montañas armados

de arcabuces; por lo cual, con el peligro, se aumentaba siempre la dificultad de caminar, haciéndola mayor la multitud de carros y de bagaje, la gran cantidad de presas y el ir por caminos angostos y con fosos, los cuales, por la premura, no podían acomodar para el fácil paso. Conservábalos en buen orden, aunque caminaban con paso acelerado, demás del valor de los soldados la diligencia grande de los capitanes; mas con todo eso, habiendo caminado con tantos trabajos cerca de dos millas les parecía á ellos mismos muy dificultoso continuar mucho en esta forma.

Pero la temeridad de los enemigos no tuvo paciencia para esperar que se madurase tan lucida ocasión, llegando ya casi á estar perfecta, porque el Albiano, no pudiendo, como siempre, refrenarse á sí mismo, acometió, no alborotadamente, sino con el ejército puesto en orden, para pelear, y con la artillería á la retaguardia, guiada por Próspero Colonna.

La fama más cierta es que, tardando el Albiano en acometerles, Loredano, uno de los proveedores, le picó con palabras pesadas, diciéndole qué por qué no entraba entre ellos sin dejar ir libres á los enemigos que ya estaban rotos, y que precipitado por estas palabras el ferocísimo capitán, hizo con gran furia la señal de la batalla. Otros afirman que había sido autor de este suceso Próspero Colonna, por cuyo consejo había querido más el Virrey experimentar la fortuna incierta del combatir que seguir de otra manera la poca esperanza de salvarse, y añaden que haciendo señal de querer volverse hacia Vicenza, había hecho detener el Albiano en los burgos de aquella ciudad á Juan Pablo Baglione con la gente que vino de Treviso, y él con el resto del ejército hizo alto en Creazia, á dos millas de Vicenza, donde hay un pequeño collado, pudiéndose usar desde allí cómodamente la artillería contra los enemigos. Al

pie de este collado hay un valle capaz para un ejército puesto en orden, al cual se llega por solo un camino estrecho entre cerros y casi rodeado de lagunas.

Conociendo Próspero que este lugar era más desacomodado para los enemigos, aconsejó que se les acometiese en él.

Sea como fuere, comenzando Próspero á pelear varonilmente y habiendo enviado á llamar al Virrey, que guiaba la batalla, moviéndose al mismo tiempo por orden del marqués de Pescara los infantes españoles por una parte y los tudescos por la otra, hiriendo con gran furia á los soldados venecianos, los pusieron en huída casi de repente; porque los infantes, no pudiendo sustentar la furia del acometimiento, echando las picas en el suelo, comenzaron á huir afrentosamente, siendo los primeros que dieron ejemplo á los otros en tal infamia los infantes de la Romaña, de los cuales era coronel Babone de Naldo de Bersighella. La misma indignidad ejecutó el resto del ejército, sin pelear casi nadie, ni mostrar la cara á sus enemigos.

Desmayado el valor del Albiano, por la pronta huída de su gente, dejó la victoria á los enemigos, sin pelear, quedando en su poder la artillería y todo el bagaje; la infantería se desbarató en diferentes lugares; de los hombres de armas huyó una parte á la montaña y otra se salvó en Padua y en Treviso, donde también huyeron el Albiano y Gritti. Fueron muertos Francisco Calzone, Antonio Pío, capitán viejo, juntamente con Constantio, su hijo, Meleagro de Forli y Luis de Palma y poco menos que muerto Paulo de Sant Angelo, el cual se libró lleno de heridas. Fueron presos Juan Pablo Baglione y Julio, hijo de Juan Pablo Manfrone, Malatesta de Sogliano y otros muchos capitanes y personas particulares, y con peor fortuna el proveedor Loredano, porque, disputando dos soldados sobre de cuál había

de ser prisionero, uno de ellos le mató bestialmente.

Quedaron en todas partes entre muertos y presos cerca de cuatrocientos hombres de armas y cuatro mil infantes, porque á muchos les impidieron las lagunas que huyesen y causó mayor daño en la huída el cerrar las puertas de Vicenza Teodoro Trivulcio, no admitiendo dentro á nadie, porque no entrasen en la ciudad mezclados los vencidos y los vencedores, por lo cual muchos, metiéndose en el río, que estaba cerca, para pasarle, se anegaron, y entre ellos Ermes Bentivoglio y Sacromoro Visconti.

Esta fué la rota que recibieron los venecianos á 7 de Octubre junto á Vicenza, memorable por el ejemplo que dió á los capitanes de que en las batallas no se confiaran en los infantes italianos, pues no tenían experiencia de pelear á pie quedo, y porque casi en un instante se pasó la victoria á aquellos que tenían muy poca esperanza de librarse, la cual hubiera puesto en peligro á Treviso y á Padua, aunque en ésta se había recogido el Albiano y en aquélla Gritti con las reliquias del ejército, si no contradijera para empresas nuevas, demás de la fortaleza de los lugares, la sazón del año ya cercano á las aguas y no poder los capitanes disponer á su albedrío de los soldados, no estando pagados. Pero, con todo eso, los venecianos afligidos por tantos males y espantados por este accidente tan contrario á sus esperanzas, no faltaban en proveer cuanto podían aquellas ciudades, á las cuales, demás de otras provisiones que había, enviaron muchos nobles de la juventud, como estaban acostumbrados á hacer en peligros muy graves de las armas.

Después de la batalla se redujeron las cosas á pensamientos de paz que se trataba cerca del Papa, al cual había ido el obispo Gurgense principalmente debajo de nombre de darle la obediencia en nombre del Empera-

dor y del Archiduque; siguiéndole Francisco Sforza, duque de Bari, para hacer el mismo efecto en nombre de Maximiliano Sforza su hermano, y aunque el Gurgense representaba, como otras veces, la persona del Emperador en Italia, con todo eso, dejando la pompa acostumbrada, había entrado en Roma modestamente y no había querido usar por el camino de las insignias del cardenalato, habiéndoselas enviado el Papa, á Poggibonsi.

Con la venida del cardenal Gurgense se comprometieron á someter á la mediación de Su Santidad él y los embajadores venecianos todas las diferencias entre el Emperador y la República, pero este compromiso fué más en el nombre que en los efectos y en la sustancia, porque ninguno se quiso comprometer al árbitro, por ser sospechoso y por la importancia de la materia, si no les prometía separadamente y en secreto que no sentenciaría sin su consentimiento.

Al hacerse el compromiso, suspendió el Papa por un Breve las ofensas entre las partes, lo cual, aunque lo aceptaron todos con alegre rostro, lo guardó mal el Virrey, porque, habiendo venido entre Montagnana y Este, no haciendo otra cosa después de la victoria, sino presas y correrías, y enviando una parte de los soldados al Polesino de Rovigo, hacía en todos estos lugares muchos daños, unas veces disculpándose con que era tierra del Emperador y otras diciendo que esperaba aviso del Gurgense.

No tuvo el compromiso más feliz término que había tenido el medio y el principio por las dificultades que se descubrieron al tratar las materias, pues el Emperador no convenía en la paz sino reteniendo parte de los lugares y recibiendo por los otros gran cantidad de dinero; los venecianos, por el contrario, pedían todos los lugares y ofrecían poca suma de dinero, y se decía que

el Rey Católico, aunque mostraba públicamente que deseaba, como ya lo había hecho, esta paz, la disuadía ahora secretamente, diciéndose que, por dificultarla más, dejó al mismo tiempo á Brescia en manos del Emperador, la cual, afirmando el Virrey que la retenía para inclinarle más á la paz, no la había querido dar hasta aquel día.

Hiciéronse varias conjeturas sobre estas causas, unos decían que por haber ofendido tanto á los venecianos juzgaba que no podía tener ya con ellos amistad segura, ó porque conocía que dependía en Italia su reputación y grandeza de mantener vivo el ejército, pues no lo podía sustentar por la falta de dinero, sino oprimiendo y echando tributos á los lugares de los amigos, ó corriendo y robando el país de los contrarios.

Dejó, pues, imperfecta la materia el Papa, y poco después ocuparon los tudescos por sorpresa, valiéndose de los expatriados, á Marano, lugar marítimo en el Friul. Después tomaron á Montefalcone, y si bien los venecianos, deseosos de recuperar á Marano, por estar á sesenta millas de Venecia, la acometieron por tierra y por mar, con todo eso, siendo semejante su fortuna en todos los lugares, recibieron daño de cada parte.

Solamente en este tiempo Renzo de Ceri sustentaba algo con gran alabanza el nombre de sus armas, el cual, aunque en Crema, donde estaba en guardia, había peste y no poca carestía y se podía decir que casi estaba asediada, por haberse distribuído la gente española y milanese, por la sazón del tiempo, en los alojamientos circunvecinos, acometió de improviso á Calcinai, lugar del Bergamasco, y desvalijó á César Fieramosca con cuarenta hombres de armas y doscientos caballos ligeros de la compañía de Próspero Colonna, y, pocos días después, entrando de noche en Quinzano, prendió al lugarteniente del conde de San Severino, desvalijando en

aquel lugar á cincuenta hombres de armas y en Treviso á diez de los de Próspero Colonna.

Las otras cosas de Italia procedían con quietud en este mismo tiempo, excepto que los Adornos y Fregosos con tres mil hombres del país y quizás con el favor oculto del duque de Milán, habiendo tomado la Spezia y otros lugares de la ribera de Levante, se arrimaron á las murallas de Génova; pero sucediéndoles infelizmente las cosas, se fueron casi como rotos, perdida parte de la gente que habían llevado y algunas piezas de artillería.

Descubriéronse también en Toscana principios de nuevos alborotos, porque los florentinos comenzaron á molestar á los luqueses, confiándose en que, por el miedo al Papa, volverían á comprar la paz con la restitución de Pietra Santa y de Mutrone, y alegando que no era justo que gozasen el beneficio de aquella confederación que habían violado dando secretamente ayuda á los pisanos. Quejándose de esto los luqueses al Papa y al Rey Católico, en cuya protección estaban, y no viendo que resultaba remedio alguno, vinieron al fin, por huir mayores males, en hacer compromiso en el Papa, el cual, teniendo también autorización de los florentinos, decidió que los luqueses que habían restituído primero la Garfagnana al duque de Ferrara, dejasen aquellos lugares á los florentinos y que hubiese siempre entre ellos paz y confederación.

Al fin de este año vinieron al poder del duque de Milán los castillos de Milán y de Cremona, habiendo primero (porque comenzaban á tener falta de vituallas) concertado rendirse si dentro de cierto tiempo no fuesen socorridos.

No había más en Italia por el rey de Francia, sino la Linterna de Génova, la cual intentaron los genoveses, al fin del mismo año, derribar con las minas arrimándo-

se á ella con un pontón de madera de treinta brazas de largo y veinte de ancho, capaz para trescientos hombres, cubierto todo de sacas de lana para resistir los tiros de la artillería, cosa de gran artificio é invención; pero intentando obrar con ella no tuvo buen suceso, como suele suceder con semejantes máquinas muchas veces.

LIBRO XII.

SUMARIO.

Resuelto el rey de Inglaterra á mover guerra al reino de Francia, habiendo hecho grandes aparatos y confederaciones con diversos príncipes, puso en gran trabajo á toda Francia, y ganada una victoria á los franceses en Therouanne, habiendo tomado á Tournay, volvió el ejército á Inglaterra, y después se hizo la paz entre ambos reinos. Acabada esta guerra, trabajaba el Papa por reducir á la paz á los príncipes cristianos, pero al rey de Francia le estimulaba el deseo de volver á ganar el Estado de Milán, y el Emperador, deseoso de acabar por fuerza de armas las diferencias que tenía con los venecianos, no obstante el compromiso hecho ante el Papa, atendía á molestar el Friul. Persuadiendo el Papa al rey de Francia á que pasase á Italia para la conquista de Milán, sucedió la muerte del Rey, causada por usar con demasía del matrimonio. Muerto Luis XII, sucedió en el reino Francisco I, el cual, haciendo paz con Inglaterra y con el Archiduque, y teniendo el mismo deseo de volver á conquistar á Milán, pasó á Italia, y después de la memorable batalla del Marignano ó de San Donato, volvió á ganar aquel Estado, y envió á Francia al duque Maximiliano, aunque no le detuvo mucho tiempo. Partiendo de Italia el Rey, después de haberse visto con el Papa en Boloña, hicieron los españoles muchos progresos, tanto contra él como contra los venecianos. El Papa habiendo hecho un Monitorio contra el duque de Urbino, tomando ocasión de haber servido á los enemigos de la Iglesia, le movió guerra y le privó de su Estado en breve tiempo, y dió el título

de duque de Urbino á Lorenzo de Médicis su sobrino. Siguiéndose en el mismo tiempo la guerra de Lombardía entre el Emperador y los venecianos, por causa de Verona fué finalmente aquella ciudad entregada á los venecianos que gastaron en aquella guerra, comenzada desde la liga de Cambray, cinco millones de oro.

CAPITULO I.

Guerra de Inglaterra contra Francia.—Los ingleses pasan el mar.—Sitian á Therouanne y á Tournay y las toman.—Invasión de los suizos en Borgoña.—La Tremouille se concierta con los suizos y salva á Francia.—Derrota de los escoceses.—Retirada del ejército inglés.—Los franceses renuncian al Concilio pisano.

Sucedieron en el mismo año en las provincias ultramontanas peligrosímas guerras, las cuales contaré por la propia causa y con la misma brevedad con que las toqué en lo que referí del año precedente.

Fué el origen de estos movimientos la determinación del rey de Inglaterra de acometer este verano con fuerzas grandes por mar y tierra el reino de Francia. Para hacer más fácil la victoria de esta empresa había concertado con el Emperador darle ciento veinte mil ducados, para que al mismo tiempo entrase en la Borgoña con tres mil caballos y ocho mil infantes, parte suizos y parte tudescos. Prometió también á los suizos cierta cantidad de dinero, porque hiciesen lo mismo juntamente con el Emperador, el cual convenía en que tuviesen en empeño parte de la Borgoña hasta que les pagase enteramente sus sueldos.

Persuadiase, demás de esto, el rey de Inglaterra de

que el Rey Católico, su suegro, siguiendo la confederación del Emperador y suya, como lo había ofrecido hacer siempre, rompería al mismo tiempo la guerra por sus confines. Por esto las nuevas de la tregua hecha por aquel Rey con el de Francia, aunque no entibiaron el ardor de la guerra, las recibió con tan grande indignación, no sólo él, sino todos los pueblos de Inglaterra, que es cierto que, si su autoridad no lo estorbase, hubiera el pueblo dado muerte con gran furia al embajador español.

Añadíase á estas cosas la oportunidad del Estado del Archiduque, no tanto porque no prohibía que sus vasallos recibiesen sueldo contra los franceses, cuanto porque prometía que, de su dominio, se llevasen vituallas al ejército inglés.

Contra tantos aparatos y peligrosas amenazas no remitió el rey de Francia provisión alguna, porque por la mar disponía una poderosa armada para que hiciese oposición á la que se ordenaba en Inglaterra, y por tierra juntaba ejércitos de todas partes; procurando sobre todo conducir la mayor cantidad que pudiese de infantes tudescos. Había hecho también instancia con los suizos á fin de que, pues no querían ayudarle para las guerras de Italia, le diesen á lo menos infantes para las de Francia, los cuales atentos totalmente á la firmeza del Estado de Milán, respondían que no se los querían conceder si no se volvía á la unión con la Iglesia; si no dejaba el castillo de Milán, que aún no se había rendido, y si no prometía, haciendo dejación de los derechos de aquel Estado, que no molestaría más á Milán ni á Génova.

Había también el Rey, para dar recelos de sus propias cosas al rey de Inglaterra, llamado á Francia al duque de Suffolk, como competidor de aquel reino. Por este enojo hizo el rey de Inglaterra degollar á su

hermano, que hasta aquella hora había estado preso en Inglaterra, desde que Felipe, rey de Castilla, en su navegación á España, lo había dado á su padre.

No le faltaba al rey de Francia esperanza de la paz con el Rey Católico porque, habiendo entendido aquel Rey la liga que se había hecho entre él y los venecianos, desconfiando de poder defender el ducado de Milán, había enviado uno de sus secretarios á Francia á proponer muchos partidos, y se creía que, considerando que la grandeza del Emperador y del Archiduque podía alterarle el gobierno de Castilla, no le agradaba totalmente la opresión del reino de Francia.

Incitó, demás de esto, á Jacobo, rey de Escocia, su antiguo coligado, á que rompiese la guerra en el reino de Inglaterra, el cual, movido mucho más por su propio interés (porque las adversidades de Francia eran muy peligrosas para su reino), se disponía con gran presteza, no habiendo pedido al rey más que cincuenta mil francos para comprar vituallas y municiones. Procedió lentamente el rey de Francia en hacer estas provisiones, porque había vuelto sus pensamientos á la empresa de Milán, por su acostumbrada negligencia y por el atrevimiento que había tomado vanamente, á causa de la tregua hecha con el Rey Católico.

Gastó muchos meses el rey de Inglaterra en estos aparatos, porque por estar muchos años sus vasallos sin guerra, y por haberse variado mucho las maneras de guerrear, siendo inútiles los arcos y las armas que usaban en los tiempos pasados, se veía necesitado á hacer gran provisión de armas de artillería y de municiones, á conducir como soldados prácticos muchos infantes tudescos, y por necesidad muchos caballos, porque la costumbre antigua de los ingleses era pelear á pie; por lo cual, no pasaron antes de Julio los ingleses el mar, y habiendo estado muchos días en campaña

cerca de Boloña, fueron á sitiar á Therouanne, villa situada en los confines de Picardía, y en aquellos pueblos llamados por los latinos Morinos. Pasó poco después la persona del Rey, que tenía en todo su ejército cinco mil caballos de guerra y más de cuarenta mil infantes. Habiéndose alojado con este número de gente y cercado (según la costumbre de los ingleses) su alojamiento con fosos, con carros y con reparos de madera, y puesto alrededor la artillería de manera que parecía que estaban en una villa con muros, atendían á batir con la artillería el lugar por muchas partes y á trabajarle con las minas; mas no correspondiendo con el valor á tantos aparatos ni á la fama de su ferocidad, no le daban el asalto.

Estaban en Therouanne (la cual tenía suficiente artillería) doscientas cincuenta lanzas y dos mil infantes, presidio pequeño, pero no sin esperanza de socorro, porque, atendiendo el rey de Francia á recoger solícitamente el ejército señalado de dos mil quinientas lanzas, diez mil infantes tudescos, guiados por el duque de Güeldres y diez mil del reino, había venido á Amiens, para, de lugar cercano, dar ayuda á los sitiados, los cuales, no teniendo otra cosa sino la falta de vituallas, porque no se había proveído de ellas bastantemente Therouanne, excepto de pan, molestaban de día y de noche con la artillería el ejército enemigo, matando con ella al gran chambelán real, y llevando una pierna á Talboth, capitán de Calais.

Oprimía al Rey el peligro de Therouanne; mas por haber comenzado á hacer provisiones tarde y con la negligencia francesa y por la dificultad de tener infantes tudescos, no había juntado todo el ejército. Estaba también determinado en cualquier caso á no llegar á la batalla con los enemigos, porque, si le vencieran, quedaría en grandísimo peligro todo el reino de Fran-

cia, y porque tenía esperanza en el invierno, el cual en aquellos países fríos estaba muy cercano. Pero habiendo juntado el ejército, quedando él en Amiens, le envió á Vere, lugar cercano de Therouanne, debajo del gobierno de Longueville (llamado por otro nombre el marqués de Rotellino, príncipe de la sangre real y cabeza de los gentiles-hombres del Rey) y de La Paliza con orden que, excusando cualquier ocasión de venir á batalla, atendiesen á proveer las vituallas cercanas, que hasta entonces habían sido mal proveídas por la misma negligencia, y á meter, si pudiesen, socorro de gente y de vituallas en Therouanne; cosa en sí difícil y que se hizo más dificultosa por la discordia de los capitanes, los cuales, unos por su nobleza y otros por la larga experiencia de la milicia, se tomaban la suma del gobierno. Con todo eso, pidiendo los de Therouanne socorro de gente, se acercaron al lugar por la parte más distante de los ingleses mil quinientas lanzas, y habiendo la artillería de dentro batido furiosamente tres mil ingleses que estaban en unos pasos para impedirles la entrada, no pudieron estorbarlo ni el resto del ejército, por el embarazo de unos traveses de los reparos y de los fosos hechos por los de adentro. Llegando á la puerta el capitán Frontalla, metió en Terroana ochenta hombres de armas, sin caballos, como ellos lo habían pedido, y se volvió libre con lo restante de la gente, y hubieran de la misma manera metido vituallas si las llevaran consigo.

Tomando ánimo de esta esperanza los capitanes franceses se arrimaron otro día con grande cantidad de vituallas para meterlas por el mismo camino; mas sabiéndolo los ingleses y habiendo hecho una fortificación nueva por aquella parte, no les dejaron arrimar y por otra vía enviaron sus caballos y quince mil infantes tudescos para cortarles á la vuelta, los cuales volviendo

sin sospecha y habiéndose puesto ya por más comodidad en caballos pequeños, al ser acometidos se pusieron luego en huida sin resistir.

Perdieron en este desorden los franceses trescientos hombres de armas, con los cuales fueron presos el marqués de Rotellino, Bayardo, Lafayette y otros muchos hombres nombrados; y también había sido preso La Paliza, pero libróse por acaso y se creyó que, si hubieran sabido seguir la victoria, se abrieran aquel día el camino para tomar el reino de Francia, porque había quedado á sus espaldas una gran tropa de tudescos que seguía á la gente de armas. Esta rota causaba tan gran daño al ejército francés, que es cierto que cuando el Rey tuvo la primera nueva del suceso, creyendo que estos tudescos habían sido rotos, desesperado de sus cosas, con quejas y llantos miserables pensaba irse á Bretaña. Mas los ingleses, habiendo hecho huir los caballos, pensando en la conquista de Terroana, llevaron las banderas y los presos delante de los muros, por lo cual, desesperados los soldados de aquel lugar de ser socorridos y no queriendo los infantes tudescos padecer la última necesidad de vituallas sin esperanza, concertaron salir de Therouanne libres los caballos y las personas de los soldados, si no eran socorridos dentro de dos días.

No se duda que el haber sustentado el sitio cerca de cincuenta días fué cosa muy provechosa para el rey de Francia.

Había venido pocos días antes personalmente al ejército inglés Maximiliano, reconociendo aquellos lugares en donde (diferente ahora á sí mismo) siendo muchacho, había roto con tanta gloria el ejército de Luis XI, rey de Francia, gobernándose á su albedrío mientras estuvo en ellos.

No se veían trabajadas las cosas del rey de Francia

sólo por aquella parte, antes con mayores peligros las molestaban los suizos, cuya plebe, empeñada en que el rey de Francia cediese los derechos que tenía al ducado de Milán, y por esta causa ardiente de odio increíble contra él hasta que no lo hiciese, había hecho abrasar muchas casas de hombres particulares de Lucerna, sospechosos de que favorecían mucho las cosas del rey de Francia; y procediendo continuamente contra las personas notadas de semejante sospecha, había hecho jurar á todos los principales que pondrían las pensiones en común. Tomando después las armas por público decreto, entraron en la Borgoña casi popularmente veinte mil infantes, habiendo recibido artillería y mil caballos del emperador, el cual ó por sus variaciones habituales, ó por los recelos que tenía de ellos, rehusó ir en persona, aunque se lo había ofrecido al rey de Inglaterra y á ellos.

Fueron á sitiar á Dijon, metrópoli de Borgoña donde estaba La Tremouille con mil lanzas y seis mil infantes, y habiendo la plebe, por miedo á los engaños de los capitanes, que comenzaban ya á tratar con los franceses, tomado la artillería, comenzaron á batir el lugar. Dudaba mucho de su defensa La Tremouille y recurriendo á los últimos remedios, se concertó luego con ellos sin esperar orden del Rey, con condición de que el Rey fuese obligado á ceder los derechos que tenía en el ducado de Milán y á pagarles á ciertos tiempos seiscientos mil ducados. Dió para la guarda de esto cuatro rehenes, personas honradas y de gran calidad, y los suizos no se obligaron á más que á volverse á sus casas, por lo cual no estaban precisados á ser amigos del rey de Francia en lo venidero, antes podían cuando quisiesen volver á ofender su reino.

Recibidos los rehenes, se fueron luego, alegando por disculpa de haberse concertado sin el rey de Inglaterra

el no haber recibido á los tiempos que se debía el dinero que les había prometido.

Juzgóse que esta concordia había librado al reino de Francia, porque de haber tomado á Dijon estaba en mano de los suizos correr hasta las puertas de París sin resistencia alguna y era verosímil que el rey de Inglaterra, pasando el río Somma viniese á la Champaña para juntarse con ellos, cosa que no podían estorbar los franceses porque, no teniendo en aquel tiempo más de seis mil infantes tudescos y no habiendo llegado todavía el duque de Güeldres, veíanse sujetos á estarse encerrados en los lugares. Pero con todo eso, causó mucho disgusto al Rey, y se quejó sumamente de La Tremouille por la cantidad de dinero que había prometido y mucho más por haberle obligado á la cesión de los derechos, como cosa de gran perjuicio é indigna de la grandeza y gloria de aquélla corona; por lo cual, aunque el peligro era gravísimo si los suizos enojados volviesen de nuevo á acometerle, con todo eso, confiándose en la cercanía del invierno y en la dificultad de que volvieran á juntarse tan presto; determinado también á correr antes los últimos peligros que á privarse de los derechos de aquel ducado, al cual amaba excesivamente, resolvió no ratificarlo, sino antes comenzó á hacerles proponer nuevos partidos, de los cuales muy ajenos los suizos, le amenazaban que si la ratificación no venía dentro de cierto tiempo, cortarían las cabezas á los rehenes.

Tomada Therouanne, la cual pretendía el Archiduque por antiguos deseos y el rey de Inglaterra decía que era suya por haberla ganado con justa guerra, le pareció al Emperador y á él, para apagar las semillas de la diferencia, demoler sus murallas, no obstante que en los capítulos hechos con los de Therouanne se les hubiese prohibido.

Partió después inmediatamente el Emperador del ejército, afirmando que los ingleses, por la experiencia que tenía de ellos, eran temerarios y poco prácticos en la guerra.

De Therouanne fué el rey de Inglaterra á sitiar á Tournay, ciudad fortísima, muy rica y muy aficionada por inclinación antigua á la corona de Francia; pero cercada de país del Archiduque y por esto imposible de ser socorrida por los franceses mientras no fueran superiores en la campaña. Fué muy agradable esta determinación al rey de Francia porque temía que fuesen á herir en las partes más importantes de su reino, cosa que le ponía en gran dificultad, porque, si bien había juntado ya ejército poderoso hallándose en él, demás de quinientas lanzas que había metido en la guarda de San Quintín, dos mil lanzas y ochocientos caballos ligeros albaneses, diez mil infantes tudescos, mil zuizos y ocho mil infantes de su reino, era mucho más poderoso el ejército inglés, en el cual, concurriendo cada día nuevos soldados, se decía públicamente que se hallaban ochenta mil combatientes, por lo cual el Rey, teniendo poca esperanza de poder defender á Boloña y lo restante del país que está de la otra parte del río Somma, donde temía que volverían los ingleses, pensaba en la defensa de Abbeville, Amiens y los otros lugares que están sobre el Somma, en resistir el paso de aquel río y andar así temporizando hasta que llegase el tiempo frío ó que la diversión del rey de Escocia (en que esperaba mucho) hiciese algún efecto; caminando en este tiempo su ejército á lo largo del Somma para no dejar ganar el paso á los enemigos.

Creyóse que ocasionaron la determinación de los ingleses (indigna por cierto de hombres militares y de tan gran ejército) ó los consejos del Emperador, que esperaba que, ganándose entonces ó más adelante, podría

venir á poder de su nieto, al cual pretendía que le tocaba, ó porque temiesen, si iban á otro lugar, la falta de las vituallas, ó que los otros lugares adonde se encaminasen tuviesen socorro de los enemigos.

Hizo la ciudad de Tournay breve defensa, por no tener gente forastera, por versé batida por la artillería por muchas partes y por perder la esperanza del socorro, y se rindió, libres todas sus personas y haciendas, pero pagando cien mil ducados, debajo de nombre de rescatar el saco.

No se mostraba en otras partes más favorable la fortuna de los franceses, porque, habiendo venido el rey de Escocia á las manos sobre el río Tuedo, con el ejército inglés, en el cual estaba en persona Catalina, reina de Inglaterra, fué vencido con gran matanza, pues murieron en aquella ocasión más de doce mil escoceses, juntamente con el Rey y con un hijo natural suyo, arzobispo de San Andrés, y otros muchos prelados y nobles de aquel reino.

Después de estas victorias, estando ya al fin de Octubre, el rey de Inglaterra, dejando gran guarda en Tournay y despidiendo los caballos é infantes tudescos, volvió á Inglaterra, no habiendo llevado más fruto de la guerra hecha con tantos aparatos y con gastos infinitos sino la ciudad de Tournay, porque Therouanne, deshechas sus murallas, estaba en poder del rey de Francia. Movióle á pasar el mar el ver que, no pudiendo proseguir ya la guerra en aquellós países fríos, era inútil el detenerse en ellos con tan gran gasto, y demás de esto pensaba poner en orden el gobierno del nuevo rey de Escocia, que era muchacho é hijo de una hermana suya, adonde había ido el duque de Albania por ser de la misma sangre que el Rey.

Por su partida, quedándose el rey de Francia con los infantes tudescos, licenció lo restante del ejército; libre

del cuidado y de los peligros presentes, mas no del temor de volver el año siguiente á mayores dificultades, porque habiendo partido el rey de Inglaterra de Francia, afirmaba con muchas amenazas que quería volver el verano siguiente, y por no diferir tanto el mover la guerra, comenzaba ya á hacer nuevas prevenciones.

Sabía que el Emperador tenía la misma disposición de ofenderle, y temía que el Rey Católico (el cual con varios rodeos se había excusado de la tregua hecha, por no apartarse de él totalmente) tomase las armas con ellos; antes tenía de esto fuertes indicios porque se había cogido una carta en que, escribiendo el Rey al embajador que residía cerca del Emperador, y mostrando su ánimo ajeno de las palabras con que significaba siempre ardiente deseo de mover la guerra contra los infieles y de pasar personalmente á la recuperación de Jerusalén, proponía que se atendiese comúnmente á hacer que el ducado de Milán viniese al poder de Fernando, nieto de ambos y hermano menor del Archiduque, mostrando que, en habiendo hecho esto, era necesario que lo restante de Italia recibiese leyes de ellos, y que al Emperador le sería fácil, mayormente con sus ayudas, subir al Pontificado, como lo había deseado siempre, después de la muerte de su mujer, y en alcanzándolo, renunciaría en el Archiduque la corona del Imperio; concluyendo con que cosas tan grandes no podían llegar á su perfección sino con el tiempo y las ocasiones. Era también manifiesto al rey de Francia que el ánimo de los suizos (á los cuales ofrecía muy grandes partidos) no se había aplacado en parte alguna con él, sino antes se habían irritado de nuevo, porque los rehenes que les había dado La Tremouille, temiendo ser degollados, porque el Rey no guardaba lo que había prometido, huyeron secretamente á Alemania, por lo cual justamente tenía miedo de que, al presente, ó á lo

menos en el año venidero, acometiesen á la Borgoña ó al Delfinado. Tantas dificultades fueron causa en alguna parte para hacerle convenir en la concordia de las cosas espirituales con el Papa, de la cual el principal artículo era la extirpación total del concilio pisano, y habiéndose tratado muchos meses, tenía varias dificultades, especialmente por lo que se había hecho, ó con la autoridad de aquel concilio ó contra la autoridad del Papa; pues parecía cosa muy indigna de la Sede apostólica aprobarlas, y el retractarlas no se dudaba que produciría grandísima confusión, por lo cual se habían señalado tres cardenales para pensar en los modos de componer este desorden.

Producía alguna dificultad el no parecer conveniente conceder al Rey la absolución de las censuras si no la pidiese, y por otra parte negaba el Rey que la quería pedir por no notar por cismática su persona ni á la corona de Francia. Finalmente, el Rey, cansado de esta molestia y atormentado por los deseos de todos los pueblos de su reino, los cuales querían únicamente volverse á unir con la Iglesia romana, movido también mucho por la instancia de la Reina, que siempre había estado muy apartada de estas diferencias, determinó ceder á la voluntad del Papa, y no sin alguna esperanza de que, en quitándose esta diferencia, no se mostraría el Papa ajeno á sus cosas, según la intención que artificiosamente le había dado; si bien á las quejas antiguas se había añadido una nueva; porque el Papa había ordenado por un Breve al rey de Escocia que no molestase al rey de Inglaterra.

En la octava sesión del Concilio Lateranense, que se celebró en los últimos días del año, los agentes del rey de Francia en su nombre, y presentando su orden, renunciaron el conciliábulo pisano, y siguieron al Concilio Lateranense, con promesa de que seis prelados de

aquellos que habían intervenido en el pisano irían á Roma á hacer lo mismo en nombre de toda la Iglesia galicana, y que también vendrían otros prelados á disputar sobre la pragmática, con intención de sujetarse á la declaración del Concilio, del cual, en la misma sesión, alcanzaron absolución plenísima de todas las cosas que habían cometido contra la Iglesia romana.

Estas cosas pasaron el año 1513 en Italia, Francia é Inglaterra.

CAPITULO II.

Programa de la tregua entre España y Francia.—El papa León sospecha de los príncipes.—Compromiso pactado ante la persona del Pontífice entre el Emperador y los venecianos.—La paz proclamada por el Papa no tiene efecto.—Incendio de Rialto en Venecia.—Combates en el Friul.—Paz entre Inglaterra y Francia, y sus condiciones.—León X exhorta al rey de Francia á la recuperación de Milán.

Al empezar el año siguiente, no habiendo apenas tenido principio la alegría tan deseada de la unión de la Iglesia, murió Ana, reina de Francia, reina muy excelente y muy católica, con grande sentimiento de todo el reino y de todos sus pueblos de Bretaña.

Al reducirse el reino de Francia á la obediencia de la Iglesia, y por esto deshecho por todas partes el nombre y autoridad del concilio pisano, comenzaban á comoverse algunos de los que habían temido la grandeza del rey de Francia, y á temer que se oprimiese mucho su poder; especialmente el Papa, el cual, aunque perseveraba en el mismo deseo de que no recuperase el ducado de Milán, con todo eso, temiendo que espantado

el Rey de tantos peligros, y teniendo delante de los ojos las cosas del año pasado, se precipitase á la paz con el Emperador, como continuamente con su voluntad lo trataba el Rey Católico, por la cual, haciéndose el desposorio de su hija con uno de los nietos de aquellos Reyes, le concediese en dote el ducado de Milán, comenzó á persuadir á los suizos para que, por el mucho odio con el rey de Francia, no le pusiesen en necesidad de tomar alguna resolución, no menos dañosa para ellos que para él. Porque sabiendo también la mala disposición que tenían contra ellos el Emperador y el Rey Católico, por la razón de que, si conseguían el Estado de Milán, no sería menos peligroso para su libertad y autoridad que para la libertad de la Iglesia y de toda Italia, se debía persistir en el propósito de que el rey de Francia no recuperase el ducado de Milán, pero advirtiéndose también (como muchas veces sucede en las acciones humanas) que por apartarse mucho de un extremo, no incurriesen igualmente en el otro, que quizás sería más dañoso y de mayor peligro; ni por asegurar la necesidad que había de que aquel Estado no volviese al rey de Francia, ser causa de hacerle caer en manos de otros, con tanto mayor peligro y daño común, cuanto se hallaban ahora con mayor dificultad para poder resistirles que había habido para oponerse á la grandeza del rey de Francia.

Debería en opinión del Papa la República de los suizos, habiendo ensalzado hasta el cielo su nombre en el arte de la guerra con tan excelentes hechos y nobles victorias, procurar hacerle no menos ilustre con las artes de la paz, anteviendo del estado presente los peligros futuros, remediándolos con la prudencia y con el consejo, y no dejando precipitar las cosas á lugar de donde no las pudiesen restituir sino con la ferocidad y valor de las armas; porque en la guerra (como cada ho-

ra lo muestra la experiencia) sucedía muchas veces ahogarse el valor de los hombres con el gran poder de la fortuna; que era mejor consejo moderar en alguna parte el acuerdo de Dijon, mayormente ofreciendo el Rey mayores pagas y promesa de hacer tregua por tres años con el Estado de Milán, con tal que no fuese apretado á la cesión de los derechos, la cual, siendo de mayor consideración en la demostración que en los efectos, porque cuando volviese al Rey la oportunidad de recuperarle no le causaría mayor impedimento que el que quisiese el haberle cedido, no se debía por esta dificultad reducir las cosas á tan gran peligro.

Por otra parte, aconsejaba al rey de Francia con eficaces razones que quisiese por menor mal ratificar antes el acuerdo hecho en Dijon que volver al peligro de tener el verano siguiente los enemigos en su reino; que era oficio de príncipe, por huir del mayor mal, abrazar por útil y buena la elección del menor, y que no se debía, por librarse de un peligro y un desorden, incurrir en otro mayor y de mayor infamia; porque de qué honra le sería conceder á sus enemigos naturales y que le habían perseguido con tantos engaños, el ducado de Milán con tan manifiesta nota de vileza? ¿Qué reposo, qué seguridad, estando tan disminuida su reputación, se le seguía de haber acrecentado el poder de aquellos que no pensaban en otra cosa que en aniquilar el reino de Francia, de los cuales conocía él mismo que ninguna promesa, ninguna palabra, ningún juramento podían asegurarle, como se lo mostraba la experiencia del tiempo pasado, con gravísimo daño suyo? Que era cosa dura ceder aquellos derechos, pero de menor infamia, porque un papel pequeño no hacía más poderosos á sus contrarios, y habiendo hecho esta promesa sus ministros, sin su consentimiento, no se podía decir que desde el principio había sido esta su determinación, sino que esta-

ba más disculpado en cumplirla, casi como necesitado de la promesa hecha y de alguna observancia de su palabra; y que, finalmente, se sabía por todo el mundo de cuánto peligro había librado entonces aquel acuerdo al reino de Francia; que alababa mucho que, con otros partidos, procurase inducir á los suizos á su intención, y que él, deseoso de que, por seguridad de su reino, se hiciese de cualquier manera la paz entre él y ellos, no faltaría á hacer con todo estudio todos los oficios para que los suizos se dispusiesen á su voluntad; mas cuando, por ventura, estuviesen pertinaces, le exhortaba paternalmente á que se venciese, obedeciendo á los tiempos y á la necesidad, por todos los otros respetos y por no quitarle á él la excusa de apartarse de la unión de los enemigos.

Conocía el Rey que eran verdaderas estas razones, aunque se quejaba de que el Papa hubiese mezclado tácitamente las amenazas con las persuasiones, y confesaba que estaba necesitado á tomar alguna determinación que le disminuyese el número de los enemigos, pero tenía fija la determinación en su ánimo de sujetarse antes á todos los peligros que ceder los derechos del ducado de Milán, aconsejándole esto mismo su Consejo y toda la corte porque, aunque les era muy molesto que el Rey hiciese más guerra en Italia, con todo, teniendo respeto á la dignidad de la Corona de Francia, les causaba mayor disgusto que fuese tan ignominiosamente obligado á cederlos.

Había la misma pertinacia en las Dietas de los suizos, á los cuales, aunque les ofrecía el Rey que les pagaría de presente cuatrocientos mil ducados y después, en varios tiempos, seiscientos mil, y el cardenal Sedunense y muchos principales, considerando el peligro que les amenazaba si el rey de Francia se juntaba con el Emperador y con el Rey Católico, estaban inclinados á acep-

tar estas condiciones, con todo eso, el pueblo que, muy enemigo del nombre francés y soberbio por tantas victorias, tenía confianza en poder defender el ducado de Milán contra todos los príncipes juntos, y estando ya muy disminuída con él la autoridad del Sedunense y sospechosos los otros cabos por las pensiones que solían recibir del rey de Francia, insistía obstinadísima-mente en que se ratificase el acuerdo de Dijon, é irritado, con gran temeridad, trataba de entrar de nuevo en Borgoña, aunque oponiéndose á esto el Sedunense y los otros cabos, no con manifiesta autoridad, sino con varios artificios y caminos indirectos, diferían de Dieta en Dieta esta determinación; por lo cual no estando el rey de Francia ni ofendido ni asegurado de ellos, no cesaba de continuar las prácticas del casamiento con el Rey Católico, en las que era la principal dificultad (como otras veces) si había de estar en poder de su padre ó de su suegro la muchacha, hasta el tiempo hábil para consumir el matrimonio; porque si la tenía su padre no parece que le quedaba al Emperador ninguna seguridad del efecto, y el Rey, mientras hubiera alguna esperanza de que la fama de este negocio (la cual divulgaba artificiosamente) podía, por el interés propio, mitigar los ánimos de los otros en beneficio suyo y sustentaba de buena gana las dificultades que resultaban de él.

Envióle el Rey Católico á Quintana, su secretario, el cual, por las mismas causas, había venido el año antes, y pasando después, con su voluntad, al Emperador, volvió de nuevo al rey de Francia, á cuya vuelta (porque con más comodidad se pudiesen resolver las dificultades de la paz) prorrogaron la tregua hecha el año pasado el Rey y Quintana, en nombre del Rey Católico, por otro año más, con las mismas condiciones; á las cuales se añadió con gran secreto que, durante la tre-

gua, no pudiese el rey de Francia molestar el Estado de Milán.

En este artículo no se incluían Génova ni Asti, y teniendo en secreto el rey de Francia esta condición, fué publicada y pregonada públicamente sólo por el Rey Católico en toda España; quedando inciertos todos de cuál era más verdadera, ó la negación del uno ó la afirmación del otro.

Fijóse en el mismo concierto tiempo de tres meses, al Emperador y al rey de Inglaterra para entrar en él, y ambos, afirmaba Quintana, que entrarían, lo cual en cuanto á la parte del rey de Inglaterra era falso; mas al Emperador le había persuadido el Rey Católico (resuelto siempre á no querer la guerra por la parte de España) de que no se podía alcanzar por mejor camino el casamiento que se trataba. Acrecentó al Papa esta prorroga la sospecha de que se hubiese hecho entre estos tres Príncipes ó estuviese vecina á efectuarse alguna conclusión de cosas mayores en daño de Italia; mas no apartándose por esto de las primeras determinaciones de que para la libertad común era muy dañoso que el ducado de Milán viniese á poder del Emperador y del Rey Católico, y que también lo era que lo recuperase el rey de Francia, se le hacía dificultoso proceder y pesar las cosas de manera que los medios que le ayudaban á la una de estas intenciones no dañasen á la otra, siendo cierto que uno de los peligros nacía de la bajeza y el miedo, y el otro de la grandeza y seguridad del rey de Francia. Por tanto, por librar á aquel Rey de la necesidad de concertarse con ellos, continuaba en aconsejar á los suizos, á los cuales era sospechosa la tregua que se había hecho, que se compusiesen con él; y para dificultarles en cualquier suceso el pasar á Italia, trabajaba más que nunca por la paz entre el Emperador y el Senado veneciano, el cual, juzgando

que el hacer la tregua establecía las cosas del Emperador en los lugares que le quedaban, se resolvía con ánimo constante, ó á hacer paz ó á continuar en las armas, no apartándose de esta determinación por ningún accidente ni infortunio, porque, demás de tantos daños y de tan infelices sucesos que había tenido en la guerra y de la desconfianza de que por aquel año enviase el rey de Francia ejército á Italia, teniendo también contraria la ira del cielo y los sucesos que dependen del poder de la fortuna, había habido en Venecia al principio del año un gran incendio que, comenzando de noche por el puente de Rialto y ayudado de los vientos cierzos, no pudiendo remediarlo ninguna diligencia ni trabajo humano, habiéndose extendido por muy largo espacio había quemado la más frecuentada y rica parte de la ciudad.

Hízose el acuerdo de nuevo, por la intercesión del Papa, entre el Emperador y ellos, comprometiéndose á aceptar lo que Su Santidad resolviera, sin limitar tiempo alguno y con amplia é indeterminada potestad; pero con promesa hecha por él en secreto, confirmada con cédula de su propia mano, de no sentenciar sino con consentimiento de todos.

Hecho este compromiso, ordenó por un Breve á ambas partes que hiciesen suspensión de armas, si bien la guardaron mal los españoles y los tudescos, porque aquella parte de españoles que estaba en sus alojamientos en el Polesino y en Asti robaron todo el país circunvecino, y el Virrey envió gente á Vicenza para hallarse en posesión de aquella ciudad cuando se diese la sentencia.

Hizo también en este tiempo el Frangipane muchos daños en el Friul, y estando descuidados los venecianos, tomaron los tudescos, por un trato que tenían con algunos expatriados, á Marano, villa del Friul, cerca de

Aquilea, situada junto al mar, por lo cual enviaron á aquel lugar los venecianos por tierra á Baltasar Scipión con cierto número de gente y á Jerónimo de Savorniano con muchos del país, quienes pusieron el sitio; y estando apretada también la villa por la mar, vinieron en su socorro quinientos caballos tudescos y dos mil infantes, por cuya venida, saliendo también los de adentro á acometer la gente de los venecianos, la rompieron con no poca matanza y les tomaron la artillería. También se les tomó, con algunos bajeles, una galera y muchos navíos y después de esta victoria se apoderaron por fuerza de Montefalcone.

Juntáronse pocos días después con la gente de Mariano cuatrocientos caballos y mil y doscientos tudescos que habían estado en Vicenza los cuales, unidos con otros infantes y caballos que nuevamente habían venido al Friul, corrían todo el país, por lo cual Malatesta de Sogliano, gobernador de aquella provincia, con seiscientos caballos y dos mil infantes, y Jerónimo Savorniano con dos mil hombres del país que habían entrado en Udina, viendo que no podían resistir, pasaron de la otra parte del río Liquezza, socorriendo adonde podían.

Habiéndose dividido los tudescos, tomó una parte á Feltro y corría por todo el país circunvecino; mas los venecianos, que habían ocupado todos los pasos, acometieron á una parte de ellos junto á Vasano, donde estaban descuidados, y siendo menos en número, los pusieron en huída, matando trescientos infantes de quinientos que eran y prendiendo á muchos soldados y capitanes.

La otra parte de los tudescos había ido á sitiar á Osopio (1), que esta situada encima de un áspero mon-

(1) El Jovio, juntamente con nuestro autor, pasan levemente por esta defensa de Osopio, la cual fué muy digna de

te, donde, después que hubieron ganado la fortaleza con la artillería y dado muchos asaltos en vano, se redujeron á las esperanzas de ganarla por asedio, confiándose en que había dentro falta de agua; pero habiéndola remediado el beneficio del cielo, porque en aquellos días hubo muchas y grandes lluvias, volvieron á comenzar de nuevo á dar el asalto, mas en vano; de suerte que desesperados de los asaltos y del asedio, levantaron el sitio.

Causaban mucha molestia estas cosas al Papa, si bien se la ocasionaba mayor no hallar medio de concordia que satisficiese á ambas partes, porque de la continua variación de las materias, cambiando según los progresos de ellas las esperanzas, había procedido que, cuando convino el Emperador en dejar á Vicenza, reteniendo á Verona los venecianos lo rehusaban, si no se les volvía á Verona, y ahora que los venecianos, viéndose apretados por tantas heridas, se contentaban con tener sólo á Vicenza, el Emperador, no contento con Verona, quería también á Vicenza.

Cansado de estas dificultades el Papa, aunque presuponiendo que no se aceptaría su declaración, por mostrar que no se faltaba por él, pronunció la paz entre ellos en esta forma: Que ambas partes depusiesen las armas, reservándose la facultad para declarar dentro de un año las condiciones de la paz, en la cual y en la suspensión de las armas fuese comprendido el Rey Católico: que el Emperador entregase á Vicenza en su mano y cuanto él y los españoles poseían en el Paduano y en el Trevisano y los venecianos á Crema, y lo demás se poseyese como se poseía hasta la declaración: que se debía ratificar la sentencia por todos dentro de

memoria, por lo cual el Ruzuli en su Suplemento la refiere más largamente por relación de persona digna de fe.—(*Nota del traductor.*)

un mes, y que después pagasen los venecianos de presente al Emperador veinticinco mil ducados y á los tres meses otros veinticinco mil, y que, si no la ratificaban todos, fuese nula la sentencia.

Siguió Su Santidad este modo de juzgar no acostumbrado, por no desagradar á ninguna de las partes y porque no había allí quien ratificase con poder del Rey Católico, si bien su embajador aseguraba que vendría en ello, y reservó tanto tiempo para que todos ratificasen, porque pudiese venir el poder. Pero estando resueltos los venecianos á no ratificar, porque habían deseado que á un mismo tiempo se pronunciaran las condiciones de la paz, quedó vano el juicio.

Procedían en este tiempo prósperamente sus cosas en la defensa del Crema, trabajada dentro de la peste y de la carestía y fuera del asedio de los enemigos porque, por una parte, había venido Próspero Colonna á Efenengo con doscientos hombres de armas, doscientos cincuenta caballos ligeros y dos mil infantes, y por otra Silvio Savello á Umbriano con su compañía de caballos y dos mil infantes, distantes estos dos lugares dos millas de Crema, de donde salía gente muy á menudo á escaramuzar con los enemigos, los cuales, mientras estaban sin recelos en el alojamiento de Umbriano, Renzo de Ceri, saliendo una noche con parte de la gente que había dentro, y acometiendo los alojamientos, los puso en huída, matando muchos infantes, por lo cual se apartó Próspero con su gente, y pocos días después, teniendo Renzo ocasión, por ir bajas las aguas, de vadear el río Adda, pasando á Castiglione de Lodigiana, desvalijó cincuenta hombres de armas que estaban allí alojados, volviendo con tanta alabanza de estas tan prósperas y animosas hazañas que, por consentimiento universal, era ya contado entre los principales capitanes de toda Italia.

Determinaron después los venecianos recuperar el Friul, por lo que enviaron á aquella provincia al Albiano con doscientos hombres de armas, cuatrocientos caballos ligeros y setecientos infantes, el cual, caminando hacia Portonon, donde estaba parte de los tudescos, sus caballos ligeros que corrían delante encontraron fuera del lugar al capitán Rizzano, tudesco, con doscientos hombres de armas y trescientos caballos ligeros y, viniendo con ellos á las manos, los iban rebatiendo; mas sobreviniendo el Albiano con el resto de la gente, se comenzó una áspera batalla, cuyo éxito estuvo dudoso hasta que Rizzano, herido en la cara, fué preso por Malatesta de Sogliano; recogióse la gente rota en Portonon, pero temiendo que no se podrían defender, huyeron, y desamparado el lugar, fué saqueado con muerte de mucha gente del país. Fué después el Albiano hacia Osopio, que estaba asediada de nuevo, de una parte por el Frangipane y de la otra por los tudescos, los cuales, al saber que se acercaba se levantaron; pero, picándoles la retaguardia los caballos ligeros, perdieron los carros y la artillería.

Habiendo vuelto por estos sucesos casi todo el país á obediencia de los venecianos, el Albiano, después que hubo intentado sin fruto apoderarse de Gorizia, volvió á Padua con su gente, habiendo (según escribió á Roma) preso y muerto setecientos hombres de armas, doscientos caballos ligeros y dos mil infantes.

Acrecentados por su ida de nuevo los tudescos, tomaron á Cromonio y á Montefalcone y obligaron á los venecianos á levantar el sitio de Marano, donde, en una celada, había sido preso pocos días antes y llevado á Venecia el Frangipane; pero al saber la venida del socorro se levantaron casi como rotos, y después, puestos en huída sus estradiotas, fué preso Juan Vitturio, su proveedor, con cien caballos.

Sucedían en el Friul muy á menudo estas variaciones por la vecindad de los tudescos, los cuales no se servían en aquel país sino de gente aventurera, que, después que había corrido y robado, al saber la venida de la gente veneciana, con quien se juntaban muchos del país, se retiraba presto á sus casas, volviendo después á aquella provincia según las ocasiones que se ofrecían.

Enviaron los venecianos gente de nuevo, por lo cual ordenó el Virrey que Alarcón, uno de los capitanes españoles que estaban alojados entre Este, Montagnana y Colonia, fuese al Friul con doscientos hombres de armas, cien caballos ligeros y quinientos infantes. Mas entendiendo en el camino que se había hecho tregua en el país para vendimiar, se volvió á su primer alojamiento.

Procediendo así lentamente la guerra de Italia, no se dejaban las prácticas de la paz y de los acuerdos porque el Rey, no privado de todo punto de la esperanza de que los suizos convendrían en recibir recompensa de dinero en trueque de la cesión de los derechos, solicitaba con ellos con grande instancia que tuviese esto efecto, de lo cual estaba tan ajeno el pueblo, que habiendo, cuando se huyeron los rehenes, forzado con amenazas al gobernador de Ginebra para que les entregase preso al presidente de Grenoble, enviado por el Rey á aquella ciudad para tratar con ellos, le examinaban con muchos tormentos para entender si alguno de su nación recibía pensiones ó tenía inteligencia con el rey de Francia; no bastando ni cortesía ni justificación alguna para reprimir la bárbara crueldad.

Y no dejaba de tener sospecha el Rey de que también el Papa (que por la diversidad de sus fines estaba obligado á navegar con grandísima circunspección entre tantos escollos) no procurase secretamente que los

suizos se concertasen con él, sin intervención suya, no por incitarles á romper la guerra (que de esto continuamente los apartaba), sino ó porque quedasen firmes en el acuerdo de Dijon, ó por miedo de que, con este principio, se separasen de él, por lo cual amenazaba que se precipitaría al acuerdo con los otros por no querer quedar solo sujeto á los tiros de todo el mundo, y también por verse cansado de los gastos excesivos y de las insolencias de los soldados; porque, habiendo conducido á Francia veinte mil infantes tudescos y no pudiéndolos tener todos sino cuando el rey de Inglaterra tenía sitiado á Tournay, les había detenido en Francia para tenerlos á tiempo si se ofreciese nueva necesidad, los cuales hacían infinitos daños por el país. Se quejaba el Rey de que el Papa no le quería en Italia, ni los otros Príncipes en Francia.

En estas dificultades y en tanta duda de cosas comenzó á abrirle el camino para su seguridad y para la esperanza de volver á su primer poder y reputación el enojo increíble que tuvo el rey de Inglaterra por la tregua renovada por su suegro, contra lo que muchas veces le había prometido, de no hacer, sin su consentimiento, ningún concierto con el rey de Francia; y quejándose públicamente de esta injuria y afirmando que su suegro le había engañado tres veces, se apartaba cada día más de los pensamientos de renovar la guerra contra los franceses.

Al llegar esto á noticia del Papa, obligado por la sospecha de que el rey de Francia, en caso que fuese molestado por él, hiciese la paz y el casamiento con los otros dos reyes, como siempre amenazaba, ó porque, pensando que de cualquier manera se ajustaría la paz, desease, con interponerse entre ellos, ganar algunas gracias con el rey de Francia de aquello que no estaba en su mano estorbar, comenzó á aconsejar al cardenal

Eboracense que persuadiese á su Rey de que, contento con la gloria que había ganado y teniendo en la memoria la correspondencia de fe que había hallado en el Emperador, en el Rey Católico y en los suizos, no trabajase más con las armas el reino de Francia.

Cierto es que habiéndose mostrado al Papa que, en asegurándose el rey de Francia de la guerra de Inglaterra, movería las armas contra el duque de Milán, respondía que conocía este peligro, pero que también se había de considerar el riesgo que por otra parte produciría la desunión de aquellos Reyes; que era en materias tan graves muy difícil el pesar las cosas tan perfectamente y hallar consejo que estuviese de todo punto limpio de estos peligros; que en cualquier suceso quedaba la defensa del ducado de Milán á los suizos, y que era necesario en determinaciones tan inciertas y tan dificultosas dejar la una parte al arbitrio del acaso y la fortuna.

Comenzaron por esto ó por la autoridad del Papa ó por propia inclinación de las partes á nacer pláticas de acuerdo entre el rey de Francia y el de Inglaterra, las cuales, empezadas por el Papa con el Eboracense, se pasaron presto á Inglaterra, adonde, por esta causa, envió el rey de Francia al general de Normandía, si bien bajo de pretexto que iba á tratar sobre la libertad del marqués de Rotellino. A su llegada se publicó la suspensión de armas solamente por tierra entre ambos Reyes, por todo el tiempo que el general estuviese en la isla.

Acrescentábase por nuevas injurias la inclinación del rey de Inglaterra á la paz, y porque el emperador que le había prometido que, sin él, no ratificaría la tregua hecha por el Rey Católico, envió á este Rey el documento de la ratificación, el cual la ratificó en nombre del Emperador por una carta suya, escrita al rey de

Francia, quedándose con el documento para poder usar de sus fingimientos y artificios.

Comenzada la plática entre los dos Reyes, el Papa, deseoso de agradar á ambos, envió por la posta al rey de Francia al obispo de Tricarico para ofrecerle toda su autoridad y ayuda, el cual pasó con su consentimiento á Inglaterra para el mismo efecto.

Mostráronse en esta materia muchas dificultades al principio porque el rey de Inglaterra pedía que se le diese á Boloña de Picardía y grande cantidad de dinero: finalmente, reduciéndose las diferencias á las cosas de Tournay, porque el rey de Inglaterra hacía instancia por retenerla y por la parte del rey de Francia se mostraba alguna dificultad en ello, envió aquel Rey al obispo de Tricarico por la posta al rey de Francia, al cual, sin decirle en qué materia consistía la dificultad, se le dió comisión para que le aconsejase en su nombre que, por respeto de tan grande bien, no insistiese en las materias tan sutilmente. Pero el rey de Francia, no queriendo tener cargo con sus pueblos, por ser Tournay villa noble y de fe muy notoria con la Corona de Francia, propuso la materia en el Consejo, en que intervinieron todos los principales de la corte, adonde le aconsejaron todos que abrazase también la paz con esta condición, no obstante que, procurando el Rey Católico en estos tiempos interrumpirla con cualquier industria, proponía al rey de Francia muchos partidos, y especialmente que le ayudaría para la conquista de Milán. Llegada á Inglaterra la respuesta de que el Rey convenía en las cosas de Tournay, se concluyó la paz al principio de Agosto entre los dos Reyes por sus vidas y un año después de su muerte, con condición de que Tournay quedase al rey de Inglaterra, al cual pagase el de Francia seiscientos mil escudos, distribuyendo la paga en cien mil francos cada año; que fuesen obliga-

dos á la defensa de los Estados el uno del otro con diez mil infantes, si la guerra se les moviese por tierra, y sólo con seis mil si el movimiento fuese por la mar; que estuviese obligado el rey de Francia á servir al de Inglaterra en todo lo que se le ofreciese con mil doscientas lanzas, y aquel Rey lo estuviese á servirle con diez mil infantes; pero en este caso á costa de quien tuviese la necesidad. Nombraron ambos al rey de Escocia, al Archiduque y al Imperio; mas no se nombró al Emperador ni al Rey Católico. También fueron nombrados los suizos, pero con condición de que cualquiera que defendiese contra el rey de Francia el Estado de Milán, Génova ó Asti, fuese excluido del nombramiento.

Hecha esta paz con grande prontitud, se afirmó con parentesco, porque el rey de Inglaterra concedió á su hermana por mujer al rey de Francia, con condición de que reconociese que había recibido por su dote cuatrocientos mil escudos. Celebróse luego el desposorio en Inglaterra, en el cual no quiso el Rey que interviniese el embajador del Rey Católico por el odio que tenía á su Rey.

Apenas se concluyó esta paz cuando llegó á la corte de Francia el documento de la ratificación que hizo el Emperador de la tregua, y su orden y la del Rey Católico para la conclusión del casamiento que se trataba entre Fernando de Austria y la hija segunda del rey de Francia, que estaba en edad de cuatro años; pero esta plática se excluyó de todo punto por la conclusión de la paz, y el Rey quiso también, por satisfacer al de Inglaterra, que se fuese del reino de Francia el duque de Suffolck, que era capitán general de los infantes tudescos que él conducía; mas con todo eso, partió contento, honrado y acariciado por el Rey.

En este tiempo había hecho también el Papa nuevas uniones porque, lleno de artificios y fingimientos, que-

ría por una parte que no recuperase el Estado de Milán el rey de Francia, y por otra, entretenerle á él y á los otros príncipes cuanto podía con varios artificios; por lo cual por medio del cardenal San Severino, que en la corte de Roma trataba los negocios del rey de Francia, había propuesto á aquel Rey que, pues los tiempos no sufrían que entre ellos se hiciese mayor ni más pública unión, á lo menos se hiciera un principio y fundamento sobre el cual pudieran esperar que otra vez se haría estrechísima amistad, y había enviado la minuta de los capítulos. A esta plática, aunque mostraba el rey de Francia que le era grata, no había respondido tan presto, pues tardó quince días en resolverse, ó por otras ocupaciones ó porque esperaba de otro lugar alguna respuesta para gobernarse según el progreso de las cosas.

Hizo el Papa nueva capitulación con el Emperador y con el Rey Católico por un año, en la cual sólo se contenía la defensa de los Estados comunes, habiendo sospechado primero el Rey Católico, no vanamente, que aspiraba al reino de Nápoles para Julián su hermano, sobre lo cual había tenido ya alguna plática con los venecianos. Apenas hecha la capitulación vino la respuesta del rey de Francia, por la cual aprobaba todo lo que había propuesto el Papa, añadiendo solamente que, pues él se había de obligar á la protección de los florentinos, de Julián su hermano y de Lorenzo de Médicis, su sobrino (al cual había antepuesto el Papa para la administración de las cosas de Florencia) quería que también se obligasen ellos recíprocamente á su defensa.

Al recibirla se disculpó el Papa de haberse obligado con el Emperador y con el Rey Católico porque, viendo que difería tanto el responder á una demanda tan conveniente, no había podido dejar de entrar en alguna

duda, pero que lo había hecho por breve tiempo, que no se contenían en la capitulación cosas perjudiciales para él, ni impedía la perfección de la plática comenzada entre ellos.

Aceptadas estas justificaciones por el Rey, firmaron juntos el concierto, no por instrumento de mayor secreto, sino por cédula firmada de mano de cada uno.

La paz entre el rey de Francia y el de Inglaterra (acabada con mayor facilidad y presteza de lo que había sido la opinión universal, porque nadie creyó jamás, que tanta enemistad pudiese convertirse tan aprisa en amor y en parentesco), no fué por ventura agradable al Papa que, como los otros, se había persuadido de que antes nacería tregua que paz y que en caso de concluirse la paz sería con condiciones más pesadas para el rey de Francia ó á lo menos con obligación de no acometer el Estado de Milán por algún tiempo.

También desagradó esta concordia al Emperador y al Rey Católico, el cual (como no hay mal alguno en las cosas humanas que no traiga unido consigo algún bien) afirmaba que recibía dos satisfacciones de ánimo: la una que el Archiduque su nieto, excluído de la esperanza de dar su hermana por mujer al rey de Francia, y habiendo venido á diferencias con el rey de Inglaterra, estaría obligado á proceder en todo con su consejo y autoridad; la otra que, pudiendo fácilmente el rey de Francia tener hijos, se ponía en duda la sucesión de Angulema, con el cual tenía gran odio por estar deseosísimo Angulema de restituir al rey de Navarra á su Estado.

Sólo los suizos, aunque reteniendo el mismo odio que por lo pasado contra el rey de Francia, afirmaban que se habían alegrado de esta concordia porque, quedando como se creía desembarazado aquel Rey para mover la guerra contra el Estado de Milán, tendrían

mucha ocasión para mostrar á todo el mundo su valor y su fe.

Nadie dudaba que el rey de Francia, habiendo cesado casi de todo punto el temor de ser molestado de la otra parte de los montes, no tuviese el deseo acostumbrado de recuperar el ducado de Milán; pero era incierto si tenía intención de mover luego las armas ó diferirlo para el año siguiente; porque aunque se conocía presente la disposición, no se descubrían señales de prevenciones. En esta incertidumbre, aunque al Papa le era muy molesto que recuperase aquel Estado el rey de Francia, le aconsejó muy eficazmente que no perdiese las ocasiones presentes, con diferirlo, mostrando que las cosas estaban mal dispuestas para resistir, porque el ejército español estaba disminuído y no pagado, los pueblos del Estado de Milán pobres y reducidos á última desesperación y que no había quien pudiese dar dineros para levantar á los suizos.

Tenían mayor autoridad estas persuasiones, porque poco antes que se hiciese la paz con el rey de Inglaterra, mostrando que tenía deseo de que recuperase á Génova, le había dado alguna esperanza de inducir á Octaviano Fregoso á que se concertase con él. No hay duda de que en esto no procedía el Papa sencillamente, pero créese que le movió el ver las cosas mal dispuestas, ó que temiendo que el rey de Francia hiciese esta jornada también sin sus consejos, porque tenía prevenida la gente de armas y muchos infantes tudescos, quisiese con tal artificio apoderarse de su amistad, ó que procediendo con mayor astucia, supiese que era verdad lo que el Emperador y el Rey Católico afirmaban, y el rey de Francia negaba de que le estaba prohibido mover las armas contra el Estado de Milán durante la tregua, y persuadiéndose por esto de que el Rey negaría el hacer la empresa, le pareció mostra

buen concepto de su disposición y prevenirse de disculpa si le pidiese ayuda para otro tiempo. Sucedióle según su designio, porque determinado el Rey, ó por la causa dicha, ó por falta de dinero, ó por acercarse el invierno, á no mover las armas hasta la primavera, y mostrando que confiaba que también en aquel tiempo no le faltaría la ayuda del Papa, respondía alegando varias excusas á la dilación, pero callando aquello, que quizás era lo principal, de la tregua que todavía duraba.

Tenía, con todo eso, inclinación á intentar las cosas de Génova, ó á lo menos á socorrer la Linterna, que por su orden, se había aliviado aquel año muchas veces con cantidad de vituallas llevadas en bajeles pequeños, los cuales, fingiendo que querían entrar en el puerto de Génova se arrimaron con secreto á la Linterna; pero la extremidad del sustento era tal, que no pudiendo esperar el sócorro aquella fortaleza, fueron obligados los de adentro á rendirse á los genoveses quienes, con gran disgusto del Rey, la deshicieron hasta los fundamentos.

Apartó de todo punto la pérdida de la Linterna el pensamiento del Rey de molestar por entonces á Génova, pero volvióse todo á las prevenciones para acometer el ducado de Milán el año siguiente. Esperaba, por la buena intención que le daba el Papa, por la disposición que había mostrado en las pláticas con el rey de Inglaterra y con los suizos, y por haberle estimulado á hacer la empresa, que le había de ser muy amigo y favorable; mayormente que le hacía grandes ofertas, y en particular le prometió ayudarle para conquistar el reino de Nápoles, ó para la Iglesia, ó para Julián su hermano, pero nuevos accidentes que sobrevinieron comenzaron á causarle alguna desconfianza.

CAPITULO III.

Deseo de León X de apoderarse de Ferrara.—Compra Módena al César.—Combates en el Véneto.—Próspero Colonná en Bérgamo.—El Albiano toma á Rovigo.—Negociaciones de los principes con León X.—Ofrecimiento de los suizos al Papa.—Muerte de Luis XII, rey de Francia.—Le sucede Francisco I.—Paz entre Francia, Inglaterra y el Archiduque, publicada en París.—Liga entre los venecianos y el rey de Francia.—Confederación entre el César, el rey de Aragón y los suizos.—Pedro Navarro á sueldo del rey de Francia.—Muévase el rey de Francia hacia Italia.

Nunca el Papa había querido componer las cosas del duque de Ferrara, si bien en el principio de su promoción le dió en Roma grande esperanza y le prometió la restitución de Regio, cuando volviese de Hungría el cardenal su hermano; pero después de su vuelta lo había diferido con varias excusas, aunque confirmándole las mismas promesas, no sólo con palabras, sino con un Breve, y consintiendo que tomase las rentas de Regio como de cosa que volvería presto debajo de su dominio. Mas su intención era muy diferente é inclinada á ocupar á Ferrara, provocándole á ello Alberto de Carpi, embajador cesareo, enemigo cruelísimo del Duque, y otros muchos que le proponían el ejemplo de la gloria de Julio, eterna por haber ampliado tanto el dominio de la Iglesia, y la ocasión que tenía ahora de dar un Estado tan honrado á Julián, su hermano; el cual, habiéndose propuesto esperanzas poco moderadas, convino voluntariamente en que Lorenzo, su sobrino, retuviese en Florencia la autoridad de la casa de Médicis. Entrando en estos pensamientos el Papa, alcanzó fácilmente del Emperador (necesitado en todo

tiempo de dinero) que le diese en empeño de cuarenta mil ducados la ciudad de Módena, como poco antes de la muerte de su tío se había tratado con él, trazando juntar aquella ciudad con Regio, Palma y Plasencia, y concederlas en vicaría ó en gobierno perpetuo á Julián, y añadir á Ferrara si en algún tiempo tuviese ocasión de obtenerla.

Dió esta compra muchos recelos al rey de Francia, pareciéndole señal de grande unión con el Emperador, y causándole disgusto que le diese dinero; aunque el Papa se disculpaba con decir que el Emperador se la había dado por dinero que había recibido. Acrecentó la sospecha el ver que el Papa, por haber alcanzado el príncipe de los turcos una gran victoria contra el Sofí, rey de la Persia, y siendo esto cosa tan peligrosa para los cristianos, escribió cartas á todos los príncipes, aconsejándoles que suspendiesen las armas entre ellos para atender á resistir ó á acometer á los enemigos de la fe. Pero lo que descubrió su ánimo casi en todo fué que envió debajo de la misma protesta á Pedro Bembo, su secretario (que después fué cardenal), á Venecia, para disponer á aquel Senado al acuerdo con el Emperador, y habiendo en él las mismas dificultades que por lo pasado, no le habían querido aceptar, antes manifestaron al rey de Francia la causa de su venida, por lo cual el Rey, desagradándole que en tiempo tan cercano á mover las armas procurase privarle de las ayudas de sus confederados, renovó las pláticas pasadas con el Rey Católico, ó porque este terror moviese al Papa, ó si no le movía, para concluir las. ¡Tan encendido estaba sobre todas las cosas para la recuperación del ducado de Milán!

No había habido en Italia en este mismo tiempo otros movimientos sino contra los venecianos, contra los cuales también se había procurado proceder con

secretas asechanzas, porque (si es verdad lo que escriben los escritores venecianos) entrando en Padua algunos infantes españoles, fingiendo que huían del ejército de los enemigos, procuraban dar muerte al Albiano por comisión de sus capitanes, los cuales esperaban que, arrimándose luego con el ejército á Padua, desordenada por la muerte de tal capitán, la tomarían fácilmente. ¡Tan diferentes son los modos de la milicia presente del valor de los antiguos, los cuales, no sólo no sobornaban á los homicidas, sino revelaban al enemigo, si trataban contra él alguna maldad, confiando que le podrían vencer con el valor!

Descubierta esta conjuración dió el magistrado á los traidores infantes el justo castigo. Alojó la gente española disminuída mucho en número entre Montagnana, Cologna y Este, y para forzarlos á que se retirasen al reino de Nápoles, disponían una armada los venecianos de la cual habían hecho capitán general á Andrea Gritti, y estando señalada para acometer la Pulla, al fin se deshizo por varias dificultades, y no se habló más de ella.

Vinieron después los españoles á la Torre, cerca de Vicenza, provocados por los tudescos, que estaban en Verona, para que juntos fuesen á talar las mieses á los paduanos; pero habiéndoles esperado en vano muchos días en aquel alojamiento, porque se habían reducido á muy corto número, no siendo poderosos para cumplir las promesas con que los habían llamado, dejando el designio de la tala y alcanzando de ellos mil quinientos infantes, fueron con setecientos hombres de armas, setecientos caballos ligeros y tres mil quinientos infantes españoles á sitiar á Ciudadela, en donde había trescientos caballos ligeros, y llegando á aquel lugar á dos horas del día, habiendo caminado con gran prisa toda la noche, la batieron luego con la artillería,

y el mismo día lo tomaron por fuerza con todos aquellos caballos, al segundo asalto, volviendo al primer alojamiento, que estaba á tres millas de Vicenza, sin moverse el Albiano, que, habiendo tenido orden del Senado para no pelear, había hecho alto en un alojamiento fuerte sobre el río Brenta con setecientos hombres de armas, mil caballos ligeros y siete mil infantes, desde donde trabajaba continuamente á los enemigos con los caballos ligeros; pero después, para mayor seguridad del ejército se retiró á Barciglione, casi sobre las puertas de Padua. Por estar consumido todo el país por las correrías y robos que hacían ambos ejércitos, se retiraron los españoles, por la falta de vituallas, á los primeros alojamientos de que habían partido, desamparando la ciudad de Vicenza y la fortaleza de Brendola, que dista de Vicenza siete millas, y no se sustentaban con otra ayuda ó pagas sino con los tributos que ponían á Verona, Brescia, Bérgamo, y á los otros lugares circunvecinos.

Retirados los españoles, se puso el Albiano con el ejército entre la Battaglia y Padua, en alojamiento fortísimo donde, entendiendo que en Este había poca gente y guarda descuidada, envió de noche á aquel lugar cuatrocientos caballos y mil infantes, y entrando antes que fuesen sentidos y prendiendo ochenta caballos ligeros del capitán Corvera, el cual se libró en la fortaleza, se retiraron al ejército. Mas habiendo los venecianos enviado nueva gente al ejército, arrimándose el Albiano á Montagnana, presentó batalla al Virrey, el cual, porque estaba muy inferior de fuerzas, rehusó el pelear y se retiró al Polesino de Rovigo. Por esto, no teniendo ya el Albiano ningún estorbo de la otra parte del Adige, corría cada día hasta las puertas de Verona, lo cual fué causa de que el Virrey, movido del peligro de aquella ciudad, dejando en el Polesino trescientos

hombres de armas y mil infantes, entrase en ella con el resto del ejército.

Mucho mayores dificultades había en Crema, que estaba casi asediada por la gente del duque de Milán, alojada en las villas y aldeas sus vecinas, porque dentro había carestía y gran peste; los soldados habían estado muchos meses sin dineros; faltábanles municiones y muchas provisiones que habían pedido muchas veces, por lo cual Renzo, desconfiando de poder sustentarse más, lo había casi protestado á los venecianos. Pero mostrándosele todavía benigna la misma fortuna, acometió á Silvio Savello, que tenía doscientos hombres de armas, cien caballos ligeros y mil quinientos infantes, y cargándole de repente le rompió luego, huyendo Silvio á Lodi con cincuenta hombres de armas.

Volvieron á abastecer de vituallas los venecianos á Crema; el conde Nicolás Scoto metió dentro mil quinientos infantes, y habiéndose acrecentado con este presidio las fuerzas y el ánimo de Renzo, entró pocos días después en la ciudad de Bérgamo, llamado por la gente del lugar. Los españoles se retiraron á Capella.

Al mismo tiempo Mercurio y Malatesta Baglione tomaron trescientos caballos que estaban alojados fuera; pero yendo pocos días después Nicolás Scoto con quinientos infantes italianos de Bérgamo á Crema, encontrado por doscientos suizos, fué roto y preso y llevado al duque de Milán, que le hizo degollar.

Despertó la pérdida de Bérgamo al Virrey y á Próspero Colonna, los cuales, con la gente española y la del duque de Milán, la fueron á sitiar con cinco mil infantes, plantaron la artillería á la puerta de Santa Catalina y habiendo hecho grande efecto con ella, viendo Renzo (que estaba dentro) que no se podía defender, dejando el lugar á discreción, concertó que pudiese salir con todos los soldados y con sus haciendas,

pero sin tocar las trompetas y con las banderas bajas.

Compuso el Virrey á Bérghamo en ochenta mil ducados; pero mientras sucedían estas cosas en Crema y en Bérghamo, hizo el Albiano una facción muy celebrada y llena de gran industria y brevedad en la villa de Rovigo, en donde, estando alojados más de doscientos hombres de armas españoles, juzgándose allí por muy seguros, porque entre la gente de los venecianos y ellos estaba el río Adíge, el Albiano echó de improviso el puente cerca del lugar de la Anguilara, y pasando el río con gran presteza con gente suelta y llegando al lugar, cuya puerta tenían ocupada ya cien infantes vestidos de villanos que había enviado delante con ocasión de que aquel mismo día se hacía mercado en el lugar, entrando dentro los prendió á todos. Por este suceso, los españoles que estaban alojados en el Polesino, retirándose á la Badía, como á lugar muy fuerte del país, desampararon después todo el Polesino y también á Lignago, retirándose hacia Ferrara.

Tomado Rovigo, fué el Albiano con el ejército á Oppiano, cerca de Lignago, habiendo llevado también á aquel lugar por el río la armada de las barcas, y de allí á Villacerea, que está junto á Verona, lugar desde donde (si no le sucedía tomar á Verona, donde había dos mil infantes españoles y mil tudescos) trazaba trabajar á aquella ciudad todo el invierno; pero teniendo noticia que iban hacia Lignago trescientos hombres de armas, quinientos caballos ligeros y seis mil infantes enemigos, temiendo le impidiesen las vituallas y le obligasen á pelear, se levantó y les fué siguiendo por el costado. Iban hacia el Adíge y lo pasaron por Albereto con gran dificultad de vituallas por la molestia que recibían de los caballos ligeros y de la armada de las barcas.

Sabiendo en este lugar que el ejército español, después de recuperar á Bérghamo volvía hacia Verona, de-

terminó no esperarle y envió la gente de armas por tierra á Padua, y él con los infantes, carros y artillería, por huir de las lluvias y de los grandes lodos, se fué de noche por el río del Adige abajo, no sin temor de ser acometido de los enemigos, á los cuales les estorbó el estar muy altas las aguas. Saltando en tierra, llegó libre á Padua con su acostumbrada brevedad, donde habían entrado dos días antes los hombres de armas. Después distribuyó el ejército entre Padua y Treviso, y el Virrey y Próspero Colonna, habiendo puesto su gente en los alojamientos del Polesino de Rovigo, fueron á Inspruck para consultar con el Emperador sobre las cosas que se ofrecían.

Estuvo este mismo año más quieto de lo que solía el país del Friul, habiendo, por la prisión de Frangipane, faltado aquel instrumento que le inquietaba más que todos los otros. Conociendo los venecianos por esta causa lo que importaba el detenerle, habían rehusado trocarle por Juan Paulo Baglione, el cual, tratándose primero de trocarle con Carvajal, había tenido licencia de los españoles para ir á Roma, dando su palabra de que volvería preso; mas no ajustándose en el trueque sucedió la muerte de Carvajal mientras se trataba, y afirmando Juan Paulo que quedaba libre por este accidente, rehusó volver á poder de quien le había preso.

En estos mismos días, que fué cerca del fin del año, los Adornos y los Fiescos, favorecidos ocultamente por el duque de Milán, entrando de noche por trato en Génova y llegando á la plaza del Palacio, fueron echados por Octaviano Fregoso, que salió á encontrarles fuera de las estacadas con sus infantes de guarda. Peleando valerosamente él sobre todos los otros, los puso en huída, habiendo recibido una pequeña herida en la mano. Quedaron presos Sinibaldo de Fiesco, Jerónimo Adorno y Juan Camilo de Nápoles.

Parece digno de memoria, además de las cosas dichas, que en este mismo año vió Roma los elefantes (animales que por ventura no se habían visto nunca en Italia después de los triunfos y juegos públicos de los romanos), porque enviando el rey D. Manuel de Portugal un embajador muy calificado á dar la obediencia al Papa, le envió juntamente á presentar muchos dones, y entre ellos dos elefantes que le trajeron de la India sus naves, cuya entrada en Roma fué celebrada con gran curso.

En estos mismos tiempos el rey de Francia, atento en su ánimo á más que á pompas y á espectáculos, solicitaba todas las provisiones de la guerra, y deseoso de certificarse del ánimo del Papa (pero determinado, cualquiera que fuese, á proseguir la empresa proyectada) le pedía que se declarase en su favor, volviendo á confirmar las ofertas que primero había hecho y afirmando que, excluido de su unión, aceptaría del Emperador y del Rey Católico las condiciones que ya había rehusado. Sometía á su consideración el poder de su reino, la confederación y las ayudas que le habían prometido los venecianos, que eran entonces pequeñas en Italia las fuerzas del Emperador y del Rey Católico, estando faltos de dineros ambos Reyes y sin poder para pagar sus propios soldados, cuanto más para hacer levantar á los suizos, los cuales no bajarían de sus montes si no les pagaban; que no deseaban otra cosa todos los pueblos de Milán, después que habían probado el cruel yugo de los otros, sino volver debajo del imperio de los franceses, ni tenía el Papa causa para provocarle á usar de la victoria contra él enemigamente, porque la grandeza de los reyes de Francia en Italia y la suya propia había sido en todo tiempo útil para la Sede Apostólica, pues contentos siempre con las cosas que les pertenecían de derecho, no habían nunca (como tan-

tas experiencias lo han demostrado) pensado en ocupar lo restante de Italia; que era diferente la intención del Emperador y del Rey Católico, pues nunca han pensado sino con armas, con casamientos ó con estrategias ocupar el imperio de toda Italia y poner en servidumbre, no menos que á los otros, á la Sede Apostólica y á los Pontífices Romanos, como sabía todo el mundo que era antiguo deseo del Emperador; que por esto dispusiese á un mismo tiempo la seguridad de la Iglesia, la libertad común de Italia y la grandeza de su familia de Médicis, pues esta ocasión no la tendría en otro tiempo ni en otra unión que con la suya.

No faltaban al Papa, en contrario de esto, eficacísimas persuasiones del Emperador y del rey de Aragón para que se juntase con ellos en la defensa de Italia, mostrándole que, si juntos habían podido echar del ducado de Milán al rey de Francia, eran mucho más bastantes para defenderlo de él; que se acordase de la ofensa que le había hecho el año pasado de haber enviado dinero á los suizos cuando su ejército pasó á Italia, y que considerase que, si el Rey alcanzaba la victoria, querría al mismo tiempo vengarse de todas las injurias recibidas y asegurarse de los peligros y recelos futuros.

Movían al Papa la autoridad y ofertas de los suizos, los cuales, perseverando en su primer ardor, ofrecían, recibiendo seis mil rines al mes, ocupar y defender con seis mil infantes los pasos del Montcenis, Monginebra y de Finale, y si se les pagaban cuarenta mil rines al mes acometerían con veinte mil infantes la Borgoña.

Dudoso el Papa en estos combates de su ánimo, porque adonde le llevaba la voluntad le detenía el miedo, dando á cada uno palabras y respuestas generales, difería cuanto podía el declarar su intención; pero instándole ya casi importunamente el rey de Francia, le

respondió al fin que nadie conocía más que él cuán inclinado era á sus cosas, porque sabía la eficacia con que le había aconsejado que pasase á Italia en tiempo que se podía ganar la victoria sin peligro y sin muertes; que habían llegado estas persuasiones (por no haber guardado el secreto que tantas veces se lo había recordado) á noticia de los otros, con daño de ambos, porque él había estado en peligro de que ellos le ofendiesen y para las empresas del Rey habían crecido dificultades, pues los otros ordenaron sus cosas de manera que no se podía vencer sin gran peligro y sin mucho derramamiento de sangre; que habiéndose acrecentado nuevamente con tan gran suceso el poder del Príncipe de los turcos, no era ni conforme á su natural, ni conveniente al oficio de un Papa, favorecer ó aconsejar á los Príncipes cristianos que tuviesen guerra entre ellos mismos, y no podía más que aconsejarle que estuviese quieto, esperando alguna facilidad ó mayor ocasión, pues, cuando se viese en ella, reconocería en él la misma disposición á su gloria y grandeza que había podido conocer en los meses pasados. Esta respuesta, si bien no declaraba en otra forma su intención, no sólo hubiera privado al rey de Francia de la esperanza de hacerle su amigo, sino que, de llegar á su noticia, le hubiera casi certificado de que el Papa se juntaría contra él con sus consejos y con sus armas.

Estas cosas se hicieron el año 1514.

Interpuso dilación á la guerra, que ya amenazaba, la muerte, acostumbrada á romper muchas veces en las mayores esperanzas los consejos varios de los hombres, porque el rey de Francia, entregándose deseosamente á la rara hermosura y edad de su nueva mujer, moza de diez y ocho años, sin acordarse de la suya ni de la flaqueza de su complexión, oprimido de una calentura y sobreviniéndole un accidente de cámaras, partió casi

de repente de esta presente vida, habiendo hecho memorable con su muerte el primer día del año 1515.

Rey justo y muy amado de sus pueblos, pero nunca, ni antes de su reinado, ni en él, tuvo constante ni la adversa, ni la próspera fortuna, siendo cierto que, llegando de pequeño duque de Orleans felicísimamente al reino de Francia, por la muerte de Carlos, que era más mozo que él, y de dos hijos suyos, conquistó con grande felicidad el ducado de Milán, y después el reino de Nápoles, gobernándose casi á su albedrío toda Italia por muchos años; recuperó con suma prosperidad á Génova, que se le había rebelado; venció gloriosamente á los venecianos, interviniendo personalmente en estas dos victorias. Por otra parte, siendo aún mozo, fué obligado por Luis XI á tomar por mujer á su hija estéril y casi monstruosa, sin alcanzar por este matrimonio la amistad ni patrocinio de su suegro, y después de su muerte, no fué admitido, por la grandeza de madama de Borbón, al gobierno del nuevo Rey muchacho, y vióse casi necesitado á retirarse á Bretaña. Preso después en la batalla de San Albino, estuvo encarcelado dos años. Añadió á estas cosas el asedio y el hambre de Novara; tantas rotas como tuvo en el reino de Nápoles; la pérdida del Estado de Milán, de Génova y de todos los lugares tomados á los venecianos; la guerra que enemigos muy poderosos le hicieron en el reino de Francia, y en este tiempo vió su imperio reducido á gravísimos peligros. Con todo eso, murió en tiempo que parecía volvía la prosperidad de su fortuna, teniendo defendido su reino, hecha la paz y el casamiento, estando en gran unión con el rey de Inglaterra y con grande esperanza de recobrar el ducado de Milán.

A Luis XII sucedió Francisco, señor de Angulema, el más cercano de los varones de la sangre real y de la misma línea de los duques de Orleans, preferido en la

sucesión del reino á la hija del Rey muerto por la disposición de la ley Sálica, antiquísima en el reino de Francia, por la cual, mientras hay varones de la misma línea, excluyen las hembras de la dignidad real.

De las virtudes, magnanimidad, ingenio y espíritu generoso de este príncipe se tenía universalmente tan grande esperanza, que confesaban todos que ninguno había llegado á la Corona muchos años hacía con mayor expectación, porque le daba suma gracia la flor de la edad, que era de veintidós años, la gentileza de su cuerpo, gran liberalidad, suma cortesía con todos, y noticia llena de muchas cosas, y sobre todo agradable á la nobleza, á la cual mostraba grande favor.

Tomó juntamente con el título de rey de Francia el de duque de Milán, como perteneciente á su persona, no sólo por los antiguos derechos de los duques de Orleans, sino también como comprendido en la investidura hecha por el Emperador en la Liga de Cambray, teniendo la misma inclinación de recuperarle que había tenido su antecesor, para lo cual, no sólo estimulaba á él, sino también á todos los mozos de la nobleza francesa, la gloria de Gastón de Foix, y la memoria de tantas victorias que alcanzaron en Italia los reyes pasados; si bien, por no avisar antes de tiempo á los otros para resistirle, lo disimulaba por consejo de los suyos, atendiendo en este medio á tratar (como se hace en los nuevos reinados) amistad con los otros Príncipes, de muchos de los cuales concurrieron luego embajadores á su persona, siendo todos recibidos con alegre rostro, pero más que los otros los del rey de Inglaterra, el cual (teniendo fresca todavía la memoria de las injurias que había recibido del Rey Católico) deseaba continuar con él la amistad comenzada con el rey Luis.

Vino al mismo tiempo una embajada del Archiduque, de la cual fué el principal monseñor de Nassau,

con demostración de gran sumisión como á su señor soberano por poseer el condado de Flandes, el cual reconocía la superioridad de la corona de Francia, y de ambas embajadas tuvo presto y feliz despacho, porque con el rey de Inglaterra se volvió á confirmar la confederación hecha entre él y el Rey muerto con los mismos capítulos, y durante sus vidas; reservando tres años de tiempo al rey de Escocia para entrar en ella: y con el Archiduque, cesaron varias dificultades que juzgaban muchos impedirían la paz; pero al Archiduque (que acabada la edad pupilar había tomado nuevamente el gobierno de sus Estados) obligaban á esto muchas razones, la instancia de los pueblos de Flandes deseosos de no tener guerra con el reino de Francia, el deseo de asegurarse de los impedimentos que, en la muerte de su abuelo, le podían causar los franceses para la sucesión del reino de España, y el parecerle peligroso quedar sin ligadura de amistad en medio del rey de Francia y del de Inglaterra, que estaban unidos. Por otra parte, tenía el Rey gran deseo de apartar todas las ocasiones que le pudiesen obligar á regirse con la autoridad y consejo de su abuelo paterno ó materno.

Hízose, pues, en la ciudad de París paz entre ellos y confederación perpetua, reservando facultad al Emperador y al Rey Católico (sin cuya autoridad se concertaba el Archiduque) para entrar en ella dentro de tres meses. Prometió hacer el desposorio tantas veces tratado entre el Archiduque y Renea, hija del rey Luis, dándole en dote seiscientos mil escudos y el ducado de Bari, perpetuo para ella y para sus hijos, y por ser entonces de edad muy tierna, se le había de entregar luego que tuviese nueve años, pero con condición de que renunciase todos los derechos de la herencia de su padre y de su madre, y señaladamente los que le tocaban sobre el ducado de Milán y de Bretaña, obligándose el

Rey á darle ayuda de gente y de dinero para ir al reino de España después de la muerte del Rey Católico.

Fué nombrado, á petición del Rey, el duque de Güeldres para que entrase en la paz, y afirman algunos que, demás de las cosas dichas, se concertó que en nombre de ambos fuesen dentro de tres meses embajadores al rey de Aragón á pedirle que hiciese jurar á los pueblos al Archiduque por príncipe de aquellos reinos (este es el título de quien espera la sucesión), que restituyese el reino de Navarra, y se abstuviese de defender el ducado de Milán.

No se duda que cada uno de estos dos Príncipes pensó más, cuando se confederaron, en la comodidad que se mostraba al presente que en observar la confederación en los tiempos futuros, porque ¿qué fundamento se podía hacer en el desposorio que se prometía, si la esposa no había llegado á cuatro años, y cómo podía agradar al rey de Francia que Renea fuese mujer del Archiduque, á la cual, siendo su hermana mayor mujer del Rey, tocaba el derecho sobre el ducado de Bretaña? Porque los bretones, deseosos de tener alguna vez un duque particular, concertaron, cuando Ana su duquesa se casó segunda vez, que al segundo hijo y descendiente de ella, tocándole al primero la corona de Francia, le tocasse aquel ducado.

Trataba asimismo el rey de Francia con el Rey Católico de prorrogar la tregua con el Rey muerto; pero quitada la condición de no molestar durante la tregua el Estado de Milán, esperando que después sería fácil concertarse con el Emperador.

Tenía suspensos por esta causa á los venecianos, que ofrecían renovar la liga hecha con su antecesor, queriendo estar libre para obligarse con el Emperador contra ellos; mas el Rey Católico, aunque podía en él, como siempre, el deseo de no tener guerra cerca de los confi-

nes de España, al fin, considerando cuánta sospecha daría á los suizos la prórroga de la tregua, y que esto, por no ser creídas sus palabras, ni oídos sus consejos, sería causa de que, habiendo estado dudoso el Papa hasta aquel día, se volviese á la amistad de Francia, rehusó finalmente prorrogar la tregua, si no con las mismas condiciones con que la había renovado con el Rey su antecesor, por lo cual el rey Francisco, excluido de esta esperanza, y esperando mucho menos que el Emperador, contra la voluntad y consejos de aquel Rey, hubiese de concertarse con él, volvió á confirmar con el Senado veneciano la liga en la misma forma que se había hecho con su antecesor.

Restaban sólo el Papa y los suizos, á éstos pidió que admitiesen sus embajadores, pero perseverando ellos en la misma dureza, rehusaron conceder el salvoconducto. Con el Papa, de cuya voluntad dependían enteramente los florentinos, no pasó por entonces más adelante que á aconsejarle se conservase libre de cualquier obligación para que, cuando los progresos de las cosas le aconsejasen que tomase resolución, estuviese en su mano elegir la mejor parte, acordándole que de ninguno tendría jamás para sí ni para su casa más sincero amor, ni más entera fe, ni mayores condiciones.

Cuando el Rey echó estos fundamentos á sus cosas, comenzó á hacer con mucho estudio grandes provisiones de dinero, y á acrecentar hasta el número de cuatro mil la ordenanza de sus lanzas, divulgando que hacía esto, no porque tuviese pensamiento de molestar este año á otros, sino para oponerse á los suizos, los cuales le amenazaban que, en caso que no cumpliese los ciertos hechos en Dijon por el rey muerto, acometerían á la Borgoña ó al Delfinado. Tenían muchos por verdadero este fingimiento por el ejemplo de los próximos Reyes, los cuales habían huído siempre de enredarse

en nuevas guerras en el primer año de su reinado. Con todo eso no se imprimía lo mismo en el ánimo del Emperador ni en el del rey de Aragón, porque les era sospechosa la juventud del Rey y el tener más facilidad que solían todos los otros Reyes para valerse de todas las fuerzas del reino de Francia, en el cual tenía tanto amor como estimación; y eran notorias las grandes preparaciones que había dejado el rey Luis, por las cuales, después que estaba asegurado del rey de Inglaterra, no parecía que determinaba de nuevo la guerra, sino que continuaba en la resolución que ya había tomado; y en vista de ello, por no ser oprimidos de repente, hacían grande instancia para confederarse con el Papa y con los suizos. Mas usando el Papa con ambas partes de apacibles palabras, y procurando entrete-ner á todos con varias esperanzas, difería por ahora el hacer alguna declaración cierta.

En los suizos, no sólo continuaba, sino crecía siempre el ardor antiguo, habiéndose comenzado las causas por el dolor público, ocasionado de haber negado el aumento de las pensiones; por haber llamado el rey Luis á su sueldo á los infantes tudescos; por las palabras injuriosas y llenas de desprecio usadas contra la nación, aumentadas con dolores, disgustos y codicias particulares; por la envidia que tenía el pueblo á muchos particulares que recibían dádivas y pensiones del rey de Francia y porque aquellos que más ardientemente se habían opuesto á los principales de los que seguían la amistad francesa (llamados entonces vulgarmente los *galizantes*), subidos por esto, con la ayuda del pueblo, á reputación y grandeza, temían se disminuyese su autoridad si de nuevo se volvía á unir con los franceses la República. De manera que, no consultándose ni disputándose con celo público, sino con ambición y disensiones civiles, prevaleciendo éstos en el crédito á los *gali-*

zantes, alcanzaban que se rehusasen las grandes y desmedidas ofertas del rey de Francia.

En esta disposición de ánimos y de cosas los embajadores del Emperador, del rey de Aragón y del duque de Milán, juntos con los de los suizos, hicieron con éstos en nombre de sus Príncipes confederación para la defensa de Italia, reservando lugar al Papa para entrar en ella, hasta la dominica que se llama *Lætare* de la próxima Cuaresma. Concertóse en esta confederación que, para obligar al rey de Francia á ceder los derechos del Estado de Milán, acometiesen los suizos (recibiendo cada mes de los otros confederados treinta mil ducados) la Borgoña ó el Delfinado, y que el Rey Católico, con poderoso ejército, moviese la guerra en el reino de Francia por la parte de Perpiñán ó Fuenterrabía para que, obligado el rey á defender su propio reino, no pudiese (si acaso tuviera otra intención) molestar el ducado de Milán.

Estuvo oculta hasta el mes de Junio la determinación del Rey; pero al fin, por la grandeza y solicitud de los aparatos no era ya posible disimular tan notorio movimiento, porque eran extraordinarias las provisiones de dinero; tomaba á su sueldo gran número de infantes tudescos; hacía llevar mucha artillería hacia Lyon, y últimamente había enviado á la Guyena, para tomar á su sueldo en los confines de Navarra diez mil infantes, á Pedro Navarro que estaba nuevamente en su servicio, porque el rey de Aragón, enojado con él, por atribuírsele en gran parte el infeliz suceso de la batalla de Ravena, no quiso pagar nunca por su libertad el rescate de veinte mil ducados que se le había puesto, rescate que el Rey muerto concedió al marqués de Rosellino, por recompensarle en alguna parte del de cien mil ducados que pagó en Inglaterra por el suyo, y el nuevo Rey, determinado á servirse de él cuando sucedió en la

Corona, pagó su rescate, y después le recibió en su servicio; habiendo primero Navarro, por descargo de su honra, enviado á decir, para disculparse, al rey de Aragón que, desamparado por su persona, cedía á la necesidad, renunciando al mismo tiempo un Estado que, por donación del Rey, poseía en el reino de Nápoles.

Siendo, pues, manifiesto á todos que la guerra se disponía contra Milán, y que determinaba el Rey ir personalmente, comenzó á pedir descubiertamente al Papa que se uniese con él, usando para esto, demás de muchas persuaciones é instrumentos, del medio de Julián, su hermano, el cual se había casado nuevamente con Filiberta, hermana de Carlos, duque de Saboya y tía materna del Rey, dotándola, con el dinero del Papa, en cien mil ducados. Dióle esperanza de que el Papa estaba inclinado á su amistad el que contrajera con él tan estrecho parentesco, y tanto más que, habiendo tratado con el Rey Católico casar á Julián con una parienta suya de la familia de Cardona, parecía que, más por respeto suyo que por otra causa, había antepuesto este casamiento á aquél. No dudaba que Julián debía favorecer codiciosamente esta inclinación por el deseo de alcanzar por su medio algún Estado con que pudiese sustentar los gastos convenientes para tan gran matrimonio, y para afirmar mejor el gobierno perpetuo que nuevamente le había dado el Papa de las ciudades de Módena, Regio, Parma y Plasencia, el cual, si no le sustentaba el favor de príncipes poderosos, tenía poca esperanza que pudiese durar después de la muerte de su hermano.

Comenzó presto á turbarse la esperanza del Rey, porque el Papa había concedido al rey de Aragón la cruzada del reino de España por dos años, de la cual se creía que sacaría más de un millón de ducados, y porque oía con grande inclinación á Alberto de Carpi y á

Jerónimo de Vich, embajadores del Emperador y del Rey Católico, que estaban tan continuamente con él, que parecían partícipes de todos sus consejos. Sustentaba esta ambigüedad el Papa respondiendo palabras gratas y mostrando excelente intención á los que intercedían por el Rey, pero sin efecto de conclusión alguna, como aquel en quien prevalecía á todos los otros respetos, el deseo de que no poseyesen más el ducado de Milán Príncipes forasteros, por lo cual el Rey, deseando certificarse de su intención, le envió nuevos embajadores, entre los cuales fué Guillermo Budeo, de París, hombre en letras humanas, así griegas como latinas, de suma y quizá única erudición entre todos los hombres de nuestros tiempos. Después de éstos envió á Antonio María Palavicino, persona grata al Papa. Mas eran vanas todas estas fatigas porque, ya antes de su venida, se había concertado desde el mes de Julio con los otros para la defensa del Estado de Milán; pero queriendo que esta determinación estuviese secretísima hasta que la necesidad de las cosas le obligase á declararse, y deseando, además de esto, publicarla con alguna excusa, pedía unas veces que conviniese el Rey en que la Iglesia retuviese á Parma y á Plasencia, otras hacía diferentes peticiones para que, negándole alguna de las cosas que había pedido, pareciese que la necesidad más que la voluntad le inducía á juntarse con los enemigos del Rey, y otras, temiendo que el Rey no le negaría ninguna cosa de las que le propusiese, como no fuesen de todo punto ajenas de razón, le daba varias, ambiguas é irresolutas respuestas; pero usando con él otros las mismas artes y astucias, porque Octaviano Fregoso, Dux de Génova, temiendo los aparatos tan poderosos del rey de Francia, y por otra parte, teniendo por sospechosa la victoria de los confederados por la inclinación que tenía el duque de Milán y los suizos á sus contrarios, se había

concertado muy en secreto con el rey de Francia, por medio del duque de Borbón, habiendo afirmado, mientras trataba y después que se concertó, siempre constantísimamente, lo contrario al Papa; el cual, por estar Octaviano unido con él y con Julián su hermano con antigua amistad y haber sido favorecido por ellos para hacerse Dux de Génova, le dió tal crédito que, habiendo el duque de Milán, sospechoso de este concierto, dispuesto acometerle con cuatro mil suizos que ya se habían conducido á Novara y con los Adornos y Fiescos, hizo el Papa que no se pasase más adelante.

Concertóse el Fregoso en esta forma: que se restituyese al Rey el dominio de Génova, juntamente con el Castillejo; que Octaviano, depuesto el nombre de Dux, fuese gobernador perpetuo por el Rey, con potestad de proveer los oficios de Génova; que el Rey le diese una conducta de cien lanzas, la orden de San Miguel y provisión cada año durante su vida; que no reedificase el Rey la fortaleza de Godifá, que era muy odiosa á los genoveses, y concediese á aquella ciudad todos los capítulos y privilegios que habían sido anulados y quemados por el rey Luis; que diese cierta cantidad de renta eclesiástica á Federico, arzobispo de Salerno, hermano de Octaviano, y á él, si alguna vez sucediese que fuera echado de Génova, algunos castillos en la Provenza.

Cuando se publicaron después estas cosas, no le fué difícil á Octaviano justificar su determinación, porque todos sabían que temía justamente al duque de Milán y á los suizos. Solamente le causaba alguna nota haber negado la verdad tantas veces al Papa, de quien había recibido tantos beneficios y quebrantado lo que le había prometido de no concertarse, sin su consentimiento. Con todo eso, en una carta larga que le escribió después en su justificación, referidas con diligencia todas

las causas que le habían movido y todas las excusas con que, cerca de su persona, podía defender su honra y proceder, y no haber despreciado la devoción que como á Pontífice y á su bienhechor le tenía, concluyó que le sería más difícil la justificación si escribiera á personas particulares ó á Príncipes que midiesen las cosas de los Estados según sus respetos particulares; pero que escribiendo á un Príncipe sabio cuanto en aquel tiempo era otro alguno y que por su sabiduría conocía que no podía librar su Estado de otra manera, era superfluo disculparse con quien conocía y sabía lo que era lícito, ó á lo menos acostumbrado á hacer por los Príncipes, no sólo cuando estaban reducidos á caso semejante, sino también por mejorar y acrecentar las calidades de su Estado.

Mas ya pasaban á ser hechos y ejecuciones las palabras y los consejos, porque habiendo venido el Rey á Lyon, acompañado de toda la nobleza de Francia y de los duques de Lorena y Güeldres, movía hacia los montes el ejército, que era mayor y más florido que ningún otro de los que habían pasado á Italia gran tiempo hacía, seguro de todas las perturbaciones de la otra parte de los montes, porque el rey de Aragón (el cual temiendo primero que tantas provisiones se volviesen contra él, había armado sus confines, y para que los pueblos estuviesen más prontos en la defensa de Navarra, la había unido para siempre con el reino de Castilla), luego que entendió que la guerra procedía manifiestamente en Italia, despidió toda la gente que había recogido, no haciendo más caso de lo que había prometido á los confederados aquel año de que movería la guerra á Francia, del que hizo de las promesas á los mismos los años pasados.

CAPITULO IV.

Bajan los suizos á sus posiciones cerca de Susa.—El rey de Inglaterra disuade al de Francia de pasar á Italia.—Paso de la artillería de los franceses á través de los Alpes por sitio apartado de los suizos.—Bajada de los franceses á Italia.— Próspero Colonna cae prisionero.—Lorenzo de Médicis es nombrado general de los florentinos.—Julio de Médicis es nombrado cardenal.—Ríndese Pavia al rey de Francia.—Paz entre el rey Francisco y los suizos.—Condiciones y súbita ruptura de esta paz.—El rey Francisco con el ejército en Marignano.—El cardenal Sedunense con los suizos se aproxima á dicho punto.

A la fama del movimiento del rey de Francia, el virrey de Nápoles que, estando por muchos meses casi en tácita tregua con los venecianos, había venido al Vicentino para arrimarse á los enemigos puestos en alojamientos muy fuertes cerca de los Olmos, junto á Vicenza, reunió el ejército en Verona para ir, según decía, á socorrer el ducado de Milán, y el Papa enviaba hacia Lombardía su gente de armas debajo del gobierno de su hermano, elegido por capitán de la Iglesia, para socorrer asimismo á aquel Estado, como pocos días antes había concertado con los otros confederados; aunque persistiendo en sus acostumbrados fingimientos, publicaba que solamente la enviaba para la guarda de Parma y de Regio, y había pasado tan adelante con los embajadores del rey de Francia que, persuadiéndose el Rey de su concordia, despachó desde Lyon á sus embajadores la orden para ajustar el tratado, conviniendo en que la Iglesia retuviese á Parma y á Plasencia hasta que recibiera tal recompensa que el mismo Papa la aprobase. Mas eran vanos todos estos remedios, por

las cosas que se vieron después. Estaba destinado que, con el riesgo y sangre de los suizos solamente, ó se defendiese ó se perdiese el ducado de Milán, los cuales, no estando detenidos por negligencia alguna ni por poca cantidad de dinero, bajaban con solicitud al ducado de Milán.

Ya habían venido más de veinte mil, de los cuales los diez mil se habían arrimado á los montes, porque su consejo era que, poniéndose en los pasos estrechos de aquellos valles que de los Alpes (los cuales dividen á Italia de Francia) desembocan en lugares abiertos, se impidiese que pasasen adelante los franceses.

Turbaba mucho el ánimo del Rey este consejo de los suizos, pues antes de saberlo tenía por cierta la victoria por la grandeza de sus fuerzas; porque en su ejército había dos mil quinientas lanzas, veinte mil infantes tudescos guiados por el duque de Güeldres, diez mil gascones (así llamaban á los infantes que había levantado Pedro Navarro), ocho mil franceses y tres mil gastadores, conducidos al mismo sueldo que los otros infantes. Consideraba el Rey con sus capitanes que era imposible, conocido el valor de los suizos, apartarlos de los pasos fuertes y angostos, sino con mucho mayor número de gente; que esto no se podía hacer en lugares tan estrechos; que era dificultoso hacer cosa de consideración en breve tiempo, y mucho más detenerse mucho un ejército tan grande en país tan estéril, aunque continuamente venía hacia los montes gran cantidad de vituallas. En estas dificultades proponían algunos (esperando más en la diversión que en la fuerza) que se enviasen por el camino de la Provenza ochocientas lanzas y por mar á Pedro Navarro con los diez mil gascones, para que todos se juntasen en Génova. Otros decían que se perdía mucho tiempo con hacer tan gran rodeo, que se disminuían las fuerzas y se acrecentaba

mucho la reputación de los enemigos, mostrando que no tenían atrevimiento para pelear con ellos.

Determinóse, pues, no apartándose mucho de aquel camino, pensar en pasar por alguna parte que ó no estuviese observada por los enemigos, ó á lo menos que la tuviesen menos guardada, y que Emat de Pría con cuatrocientas lanzas y cinco mil infantes fuese por el camino de Génova, no con esperanza de hacer diversión, sino para molestar á Alejandría y á los otros lugares de esta parte del Pó.

Dos son los caminos de los Alpes por donde ordinariamente se viene de Lyon á Italia: el del Montcenis, montaña de la jurisdicción del duque de Saboya, más breve, más derecho y más frecuentado comúnmente; y el que, torciendo de Lyon á Grenoble, pasa por la montaña del Montginebra, jurisdicción del Delfinado, Ambos llegan á Susa, donde comienza á ensancharse el llano; pero por el de Montginebra, aunque es algo más largo, porque es más fácil de pasar y de llevar por el artillería, solían siempre venir los ejércitos franceses.

Atentos los suizos á la guarda de estos dos pasos y de aquellos que salían á lugares cercanos, se habían detenido en Susa, porque los pasos más bajos hacia el mar eran tan estrechos y torcidos que, siendo muy dificultoso pasar los caballos de tan grande ejército, parecía imposible que por ellos se llevase la artillería.

Por otra parte el Trivulcio, á quien el Rey había dado este cuidado, seguido de gran multitud de gastadores y teniendo cerca de sí hombres mañosos y experimentados en conducir la artillería, á los cuales enviaba á ver los lugares que le habían propuesto, andaba mirando con diligencia por qué lugar se podría pasar la artillería más fácilmente, sin el embarazo de los suizos; por lo cual, extendida la mayor parte del ejército entre Grenoble y Brianzón, esperando lo que se determinase,

procedía lentamente, obligándoles también á lo mismo la necesidad de esperar las provisiones de las vituallas.

En este tiempo vino al Rey, que había partido ya de Lyon, un hombre enviado por el rey de Inglaterra, que en su nombre le aconsejó eficazmente que no pasase á Italia, por no turbar la paz de la cristiandad. Fué el origen de tanta variación que habiendo sido molesto á aquel Rey que el de Francia se hubiese unido con el Archiduque, pareciéndole que sus cosas comenzaban á proceder muy prósperamente, había comenzado de este principio á dar oídos á los embajadores del Rey Católico, que no cesaban de mostrarle cuán dañosa era la grandeza del rey de Francia; que por el odio natural y por haber ejercitado los principios de su milicia contra él, no podía ser sino gran enemigo suyo, pero más le movía la emulación y envidia de su gloria, que parecía se acrecentaba mucho si ganase la victoria del Estado de Milán. Acordábase que, aunque tenía el Reino en reposo y riquísimo por la larga paz y por haber hallado tanto tesoro acumulado por su padre, no por esto se había atrevido, sino después de algunos años, á acometer al rey de Francia, cuando estaba cercado por tantos enemigos y fatigado por tantos trabajos; que ahora este Rey, algo más mozo que él, cuando llegó á la Corona, aunque había hallado su reino fatigado y exhausto por tantas guerras, tenía osadía en los primeros meses de su reinado para ir á una empresa donde encontraba oposición de tantos Príncipes. Que él no había llevado á Inglaterra con tantos aparatos y tan grandes ocasiones otra ganancia sino la ciudad de Tournay, con gasto intolerable é infinito; mas que el rey de Francia (si, como se podía creer, alcanzaba la victoria) ganando tan excelente Ducado había de volver gloriosísimo á su reino, habiéndose abierto el camino para acometer el rei-

no de Nápoles, y quizá antes que saliese de Italia tendría ocasión para hacerlo. Habiendo sido fácil con estas provocaciones y estímulos resucitar el odio antiguo en su pecho, no estando en tiempo de poderle hacer algún estorbo con las armas y quizá también buscando alguna otra justificación, le había enviado esta embajada, y no deteniendo el rey de Francia su camino por ella, vino de Lyon al Delfinado, donde en los mismos días se vieron los tudescos llamados de la Banda Negra conducidos por Roberto de la Marche. Esta banda de la Alemania baja estaba en gran reputación por su ferocidad y por la fe que siempre había mostrado en los ejércitos franceses.

En este tiempo significó Juan Jacobo Trivulcio al Rey que se podía llevar de la otra parte de los montes la artillería por entre los Alpes marítimos y los cacaños, bajando hacia el marquesado de Saluzzo, donde, aunque la dificultad era casi infinita, con todo eso, por el gran número de hombres y de instrumentos se podría ejecutar al fin, y no habiendo en esta parte ni en la cumbre de los montes ni en las bocas de los valles guarda alguna, era mejor intentar el vencer la aspereza de los montes y los despeñaderos de los valles, pues esto se hacía con el trabajo y no con el peligro de la gente, que procurar hacer desamparar los pasos á los suizos, tan temidos y tan obstinados en vencer ó morir; mayormente no pudiendo, si se hallaba resistencia, detenerse más días, porque ningún poder ni aparato bastaba para conducir por lugares tan ásperos y tan estériles las vituallas bastantes para tanta gente. Aceptado este consejo, la artillería que se había puesto en lugar cómodo para revolverse á todas partes, se movió luego hacia aquel camino.

Había significado el Trivulcio que sería muy grande la dificultad de pasarla, pero con la experiencia salió

mucho mayor, porque primero era necesario subir á los montes altos y ásperos, á los cuales se subía con gran dificultad por no haber senderos hechos ni tal vez capaz anchura para la artillería, sino la que palmo á palmo facilitaban los gastadores, de los cuales iba delante gran número, atendiendo unas veces á ensanchar la estrechez de los pasos y otras á allanar las eminencias que estorbaban; de lo alto de los montes se bajaba por despeñaderos muy altos y espantosos de mirar á los valles profundos del río de Argenteria en cuyos despeñaderos, no pudiendo sostener la artillería los caballos de tiro (de que había gran número), ni los hombros de los gastadores que la acompañaban, era frecuente atarla con sogas de cáñamo muy gruesas para que la bajasen los infantes á mano, los cuales se ponían á todo trabajo en tantas dificultades. No cesó la fatiga en pasando los primeros montes y vallés, porque á aquellos sucedían otros que se pasaban con los mismos afanes.

Finalmente, con espacio de cinco días se llevó la artillería á lugares abiertos del marquesado de Saluzzo de esta parte de los montes, pasándola con tanto trabajo que es certísimo que si hubiera tenido alguna resistencia ó si los montes hubiesen estado cargados de nieve, como la mayor parte de ellos suele estar, hubiera sido vano el trabajo.

De la oposición de gente le libró que, no habiendo pensado jamás nadie que la artillería se pudiese conducir por montes tan ásperos, los suizos detenidos en Susa, estaban sólo atentos á guardar los lugares por donde viene el que pasa el Montcenis y el Montginebra ó por montes cercanos á aquellos, y el tiempo, que era á 10 de Agosto, había quitado el impedimento de las nieves, que ya estaban derretidas.

Pasaba en los mismos días con harta dificultad la gente de armas y la infantería, algunos por el mismo

camino, otros por el paso que llaman de la Dragonera y otros por los collados altos del fuerte Perotta y de Cuni, pasos más bajos hacia la Provenza. Pasando por este camino La Paliza tuvo ocasión de ejecutar un hecho memorable porque, habiendo partido de Singlare con cuatro escuadras de caballos y haciendo una gran correría, guiándole los del país, llegó de repente á Villafranca, lugar distante siete millas de Saluzzo y de nombre más esclarecido de lo que pide la calidad del lugar, porque junto á él nace el famoso río Pó. Alojaba en aquel lugar con su compañía Próspero Colonna sin alguna sospecha por la larga distancia de los enemigos, en los cuales no temía aquella presteza que él no acostumbraba usar, por ser de naturaleza lento, y dicen algunos que el mismo día quería ir á juntarse con los suizos; pero lo cierto es que estaba comiendo á la mesa cuando llegó la gente de La Paliza, sin haberla sentido nadie hasta que estuvieron en la misma casa, porque la gente de la tierra, con quien La Paliza se había entendido secretamente, atenta á tan gran robo, había cogido con recato á los centinelas, por lo cual quedó preso á 15 de Agosto Próspero Colonna, no como era justo para su antigua gloria; capitán esclarecido por su autoridad y por el crédito que tenía en el ducado de Milán y de grande consideración en aquella guerra.

Fué preso juntamente con Próspero, Pedro Margano, romano, y una parte de su compañía. Los otros, al primer rumor, huyeron esparcidos por varias partes. Mudó el paso de los franceses, y el suceso de Próspero Colonna los consejos de todos y el estado universalmente de todas las cosas, introduciendo nuevas disposiciones en los ánimos del Papa, del virrey de Nápoles y de los suizos; porque el Papa, que se había persuadido constantemente de que el rey de Francia no podría pasar los montes por la oposición de los suizos, y que

confiaba mucho en el valor de Próspero Colonna, perdido grandemente de ánimo, mandó á Lorenzo su sobrino, capitán general de los florentinos, al cual (porque Julián su hermano se había quedado en Florencia por sobrevenirle una calentura larga) le había dado el cuidado de llevar el ejército á Lombardía, y tres días después del caso de Próspero había venido á Módena, que procediese lentamente.

Lorenzo, tomando ocasión de querer recuperar el castillo de Rubiera, ocupado por Guido Rangone, por cuya causa le pagó al fin dos mil ducados, gastó muchos días en el Modenés y en el Regiano.

Recurriendo, demás de esto el Papa á sus artificios, despachó con grande secreto al rey de Francia un criado suyo, llamado Cintio, para disculpar las cosas que hasta aquel día habían sucedido, y comenzar por medio del duque de Saboya á tratar de concertarse con él, para que, de este principio, le fuese más fácil pasar más adelante, si la defensa del ducado de Milán sucedía infelizmente. Indujeron al Papa á consejo de mayor precipitación el cardenal de Bibbiena y algunos otros, obligados más por pasiones particulares que por el interés de su príncipe, porque mostrándole que había riesgo de que, por la fama de los prósperos sucesos de los franceses y por las persuasiones, y por ventura ayudas del Rey, el duque de Ferrara se moviese para recuperar á Módena y á Regio, y los Bentivogli para volver á Bolonia, y que, en tantos otros trabajos, era dificultoso combatir con tantos enemigos, antes era mejor, y sin duda más prudente consejo ganar con el beneficio su amistad, y reconciliarles por fieles amigos en cualquier suceso que tuviesen las cosas, le persuadieron que volviese á meter en Bolonia á los Bentivogli, y que restituyese al duque de Ferrara á Módena y á Regio; lo cual se hubiera ejecutado sin dilación si Julio de Médi-

cis, cardenal y legado en Bolonia (á quien había enviado el Papa á aquella ciudad para que en tan graves accidentes sustentase las cosas en aquellas partes y fuese como moderador y consejero de la juventud de Lorenzo) no hubiera sido de contrario parecer, movido del disgusto de la infamia que resultaría al Papa de consejo lleno de tan gran vileza; pues verdaderamente sería mayor de lo que había sido la gloria de Julio en conquistar á la Iglesia tan gran dominio, obligado también del dolor de hacer infame y vituperosa la memoria de su legacía, pues apenas habría llegado á ella cuando hubiese puesto á Bolonia, ciudad principal de todo el Estado eclesiástico, en poder de sus antiguos tiranos, y dejado en prisión toda la nobleza que se había declarado en favor de la Sede Apostólica contra ellos. Enviando personas propias al Papa, le redujo con razones y con ruegos á consejo más honrado y más sano.

Aunque Julio no era hijo legítimo, le había creado cardenal León X en los primeros meses de su pontificado, siguiendo el ejemplo de Alejandro VI en el efecto, mas no en el modo, porque Alejandro, cuando creó cardenal á César Borgia, su hijo, hizo probar por testigos que depusieron la verdad, que su madre, en el tiempo de su procreación, era casada, infiriendo que, según la presunción de las leyes, se había de juzgar que el hijo era antes del marido que del adúltero. Mas en Julio los testigos antepusieron la gracia humana á la verdad, porque probaron que su madre, siendo muchacha y no casada, antes que admitiese el trato del padre de Julián, le había dado palabra con gran secreto de ser su mujer.

Variaron también estos nuevos accidentes la disposición del Virrey, el cual, no habiendo partido aún de Verona por la dificultad que tenía en mover los solda-

dos sin dinero, por esperar la nueva gente que le había prometido el Emperador, quien estaba en Inspruck, y porque era necesario dejar suficiente guarda en Verona y en Brescia, comenzó con estas y con otras excusas á diferirlo, esperando á ver lo que después sucedía en el ducado de Milán.

Conmovieron asimismo á los suizos estas cosas, los cuales, al pasar los franceses, se retiraron á Pinaruolo, aunque sabiendo después que había pasado el Rey los Alpes y juntaba la gente en Turín, vinieron á Civas y la tomaron y saquearon porque rehusaba darles vituallas, y después, casi á la vista del Rey, que estaba en Turín, hicieron lo mismo en Vercelli. Pero reducidos últimamente á Novara, tomando ánimo de la adversidad aquellos que no estaban ajenos de las cosas de los franceses, comenzaron á tratar de concertarse con el rey de Francia.

En este tiempo, la parte de los franceses que venían por el camino de Génova (con los cuales se habían juntado cuatro mil infantes pagados por los genoveses por medio de Octaviano Fregoso), entrando primero en el lugar del Castellaccio, y después en Alejandría y en Tortona, ciudades en que no había ningún soldado, ocuparon todo el país de esta parte del Pó.

Había venido el Rey á Vercelli, en donde entendió la primera vez que el Papa se había declarado contra él, porque el duque de Saboya se lo significó en su nombre, y aunque le causó gravísimo disgusto, con todo eso, sin alterar el consejo con el enojo, mandó, por no irritarle con pregones públicos, al ejército y á la gente que había ocupado á Alejandría, que nadie se atreviese á molestar ó á hacer insulto alguno en el dominio de la Iglesia.

Detúvose después algunos días en Vercelli para esperar el fin de lo que se trataba con los suizos, los cuales,

aunque no ponían intermisión en ello, se mostraban por otra parte llenos de variedad y de confusión. Comenzaron á alborotarse en Novara tomando ocasión de no haber venido aún el dinero á que estaba obligado el rey de Aragón; quitaron con violencia á los comisarios del Papa el dinero que él había enviado, y con el mismo furor partieron de Novara con intención de volverse á su patria, cosa que deseaban muchos de ellos, los cuales, habiendo estado ya en Italia tres meses cargados de dinero y de presas, querían llevar libres á sus casas las riquezas que habían ganado. Mas apenas se habían ido de Novara, cuando llegó el dinero que tocaba al rey de Aragón, y aunque le ocuparon al principio, con todo eso, considerando al fin cuán afrentosas eran tan arrojadas determinaciones, volviendo algo sobre sí mismos, restituyeron este dinero y aquél para recibirle por orden de los comisarios.

Fueron después á Galera, esperando otros veinte mil que decían que venían de nuevo, y tres mil fueron con el cardenal Sedunense para detenerse en la guarda de Pavía. Por esto el Rey, disminuída por tantas mudanzas la esperanza de la paz, partió de Vercelli para ir hacia Milán, dejando en Vercelli con el duque de Saboya á su hermano bastardo, á Lautrec y al general de Milán, para seguir las pláticas comenzadas con los suizos, y dejó asediada la fortaleza de Novara, porque, á la ida de los suizos había tomado la ciudad, la cual se rindió dentro de pocos días, habiéndola batido con la artillería, con condición de que fuesen libres las vidas y las haciendas de los que la guardaban.

Pasó después el Rey (habiéndosele rendido Pavía) el Tesino, y el mismo día Juan Jacobo Trivulcio, con una parte de la gente se extendió hasta San Cristóbal, que está junto á Milán, y después hasta el burgo de la puerta Ticinense, esperando que la ciudad le recibiría, por

estar cierto de que, malcontenta de los robos y tributos de los suizos y españoles, no tenía dentro soldados y deseaba volver debajo del dominio de los franceses. Pero era grande en el pueblo milanés el temor á los suizos, y estaba fresca la memoria de lo que habían padecido el año pasado, cuando por la retirada de los suizos á Novara, se levantaron en favor del rey de Francia, por lo cual, resueltos (no obstante que deseaban la victoria del Rey) á esperar el suceso de las cosas, rogaron al Trivulcio que no pasase más adelante, y el día siguiente enviaron embajadores al Rey, que estaba en Bufaloro, á suplicarle que, contento de la disposición del pueblo milanés devotísimo á su corona, y que estaba dispuesto para darle vituallas, se contentase con que no hiciese declaración más manifiesta, pues no le aprovechaba nada el declararse ellos para la suma de la guerra, como no le había ayudado á su antecesor el año antes y para aquella ciudad había sido causa de gravísimos daños; que fuese y venciese á los enemigos, presuponiendo que Milán, en habiendo ganado la campaña, estaría con gran prontitud para recibirle, á lo cual, el Rey, que primero estaba muy enojado porque no habían aceptado al Trivulcio, recibéndolos con alegría, les respondió que con gusto les complacía en su demanda.

Fué de Bufaloro el Rey con el ejército á Biagrossa, y mientras se detenía allí, el duque de Saboya, habiendo oído á veinte embajadores que los suizos le enviaron á Vercelli, yendo después á Galera, y siguiéndole el bastardo y los otros diputados del Rey, hizo la paz en nombre del Rey con los suizos con estas condiciones: que hubiese entre el rey de Francia y la nación suiza perpetua paz durante la vida del Rey, y diez años después de su muerte; que restituyesen los suizos y los grisons los valles ocupados pertenecientes al ducado de

Milán; que librasen á aquel Estado de la obligación de pagar cada año la pensión de cuarenta mil ducados; que diese el Rey á Maximiliano Sforza el ducado de Nemours, una pensión cada año de diez mil francos, conducta de cincuenta lanzas, y mujer de la sangre real; que restituyese á los suizos la pensión antigua de cuarenta mil francos; que pagase el sueldo de tres meses á todos los suizos que estaban en Lombardía ó en el camino para volver; que pagase á los Cantones á plazos acomodados seiscientos mil escudos prometidos en el acuerdo de Dijon, y trescientos mil por la restitución de los valles; que tuviese continuamente á su sueldo cuatro mil, y que fuesen nombrados de voluntad común el Papa, en caso que restituyese á Parma y á Plasencia, el Emperador, el duque de Saboya y el marqués de Monferrato, sin hacer alguna mención del Rey Católico, ni de los venecianos, ni de ningún otro italiano.

Esta paz fué concluída y perturbada casi en un mismo día por la venida de los nuevos suizos, que, briosos con las victorias pasadas y esperando que no deberían alcanzar de la guerra menos riquezas que aquellas de que veían cargados á sus compañeros, ténían el ánimo muy ajeno de la paz y, por dificultarla, rehusaban restituir los valles; de manera que, no pudiendo los primeros suizos apartarlos de este ardor, se fueron á Moncia en número de treinta y cinco mil para detenerse en los burgos de Milán, habiéndose apartado de ellos por el camino de Como (el cual había dejado el Rey con artificio abierto) Alberto Petra, capitán famoso, con muchas banderas.

Apenas se acabó la paz, cuando, turbada, volvieron las cosas á las mismas dificultades y dudas y aun mayores, habiéndose acercado al Estado de Milán nuevas fuerzas y nuevos ejércitos, porque el Virrey, dejando

al fin en la guarda de Verona á Marco Antonio Colonna con cien hombres de armas y sesenta caballos ligeros y dos mil infantes tudescos, y en Brescia mil dociientos también tudescos, había venido á alojar sobre el Pó cerca de Plasencia, teniendo setecientos hombres de armas, seiscientos caballos ligeros y seis mil infantes y el puente dispuesto para pasar el río, y por no darle justa causa de queja, Lorenzo de Médicis, que se había detenido muchos días cuidadosamente en Parma con el ejército, en el que había setecientos hombres de armas, ochocientos caballos ligeros y cuatro mil infantes, vino á Plasencia, habiendo primero enviado, á petición de los suizos, á recoger las vituallas para servirse de ellas, cuatrocientos caballos ligeros gobernados por Mucio Colonna y por Luis, conde de Pitigliano, el uno capitán de la Iglesia y el otro de los florentinos, á los cuales había enviado, no tanto por el deseo de ayudar la causa común, cuanto por no dar ocasión á los suizos (si acaso se componían con el rey de Francia) para no incluir en la paz al Papa.

Por otra parte, Bartolomé de Albiano, que había dado esperanza al Rey de tener ocupado de manera al ejército español que no pudiese ofenderle, luego que entendió la partida del virrey de Verona, partiendo él del Polesino de Rovigo y pasando el Adige, caminando siempre cerca del Pó con novecientos hombres de armas, mil cuatrocientos caballos ligeros, nueve mil infantes y provisión conveniente de artillería, había venido con gran prisa á las murallas de Cremona, y gloriándose de esta presteza no acostumbrada en los capitanes de nuestros tiempos, solía igualarla con la de Claudio Nerón, cuando, para oponerse á Asdrúbal, condujo parte del ejército al río Metauro.

Por todo esto, no sólo era vario el estado de la guerra, sino confuso y muy enredado. Estaban cercanos á Mi-

lán por una parte el rey de Francia con ejército muy ordenado y provisto de todo, el cual había venido á Marignano para facilitar al Albiano que se juntase con él y dificultar á la gente eclesiástica y española unirse á los enemigos; por la otra treinta y cinco mil suizos, infantería llena de valentía y hasta aquel día no vencida por los franceses, el Virrey sobre el Pó junto á Plasencia en el mismo camino que va á Lodi y con el puente dispuesto para pasar é ir á juntarse con los suizos, y en Plasencia para juntarse con él, con el mismo efecto, Lorenzo de Médicis con la gente del Papa y de los florentinos. El Albiano, capitán solícito y valiente, con el ejército veneciano en el Cremonés, casi sobre la orilla del Pó, para ayudar al rey de Francia, ó juntándose con él, ó distrayendo á los eclesiásticos y á los españoles. Quedaba en medio de Milán y Plasencia, en igual distancia, la ciudad de Lodi, desamparada por todos, pero saqueada primero por Renzo de Ceri, habiendo entrado en ella como soldado de los venecianos, el cual, por diferencias que nacieron entre él y el Albiano, habiendo primero con protestas y casi con amenazas alcanzado licencia del Senado, había ido á servir al Papa con doscientos hombres de armas y otros tantos caballos ligeros; mas no pudiendo seguirle tan presto sus soldados, porque los venecianos prohibían á muchos irse de Padua, donde estaban alojados, se fué de Lodi para llevar el número de gente con que le tomaron á sueldo; pero el cardenal Sedunense, que primero espantado de las pláticas que tenían los suyos con el rey de Francia y de la variedad de la ciudad de Milán, había huído con mil suizos y con parte de la gente del ducado de Milán á Plasencia y después ido á Cremona á solicitar que se adelantase el Virrey, enderezándose al camino de Milán antes que el ejército francés se lo impidiese, dejó algunos de los suyos, aunque no

nucho número, en guarda de Lodi, los cuales al
 r la venida del rey de Francia á Marignano, la
 desampararon por miedo.

CAPITULO V.

Los ejércitos español y eclesiástico pasan el Pó.—Arenga del Sedunense á los suizos para combatir á los franceses en Marignano.—Batalla de Marignano.—Bella resistencia de los franceses.—Derrota y valerosa y ordenada retirada de los suizos.—Milán se entrega al rey de Francia.—Maximiliano Sforza se retira al Castillo.—Confederación entre León X y el rey Francisco.—Pedro Navarro mina el castillo de Milán.—Ríndese el castillo á los franceses y Maximiliano pasa á Francia.—Embajadores venecianos cerca del rey Francisco.—Muerte del Albiano.

Mientras el Virrey se detenía sobre el Pó y antes que Lorenzo de Médicis llegase á Plasencia, fué preso por sus soldados Cintio, enviado del Papa al rey de Francia, y habiéndole hallado los Breves y Cartas credenciales, aunque por reverencia de quien le enviaba le dejó pasar luego, comenzó á temer mucho fuese vana la esperanza que le habían dado de que el ejército eclesiástico, unido con él, pasaría el río Pó, tanto más porque en los mismos días se había oído que Lorenzo de Médicis había enviado uno de los suyos en secreto al Rey, lo cual no era ajeno de verdad, porque Lorenzo, ó por consejo propio ó por orden del Papa, había enviado á disculparse de si conducía el ejército contra él por ver-

se obligado de la necesidad que tenía de obedecer al Papa, pero que en todo lo que pudiese, sin provocar la indignación de su tío y sin manchar su honra propia, haría todo lo posible por satisfacerle, según había sido siempre su deseo y lo era ahora más que nunca.

En llegando Lorenzo á Plasencia, se comenzó á disputar el mismo día entre el Virrey y él y las personas que intervenían en sus consejos si se debía pasar únicamente el Pó para juntarse con los suizos, alegando cada uno diversas razones. Decían los que aconsejaban que se pasase que no había ninguna razón que disuadiese el entrar en Lodi, pues, en habiendo entrado en aquella ciudad, dificultarían al Albiano juntarse con el ejército francés y ellos se facilitarían el juntarse con los suizos y, yendo hacia Milán encontrarlos, ó viniendo ellos en su busca; y que si acaso los franceses se ponían ó si ya se habían puesto (como era fama que lo querían hacer) en el camino que está entre Lodi y Milán, les pondría en trabajo y peligro el tener á las espaldas estos ejércitos juntos y quizá también no sería dificultoso (si bien con mayor rodeo) hallar modo de juntarse con los suizos; que era esta determinación muy útil y aun necesaria para la empresa y para quitar á los suizos todas las ocasiones de nuevas pláticas de acuerdo y para acrecentar sus fuerzas, pues tenían necesidad de ello para tan grueso ejército y especialmente de caballos que les faltaban; pero además de esto, lo pedía la fe y la honra del Papa y del Rey Católico que, por la capitulación, estaban obligados á socorrer el Estado de Milán y que tantas veces habían dado intención de ello á los suizos, los cuales, hallándose engañados, vendrían á ser, de muy amigos, enemigos grandes; que esto mismo pedían los intereses de sus propios Estados, porque, perdiendo la batalla los suizos ó haciendo acuerdo con el rey de Francia, no quedaba en Italia fuerza para pro-

hibirles que corriesen por todo el Estado de la Iglesia hasta Roma.

Alegábanse muchas razones en contrario de esto, y mayormente se decía que no era creíble que no hubiese enviado el Rey gente á aquella hora á Lodi, y que siendo esto así, sería necesario retirarse con vergüenza y por ventura no sin riesgo, pudiendo tener á un mismo tiempo á los franceses y á los venecianos ó al frente ó al lado, no siéndoles fácil volver á pasar el puente sin precipitación y confusión. Este partido, si el peligro se comprase á justo precio, quizá no se debería rehusar; mas aunque entrasen en Lodi, estando desamparada, ¿de qué fruto sería esto para la empresa? ¿Cómo se podría alcanzar, estando entre Milán y Lodi un ejército tan poderoso, el ir á juntarse con los suizos ó que los suizos fuesen á juntarse con ellos? Ni por ventura era seguro consejo volver á poner en las manos de esta gente temeraria y sin razón todas las fuerzas del Papa y del Rey Católico, de las cuales dependía el bien de todos sus Estados, porque al fin se sabía que una gran parte había hecho la paz con el rey de Francia, y que entre estos y los otros que lo contradecían había muchas diferencias.

Finalmente, se determinó que al día siguiente ambos ejércitos aligerados, sin ningún bagaje, pasaran el Pó, dejando bien guardadas á Perugia y á Plasencia por temor al ejército veneciano, cuyos caballos ligeros habían corrido y robado en aquellos días el país. Este concierto no se ajustó sinceramente entre todas las partes, según lo creyeron muchos entonces, pensando cada uno, con fingir que quería pasar, echar la culpa al otro, sin ponerse á sí mismo en peligro; porque sospechoso el Virrey por la ida de Cintio y sabiendo cuán artificiosamente procedía en sus cosas el Papa, se persuadía que su voluntad era que Lorenzo no pasase más ade-

ante, y considerando Lorenzo cuán de mala gana ponía el Virrey aquel ejército en poder de la fortuna, hacía el mismo juicio de los otros que ellos hacían de él.

Comenzó después de mediodía á pasar por el puente la gente española y después de ella debían pasar luego los pontificios, pero habiéndolo diferido necesariamente hasta la mañana siguiente por sobrevenir la noche, no sólo no pasaron más, sino que el Virrey volvió con el ejército de esta parte del río, por la relación que le hicieron, cuatrocientos caballos ligeros enviados de ambos ejércitos para entender lo que hacían los enemigos, los cuales le dijeron que el día antes habían entrado en Lodi cien lanzas francesas, por lo que, volviéndose el Virrey y Lorenzo á sus primeros alojamientos, fué el Albiano con su ejército á Lodi.

En este mismo tiempo fué el rey de Marignano á alojarse en San Donato á tres millas de Milán y los suizos se redujeron todos á aquella ciudad; y habiendo entre ellos una parte que aborrecía la guerra y otros muy ajenos de la paz, se tenían muchos consejos y había muchos alborotos. Finalmente, juntándose con el cardenal Sedunense, que con eficacia aconsejaba que se perseverase en la guerra, comenzó con palabras muy vivas á provocarles para que, sin diferirlo más, saliesen fuera el mismo día y acometieran al rey de Francia, no teniendo tan en los ojos el número de caballos y de artillería de los enemigos, que turbase la memoria de la ferocidad suiza y de las victorias alcanzadas contra los franceses. Dijo, pues, el Sedunense estas palabras:

«¿Ha sufrido nuestra nación tantos trabajos, sujetándose á tantos peligros y derramado tanta sangre por dejar en sólo un día ganada tanta gloria y tan gran nombre á los enemigos que nosotros hemos vencido? ¿No son estos los mismos franceses que, acompañados de nos-

otros, han ganado tantas victorias, y si los hemos desamparado han sido siempre vencidos por cualquiera? ¿No son estos los mismos que el año pasado fueron rotos en Novara por muy poca gente nuestra? ¿No son ellos los que, espantados de nuestro valor, confusos de su mucha vileza, han levantado hasta el cielo el nombre de los helvecios, esclarecido cuando estaban juntos con ellos, pero mucho más después que nos apartamos de su compañía?

»No tenían los que fueron á Novara ni caballos, ni artillería, aunque tenían cerca la esperanza del socorro, y con todo eso, creyendo á Mottino (honra y esplendor de los helvecios), acometiéndoles valerosamente en sus alojamientos y yendo á cerrar por fuera con su artillería, les rompieron todos los infantes tudescos, cansando en su matanza los brazos y las armas, y ¿creéis vosotros que ahora se atreverán á esperar cuarenta mil suizos, ejército tan valeroso y de tanto poder que sería bastante para combatir en la campaña con todo el resto del mundo junto? Creedme que huirán á sola la fama de vuestra venida. No se han atrevido á arrimarse á Milán por confianza en su valor, sino sólo por la esperanza de vuestras divisiones. No los sustentará la presencia, ni la persona del Rey porque, por miedo de no poner en peligro su persona ó su Estado, será el primero en procurar salvarse y en dar ejemplo á los otros para hacer lo mismo.

»Si con este ejército (que es la fuerza de toda Helvecia) no fuereis á acometerlos, ¿con qué fuerzas os quedará esperanza de poderles resistir? ¿A qué fin hemos bajado á Lombardía? ¿Para qué hemos venido á Milán si habíamos de tener miedo de encontrar á los enemigos? ¿Dónde están las magníficas palabras y las feroces amenazas que todo este año hemos usado cuando nos alabábamos de querer bajar á Borgoña, cuando nos

alegrábase del acuerdo del rey de Inglaterra y de la inclinación del Papa á juntarse con el rey de Francia, juzgando por mayor gloria nuestra cuanto estuviesen más unidos contra el Estado de Milán? Mejor fuera no haber tenido estos años tan honradas victorias, no haber echado á los franceses de Italia, habernos contenido dentro de los términos de nuestra antigua fama, si después todos juntos, engañando la esperanza de todos, habíamos de proceder con tan gran vileza. Ha de hacer hoy todo el mundo juicio si fué causa de la victoria de Novara ó nuestro valor ó la fortuna. Si mostramos temor á nuestros enemigos lo atribuirían todos al acaso ó á temeridad; si usamos de la misma osadía confesarán todos que fué valor, y teniendo (como sin duda le tendremos) el mismo suceso, no sólo seremos terror del tiempo presente, sino también veneración de la posteridad, en cuyo juicio y alabanzas será el nombre de los suizos antepuesto al de los romanos, porque de ellos no se lee que jamás tuviesen tal atrevimiento ni que consiguiesen victoria alguna con tan gran valor, ni que jamás eligiesen sin necesidad el pelear contra enemigos con tanta desigualdad. De nosotros se leerá la batalla que se dió cerca de Novara donde, con poca gente, sin artillería y sin caballos, pusimos un poderoso ejército en huída, compuesto de todas provisiones y guiado por dos capitanes famosos; el uno sin duda el primero de toda Francia, y el otro de toda Italia; leeráse la batalla que dimos en San Donato, con las mismas dificultades de nuestra parte, contra la persona de un rey de Francia, contra tantos infantes tudescos, y que cuanto más saciaran nuestro odio, tanto mayor facultad nos darán para extinguir para siempre su milicia, y tanto más se abstendrán de querer temerariamente concurrir en las armas con los suizos.

»No es cierto (antes por muchas dificultades parece

imposible) que el Virrey y la gente de la Iglesia se junte con nosotros; y así, ¿á qué propósito los esperamos? Ni es necesaria su venida, antes nos debe ser grato este impedimento, porque la gloria será toda nuestra, serán sólo nuestros tantos despojos y riquezas que hay en el ejército enemigo.

»No quiso Mottino que la gloria se comunicase á otros, sino á nosotros mismos. ¿Y nosotros seremos tan viles y tan despreciadores de nuestro valor que, cuando bien pudiesen venir á juntarse, quisiésemos esperar á comunicar tanta alabanza y tan grande honra con los forasteros?

»No pide la fama de los suizos ni el estado de las cosas que haya más dilación ni se tengan más consejos. Ahora es necesario salir fuera; ahora es necesario salir á acometer á los enemigos. Deben consultar los medrosos que piensan no oponerse á los peligros, sino huir de ellos; pero á gente brava y belicosa como la nuestra, toca presentarse al enemigo luego que sea visto; por tanto, con ayuda de Dios, que con odio tan justo persigue la soberbia de los franceses, tomad vuestras picas con vuestro ánimo acostumbrado, tocad las cajas; vamos luego sin interponer una hora de tiempo; vamos á cansar nuestras armas, á cebar nuestro odio en la sangre de aquellos que, por su soberbia, quieren maltratar á cada uno, pero por su vileza vienen á ser siempre presa de todos.»

Irritados con esta plática, tomaron luego furiosamente las armas, y en saliendo de la puerta Romana, poniéndose en orden sus escuadrones, aunque no quedaba mucho día, se encaminaron hacia el ejército francés con tan grande alegría y tantas voces que, quien no hubiera sabido otra cosa, tuviera por cierto que habían conseguido alguna gran victoria. Los capitanes estimulaban á los soldados para que caminasen, los

soldados les acordaban que á cualquiera hora que se arrimasen al alojamiento de los enemigos hiciesen luego la señal de la batalla, que querian cubrir el campo de cuerpos muertos y aquel día extinguir el nombre de los tan fuertes tudescos y de aquellos mayormente que, pronosticándose su muerte, traen por señal las bandas negras.

Arrimándose con esta ferocidad á los alojamientos de los franceses, no faltando más de dos horas al día, precipitaron la batalla, acometiendo con furia la artillería y los reparos apenas hubieron llegado. Con esta furia habían encontrado y roto las primeras escuadras y ganado una parte de la artillería; pero saliéndoles al encuentro la caballería y una gran parte del ejército y el mismo Rey, acompañado de un escuadrón valeroso de caballeros, habiéndose refrenado algún tanto el furor, se comenzó una muy reñida batalla, continuándose el pelear hasta cuatro horas de noche, con varios sucesos y grave daño de la gente de armas francesa, la cual flaqueó luego; habiendo quedado ya muertos algunos capitanes franceses y el mismo Rey golpeado de muchos picazos. Entonces, no pudiendo ya la una ni la otra parte sustentar las armas en las manos por el cansancio, apartándose sin ruido de cajas y sin orden de los capitanes, se pusieron á alojar los suizos en el mismo campo, sin ofender más el uno al otro y esperando como con tácita tregua la salida del sol.

Fué tan feliz el primer acometimiento de los suizos (á los cuales, cuando reposaban, les hizo traer el cardenal vituallas de Milán) que por toda Italia corrieron caballos á decir que los suizos habían puesto en huida el ejército de los enemigos.

No gastó inútilmente el Rey lo que le faltaba de la noche, porque, conociendo la grandeza del peligro, atendió á hacer retirar á lugares á propósito y con el orden

debido la artillería y á hacer volver á poner en orden las batallas de los tudescos y de los gascones y la caballería en sus escuadrones.

Llegó el día, al principio del cual los suizos, no sólo despreciadores del ejército francés, sino de toda la milicia de Italia junta, acometieron con la misma furia y con gran temeridad á los enemigos, los cuales, recibéndolos valerosamente, pero con más prudencia y mayor orden, los ofendían, parte con la artillería y parte con las saetas de los gascones; siendo acometidos también por los caballos, de manera que morían por el frente y por los costados. Llegó al salir el sol el Albiano, el cual, llamado aquella noche por el Rey, se puso luego en camino con los caballos ligeros y con la parte más suelta del ejército, y llegando cuando estaba más estrecho y feroz el combate y las cosas reducidas á mayor trabajo y peligro, viniendo en su seguimiento el resto del ejército, acometió con gran furia á los suizos por la espalda, los cuales, aunque continuamente peleaban con gran osadía y valor, con todo eso, viendo la gallarda resistencia y que llegaba el ejército veneciano, desesperados de poder alcanzar la victoria, haciendo ya muchas horas que había salido el sol, tocaron á recoger, y poniéndose á cuestras la artillería que habían traído consigo, volvieron los escuadrones, guardando siempre su acostumbrado orden y caminando con lento paso hacia Milán y con tan gran espanto de los franceses, que ningún infante ni caballo de todo el ejército tuvo ánimo para seguirles. Solas dos compañías suyas que se recogieron á una aldea fueron en ella abrasadas por los caballos ligeros de los venecianos. Lo restante del ejército en su orden y respirando la misma ferocidad por el rostro y por los ojos, volvió á Milán, dejando en los fosos, según dicen algunos, quince piezas de artillería gruesa que habían quitado á los franceses en el pri-

mer encuentro, por no tener comodidad para llevarlas.

Afirmaba la voz común de todos que no había habido en muchos años en Italia batalla más brava ni de mayor espanto, porque, por el ímpetu con que comenzaron el asalto los suizos y después por los yerros de aquella noche, andando confusas las órdenes de todo el ejército y peleando mezclados sin orden y sin señal, estaba todo sujeto sólo á la fortuna.

El mismo Rey, habiendo estado muchas veces en peligro, debía la salvación de su vida, más á su propio valor y al suceso, que á la ayuda de los suyos, de los cuales había sido desamparado muchas veces, por la confusión de la batalla y por la obscuridad de la noche, de manera que el Trivulcio, capitán que había visto tantas cosas, afirmaba que esta no había sido batalla de hombres, sino de gigantes; que diez y ocho batallas en que él se había hallado fueran en comparación de esta batallas de niños. No se dudaba de que, si no hubiera sido por la ayuda de la artillería, fuera la victoria de los suizos; los cuales, habiendo entrado con la primer furia dentro de los reparos de los franceses y quitándoles la mayor parte de las piezas, habían ganado siempre el terreno. No fué de poca consideración la llegada del Albiano que, sobreviniendo á tiempo que todavía estaba en duda la batalla, dió ánimo á los franceses y espanto á los suizos, creyendo que estaba con él todo el ejército veneciano.

El número de los muertos, si en alguna batalla es incierto, como casi lo es en todas, fué incertísimo en esta, variando mucho la gente en lo que decía, unos por pasión y otros por yerro. Afirmaban algunos, que de los suizos habían muerto más de catorce mil; otros decían diez mil; los más moderados ocho mil, y no faltó quien quisiese bajarlos á tres mil, cabos todos de poca nobleza y opinión; pero de los franceses murieron en la ba-

talla de la noche Francisco, hermano del duque de Borbón; Imbricort, San Serro, el príncipe de Talmont, hijo de La Tremouille; Boisi, sobrino del difunto cardenal de Rohán; el conde de Sart, Catelart de Saboya, Busichio y la Moia, que llevaba la bandera de los gentiles hombres del Rey, todas personas esclarecidas por nobleza ó por grandeza de Estados ó por tener puestos honrosos en el ejército. Del número que murió de ellos se habló variamente por las mismas causas, afirmando algunos que habían muerto seis mil, otros que no más de tres mil, entre los cuales murieron algunos capitanes de infantería tudésca.

Al retirarse á Milán los suizos, estando en gran diferencia sobre concertarse con el Rey ó detenerse para la defensa de aquella ciudad, los capitanes que primero habían tratado la concordia, buscando ocasión menos fea para irse, pidieron dinero á Maximiliano Sforza, el cual era manifiesto que no tenía caudal para dárselo, y después todos los infantes, aconsejándose lo Rostio, capitán general, partieron el día siguiente para irse á su país por el camino de Como, dando esperanza al Duque que volverían presto á socorrer el castillo en el cual quedaban mil quinientos infantes suizos y quinientos italianos. Con esta esperanza, Maximiliano Sforza, acompañado de Juan Gonzaga, de Jerónimo Morone y de algunos otros gentiles hombres milaneses, se encerró en el castillo, habiendo consentido, aunque no sin dificultad, que Francisco, duque de Bari, su hermano, se fuese á Alemania, y el cardenal Sedunense fué al Emperador para solicitar el socorro, habiendo dado palabra de volver dentro de pocos días.

La ciudad de Milán, desamparada de todo presidio, se entregó al rey de Francia, concertando pagarle gran cantidad de dinero, el cual rehusó entrar en ella mientras estaba el castillo por los enemigos, como si fuera

indigno de un Rey entrar en un lugar que no está todo en su poder.

Hizo el Rey, en el lugar donde se ganó la victoria, celebrar tres días misas solemnes; la primera para dar gracias á Dios por la victoria; la segunda para suplicar por las almas de los muertos en la batalla; y la tercera para rogarle que concediese la paz, y en el mismo lugar hizo edificar una Iglesia para perpetua memoria.

Siguieron la fortuna de la victoria todos los lugares y fortalezas del ducado de Milán, excepto los castillos de Cremona y de Milán, para cuya expugnación, siendo señalado Pedro Navarro, afirmaba, no sin admiración de todos, siendo el castillo muy fuerte, abundante de todas las provisiones necesarias para defenderse y sustentarse y donde había más de dos mil hombres de guerra, que lo ganaría en menos de un mes.

Al recibir la nueva de la victoria el Virrey, habiéndose detenido pocos días en el mismo alojamiento, más por necesidad que voluntad, porque dificultosamente podía mover el ejército por la falta de dinero, recibiendo al fin alguna cantidad y prestándole Lorenzo de Médicis seis mil ducados, se retiró á Pontenuro con intención de irse al reino de Nápoles; porque si bien el Papa, habiendo entendido los casos sucedidos había representado al principio á la gente la constancia de su antecesor, aconsejando á los embajadores de los confederados que quisiesen mostrar el rostro á la fortuna y hacer esfuerzos para tener en buena disposición á los suizos, y que si ellos variaban se trajesen en su lugar infantes tudescos, con todo eso, parecióle que las provisiones no podían ser sino tarde para sus peligros y que el primero trabajado sería él, porque aun cuando por ventura la reverencia de la Iglesia hiciese que el Rey se abstuviese de molestar el Estado eclesiástico, no creía que bastaría á hacerle detener para

que no molestase á Parma y á Plasencia, como miembros pertenecientes al ducado de Milán, ni á que dejase de molestar el Estado de Florencia, en el cual cesaban todos los respetos y era ofensa tan sentida del Papa como si ofendiera el Estado de la Iglesia.

No era vano su temor, porque ya el Rey había hecho poner en orden el puente sobre el Pó, junto á Pavía, para enviar á tomar á Parma y á Plasencia, y en tomando aquellas ciudades, si el Papa estuviese resistente á su amistad, enviar por el camino de Pontremoli á intentar echar á los Médicis de Florencia.

Pero ya por orden suya trataban con el Rey el duque de Saboya y el obispo de Tricarico, su Nuncio. Sospechoso todavía el Rey de nuevas uniones contra él, inclinado á la reverencia de la Sede Apostólica por el espanto que había en todo el reino de Francia de lo que les había perseguido Julio, estaba muy deseoso del acuerdo, por lo cuál, se concluyó presto entre ellos la confederación para defensa de sus Estados de Italia, y particularmente que tomase el Rey protección de la persona del Papa, del Estado de la Iglesia, de Julián y de Lorenzo de Médicis, y del Estado de Florencia; que diese Estado en Francia y pensión á Julián, á Lorenzo pensión y el mando de cincuenta lanzas; que consintiese que el Papa diese paso por su Estado al Virrey para volver con el ejército al reino de Nápoles; que estuviese obligado el Papa á quitar de Verona y de la ayuda de los venecianos su gente; que restituyese al rey de Francia las ciudades de Parma y de Plasencia, recibiendo del Rey en recompensa que el ducado de Milán estuviese obligado á sacar para su servicio la sal de Cervia, que se hacía cuenta que era cosa provechosa para la Iglesia, y ya el Papa en la confederación que había hecho con el duque de Milán, concertó con él esto mismo; que se dejase á la decisión del duque de Sa-

boya si los florentinos habían contravenido á la confederación hecha con el rey Luis, y que, si esto hubiese sido así, declarase la pena que habían de tener, lo cual, decía el Rey que pedía más por su honra que por otra causa.

Ajustado el convenio, fué luego el Tricarico por la posta á Roma para persuadir al Papa á que lo ratificase, y Lorenzo, para que el Virrey tuviese causa de irse más presto, retiró á Parma y á Regio la gente que estaba en Plasencia, y él fué al Rey para ganar su amistad y persuadirle, según las amonestaciones artificiosas de Julio, que quería depender de él en cualquier suceso de las cosas.

No fué poco dificultoso inducir al Papa á la ratificación, porque le era muy molesto el perder á Parma y á Plasencia, y hubiera de buena gana esperado á entender antes lo que determinasen los suizos, los cuales, habiendo convocado la Dieta para Zurich, cantón principal de todos los helvecios y enemiguísimo de los franceses, trataban de socorrer el castillo de Milán, no obstante que habían desamparado los valles y los lugares de Bellinzona y de Lugarna, mas no las fortalezas; aunque el Rey, pagando seis mil escudos al castellano, consiguió la de Lugarna; pero no desocuparon los grisones á Chiavenna. Con todo eso, mostrándole el Tricarico que corría riesgo de que el Rey acometiese sin dilación á Parma y á Plasencia y enviase gente á la Toscana, y engrandeciendo el daño que los suizos habían recibido en la batalla, convino en ratificarlo, más con moderación de que ni él ni sus agentes hubiesen de entregar á Parma ni á Plasencia, sino dejándolas sin gente ni oficiales, permitir que el Rey las tomase; que el Papa no fuese obligado á sacar la gente de Verona por no hacer esta injuria al Emperador, pero aparte prometía sacarla presto con alguna ocasión acomodada,

y que los florentinos fuesen absueltos de lo que se pretendía de que habían contravenido á la Liga.

Tratóse también en este acuerdo que el Rey no tomase la protección de ningún feudatario, ni de súbdito alguno del Estado de la Iglesia, y no sólo no estorbase al Papa, como á superior suyo, el proceder contra ellos y castigarlos, sino que también se obligase á darle ayuda cuando se la pidiera. Asimismo se trató que el Papa y el Rey se viesen en algún lugar acomodado, cosa propuesta por el Rey y deseada de ambos; del Rey por establecer mejor esta amistad, asegurar las cosas de los amigos que tenía en Italia, y porque esperaba con su presencia y con ofrecer grandes Estados al hermano del Papa y á su sobrino, alcanzar permiso para acometer, con su voluntad, el reino de Nápoles, cosa que muy de veras deseaba, y del Pontífice, por entretener al Rey mientras estaba en tanta prosperidad, con esta demostración y con su artificio eficaz para conciliar así los ánimos de todos, no obstante que muchos murmuraban de esta determinación como indigna de la majestad del Pontificado, y como se ajustase que, queriendo el Rey verse con él, fuese á buscarle á Roma, afirmaba que condescendería en esto por el deseo de inducir al Rey á que no molestase el reino de Nápoles durante la vida del Rey Católico, la cual, por hacer más de un año que traía mala la disposición del cuerpo, era común opinión que sería breve.

Trabajábase en este medio por Pedro Navarro al contorno del castillo de Milán, y habiéndose apoderado de una casamata del foso del castillo por través hacia la puerta Comasina, y arrimándose con gatos y travadas al foso y á la muralla de la fortaleza, atendía á hacer la mina en aquel lugar, en quitando las defensas. Comenzó después otras, y cortó con picos un gran pedazo de muralla por un lado de la fortaleza, y la puso sobre

puntales para derribarla al mismo tiempo que pegase fuego á las minas. Aunque al juicio de muchos no bastaban estas cosas para ganar el castillo, sino con largo tiempo y dificultad, y ya se tenía alguna noticia de que los suizos se disponían para socorrerle, según lo que habían determinado en la Dieta de Zurich, con todo eso, habiendo nacido una plática entre Juan Gonzaga, capitán del duque de Milán, que estaba en el castillo, y el duque de Borbón, su pariente, é interviniendo después en estos tratos con el duque de Borbón, Jerónimo Morone y dos capitanes suizos que estaban en el castillo, se ajustó el acuerdo, con grande admiración de todos, á 4 de Octubre, con gran culpa de Jerónimo Morone que, ó por mucho miedo, ó por poca fe, había persuadido á este acuerdo al Duque con su autoridad, que la tenía muy grande con él, y se disculpaba de estos cargos con alegar que había nacido diferencia entre los infantes tudescos é italianos.

Contenía la concordia que Maximiliano Sforza entregase luego al rey de Francia los castillos de Milán y de Cremona; que le cediese todos los derechos que tenía en aquel Estado; que recibiese del Rey cierta suma de dinero para pagar sus deudas, y que fuese á Francia, donde le diese el Rey cada año una pensión de treinta mil ducados, ó hiciese que fuera nombrado cardenal con igual renta; que perdonase el Rey á Galeazzo Visconti y unos gentiles-hombres del ducado de Milán que habían trabajado mucho por Maximiliano; que diese á los suizos que estaban en el castillo seis mil escudos; que confirmase á Juan Gonzaga los bienes que tenía en el Estado de Milán por donación del Duque y le diese cierta pensión; que confirmase asimismo al Morone sus bienes propios y los que le había dado el Duque y los oficios que tenía, y le hiciese maestro de las requestas de la corte de Francia.

Hecho este acuerdo, Maximiliano (por otro nombre el Moro, derivado del de su padre) saliendo del castillo se fué á Francia; diciendo que había salido de la esclavitud de los suizos, de las burlerías del Emperador y de los engaños de los españoles; pero alabando todos más la fortuna de haberle depuesto con presteza de tan gran dignidad, que de haber ensalzado primero á un hombre que por su incapacidad, pensamientos extravagantes y torpes costumbres era indigno de toda grandeza.

Antes de la entrega del castillo de Milán vinieron al Rey cuatro embajadores de los principales y más honrados del Senado veneciano, Antonio Grimano, Domingo Trevisano, Jorge Cornaro y Andrea, Gritti, á alegrarse con él de la victoria y á pedirle que, como estaba obligado por los capítulos de la confederación, les ayudase á la recuperación de sus lugares, cosa que no tenía otro embarazo sino las fuerzas del Emperador y de la gente que con Marco Antonio Colonna estaba en Verona por el Papa; porque el Virrey, que después de salir del Vicentino se detuvo algo en el Modenés para esperar si el Papa ratificaba el acuerdo hecho con el Rey de Francia, al saber la ratificación se había ido por la Romana á Nápoles. Señaló el Rey luego en ayuda de los venecianos al bastardo de Saboya y á Teodoro Trivulcio con setecientas lanzas y siete mil infantes tudescos.

Mientras difirieron éstos su partida, ó por esperar lo que sucedía del castillo de Milán, ó porque quería el Rey enviar la misma gente á la expugnación de Crémone, el Alnn)alca ioou vb habían consentido los venecianos que siguiese al Virrey, porque deseaban recuperar sin ayuda de otros, si era posible, á Brescia y á Verona) fué con el ejército hacia Brescia; pero habiendo entrado de nuevo en aquella ciudad mil infantes tudes-

cos, y rendido Bérgamo á los venecianos muchos días antes, se resolvía á ir primero á la expugnación de Verona, porque estaba menos fortificada, por tener mayor comodidad de vituallas, y porque, tomada Verona, era fácil tomar á Brescia, por quedar sola y en sitio que con dificultad podía ser socorrida de Alemania. Tardaba en dar principio á esta empresa por miedo de que el Virrey y la gente del Papa que estaba en el Regiano y en el Modenés pasasen el Pó por Ostia para socorrer á Verona; mas quedando seguro de esta sospecha, después de la partida del Virrey lo impedía la enfermedad del Albiano, el cual, cayendo malo en Ghedi en el Bresciano, siendo menor de sesenta años, pasó en los primeros días de Octubre á la otra vida con gran sentimiento de los venecianos, y con no menor disgusto de sus soldados que, no pudiendo carecer de su memoria, tuvieron su cuerpo veinticinco días en el ejército, llevándole con gran pompa cuando se caminaba. Queriendo llevarle á Venecia, no sufrió Teodoro Trivulcio que, para poder pasar por el Veronés, se pidiera, ¡como muchos lo resolvían, salvoconducto á Marco Antonio Colonna, diciendo que no era conveniente que quien vivo nunca había temido á los enemigos, muerto diese señal de temerles.

En Venecia fué enterrado por decreto público con grande honra en la Iglesia de San Esteban, donde aún hoy se ve su sepulcro, y la oración fúnebre la hizo Andrea Navagero, gentil hombre veneciano, hombre de mucha elocuencia.

Fué el Albiano capitán de gran atrevimiento y que ejecutaba con gran presteza lo determinado, pero que muchas veces, ó por su mala fortuna ó, como muchos decían, por ser arrojados sus consejos, le vencieron los enemigos, y quizá nunca alcanzó victoria, siendo él el principal que gobernaba los ejércitos.

CAPITULO VI.

El Trivulcio nombrado general de los venecianos.—Combates en el Bresciano.—Entrevista y acuerdo del papa León y del rey Francisco en Bolonia.—Nueva liga entre Francia y los suizos.—Muerte del rey de Aragón y del Gran Capitán.— Próspero Colonna puesto en libertad.—Asedio de Brescia.—Progresos del César en Lombardia.—Lautrec en Italia.—Los gibelinos son expulsados de Lombardia.—El César se retira hacia Trento.—El rey de Francia sospecha del Papa.—El duque de Urbino, excomulgado y privado de su Estado por el Papa, huye á Mantua.—La fortaleza de San Leo es tomada por asalto.—Lorenzo de Médicis es nombrado duque de Urbino.—Muerte de Próspero Colonna.—Acuerdo entre Francia y España en Noyon.—Lautrec sitia inúltimente á Verona.—Paz entre el César, el rey de Francia y los venecianos, á quienes es restituida Verona.

Por la muerte del Albiano, á instancia de los venecianos, les concedió el Rey para gobernador de su ejército al Trivulcio, deseado por su práctica y reputación de la disciplina militar, y porque, por la inclinación común de la facción güelfa, había habido siempre entre él y aquella República buena correspondencia y amor. Mientras iba al ejército tomó á Pesquiera la gente veneciana, y antes que la tomase rompieron algunos caballos y trescientos infantes españoles que iban á socorrerla. Después recuperaron á Asola y á Luna, que las había desamparado el marqués de Mantua.

Con la venida del Trivulcio sitiaron á Brescia por las provocaciones del Senado, aunque parecía muy difícil su expugnación sin ejército francés, porque la ciudad era fuerte, tenía dentro dos mil infantes entre tudescos y españoles, gran número de güelfos habían sido obligados á irse, amenazaba ya el invierno y el tiempo se

mostraba muy lluvioso. No engañó el suceso de la empresa al juicio del capitán, porque habiendo comenzado á batir la muralla con la artillería plantada sobre el foso por la parte por donde sale la Garzetta, los de dentro, que salían muy á menudo, sacaron una vez mil quinientos infantes entre tudescos y españoles para acometer la guarda de la artillería, para la cual estaban señalados cien hombres de armas y seis mil infantes, y batiéndoles también con la arcabucería que para este efecto estaba extendida sobre la muralla de la ciudad, los pusieron fácilmente á todos en huída, aunque Juan Paulo Manfrone con sesenta hombres de armas sustentó algún rato la furia. Mataron cerca de doscientos infantes, abrasaron la pólvora y llevaron á Brescia diez piezas de artillería.

Pareció á Trivulcio por este desorden apartarse con el ejército para esperar la venida de los franceses, y se retiró á Cuccai, que está apartado diez millas de Brescia, atendiendo entretanto los venecianos á proveer nueva artillería y municiones. Al llegar los franceses, se volvió á la expugnación de aquella ciudad, batiéndola por dos lugares distintos, por la puerta de las Pilas hacia el castillo y por la de San Juan; alojando á la una parte el ejército francés, al cual (habiendo despedido los infantes tudescos, porque rehusaban ir contra las ciudades que poseía el Emperador) había venido Pedro Navarro con cinco mil infantes gascones y franceses. A la otra parte estaba el Trivulcio con los soldados venecianos, sobre el cual quedó casi toda la suma de las cosas, porque el bastardo de Saboya, á causa de caer enfermo, se había ido del ejército. Batida la muralla, no se dió el asalto porque los de dentro habían hecho muchos reparos y proveían todo lo que era necesario con gran diligencia y valor, por lo cual Pedro Navarro, recurriendo al remedio acostumbrado, comenzó á tra-

bajar en las minas y juntamente á cortar la muralla con picos.

En este tiempo Marco Antonio Colonna, saliendo de Verona con seiscientos caballos y quinientos infantes, y habiendo encontrado en la campaña á Juan Pablo Manfrone y Marco Antonio Bua que, con cuatrocientos hombres de armas y otros tantos caballos ligeros, estaban en guarda de Valegio, los rompió, y quedó en este encuentro en poder de los enemigos Julio, hijo de Juan Paulo, habiéndole muerto el caballo en que estaba mientras combatía. Su padre huyó á Goito.

Ocuparon después á Lignago, donde prendieron algunos gentiles hombres venecianos.

Finalmente, mostrándose cada día más dura y difícil la expugnación porque las minas ordenadas por Pedro Navarro no salían conforme á las esperanzas que había dado, y entendiéndose que venían de Alemania ocho mil infantes, á los cuales no tenían esperanza de estorbar los capitanes que estaban alrededor de Brescia, convinieron los venecianos, para encubrir en parte la ignominia de su retirada, en concertar con los que estaban en Brescia que, si no fuesen socorridos dentro de treinta días, desampararían la ciudad, saliendo (así lo prometían los venecianos) con las banderas tendidas, con la artillería y con todos sus pertrechos. Esta promesa (tan cierta era la venida del socorro) sabían todos que era vana, pero no era inútil á la gente de Brescia el librarse por este medio de las molestias.

Metieron después los venecianos en Bre, castillo de los condes de Lodrone, ocho mil infantes; mas al oír éstos que se adelantaban los infantes tudescos á los cuales se les había rendido el castillo de Anfo, se retiraron vilmente al ejército. Ni los capitanes tuvieron mayor ánimo, pues temiendo ser acometidos á un mismo tiempo por éstos, por los que estaban en Brescia y

por Marco Antonio con los soldados que había en Verona, se retiraron á Ghedi, donde primero, estando ya ciertos de este accidente, habían enviado la artillería más gruesa y casi todos los carros.

Los tudescos, entrando en Verona sin oposición y proveyéndola de vituallas, se volvieron á Alemania.

Habían concertado, en este medio, el Papa y el Rey juntarse en Bolonia, habiendo aceptado el rey este lugar antes que Florencia por no alejarse tanto del Estado de Milán, mayormente tratándose siempre por el duque de Saboya de la paz entre él y los suizos, y porque, según decía, estaría obligado, si pasaba á Toscana á llevar consigo muchos soldados, porque convenía á su honra no entrar con menos pompa en Florencia que entró en ella en tiempo pasado el rey Carlos, y para disponerla, se interpondría dilación de algunos días, la cual era pesada para el Rey por otros respetos, y porque se veía más necesitado á detener todo el ejército, del cual, aunque el gasto era muy grande, no había despedido parte alguna ni pensaba hacerlo mientras estuviera en Italia.

Entró, pues, el Papa en Bolonia á 8 de Diciembre, y dos días después hizo el Rey su entrada, habiendo ido á recibirle á los confines del Regiano dos legados apostólicos, el cardenal Fiesco y el de Médicis. Entró sin gente de armas y con poca corte, é introducido á la presencia del Papa, según la costumbre, en el Consistorio público, él mismo, hablando en su nombre el gran Canciller, le ofreció la obediencia que primero no le había dado. Estuvieron después tres días juntos, alojados en un mismo palacio, usando el uno con el otro de grandes señales de amistad y amor. En este tiempo, además de volver á confirmar con las palabras y promesas las obligaciones hechas por lo pasado, trataron juntos muchas cosas del reino de Nápoles, y no estando

entonces el Rey en orden para acometerle, se contentó con la esperanza que el Papa le dió muy eficazmente, de que le favorecería en aquella empresa en sucediendo la muerte del rey de Aragón, la cual se creía generalmente que se acercaba, ó en acabándose la confederación que tenía con él, que duraría todavía diez y seis meses.

Intercedió también el Rey porque se restituyesen Módena y Regio al duque de Ferrara, y prometió el Papa restituirlas, pagándole el Duque cuarenta mil ducados que el Papa había pagado al Emperador por Módena, y además de esto, cierta cantidad de dinero por los gastos que se habían hecho en ambas ciudades. También intercedió el Rey por Francisco María, duque de Urbino, el cual, siendo soldado de la Iglesia con doscientos hombres de armas, y debiendo ir con Julián de Médicis al ejército, cuando después, por su enfermedad, fué antepuesto Lorenzo, no solamente había rehusado ir á él, alegando que aquello que había consentido á la larga amistad que tenía con Julián, de ir como simple capitán y sujeto á la autoridad de otros en el ejército de la Iglesia, en el cual había sido capitán general, superior á todos, no quería concederlo á Lorenzo, sino que, además de esto, habiendo prometido enviar la gente de su mando, la volvió á llamar estando ya en el camino, porque secretamente se había concertado ó trataba de hacerlo con el rey de Francia; y después de la victoria del Rey, no había cesado, por medio de personas propias, de incitarle cuanto pudo contra el Papa, quien, acordándose de estas injurias y pensando ya en tomar para su propia familia aquel Ducado, negó al Rey su demanda, mostrándole con palabras muy dulces cuánto dificultaría las cosas de la Iglesia el dar atrevimiento, con ejemplo tan pernicioso, á sus vasallos para que se rebelasen. Cedió el Rey con paciencia á estas razones y á la voluntad del Papa, aunque por su propio honor

había deseado salvar á quien, por ser su amigo, había caído en peligro y le aconsejaban lo mismo muchos de su Consejo y de la corte, acordándole cuán imprudente había sido la determinación del Rey pasado, de haber prometido al Valentino que oprimiera á los señores pequeños de Italia, por lo cual había subido á tanta grandeza, que de vivir más largo tiempo su padre Alejandro hubiera dañado sin duda á sus cosas.

Prometió el Papa al Rey que le daría facultad para cobrar por un año la décima parte de las rentas eclesiásticas del reino de Francia; concertaron también que el Rey tuviese el nombramiento de los beneficios que primero pertenecía á los colegios y á los capítulos de las Iglesias, cosa muy á propósito para aquellos Reyes, teniendo facultad para distribuir á su albedrío tantos y tan ricos beneficios y, por otra parte, que las anatas de las Iglesias de Francia se pagasen en lo futuro al Papa según su verdadero valor y no según las tasas antiguas, que eran mucho menores. Quedó en esto enojado el Papa porque, habiéndose de hacer la ejecución contra aquellos que ocultaban el verdadero valor y señalar los comisarios en el reino de Francia, ninguno quería aprobar ni ejecutar contra los impetradores; de manera que cada cual continuó despachándolo según las tasas viejas. Prometió también el Rey no tomar en su protección ninguna de las ciudades de la Toscana, si bien poco después, haciendo instancia que le consintiese aceptar la protección de los luqueses, los cuales le ofrecían veintecinco mil ducados, y alegando que estaba obligado por las obligaciones de su antecesor, rehusando el Papa concedérselo, le prometió que no les daría molestia alguna.

Determinaron, demás de estas cosas, enviar á Egidio, general de los frailes de San Agustín y excelentísimo predicador, al Emperador, en nombre del Papa, para

disponerle á que devolviese á los venecianos, por recompensa de dinero, á Brescia y á Verona.

Despachadas estas cosas, mas no por escrito, excepto lo que pertenecía al nombramiento de los beneficios y á la paga de las anatas según su verdadero valor, el Papa, con gusto del Rey, promovió á cardenal á Adriano de Boisi, hermano del gran maestro de Francia, que en las cosas del gobierno tenía el primer lugar con el Rey.

De este coloquio partió el Rey muy contento en su ánimo y con grande esperanza de la amistad del Papa, el cual mostraba con eficacia lo mismo; mas dentro tenía diferente sentir, porque le era molesto, como antes, que poseyese el Estado de Milán, causábale gran disgusto haber dejado á Parma y á Plasencia, igualmente se le ocasionaba el restituir al duque de Ferrara á Módena y á Regio, aunque esto poco después salió vano porque, habiendo el Papa recibido del Duque en Florencia (donde después de haber partido de Bolonia estuvo cerca de un mes) las cédulas del dinero que se había de pagar luego que hubiese tomado posesión, y ordenadas de común consentimiento las escrituras de los instrumentos que entre ellos se habían de hacer, el Papa rehusó darles perfección sin negarlo, sino interponiendo varias excusas y dilaciones y prometiéndolo siempre.

Vuelto el Rey á Milán, despidió luego el ejército reservando para la guarda de aquel Estado setecientas lanzas, seis mil infantes tudescos y cuatro mil franceses de aquel género, á quien ellos llaman aventureros, y él con gran presteza se volvió á Francia en los primeros días del año 1516, dejando por su lugarteniente á Carlos, duque de Borbón; pareciéndole que había establecido en Italia sus cosas por la confederación concertada con el Papa y porque en aquellos mismos días se había

concertado con los suizos, los cuales, aunque el rey de Inglaterra los provocaba á mover de nuevo las armas contra el de Francia, renovaron con él la confederación, obligándose á dar siempre en Italia y fuera á su sueldo cualquier número de infantes que pidiese para defensa y ofensa contra todos, con el nombre y con las banderas públicas, exceptuando solamente de la ofensa al Papa, al Imperio y al Emperador, y por otra parte el Rey les volvió á confirmar las pensiones antiguas, prometió pagarles á ciertos plazos los seiscientos mil ducados que habían concertado en Dijon y trescientos mil si le restituían los lugares y valles pertenecientes al ducado de Milán; pero rehusando hacer esto y no queriendo ratificar la paz los cinco Cantones que los poseían, comenzó el Rey á pagar á los otros ocho la parte del dinero que les tocaba, los cuales la aceptaron, pero con expresa condición de no ser obligados á ir á su servicio contra los infantes de los cinco Cantones.

En el principio del mismo año el obispo Petrucci, antiguo familiar del Papa, con su ayuda y la de los florentinos, echando de Siena á Borghese, hijo de Pandolfo Petrucci, su primo, en cuya mano estaba el gobierno, se tomó la misma autoridad, moviéndose el Papa á esto porque aquella ciudad que estaba situada entre el Estado de la Iglesia y el de los florentinos, fuese gobernada por un hombre confidente suyo, y quizá más porque esperaba, cuando fuese propicia la razón de los tiempos, poder, con la voluntad del mismo obispo, sujetarla ó á su hermano ó á su sobrino.

Quedaron en Italia encendidas las cosas entre el Emperador y los venecianos, que estaban deseosos de recuperar con la ayuda del rey de Francia á Brescia y á Verona; las demás cosas parecía que estaban muy quietas, aunque presto se comenzaron á ver principios de nuevos movimientos que se resucitaban por medio del

rey de Aragón, el cual, temiendo por el reino de Nápoles á causa de la grandeza del rey de Francia, trataba con el Emperador y con el rey de Inglaterra que se moviesen de nuevo las armas contra él, y no solamente no había sido difícil persuadir de esto al Emperador, que siempre deseaba novedades y que por sí mismo dificultosamente podía conservar los lugares que había quitado á los venecianos, sino también convenía en ello el rey de Inglaterra, pudiendo menos en él la memoria de que su suegro le había faltado á las promesas, que la emulación ú odio presente contra el rey de Francia. Irritábale, demás de esto, el deseo de que el rey de Escocia, pupilo, fuese gobernado por hombres ó propuestos por él ó dependientes suyos.

Hubiéranse intentado estas cosas con mayor consejo y mayores fuerzas si, mientras se trataban, no sucediera la muerte del rey de Aragón, el cual afligido de larga indisposición, murió por el mes de Junio, mientras iba con la corte á Sevilla, en Madrigalejo, aldea muy corta.

Rey de consejo y virtud excelente, y de quien, si hubiera sido constante en las promesas, no se pudiera con facilidad reprender cosa alguna, porque la tenacidad en no gastar de que era calumniado, mostró su muerte fácilmente que era falsa, pues habiendo reinado cuarenta años, no dejó ningún dinero. Mas sucede casi siempre por el juicio dañado de los hombres que en los Reyes es más alabada la prodigalidad, aunque sean anejos á ella los robos, que la escasez, unida con la abstinenia de la hacienda de los otros. A la extraordinaria virtud de este Rey se añadió la rara y perpetua felicidad que tuvo toda su vida, si se deja á una parte la muerte de su único hijo varón, porque los sucesos acaecidos á su hija y á su yerno fueron causa de que, hasta la muerte, se conservase su grandeza, y la nece-

sidad de irse, después de la muerte de su mujer, de Castilla, fué antes juego que despego de la fortuna. En todas las otras cosas fué felicísimo. De hijo segundo del rey de Aragón, por la muerte de su hermano mayor, consiguió aquel reino, llegó al reino de Castilla por medio del matrimonio contraído con Isabel; echó victoriosamente á sus contrarios que le competían el mismo reino; recuperó después el de Granada, poseído por los enemigos de nuestra fe poco menos de ochocientos años; añadió á su Imperio el reino de Nápoles; el de Navarra, Orán y muchos lugares importantes de las costas de África; fué siempre superior y casi domador de todos sus enemigos, y donde manifestamente se vió junta la fortuna con la industria, fué en que cubrió casi todas sus codicias debajo de color de honesto celo por la religión y de santa intención del bien común.

Murió cerca de un mes antes el Gran Capitán, ausente de la corte y mal satisfecho del Rey y, con todo eso, por la memoria de su valor, quiso éste que por sí y por todo el reino se hiciesen honras no acostumbradas á hacerse en España sino en las muertes de los Reyes, con gran aprobación de todos los pueblos, á los cuales era muy agradable el nombre del Gran Capitán por su gran liberalidad, por la opinión de su prudencia, y porque en la ciencia militar se adelantaba al mérito de todos los capitanes de su tiempo; por lo cual estaba en suma veneración.

Encendió la muerte del Rey Católico el ánimo del rey de Francia para la empresa de Nápoles, á la cual pensaba enviar luego al duque de Borbón con ochocientas lanzas y diez mil infantes, persuadiéndose que, por estar sublevado el reino con la muerte del Rey y mal ordenado para su defensa, y no pudiendo el Archiduque acudir á tiempo para socorrerlo, alcanzaría fácilmente la victoria.

No dudaba que el Papa, por las esperanzas que le había dado cuando estuvieron juntos en Bolonia y por la amistad contraída con él en las vistas, le hubiese de favorecer, y no menos por su interés propio como si le hubiera de ser molesta la mucha grandeza del Archiduque, sucesor en tantos reinos del Rey Católico y futuro sucesor del Emperador.

Esperaba, demás de esto, que el Archiduque procedería moderadamente en oponérsele, conociendo que le podría dañar mucho la enemistad suya para establecerse en los reinos de España, y especialmente el de Aragón, al cual, si se hubiera juntado á los derechos el poder, hubieran aspirado algunos de la misma familia; porque si bien, viviendo el Rey muerto é Isabel su mujer, se había declarado en las juntas de todo el reino que sus constituciones antiguas, excluyendo de la sucesión de la Corona las hembras, no perjudicaban á los varones nacidos de ellas cuando en la línea masculina no se hallaban hermanos, tíos ó sobrinos del Rey muerto, ó de quien le fuese más cercano que el nacido de las hembras, ó á lo menos en grado igual, y que por esto se había declarado que pertenecía al archiduque Carlos la sucesión, después de la muerte de Fernando; trayendo, por ejemplo, que por la muerte de Martín, rey de Aragón, que había sido sin hijos varones, fué por sentencia de jueces señalados para esto por todo el reino preferido Fernando, abuelo de este Fernando, aunque pariente por línea femenina del conde de Urgel, á los otros parientes de Martín por línea masculina, pero en grado más remoto que Fernando, con todo eso, hubo hasta entonces tácita queja en los pueblos de que en esta interpretación y declaración había podido más el poder de Fernando y de Isabel que la justicia, no pareciendo á muchos debida interpretación que, excluídas las hembras, sea admitido quien nace de ellas, y creyendo que,

en la sentencia dada por Fernando el viejo, hubiese podido más el temor de sus armas que la razón.

Siendo notorias estas cosas al rey de Francia, y sabiendo también que los pueblos de la provincia de Aragón, de Valencia y del condado de Cataluña (incluyéndose todos estos debajo del reino de Aragón) hubieran deseado un Rey propio, esperaba que el Archiduque, por no arriesgar tan gran sucesión y tan grandes Estados, no estaría ajeno de concederle con alguna honesta composición el reino de Nápoles.

En este tiempo, para ayudarse demás de las fuerzas con beneficios, quiso que Próspero Colonna (el cual venía en pagar por su libertad treinta y cinco mil ducados) fuese libre pagando solamente la mitad, por lo cual creyeron muchos que Próspero le había prometido en secreto que no tomaría las armas contra él, ó quizá que le favorecería en la guerra de Nápoles, mas con alguna limitación ó reserva de su honra.

Constituido el Rey en estos pensamientos, y determinado ya á no diferir el mover las armas, fué necesitado por nuevos accidentes á volver el ánimo á su defensa propia, porque el Emperador, recibiendo, según lo que se había comenzado á tratar antes con el rey de Aragón, ciento veinte mil ducados, se disponía para acometer el ducado de Milán, como lo había concertado con aquel Rey, en socorriendo á Verona y á Brescia, pues los venecianos, deteniendo el ejército seis millas de Brescia (regíalo Teodoro Trivulcio, á quien habían hecho su gobernador por haber vuelto Juan Jacobo á Milán) corrían con los estradiotas todo el país, quienes, acometidos un día por los de adentro, y concurriendo de ambas partes ayudas á los suyos, los metieron de nuevo en Brescia después de gran combate, habiendo muerto á muchos de ellos y preso al hermano del gobernador de la ciudad.

Pocos días después, Lautrec, principal del ejército de Francia, y Teodoro Trivulcio, entendiendo que venían á Brescia tres mil infantes tudescos para acompañar el dinero que se conducía para pagar á los soldados, enviaron al castillo de Anfo para impedirles el paso á Ianus Fregoso y á Juan Conrado Orsino, con gente de ambos ejércitos, la cual mató cosa de ochocientos, y los otros juntamente con el dinero huyeron á Lodrone.

Enviaron después los venecianos al Val di Sabbia dos mil quinientos infantes para fortificar el castillo de Anfo, los cuales abasaron á Lodrone y á Astorio.

El peligro de que Brescia apretada y molestada se rindiese, obligó al Emperador á acelerar su venida, el cual, teniendo consigo cinco mil caballos y quince mil suizos que le dieron los cinco Cantones, y diez mil infantes entre españoles y tudescos, vino á Verona por el camino de Trento, por lo cual, el ejército francés y veneciano, dejando bien guardadas á Vicenza y á Padua, entró en Pesquiera, afirmando que quería estorbar al Emperador el paso del río del Mincio. Pero no correspondió (como sucede muchas veces) la ejecución al consejo porque, en sintiendo los enemigos que se acercaban, no teniendo en la campaña aquel valor para ejecutar que habían tenido en las tiendas para dar el consejo, pasando el Oglio se retiraron á Cremona, aumentando la reputación y osadía al enemigo, y quitándosela á sí mismos.

Detúvose el Emperador, ó por mal consejo, ó llevado de su mala fortuna, en el sitio de Asola, que estaba defendida por cien hombres de armas y cuatrocientos infantes de los venecianos, donde gastó en vano muchos días, y se cree de cierto que esta tardanza le quitó la victoria.

Al partir de Asola pasó el río Oglio por Orcinuovi, y los enemigos, dejando en Cremona trescientas lanzas y

tres mil infantes, se retiraron á la otra parte del río Adda con pensamiento de impedirles el paso. Por la retirada se redujo todo el país que hay entre el Oglio, el Pó y el Adda á la devoción del Emperador, excepto Cremona y Crema, guardada la una por los franceses, y la otra por los venecianos. Seguian al Emperador el cardenal Sedunense, muchos emigrados del ducado de Milán y Marco Antonio Colonna, soldado del Papa, con doscientos hombres de armas. Por esto crecía tanto más el temor de los franceses, y la mayor parte de su esperanza se reducía á que no tardasen en venir diez mil suizos, á los cuales se había pagado el sueldo de tres meses.

En pasando el Oglio se acercó el Emperador al río Adda para pasarle por Pizzichittone, y hallando allí dificultad fué á Rivolta, estando los franceses en Casciano, de la otra parte del río, los cuales, al día siguiente, no habiendo venido los suizos, y pudiéndose vadear el Adda por muchas partes se retiraron á Milán con infamia de Lautrec, que había publicado y escrito al Rey que impediría al Emperador el paso de aquel río. Pasóle, sin embargo, y luego se le rindió la ciudad de Lodi, y arrimándose á pocas millas de Milán envió un rey de armas á pedir aquella ciudad, amenazando á los milaneses que, si dentro de tres días no echaban al ejército francés, obraría peor contra Milán que había obrado Federico Barbarroja (1), su antecesor, que, no contento de haberla abrasado y deshecho, la hizo sembrar de sal en memoria de su ira y de su rebelión.

(1) Quien desee ver más difusamente esta guerra de Federico Barbarroja contra los milaneses y cómo fué vuelto á reedificar Milán después de su ruina y quiénes los gentiles hombres que dieron principio á la reedificación, de los cuales fué cabeza Pinamonte Vimercato, vea á Bernardino Cosío en la primera parte de su *Historia de Milán* —(Nota del traductor.)

Había varios consejos entre los franceses que estaban retirados con gran espanto en Milán, inclinándose algunos á desamparar feamente aquella ciudad, por no tenerse por iguales para resistir á los enemigos, ni creer que los suizos, aunque ya se sabía que estaban en camino, hubiesen de venir, y porque se entendía que los Cantones, ó habían ordenado ya, ó estaban para ordenar que los suizos se fuesen del servicio de ambos ejércitos, y se debía creer que sería más pronta la obediencia de aquellos que estaban todavía en el camino que de los que estaban con los enemigos. Otros decían mal de la partida como llena de infamia y, teniendo mejor esperanza de la venida de los suizos y de poder defender á Milán, aconsejaban que se pusiesen á la defensa, apartado de todo punto el pensamiento de combatir, y deteniendo en Milán todos los infantes y ochocientas lanzas, distribuyesen las otras y las de los venecianos y todos los caballos ligeros por los lugares vecinos para guardarlos y para molestar las vituallas á los enemigos.

Hubiérase puesto en ejecución el primer consejo si no lo disuadiera mucho Andrea Gritti y Andrea Trevisano, proveedores de los venecianos, cuya autoridad, no pudiendo alcanzar otra cosa, hizo que se determinase la ida algo más lentamente; de manera que, queriendo ya partir, llegaron nuevas ciertas que el día siguiente estaría en Milán Alberto Petra con diez mil entre suizos y grisonos. Tomando ánimo con esto, mas no confiando en defender los burgos, se detuvieron en la ciudad, abrasando los burgos por el consejo de los proveedores venecianos, los cuales aconsejaban esto, ó porque juzgaban que era necesario para la defensa de aquella ciudad, ó porque quisiesen con esta ocasión satisfacer el odio antiguo que hay entre los milaneses y venecianos. Echaron también de la ciudad ó tuvieron

en honesta custodia á muchos de los principales de la parte gibelina, como inclinados al nombre del Imperio por el amor de la facción, ó por haber en el ejército tantos de la misma parte.

El Emperador entretanto se puso con el ejército en Lambra á dos millas de Milán. Mientras estaba allí, llegaron á la ciudad los suizos, los cuales, mostrándose prontos en defender aquella ciudad, rehusaban pelear con los otros suizos. Su venida volvió el espíritu á los franceses y causó mucho mayor miedo al Emperador, el cual, considerando el odio antiguo de aquella nación contra la casa de Austria, y volviéndosele á representar en la memoria lo que sucedió á Luis Sforza por hallarse los suizos en ambos ejércitos opuestos, comenzó á temer que hiciesen con él lo mismo, pareciéndole más verosímil que le engañasen á él, que tenía dificultad para pagarles, que á los franceses, á los cuales no faltaría dinero ni para pagarles ni para sobornarles. Acrecentábase la duda ver que Jacobo Staffier, capitán general de los suizos, le había pedido con gran arrogancia la paga, la cual difería, demás de las otras dificultades, porque el dinero que le traían de Alemania se lo habían detenido los infantes españoles, que estaban en Brescia, para pagarse sus sueldos corridos, por lo cual conmovido grandemente por el miedo de este peligro, levantando luego el ejército, se retiró hacia el río Adda, no dudando nadie que si tres días antes se hubieran arrimado á Milán, que fué el tiempo que se detuvo en los contornos de Asola, se hubieran vuelto los franceses de la otra parte de los montes, por estar mucho más dudosos é inciertos de la venida de los suizos. Y tampoco se dudaba que si tan presto no se hubiera ido ó los franceses, no confiando enteramente en los suizos por el respeto que mostraban á los que estaban con el Emperador, hubieran seguido el primer consejo,

ó los suizos mismos, tomando excusa de la orden de sus superiores que ya estaba despachada, hubieran desamparado á los franceses.

Pasó el Emperador el río Adda sin seguirle los suizos, los cuales protestando que se irían si no eran pagados dentro de cuatro días, se detuvieron en Lodi, dándoles continuamente el Emperador (que se había detenido en el territorio de Bérgamo) esperanza de los pagos, porque decía que esperaba nuevo dinero del rey de Inglaterra, y amenazando que volvería á Milán, cosa que tenía en gran sospecha á los franceses, inciertos más que nunca de la fe de los suizos, porque, demás de la tardanza usada cuidadosamente en su venida y de haber dicho siempre que no querían pelear contra los suizos del ejército enemigo, había venido orden de los Cantones para que se apartaran del sueldo de los franceses, por lo cual se habían ido ya cerca de dos mil, y se temía que los otros hiciesen lo mismo; aunque por otra parte afirmaban los Cantones al Rey que habían mandado secretamente lo contrario á sus infantes.

Finalmente el Emperador, recogiendo de la ciudad de Bérgamo diez y seis mil ducados, había ido hacia Crema, debajo de la esperanza de un trato, y volviendo, sin haber tenido efecto, al Bergamasco, determinó ir á Trento, significando á los capitanes del ejército su determinación y afirmando que se movía á esto para hacer nuevas provisiones de dinero, con el cual y con el del rey de Inglaterra, que estaba en el camino, volvería luego. Les aconsejó que esperasen su vuelta, y ellos, habiendo saqueado á Lodi, expugnado sin artillería la fortaleza y saqueado el lugar de Sant Angelo, oprimidos por la falta de vituallas, se redujeron á la Ghiaradadda.

Hubo, después de la ida del Emperador, alguna esperanza de que los suizos (con los cuales se juntó en

Romano todo el ejército) pasaran de nuevo el río Adda, porque había venido al campo el marqués de Brandemburgo y á Bérgamo el cardenal Sedunense con treinta mil ducados enviados por el rey de Inglaterra. Por este miedo el duque de Borbón (de quien se habían apartado casi todos los suizos y los soldados venecianos) había venido con el ejército á la orilla, de la otra parte del río; pero fácilmente salieron vanos los pensamientos de los enemigos, porque los suizos, no bastando el dinero que había venido para pagar los sueldos corridos, se volvieron á su país por el valle de la Valtelina; y por la misma causa tres mil infantes, parte españoles y parte tudescos, se pasaron al ejército francés y veneciano, el cual habiendo pasado el río Adda no había dejado de molestar muchos días con varias correrías y escaramuzas á los enemigos con diferentes accidentes, unas veces recibiendo mayor daño los franceses (los cuales en una escaramuza grande cerca de Bérgamo perdieron casi doscientos hombres de armas), otras los enemigos, siendo preso de ellos en un acometimiento semejante César Fieramosca. El resto del ejército, recibiendo un ducado cada uno, se arrimó á Brescia; pero estando muy molestados por los caballos ligeros Marco Antonio Colonna, con los infantes tudescos y algunos españoles, entró en Verona, y todos los otros se deshicieron.

Este fin tuvo el movimiento del Emperador, en el cual fué muy sospechoso al Rey el Papa, porque, habiéndole pedido que según las obligaciones de la liga hecha entre ellos, enviase quinientos hombres de armas para la defensa del Estado de Milán, ó á lo menos los arrimase á sus confines y le pagase tres mil suizos, según alegaba que había ofrecido á Antonio María Palavicino, respondiendo el Papa tibiamente á la paga de los suizos y disculpándose con que estaba en mala or-

den su gente, prometía enviar la de los florentinos, la cual con algunos de sus soldados se movió muy lentamente hacia Bolonia y Regio. Acrecentó la sospecha de que la venida del Emperador había sido con participación suya el haber creado por Legado suyo, luego que entendió que había entrado en Italia, á Bernardo de Bibbiena, cardenal de Santa María in Pórtico, acostumbrado siempre á contradecir con el Papa las cosas de Francia, y mucho más el haber permitido que Marco Antonio Colonna siguiese con su gente el ejército del Emperador. Mas lo cierto fué que causó disgusto al Papa por su interés propio la venida del Emperador con tantas fuerzas, temiendo que, vencedor, intentase oprimir á toda Italia, según su antigua inclinación; pero por miedo y porque este proceder era conforme á su natural, ocultando sus pensamientos, procuraba hacerse lo menos odioso que pudiese á cada una de las partes; por lo cual no se atrevió á volver á llamar á Marco Antonio, no tuvo osadía para enviar las ayudas que debía al Rey y creó el Legado para el Emperador. Por otra parte, habiendo partido ya el emperador de Milán, hizo que el Legado, fingiendo que estaba enfermo, se detuviese en Rubiera para averiguar, antes de que pasase más adelante, adónde se inclinaban las cosas. Después, para mitigar el ánimo del rey de Francia, quiso que Lorenzo, su sobrino, continuando el fingimiento de la dependencia comenzada en Milán, le hiciese dar de los florentinos el dinero para pagar por un mes tres mil suizos. Aunque aceptó el Rey este dinero, con todo eso, decía, mostrando que conocía los ardides del Papa, que pues que siempre le era contrario en la guerra, y á pesar de la confederación que había hecho con él no le había ayudado en los tiempos de peligro, quería hacer otra que no le obligase sino en la paz y en los tiempos seguros.

Deshecho el ejército del Emperador, los venecianos, sin esperar á los franceses, se arrimaron de repente una noche con escalas á Brescia, confiando en el poco número de los defensores, porque no habían quedado más en la ciudad que seiscientos infantes españoles y cuatrocientos caballos; pero no siendo las escalas tan largas como eran menester y resistiendo valerosamente los de adentro, no la ganaron. Llegó después el ejército francés debajo del gobierno de Odetto de Foix, elegido de nuevo por sucesor del duque de Borbón, que voluntariamente se había ido del gobierno de Milán. Acometieron los ejércitos á Brescia con la artillería por cuatro partes, para que los asediados no pudiesen resistirles en tantos lugares, los cuales se sustentaron mientras tuvieron esperanza de que pasarían más adelante siete mil infantes del condado de Tirol que habían venido á la montaña por orden del Emperador; mas como no sucedió esto, por la oposición que hicieron los venecianos en el castillo de Anfo y en otros pasos, no queriendo ellos esperar el asalto que, por estar derribado gran pedazo de muralla se había de dar el día siguiente, concertaron los soldados salir del lugar y de la fortaleza solamente con sus haciendas, si dentro de un día no eran socorridos.

Disponíase á la vez el Papa para despojar con las armas á Francisco María de la Rovere del ducado de Urbino, comenzó á proceder con las censuras contra él, publicando un Monitorio en que se refería que, siendo soldado de la Iglesia, negándole la gente para la cual había recibido el sueldo, se había concertado en secreto con los enemigos; el homicidio antiguo del cardenal de Pavía, que había sido absuelto de él por gracia y no por justicia; otros homicidios que había cometido; el haber enviado en el mayor fervor de la guerra entre el papa Julio, del cual era sobrino, vasallo y capitán, á Bal-

tasar de Castiglione para ir al sueldo del rey de Francia; el haber en el mismo tiempo negado el paso á alguna gente que iba á juntarse con el ejército de la Iglesia, y perseguido en el Estado que poseía, como feudatario de la Sede Apostólica, á los soldados de la misma Sede, que habían huido de la batalla de Ravena.

Tenía el Papa resuelto en su ánimo muchos meses antes moverle la guerra, ocasionándole á esto, demás de las nuevas injurias, el enojo de cuando se negó á ayudar á su hermano y á él para volver á Florencia; pero deteníale algo la vergüenza de perseguir al sobrino de aquel por cuyo medio había subido la Iglesia á tanta grandeza, y mucho más los ruegos de Julián, su hermano, el cual, en el tiempo de su destierro, habiendo vivido muchos años en la corte de Urbino cerca de la persona del duque Guido, y después de muerto él, de la del Duque presente, no podía tolerar que por ellos mismos fuese privado de aquel ducado en que había estado sustentado y honrado. Pero habiendo muerto en Florencia Julián de Médicis después de larga enfermedad y salido vano el movimiento del Emperador, el Papa, estimulado por Lorenzo su sobrino y por Alfonsina su madre, deseosos de apropiarse aquel Estado, determinó no tardar más, alegando por disculpa de la ingratitude (de la cual murmuraban muchos) no solamente las ofensas que de él había recibido, las penas en que, según la disposición de la justicia, incurría un vasallo contumaz á su señor y un soldado que, habiéndose obligado y recibido dinero, negaba la gente á quien le había pagado, sino mucho más que era peligroso sufrir en las entrañas de su Estado á aquel que, habiendo comenzado ya sin respeto de la fe ni de la honra, á ofenderle, podría ser cierto que, cuanto mayor se mostrase la ocasión, tanto más pronto estaría á hacer lo mismo en lo futuro.

Fué el progreso de esta guerra que en tocando Lorenzo con el ejército, recogido de los soldados y súbditos de la Iglesia y de los florentinos, en los confines de aquel Ducado, la ciudad de Urbino y los otros lugares de aquel Estado se entregaron voluntariamente al Papa, consintiendo el Duque (el cual se había retirado á Pésaro) que se salvaran, pues no los podía defender. Hizo Pésaro lo mismo al arrimarse el ejército enemigo, porque aunque había dentro tres mil infantes, la ciudad fortificada y abierta la mar, Francisco María, dejando en la fortaleza á Tranquillo de Mondolfo, su confidente, se fué á Mantua, donde primero había enviado á su mujer y sus hijos, ó no confiando en los soldados, estando por pagar la mayor parte, ó como muchos afirmaban, disculpando el miedo con el amor impaciente de carecer de su mujer. De esta manera el ducado de Urbino, juntamente con Pésaro y Sinigaglia, vino en cuatro días solos á la obediencia de la Iglesia, excepto las fortalezas de Pésaro, Sinigaglia, San Leo y el castillo de Maiuolo, rindióse casi inmediatamente la de Sinigaglia. La de Pésaro, aunque era muy fuerte, batida dos días con la artillería, concertó rendirse si dentro de veinte días no era socorrida, con condición de que en aquel medio no se hiciesen reparos en ella ni alguna fortificación. Este concierto mal guardado fué ocasión de que Tranquillo, no habiendo tenido socorro dentro del tiempo concertado, rehusase entregarla, y comenzando de nuevo á tirar la artillería, acometió la guarda de afuera. Pero era muy dura su condición, por lo cual, volviendo Lorenzo á Florencia después de ganar el lugar, los capitanes que quedaron en el ejército habían hecho trincheras alrededor de castillo y puesto en la mar unos bajeles para impedir que le entrase socorro, por lo que, en expirando el término, se comenzó luego á batirle, si bien el mismo día,

alborotándose contra Tranquillo los soldados que había dentro, lo entregaron (por salvarse así) á los capitanes, por quienes, en pena de su contravención, fué Tranquillo condenado á suplicio de horca.

Rindióse pocos días después el castillo de Maiuolo, lugar necesario para sitiar á San Leo por estar cercano una milla y situado á su opósito. Enviáronse dos mil infantes alrededor de San Leo para que le tuviesen asediado, porque por su sitio muy fuerte no había esperanza alguna de ganarle sino por la última necesidad de hambre; mas con todo eso, tres meses después se tomó por sorpresa con invención de un carpintero, el cual, subiendo una noche por una escala muy larga sobre un despeñadero que se tenía por el más dificultoso de aquel monte y hecho quitar la escala, deteniéndose en aquel lugar toda la noche, comenzó luego que se descubrió el día á subir tanto con unos hierros, que llegó hasta la cumbre del monte, de donde bajando y facilitando con los instrumentos de hierro algunos lugares muy difíciles, se volvió la noche siguiente por la misma escala á los alojamientos, donde afirmando que se podía subir, volvió la noche señalada por la misma escala, siguiéndole cincuenta infantes de los más escogidos, con los cuales, deteniéndose en el despeñadero, comenzaron en amaneciendo (porque era imposible de noche llegar más arriba) á subir de en uno en uno por aquellos lugares estrechos. Ya habían subido á la cumbre del monte cerca de treinta de ellos con una caja y seis banderas, y escondiéndose en tierra esperaban á los compañeros que subían; pero habiendo entrado más el día, una guarda que se iba de su puesto los vió echados en el suelo, y habiendo tocado alarma, viéndose ya descubiertos, sin esperar más á sus compañeros, hicieron la señal como estaban concertados con los del ejército, los cuales según la orden dada,

acometieron luego al monte por muchas partes y con muchas escalas para distraer á los de dentro, quienes, corriendo cada uno á los lugares señalados, espantados de ver ya dentro seis banderas que corrían por lo llano del monte y que habían muerto alguno de ellos, se encerraron en la fortaleza murada del monte, adonde, habiendo subido ya otros, después de los primeros, abrieron la puerta por donde se entraba á lo alto del monte, por la cual, entrando los otros que hasta entonces no habían subido, y tomando así el monte los que estaban en la fortaleza, aunque bien provistos de todo, se rindieron al segundo día, habiendo conquistado con las armas aquel Estado que, juntamente con Pésaro y Sinigaglia (miembros separados del ducado de Urbino) no tenía de renta más que veinticinco mil ducados. El Papa, siguiendo el proceso comenzado, privó por sentencia del Ducado á Francisco María y después dió la investidura del mismo en el Consistorio, á Lorenzo, su sobrino, añadiendo por mayor validación á la Bula despachada sobre este acto, las firmas de las propias manos de todos los cardenales, con los cuales no quiso concurrir Domingo Grimano, obispo de Urbino y muy amigo de aquel Duque, por lo cual, temiendo el enojo del Papa, se fué de Roma pocos días después y no volvió nunca á aquella ciudad, sino después que murió Su Santidad.

Había sido molesta al rey de Francia la opresión del duque de Urbino, despojado por lo que había tratado con él; también le eran más molestas muchas obras del Papa, porque habiéndose detenido Marco Antonio Colonna, cuando volvía de Francia, en Basseto, villa de los Palavicini y después, por sospecha de los franceses, venido á Módena, donde asimismo se había huído Jerónimo Morone, celoso de los franceses por haberle mandado, contra las promesas hechas, que fuese á

Francia, trataban continuamente, mientras Próspero estuvo en Módena y después en Bolonia, de ocupar secretamente por medio de algunos expatriados algún lugar importante del ducado de Módena, concurriendo en las mismas pláticas, Mucio Colonna, á quien el Papa, sabedor de estas cosas, había dado alojamiento en el Modenés para su compañía.

Había, demás de esto, el Papa aconsejado al Rey Católico (así se llamaba el Archiduque después de la muerte de su abuelo materno) que no hiciese nuevos conciertos con el rey de Francia, y Ennio, obispo de Veruli, nuncio apostólico (que después, casi decrépito, fué promovido al cardenalato) cerca de los suizos, demás de otros oficios molestos al rey de Francia, aconsejaba á los cinco Cantones que siguiesen la amistad del Emperador. Por tanto, tratándose al mismo tiempo entre el Emperador (el cual deteniéndose entre Trento é Inspruck, espantaba á los franceses más con las demostraciones que con los efectos), el rey de Inglaterra y los suizos de acometer de nuevo al ducado de Milán, temía el rey de Francia se tratasen estas cosas con voluntad del Papa, de quien se conocía también en otras el mal ánimo porque, con varias excepciones, interponía dificultad en concederle la décima de los beneficios del reino de Francia, que se la había prometido en Bolonia, y con todo eso (tan grande es la majestad del Pontificado) procuraba el Rey aplacarle con muchos oficios, por lo cual queriendo, después de la partida del Emperador, molestar, por sacar dinero, á la Mirándola, Carpi y Corregio como lugares imperiales, se abstuvo de hacerlo por las quejas del Papa, que primero había recibido en su protección á los señores de aquellos lugares, é infestando los moros de Africa con muchos bajeles el mar de abajo, le ofreció enviar, para seguridad de aquellas marinas, muchos baje-

les que Pedro Navarro armabá en Marsella con su consentimiento, para acometer con seis mil infantes, sólo por la esperanza de los robos, las costas de Berbería.

Mas perseverando el Papa en su parecer, aunque en parte negaba y en parte disculpaba estas cosas, nunca convino en lo que le pedía con gran instancia de que quitase al obispo de Veruli del país de los suizos, ni jamás quitó á Mucio Colonna del Modenés, donde fingía que estaba alojado por su propia autoridad, sino cuando habiendo partido Próspero de Bolonia y salido vano todo lo que se trataba, no le era ya de consideración que estuviese allí, al cual le fué muy infeliz su partida porque, entrando poco después por estratagemas con las fuerzas de los Colonnas y con algunos infantes españoles de noche, en Fermo, murió dentro de pocos días de una herida que recibió aquella misma noche, mientras saqueaba aquella ciudad.

Estando en este estado las cosas, haciendo el Senado veneciano instancia por la recuperación de Verona, teniendo Lautrec en el ejército seis mil infantes tudescos que habían concertado pagar los venecianos para esta empresa, vino al Adige á pasar el río por Usolingo y á acampar juntamente con el ejército veneciano en Verona; pero creciendo después la fama de la venida de los suizos y por la sospecha de estar Próspero Colonna en Módena, acrecentada por haberse detenido en la misma ciudad el cardenal de Santa María in Pórtico, se retiró á Pesquiera, no sin queja de los venecianos, distribuyendo la gente de esta parte y de la otra del río Mincio. En este lugar (aunque habían cesado las sospechas ya dichas y de Verona se hubiesen pasado y continuamente pasaban al sueldo de los venecianos más de dos mil infantes entre españoles y tudescos) se detuvo más de un mes esperando, según decía, dinero de Francia y que los venecianos hiciesen mayores

provisiones de municiones, artillería y dinero. Pero la más cierta causa era que esperaba lo que sucedía de las cosas que se trataban entre su Rey y el Rey Católico porque, conociendo el rey de Francia cuán necesaria era para el otro Rey su amistad para quitarse las dificultades de pasar á España y del establecimiento de aquellos reinos, no contento de lo que primero se había concertado en París, procuraba cargarle más duras condiciones y hacer paz por su medio con el Emperador, lo cual no se podía conseguir sin la restitución de Verona á los venecianos. El rey de España, por consejo de monseñor de Gebres (con cuya autoridad, siendo de edad de quince años, se gobernaba enteramente) no rehusaba acomodar sus determinaciones con los tiempos y con las necesidades, por lo cual estaban juntos en Noyon, por la parte del rey de Francia el obispo de París, el gran maestre de su casa y el presidente del Parlamento de París, y por la parte del Rey Católico el mismo monseñor de Gebres y el gran canciller del Emperador.

Entretanto que Lautrec esperaba el fin de estas cosas se ejercitaban continuamente (como es costumbre de la milicia de nuestro tiempo) las armas contra los infelices paisanos porque, habiendo echado Lautrec el puente de la aldea de Monzarbanio, atendía á talar las mieses de la comarca de Verona y á hacer correr por todas partes los caballos ligeros y, habiendo enviado una parte de la gente á alojar en el Mantuano, destruía con grandísimos daños aquel país.

Por librarse el marqués de Mantua de esta molestia convino en pagarles doce mil escudos, y los de Verona, corriendo cada día por el Vicentino y por el Paduano, saquearon la miserable ciudad de Vicenza.

Finalmente, Lautrec importunado con gravísimas quejas por los venecianos, pasó después el Adige por

el puente que había echado en Usolingo, y habiendo hecho grandísimas presas por el país, porque no se había creído nunca que pasase el ejército á aquella parte del río, se arrimó á Verona para sitiarla; ocupando en este medio con la ayuda de la gente de la tierra, la Chiesa, para dificultar más el paso al socorro que viniese de Alemania.

El mismo día que se acercó á Verona, los infantes tudescos, ó voluntariamente ó sobornados por él en secreto, aunque habían estado sustentados ya tres meses con el dinero de los venecianos, protestaron que no querían (donde no estaba el principal interés del rey de Francia) ir á expugnar un lugar poseído por el Emperador, por lo cual Lautrec, volviendo á pasar el Adige, se apartó una milla de las murallas de Verona, y el ejército veneciano, en el cual había quinientos hombres de armas, quinientos caballos ligeros y cuatro mil infantes, pareciéndole que no estaba seguro de la otra parte del río, fué á juntarse con él.

En este tiempo los diputados de los dos Reyes se concertaron de esta forma en Noyon á 15 de Agosto: Que entre el rey de España y el de Francia hubiese paz perpetua y confederación para defensa de sus Estados contra cualquiera; que el rey de Francia diese su hija, que era de un año, por mujer al Rey Católico, dándola en dote los derechos que pretendía pertenecerle al reino de Nápoles, según la partición que habían hecho sus antecesores, mas con condición de que, hasta que su hija tuviese edad hábil para el matrimonio, pagase el Rey Católico al francés, para los gastos de su sustento cien mil escudos cada año, la cual, si moría antes del matrimonio y le naciese al Rey otra, se diese al Rey Católico con las mismas condiciones; en caso que no tuviese ninguna, fuese Renea, aquella que le había sido prometida en la capitulación hecha en París y, murien-

do cualquiera de ellas durante el matrimonio, sin hijos, volviese aquella parte del reino de Nápoles al rey de Francia; que el Rey Católico restituyese á su Rey antiguo el reino de Navarra dentro de cierto tiempo, y si no le restituía le fuese lícito al rey de Francia ayudarle á recuperarlo, pero, según lo que después afirmaron los españoles, si primero aquel Rey hacía prueba de su justicia; que tuviese el Emperador facultad para entrar en la paz en término de dos meses, pero que cuando por ventura entrase en ella, le fuese lícito al rey de Francia ayudar á los venecianos á la recuperación de Verona, y si el Emperador ponía esta ciudad en manos del Rey Católico con facultad de darla libre al rey de Francia, dentro de seis semanas, para que pudiese disponer de ella á su albedrío, le hubiese de pagar él cien mil escudos y otros cien mil los venecianos, parte en el acto de la entrega y parte dentro de seis meses, y que fuese libre de parte de trescientos mil que había recibido del rey Luis cuando estaban confederados; que en tal caso hubiese tregua entre el Emperador y los venecianos por año y medio; que al Emperador le quedase Riba de Trento y Rovere con todo lo que entonces poseía en el Friul, y los venecianos continuasen teniendo los castillos del Emperador, que tenían entonces, hasta que los reyes de España y Francia determinasen entre ellos las diferencias de los confines. Nombraron ambas partes al Papa.

No cesaron los venecianos por la concordia hecha en Noyon de provocar á Lautrec para que sitiase á Verona, porque estaban inciertos si el Emperador aceptaría la paz, y porque por la cantidad de dinero que le habían de pagar, deseaban más recuperarla con las armas. Por otra parte al rey de Francia, por la firmeza de la paz con el Emperador, le era más agradable la concordia que la fuerza, y con todo eso Lautrec, no quedán-

dole ya disculpa alguna, porque los venecianos habían tomado á su sueldo mucho número de infantería y hecho todas las provisiones que él había pedido y los tudescos no rehusaban ya ir juntos con los otros, accedió á su deseo, por lo cual pasaron los ejércitos el río Adige, el uno por un puente echado sobre él en la ciudad y el otro por otro que estaba puesto más abajo. De la artillería del ejército francés, que estaba en la Tomba, se puso una parte á la puerta de Santa Lucía y otra con los infantes tudescos á la de San Máximo, para batir después con toda por donde la muralla entre la ciudadela y la ciudad se viene á unir con el muro del lugar, para que pudiendo entrar al mismo tiempo en la ciudadela y en la ciudad, tuviesen necesidad los de adentro de dividirse en dos partes. Por respeto del muro de en medio pasó el ejército veneciano por abajo de Verona á Campo Marcio, y se puso en San Miguel entre el río y el canal, para quitar desde allí las ofensas y batir la puerta del Obispo, partes más flacas y menos proveídas. Quitáronse en los primeros dos días las ofensas del costado, que estaban más fuertes con la artillería; pero con mayor dificultad se quitaron por la parte de los venecianos las de los tres bastiones. En quitándolas comenzaron ambas partes á batir la muralla con diez y ocho piezas gruesas de artillería, y quince medianas de batería. Al tercer día estaban derribadas por ambos ejércitos setenta brazas de muralla, y continuaban la batería para hacer mucho más ancho el camino; pero los venecianos, de cuya parte era más flaca la muralla, aunque habían derribado casi todos los bastiones y reparos no habían quitado enteramente las ofensas que había dentro por el costado, porque estaban tan bajas y casi en el foso, que la artillería ó pasaba por alto ó daba en el suelo antes que llegase. Cortábase también en el mismo ejército con picos el muro, y aunque

estaba apuntalado, se anticipó en caer antes de lo que se había trazado por los capitanes.

En Verona había ochocientas lanzas, cinco mil infantes tudescos y mil y quinientos españoles, debajo del gobierno de Marco Antonio Colonna, que no era ya soldado del Papa, sino del Emperador; los cuales atendiendo á repasar solícitamente y proveyendo y defendiendo con valor por todas las partes donde era necesario, mostraban gran brío con suma alabanza de Marco Antonio, que herido, aunque ligeramente, de un arcabuzazo en un hombro, no dejaba de hallarse presente á todas horas de día y de noche en todos los trabajos y peligros.

Ya había hecho tal ruina la artillería plantada por los franceses en cuatro partes, donde estaban las torres entre la puerta de la Ciudadela y de Santa Lucía, que cada una de las roturas era capaz para recibir los soldados en orden, y no era menor el efecto que había hecho la de los venecianos. Con todo eso, pedía Lautrec artillería de nuevo para hacer mayor la batería, abrazando con presteza, aunque reclamaban en vano los venecianos provocándole á que diese el asalto, cualquier ocasión que se ofreciese para diferirlo; porque había sucedido que, viniendo por el llano de Verona al ejército ochocientos barriles de pólvora en carros y muchas municiones, el querer los que guiaban los bueyes entrar unos antes que otros, les hizo acelerar de manera que, por el rozarse de las ruedas, se prendió fuego que abrasó la pólvora juntamente con los carros y con los bueyes que los traían.

Añadíase á los asediados otra dificultad porque en la ciudad, que tantas veces habia estado trabajada por los enemigos, comenzaban á faltar las vituallas, no entrando en ella sino pequeña cantidad y ocultamente por el camino de los montes. Estando las cosas de Verona en

este término, vinieron nueve mil infantes tudescos enviados por el Emperador para socorrer aquella ciudad, los cuales al llegar á la Chiusa la ganaron por acuerdo y ocuparon el castillo de la Corvara, puesto sobre el monte cerca del Adige hacia Trento, que había sido ocupado muchas veces por ambas partes en la guerra entre el Emperador y los venecianos; pero al acercarse estos infantes, Lautrec ó temiendo ó fingiendo que temía, levantando el sitio, contra la voluntad de los venecianos, se retiró á Villafranca y con él una parte de la gente de Venecia; la otra debajo del gobierno de Juan Paulo Manfrone se retiró al Boseto, de la otra parte del Adige, con el puente prevenido, por lo cual los venecianos, desesperados de rendir á Verona, enviaron á Brescia toda la artillería gruesa, de suerte que no teniendo embarazo los infantes tudescos, se detuvieron en la Tomba, donde primero alojaba el ejército francés. De allí entró una parte de ellos en la ciudad y la otra parte quedó fuera atendiendo á meter vituallas. En metiéndolas se fueron, dejando en guarda de Verona siete ú ocho mil infantes tudescos, porque la mayor parte de los españoles, no pudiendo concertarse con los tudescos, se había pasado al ejército veneciano, debajo del gobierno del coronel Maldonado. Socorro fué éste, á juicio de todos, de poca consideración, porque no llevaron consigo más que veinte mil florines del Rhin, enviados por el rey de Inglaterra, y gastaron, mientras estuvieron allí, tantas vituallas que igualaban casi á la cantidad que trajeron.

Reducida la gente á Villafranca, de donde consumían el Veronés y el Mantuano, fueron los venecianos obligados, para que los soldados franceses, no siendo bastante á detenerlos la orden del Rey, no se fuesen á sus casas, á disponer que la ciudad de Brescia les diese todas las vituallas necesarias, que cada día montaban su gasto de más de mil escudos.

Finalmente, comenzaron las cosas á mirar claramente á la paz, porque se entendió que el Emperador, aunque primero había procurado constantemente con su nieto que no se concertase con el rey de Francia, antespuesta últimamente la codicia del dinero al odio natural contra el nombre francés y á los pensamientos anti-guos de dominar á Italia, había aceptado y ratificado la paz y determinó restituir á Verona, según la forma de aquellos conciertos; de lo cual se siguió otra cosa en beneficio del rey de Francia, cual fué que, viendo todos los Cantones de los suizos que se deponían las armas entre él y el Emperador, se inclinaron á concertarse con el Rey, como antes lo habían hecho los grisones, empleándose mucho en esta materia Galeazzo Visconti, el cual, estando desterrado y en rebeldía al Rey, alcanzó por esto que le volviese á su patria y en el progreso del tiempo muchas gracias y honras.

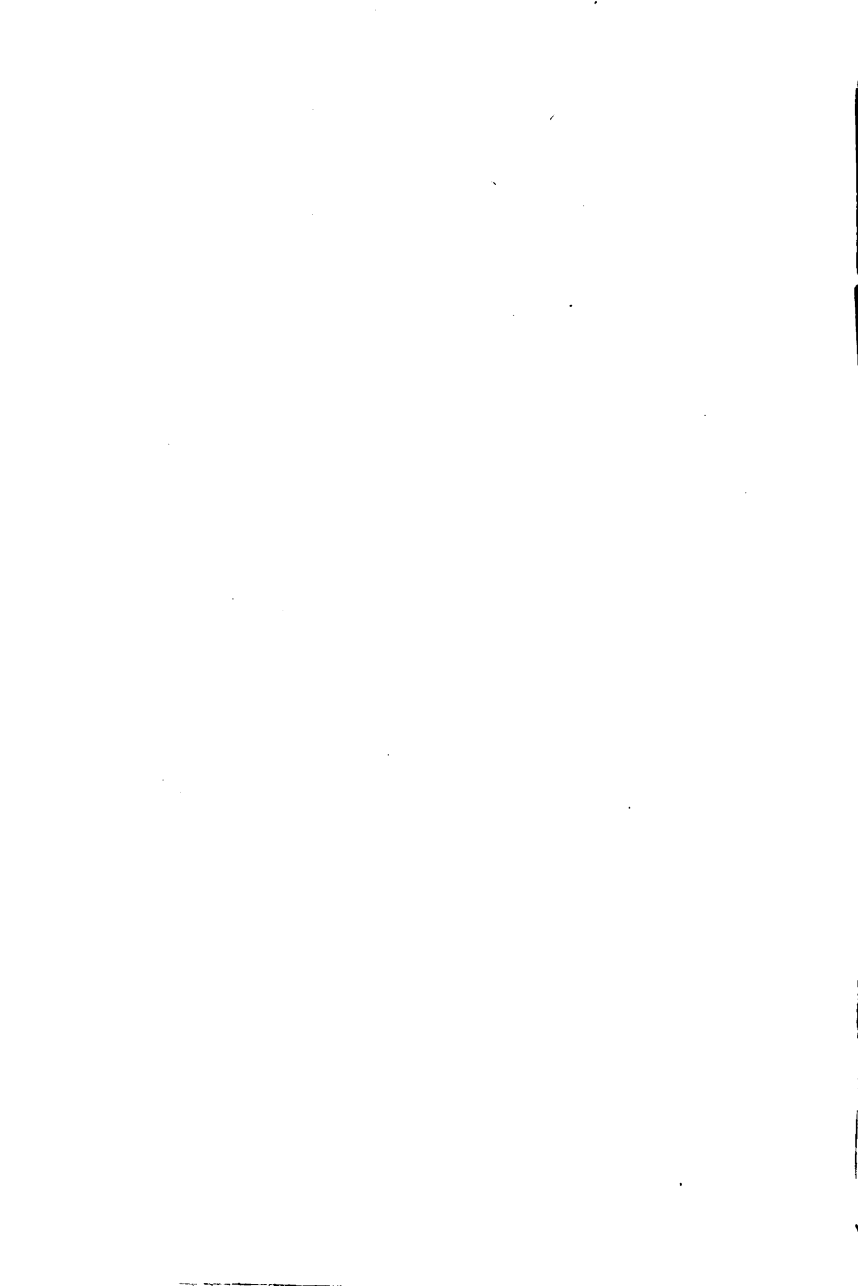
El concierto fué que pagase el Rey á los suizos en término de tres meses trescientos y cincuenta mil ducados y después para siempre pensión de cada año; que estuviesen obligados los suizos á conceder por público decreto á sus sueldos, siempre que lo pidiese, cierto número de infantes; pero en esto procedieron diferentemente, porque los ocho Cantones se obligaron á concederlo también cuando hiciese alguna empresa en ofensa de los Estados de los otros y los cinco sólo para la defensa de sus propios Estados; que estuviese en manos de los suizos el restituir al rey de Francia las fortalezas de Lugano y Lucarna, pasos importantes para la seguridad de Milán, y que si elegían restituirlas, les debiese pagar al Rey setecientos mil ducados. Derribaron estas fortalezas luego que se hizo el concierto.

Estas cosas pasaron en Italia el año 1516.

En los primeros días del año siguiente, el obispo de Trento, que había venido á Verona, ofreció á Lautrec

(con el cual habló entre Villafranca y Verona) que entregaría al rey de Francia aquella ciudad dentro del término de seis meses, establecido en la capitulación, la cual decía que tenía en nombre del rey de España, pero habiendo diferencia sobre si el término comenzaba desde el día de la ratificación del Emperador, ó desde el que se había reconocido que Verona estaba por el Rey Católico, se disputó sobre esto algunos días. Mas el pedir con alboroto los infantes de Verona dinero, obligó al obispo de Trento á darse prisa, por lo cual, tomando el principio desde el día que el Emperador había dado la orden, concertó que entregaría á Verona á 15 de Enero, y recibiendo aquel día de los venecianos los primeros cincuenta mil ducados, y quince mil que, según el concierto, habían de pagar á los infantes de Verona, y promesa de Lautrec de que haría llevar á Trento la artillería que estaba en Verona, entregó á Lautrec aquella ciudad, recibéndola en nombre del rey de Francia, y Lautrec inmediatamente, en nombre del mismo Rey, la entregó al Senado veneciano, y por él á Andrea Gritti, proveedor, alegrándose sumamente la nobleza y el pueblo veneciano que guerra tan larga y tan peligrosa hubiese tenido feliz fin, aunque después de infinitos gastos y trabajos, porque gastaron en la guerra hecha después de la Liga de Cambray cinco millones de ducados, de los cuales sacaron quinientos mil de la venta de los oficios. Mas no se alegraban menos los veroneses y todas las otras ciudades y pueblos sujetos á su República, porque esperaban, reposando por el beneficio de la paz, librarse de tantas vejaciones como tanto tiempo, de la una parte y de la otra, habían miserablemente padecido.

FIN DEL LIBRO XII.



LIBRO XIII.

SUMARIO.

Esperando Italia por la paz que se hizo entre los Príncipes forasteros que reposaría de los trabajos de la guerra, Francisco María de la Rovere, por desear volver á su Estado, movió la guerra con ayuda de los españoles, en la cual no volvió á ganar el Estado perdido, sino que, desamparado de los soldados forasteros, después de varios sucesos, fué obligado á volver á Mantua.—Mientras duraba esta guerra, Alfonso Petrucci, cardenal de Siena, enojado con León, procuró darle veneno; mas descubriéndose la traición, fueron castigados él y los cómplices. En este mismo tiempo Selim, habiendo dado la muerte á su padre y hermanos, parte con veneno y parte con hierro, y tomado el Imperio de los turcos, hizo guerra al Sophi y al Sultán de Babilonia, aumentando su Estado. León X publica la cruzada contra él.—Murió en estos años el Emperador Maximiliano, por lo cual Francisco, rey de Francia, por tener alguna inteligencia con algunos de los electores, comenzó descubiertamente á pretender el Imperio, pero prevaleciendo al fin la parte de aquellos que estaban inclinados á Carlos de Austria, fué el dicho Carlos elegido Emperador. En el principio de su imperio comenzó á dilatarse y á tomar fuerza la herejía de fray Martín Lutero y nacieron ocasiones de gravísimas guerras entre Carlos y Francisco, memorables por los muchos sucesos que hubo en ellas. Ocurrieron también en los mismos tiempos las muertes de Lorenzo de Médicis y de Juan Pablo Baglione, y estuvo muy alborotado el reino de España por causa del gobierno de malos ministros.

CAPÍTULO PRIMERO.

Preparativos de Francisco María, duque de Urbino, para recuperar su Estado.—Toma á sueldo á Maldonado y otros capitanes.—Gonzaga se une con él.—Trabajos de León X.—El duque de Urbino reconquista su Estado.—Quéjase el Papa de él á los Príncipes cristianos.—Socorren al Papa los reyes de España y Francia.—Cartel de desafío enviado por Francisco María á Lorenzo de Médicis.

Parecía que, depuestas las armas entre el Emperador y los venecianos y quitadas por el rey de Francia las ocasiones de tener guerra con el Emperador y con el Rey Católico, había de reposar algunos años Italia, maltratada y afligida con tantos males, porque los suizos (poderoso instrumento para quien desease turbar las cosas) parecía que habían vuelto á la antigua amistad del rey de Francia, no teniendo por esto ajeno el ánimo de los otros Príncipes, y en la concordia hecha en Noyón se mostraba tal esperanza, que, para establecer mayor unión entre los dos Reyes, se trataba de que se juntasen en Cambray adonde (para disponer lo que habían de hacer) fueron delante Güelbres, el gran maestre de Francia y Rubertetto. El Emperador no demostraba menor prontitud, porque además de haber restituído á Verona, había enviado al rey de Francia dos embajadores á confirmar y á jurar la paz, hecha de manera que, no sin justa causa, se juzgaba que la concordia y la paz entre Príncipes tan poderosos había de extinguir todas las semillas de las discordias y de las guerras italianas.

Pero por la infelicidad de nuestro hado ó porque, por estar dividida Italia en tantos Príncipes y en tantos

Estados, era casi imposible (por las varias voluntades é intereses de quien los tenía en su poder) que no estuviese sujeta á continuos trabajos, depuestas apenas las armas entre el Emperador y los venecianos y aun antes de haberse entregado la ciudad de Verona, se descubrieron principios de muchos alborotos causados por Francisco María de la Rovere, el cual sublevó los infantes españoles que habían militado en Verona y en los ejércitos francés y veneciano en cortono de aquella ciudad, para que le siguiesen en la recuperación de los Estados de que había sido echado por el Papa aquel verano mismo; cosa de que les persuadió con grande facilidad, porque á soldados forasteros, acostumbrados en la guerra á los sacos de las villas y á las presas y robos del país, ninguna cosa les es tan molesta como la paz, á la cual veían dispuestos todos los negocios de Italia. Por esto determinaron seguirle unos cinco mil infantes españoles, de los cuales era el principal Maldonado, hombre de la misma nación y ejercitado en muchas guerras. Añadieron á éstos cerca de ochocientos caballos ligeros, debajo del gobierno de Federico de Bozzole, Gayoso, español, Zuccherò, borgoñón, Andrea Bua y Constantino Boccola, albanés, todos capitanes ejercitados y de estimado nombre en las armas, entre los cuales, Federico Gonzaga, señor de Bozzole, era de mucha mayor reputación por la nobleza de su casa y por los puestos que desde su tierna edad había tenido en la milicia; siendo uno de los principales instrumentos para persuadir esta unión, movido no solamente por acrecentar con nuevas guerras su fama en el ejercicio de las armas y por la gran amistad que tenía con Francisco María de la Rovere, sino también por el odio que tenía contra Lorenzo de Médicis, porque cuando se pasó á su persona por la enfermedad de Julián, su tío, la autoridad de todas las armas de la Iglesia y de los

florentinos, le habían negado la capitánía general de la infantería, que antes se la concedieron á Julián.

Este ejército, pues, más digno de ser estimado por el valor que por el número ó por los aparatos con que había de sustentar la guerra, porque no tenía dinero ni artillería, ni municiones y (excepto caballos y armas) ninguna de las provisiones que solían seguir á los ejércitos, partió para ir al Estado de Urbino el mismo día que se entregó á los venecianos la ciudad de Verona.

En llegando esto á noticia del Papa recibió gran perturbación porque consideraba la calidad del ejército formidable por el odio de los capitanes y por el valor y reputación de los infantes españoles; sabía la inclinación que tenían los pueblos de aquel ducado á Francisco María, por haber estado largo tiempo debajo del gobierno manso de la casa de Montefeltro, la afición con que habían pasado al gobierno de Francisco María por haber sido criado y nacido de una hermana del duque Guido. Causaba demás de esto gran disgusto al Papa el haber de hacer la guerra con un ejército que, sin poder perder nada, se movía solamente por el deseo de presas y de robos, y temía que, por esta codicia, se uniesen con ellos muchos soldados que habían quedado sin ganancia por la paz hecha.

Pero lo que sobre todo atormentaba su ánimo era la sospecha de que este movimiento fuese con participación del rey de Francia porque, demás de saber que le era molesta la guerra hecha contra Francisco María, sabía él mismo cuántas causas había dado á aquel Rey para estar malcontento de su persona por no haberle guardado cuando el paso del Emperador la confederación hecha después de la conquista de Milán; por haberle enviado una Bula (después que volvió á Roma) sobre la colación de los beneficios del reino de Francia y del ducado de Milán, de diferente tenor del concierto

que había hecho en Bolonia, la cual no había sido firmada por la brevedad del tiempo; y enojado el Rey rehusó el tomarla y aceptarla, por lo que se había tratado con los otros príncipes y con los suizos contra él; por haber poco antes permitido (deseando impedir directamente la recuperación de Verona) que los infantes españoles que iban de Nápoles á socorrerla, pasasen separadamente por el Estado de la Iglesia, disculpándose con decir que no les querían dar causa para que pasasen juntos, porque no era bastante para impedirlo; que no le había concedido (según las promesas hechas en Bolonia) la décima sino con condiciones confusas, y que no había restituído las tierras del duque de Ferrara; dándole estas razones justa causa para sospechar de la voluntad del Rey.

También le parecía que veía algunos indicios ciertos de ella porque, habiéndose ordenado esta sublevación en los contornos de Verona, era imposible que no hubiese llegado muchos días antes á noticia de Lautrec y, por callarse éste, podía presumir que convenía en ella, añadiéndose á esto que Federico de Bozzole había estado hasta aquel día al sueldo del Rey y no se sabía si era cierto lo que, en su disculpa afirmaba Lautrec de que estaba terminado su compromiso.

Temía también el Papa de la voluntad de los venecianos, cuyos proveedores se decía que habían trabajado en hacer esta unión, estando aquel Senado mal satisfecho de él por la memoria de las cosas pasadas y no contento de su grandeza porque, habiendo sucedido en tan gran poder y reputación del Pontificado, disponía á su albedrío del Estado de los florentinos.

Espantábanle estas cosas y no le animaba ya ni le daba esperanza la confianza y unión que tenía con los otros Príncipes, porque, demás de haber hecho nuevamente paz ó confederación con el rey de Francia, no

había sido grato á ninguno su modo de proceder con artificios y consejos ocultos, en los cuales, si bien había estado inclinado á su parte, con todo eso, andando remitente en descubrirse y despacio en poner en ejecución las intenciones y promesas que les hizo, había dado escasa satisfacción á todos. Por ello, temiéndoles muchas veces, había enviado poco antes á Fray Nicolás Tudesco, secretario del cardenal de Médicis, al Rey Católico para disuadirle de las visitas que se trataban con el rey de Francia, temiendo que se hiciese entre ellos mayor unión en su perjuicio.

En esta suspensión de ánimo no cesaban Lorenzo su sobrino y él de enviar continuamente gente á la Romaña, parte de infantería que se levantaba de nuevo y parte de los batallones de la ordenanza florentina para que, uniéndose con Renzo de Ceri y con Vitello, que estaban en Ravena con su gente de armas, hiciesen resistencia al paso de los enemigos. Mas habiendo pasado el Pó por Ostia, previniendo con su celeridad los aparatos de los otros, habían entrado por el camino de Cento y de Butrio, atravesando el territorio de Bolonia, en los lugares sujetos al duque de Ferrara y, saqueando de ellos á Granarolo, castillo del Faventino, se arrimaron á Faenza para intentar si, por el nombre de un mozo de los Manfredos que estaba en aquel ejército, hacían los de aquella ciudad alguna mudanza. Pero viendo que no se hacía adentro movimiento alguno, pasaron más adelante sin atacar ninguna otra villa de la Romaña, las cuales estaban guardadas todas ó con gente de armas ó con infantería. Para asegurarse mejor de Rímini habían ido á ella por mar Renzo y Vitello. Vino Lorenzo á Cesena para recoger allí y en Rímini su gente de armas, habiendo pasado ya los enemigos, y no cesaba en este medio de levantar gente en muchos lugares, lo cual creció más que su voluntad y consejo, porque,

apartándose de Lautrec para volverse á sus casas dos mil ochocientos infantes tudescos y más de cuatro mil gascones, Juan de Poppi, secretario de Lorenzo, que había estado muchos meses con Lautrec, habiendo sospechado vanamente que esta infantería, no teniendo sueldo de otros, seguirían á Francisco María, ó persuadiéndose con ligereza que con estas fuerzas se alcanzaría presto la victoria, las condujo por su propia autoridad, usando de la de Lautrec, con los capitanes, y las volvió luego hacia Bolonia, de manera que ni al Papa ni á Lorenzo, á los cuales les causó esto gran disgusto, no les quedó lugar para rehusarlas, temiendo que, pues se habían adelantado tanto, fuesen á juntarse con los enemigos.

Pasaba en este medio más adelante Francisco María, y entrando en el ducado de Urbino era recibido por todo él con alegría grande de los pueblos. Las villas estaban sin ningún soldado, porque no habiendo tenido tiempo Lorenzo para hacer provisiones en tantas partes, había pensado solamente en la defensa de la ciudad de Urbino, silla y cabeza principal de aquel Ducado, por lo cual, por el consejo de Vitello, envió á aquella ciudad dos mil infantes de Ciudad del Castillo, y en lugar de Vitello, que rehusó ir, envió á Jacobo Rossetto, de la misma Ciudad del Castillo, el cual, aunque aconsejaban muchos que, por ser el pueblo muy sospechoso, echasen de la ciudad á todos los que eran hábiles para tomar las armas, rehusó hacerlo.

Volvióse Francisco María, no perdiendo tiempo en otra parte, á Urbino; y si bien la primera vez que se arrimó á las murallas salió en vano su esfuerzo, con todo eso, la segunda que se acercó á ellas concertó Jacobo Rossetto entregarle la ciudad, obligado ó por infidelidad, como muchos creyeron, ó por temor por estar alborotado el pueblo, pues por solas las fuerzas

del enemigo no tenía causa para temer, porque carecía de artillería y aparatos para expugnar villas. Salieron según los concierto los soldados libres con sus haciendas, y el obispo Vitello, que en nombre del nuevo Duque gobernaba aquel Estado, debajo de cuyo gobierno parecía que nada sucedía jamás prósperamente, quedó preso.

Siguió el ejemplo de Urbino todo el Ducado, excepto San Leo, que se defendía con poco presidio por ser el sitio muy fuerte. La ciudad de Agobbio, que desde el principio había proclamado á Francisco María, y arrepintiéndose después, había vuelto á la obediencia de Lorenzo, viendo que eran tan prósperos los sucesos, hizo lo mismo que las otras. Quedaban en poder de Lorenzo, Pésaro, Sinigaglia, Gradara y Mondaino, villas separadas del Ducado.

Recuperado Urbino volvió Francisco María el ánimo á apoderarse de algún lugar marítimo, y porque en Pésaro y Sinigaglia habían entrado muchos soldados, haciendo demostración de ir á Pésaro, se movió hacia Fano, que de ordinario era más fácil de tomar y temíase menos de esta ciudad, siendo así que no la había dominado nunca. Pero, teniendo noticia Renzo de Ceri, que estaba en Pésaro, de sus pensamientos, envió luego á aquella ciudad á Troilo Savello con cien hombres de armas y seiscientos infantes. Armáronse los enemigos con cinco piezas de artillería no muy gruesa que habían hallado en Urbino, pero por carecer de pólvora no derribaron más que unas veinte varas de muralla, y no sin dificultad. Aunque dieron el asalto perdiendo en él cosa de ciento cincuenta hombres, y no espantados de esto, la acometieron al día siguiente con tanto valor que los defensores casi desampararon la abertura de la muralla, y entraran sin duda si no fuera por el valor de Fabián de Gallese, lugarteniente de Troilo, el

cual, quedando en la muralla con pocos hombres de armas, les detuvo, haciendo gallarda defensa.

Hubieran el día siguiente dado otro asalto, pero entendiendo que aquella noche habían entrado por mar quinientos infantes de Pésaro, se levantaron y fueron á alojar al castillo de Monte Baroccio, que está situado sobre un monte muy alto y en sitio muy fuerte, desde donde es fácil la bajada hacia Fosombrone y Urbino y muy difícil y áspera hacia Pésaro. Estando en aquel lugar, pues por entonces no tenían alguna ocasión á propósito, guardaban el ducado de Urbino que les quedaba á sus espaldas. Por otra parte, habiendo venido á Rímini, donde estaba Lorenzo de Médicis, los infantes tudescos y gascones y demás de esto tomado á sueldo muchos infantes italianos y otros mil quinientos infantes tudescos de los que habían estado en la defensa de Verona y juntamente recogido casi toda la caballería del Papa y de los florentinos, Lorenzo (el cual, por la poca práctica que tenía de la guerra, se regía por el consejo de los capitanes) viniendo con la gente de armas á Pésaro envió á alojar á los infantes en los montes opuestos á los enemigos.

Está la ciudad de Pésaro situada sobre la boca de un valle que viene de hacia Urbino, del cual nace un río que los habitantes llaman Puerto, porque por su profundidad entran en aquel lugar las barcas y se arriman á la ciudad, por la parte de hacia Rímini. El castillo está hacia la mar, y entre la ciudad y el río hay muchos almacenes que arruinó Renzo por la seguridad del lugar. Rodean gran parte de la ciudad montes por todas partes, los cuales no se extienden hasta el mar, sino que entre ellos y éste queda algún espacio llano que, por la parte de hacia Fano, se ensancha cerca de dos millas. Sobre las colinas hay dos montes levantados uno enfrente del otro: el que está hacia la marina

se llama Candelara, y el otro de hacia Urbino Nugolara, y en su cumbre está un castillo del mismo nombre del monte. Alojaron los infantes italianos en el castillo de Candelara, y los tudescos y gascones en el de Nugolara, que estaba más cercano á los enemigos. No se hacía esto con intención de pelear con ellos (sino con ligeras escaramuzas), pero sólo para impedirles que anduviesen libremente por el país ni se determinasen á hacer alguna empresa; porque el consejo del Papa era que adonde no les llevase la esperanza casi cierta de la victoria no se viniese á batalla con los enemigos, conociendo que era peligroso pelear con valerosos soldados y fáciles en aventurarse, por ser desigual el premio de la prosperidad; que era muy dañoso que fuese vencido su ejército, porque se ponía á manifiesto peligro el Estado de la Iglesia y el de los florentinos, y seguro el contemporizar, atendiendo á defenderse, pudiéndose esperar con evidentes razones que la falta de dinero y de vituallas en país tan estéril y pobre los desordenaría, y no menos porque su ejército, por la experiencia y porque de mes en mes se llenaba de soldados escogidos, sería mejor, y porque esperaba que día por día mejorarían sus cosas; pues en el principio de este movimiento, procurando ayudarse también con la autoridad pontifical, había pedido con grande instancia ayuda á todos los príncipes, quejándose á sus embajadores que estaban en Roma, y por Breves apostólicos y mensajeros con los Príncipes mismos, mas no con todos de una misma manera, porque significando al Emperador y al Rey Católico la conspiración que había hecho Francisco María de la Rovere y los infantes españoles en el ejército del rey de Francia, á la vista de su lugarteniente, mezcló en los Breves tales palabras que se podía echar de ver que tenía no poco temor de que se hubiesen ordenado estas cosas con sabiduría del Rey.

Pero con el Rey Cristianísimo, mostrando que tenía alguna sospecha de Lautrec, no pasaron más adelante sus quejas.

Aceptóse este negocio diversamente por los Príncipes dichos, porque el Emperador y su nieto entendieron con mucha alegría que el Papa tuviese esta por injuria del rey de Francia, siendo así que el Emperador, apartándose ya del rey de Francia por su poca firmeza y por el odio antiguo, se había confederado de nuevo con el rey de Inglaterra, y concertándose con su nieto cerca de Amberes, le había aconsejado que se viese con el rey de Francia, lo cual, finalmente, se interrumpió con la voluntad de ambos Reyes; y en el Rey Católico no bastaba á borrar la emulación y la sospecha la consideración que había hecho con él, por lo cual, ofrecieron prontamente al Papa sus ayudas, ordenaron á todos sus vasallos que se fuesen de la guerra que se hacía contra el Papa y el Rey Católico, envió al reino de Nápoles al conde de Potenza para que, previniendo en orden la gente de armas, condujese en su ayuda cuatrocientas lanzas, y para mayor testimonio de su voluntad despojó á Francisco María, como á inobediente, del ducado de Sora que poseía en los confines de la tierra de Labor por haberle comprado su padre.

Fueron agradables al rey de Francia, por otras razones, los trabajos del Papa como de Príncipe que tenía el ánimo apartado de él, por lo cual, siguiendo al principio su ejemplo, determinado á entretenerle con varias esperanzas, respondía que había recibido gran disgusto, prometiendo que haría que Lautrec ayudase sus cosas y añadiendo que el Papa padecía por lo mismo que había hecho; porque los españoles no hubieran tenido tanto atrevimiento si no se acrecentara mucho su número con aquellos que habían pasado con su licencia de Nápoles á Verona. Esta fué desde el principio la in-

tención del Rey, pero considerando después que, si desamparaba al Papa, se precipitaría sin freno alguno á la amistad del Rey Católico, determinó darle ayuda sacando al mismo tiempo fruto de su necesidad, por lo cual, pidiéndole el Papa auxilio, ordenó que fuesen de Milán trescientas lanzas y juntamente propuso que se debía hacer nueva confederación entre ellos, porque la que se había hecho en Bolonia, habiéndola violado el Papa por muchos caminos, no era ya de ninguna consideración. Añadía á los ofrecimientos muchas quejas, porque unas veces se dolía de que el Papa le hiciese cargo con los otros Príncipes, y otras de que, por injuriarle, y agradar al cardenal Sedunense, había excomulgado á Jorge Soprassasso, que favorecía sus cosas con los suizos. Demás de esto, la Regente, madre del Rey, que cerca de él tenía gran autoridad, reprendía sin respeto la impiedad del Papa, que no contento de haber echado á un Príncipe de sus propios Estados, le había tenido después sujeto á las censuras, y que, negando dar el dote ó los alimentos de él á la duquesa viuda y á la duquesa moza su mujer, era causa de que no tuviesen modo para sustentarse. Yendo estas palabras á los oídos del Papa le aumentaban las sospechas, pero constituido en tantas dificultades, deseaba las ayudas, no por el efecto, sino por la reputación y por el nombre.

No pudiendo el Papa disimular los recelos, hizo que las trescientas lanzas que habían partido de Milán se detuviesen muchos días en el Modenés y Boloñés, y después Lorenzo las hizo detener en Rímimi porque, estando aquella ciudad apartada de los enemigos, tendrían menos poder para hacerle daño.

No se aligeraron estos recelos por la confederación, la cual se concluyó en Roma casi en estos mismos tiempos, porque antes que la ratificase puso muchas dificultades, por lo cual, estuvo suspensa muchos días

la materia, y finalmente la ratificó el Rey, cediendo á muchas cosas el Papa. Contenía la confederación obligación recíproca entre el Papa y el Rey en defensa de sus Estados con cierto número de gente y de doce mil ducados cada mes; que entre el rey de Francia y los florentinos, con los cuales se juntaba la autoridad de Lorenzo de Médicis, incluyendo el ducado de Urbino, hubiese la misma obligación, pero con menor número de gente, y sólo seis mil ducados cada mes; que estuviere obligado el Rey á ayudar al Papa cuando quisiese proceder contra los vasallos y feudatarios de la Iglesia; que concediese al Rey el nombramiento de los beneficios y la décima, según las promesas que le había hecho en Bolonia, con condición que se depositase el dinero para gastarlo contra los turcos (concedíase la décima debajo de este honesto color), pero con esperanza tácita que había dado al Rey de que, haciendo el depósito de toda la cantidad, y quitando por otro Breve la condición, se convirtiese libremente para el uso del Rey; prometió el Papa al Rey por un Breve separado que nunca le pediría ayuda contra el duque de Ferrara, antes convenía en que el Rey le recibiese debajo de su amparo. Hubo largo altercado sobre la restitución de Regio, Módena y Rubiera, pedidas por el Rey con gran instancia, según las promesas que había tenido en Bolonia. No las negaba el Papa, pero lo reservaba para otro tiempo, alegando que le era muy indigno y casi confesión de última necesidad restituir las cuando estaba oprimido por la guerra; mas el Rey hacía instancia para que se las restituyese de presente. Al fin, viendo que se mostraría mayor el alejamiento del Papa si le apretaba más, y siendo enemigo del Rey el de Inglaterra, sospechosos el Emperador, el rey de España y los suizos, aceptó que el Papa, por un Breve que se le hubiese de entregar, prometiese restituir al

duque de Ferrara á Módena, Regio y Rubiera dentro de los siete meses próximos, teniendo en su ánimo el Papa, si cesaban sus peligros antes, no hacer más estimación del Breve que de las palabras que había dicho en Bolonia, y al Rey le parecía que, sin peligro de gran indignación, no podía alcanzar más sino que las promesas y la palabra constaran por escrito. Mientras se trataban estas cosas, habiéndose aumentado mucho el ejército de Lorenzo, porque además de muchos italianos levantados de nuevo había el Papa tomado á sueldo en Roma mil infantes españoles y mil tudescos, parecía que tenía ya razón el tiempo para intentar librarse de esta guerra, para lo cual, por la fortaleza del alojamiento de los enemigos, era la única esperanza el obligarles á irse por la falta de las vituallas. Para este efecto fué enviado Camilo Orsino con setecientos caballos ligeros á correr el país que llaman el Vicariato, porque con sus vituallas principalmente se sustentaba.

En este tiempo se pidió á Lorenzo por un trompeta que vino á Pésaro del ejército enemigo salvoconducto para que pudiese venir á su presencia el capitán Suárez, español, que venía en su compañía: concedióle fácilmente Lorenzo, creyendo que era un capitán con quien tenía secreta inteligencia, pero vino otro del mismo nombre y con él Horacio de Fermo, secretario de Francisco María y, pidiendo audiencia pública, dijo Suárez en nombre de Francisco María que, pudiéndose decidir las diferencias que había entre ellos con un desafío cuerpo á cuerpo ó con número entre ellos determinado, era más conveniente elegir uno de estos modos, que perseverar en aquel camino por el cual se destruían impiamente los pueblos, y se causaba gran perjuicio á cualquiera que hubiese de ser señor; que, por esto, le ofrecía Francisco María el modo que de estos

dos más le agradase, y queriendo después de estas palabras leer la escritura que traía en su poder, le fué prohibido.

Respondió Lorenzo, con consejo de sus capitanes, que aceptaba de buena gana la propuesta con tal que Francisco María dejase primero lo que le había ocupado violentamente. Después de estas palabras, provocado por Renzo de Ceri, los hizo prender á ambos, porque Renzo afirmaba que merecían castigo por haber hecho una acción tan insolente; pero reprendiendo los otros capitanes que violase la palabra, dió libertad á Suárez y detuvo sólo á Horacio, disculpando la infamia de haber faltado á la palabra con falsas cavilaciones, como la de que hubiera sido necesario nombrar expresamente en el salvoconducto que Horacio era vasallo por origen de la Iglesia y secretario del enemigo. Pero quería se saber de él los secretos de Francisco María, y especialmente con qué consejo y autoridad había movido la guerra. Examinado con tormentos sobre estas cosas, se publicó que su confesión había sido tal que había aumentado la sospecha concebida contra el rey de Francia.

CAPITULO II.

Combates en el ducado de Urbino.—Primeras armas de Juan de Médicis.—Lorenzo de Médicis pierde la ocasión de la victoria.—Es herido junto á Mondolfo.—Desorden en el ejército pontificio.—Maldonado, Suárez y otros capitanes traidores son condenados á muerte.

El deseo de Lorenzo de impedir á los españoles las vituallas del Vicariato exigía mayores fuerzas, porque no sucedían efectos sino de poca consideración de las correrías de los caballos ligeros. Ya era tal el ejército, que podía osadamente oponerse á los enemigos, porque demás de mil hombres de armas y de mil caballos ligeros había recogido Lorenzo diez mil infantes de varias naciones, entre los cuales había dos mil españoles levantados en Roma, infantería toda ejercitada en las armas y muy escogida, porque los infantes eran la flor de toda Italia á causa de que los capitanes, por no haber guerra en otra parte, habían tenido comodidad para permutar en infantes útiles la parte de los que no lo eran, recogida al primer sueldo alborotadamente. Determinóse, pues, ir á alojar á Sorbolungo, castillo del condado de Fano, distante cinco millas de Fosombrone, por impedirse fácilmente desde este alojamiento llevar las vituallas del Vicariato á los enemigos.

Está situada la ciudad de Fosombrone sobre el río del Metauro, famoso por la victoria de los romanos contra el cartaginés Asdrúbal, y habiendo corrido hasta aquel lugar por madre estrecha entre montes, en Fosombrone comienza á correr por un valle más ancho, el cual se dilata tanto más cuanto más se acerca al mar, que está distante de Fosombrone quince millas y entra

en ella el Metauro cerca de Fano á la parte de hacia Sinigaglia. A mano derecha según el curso del rio está el país que se llama el Vicariato, lleno todo de fértiles cerros y de castillos, el cual se extiende por largo espacio hacia la marina, y á la mano izquierda del río hay también cerros, pero alejándose se hallan montes ásperos y altos, y el espacio llano que se extiende hacia Fano tiene más de tres millas de ancho.

Cuando determinó Lorenzo ir á alojar á Sorbolungo temiendo que los enemigos en sintiendo mover su ejército le previniesen, envió aquella mañana antes de amanecer á apoderarse del castillo á Juan de Médicis, á Juan Bautista de Stabbia y á Brunoro de Forli, con cuatrocientos caballos ligeros, y ordenado á los infantes que estaban en Candelara y Nugolara que, atravesando los montes, fuesen á juntarse con los otros hacia el Metauro. El con todo lo restante del ejército, dejando en guarda de Pésaro á Guido Rangone con ciento cincuenta hombres de armas, al salir el sol tomó el camino de Pésaro hacia Fano, por la orilla de la marina y, volviéndose hacia Fosombrone por donde comienza el valle, llegó á mediodía á un lugar llamado el molino de la Madona, sobre el río, en cuya guarda quedaron todos los caballos é infantes italianos, pero los gascones y tudescos pasaron tan despacio por el puente prevenido para este efecto que, no pudiendo llegar el ejército el mismo día (según lo que se había determinado) á Sorbolungo, fué necesario que se alojasen en San Jorge Orciano y Mondavino, castillos distantes media milla el uno del otro.

No tuvo mejor fortuna lo que se cometió á los caballos ligeros porque, pareciéndole cuando caminaba, á Juan de Médicis (en el cual en esta primera acción suya de milicia se vieron las futuras señales de su ferocidad y valor) que se había tomado por yerro el camino más

largo, desamparando á los otros que despreciaron su consejo, entró algunas horas antes que anocheciese en Sorbolungo. Los otros dos capitanes, después de largo rodeo, engañados según decían por el guía, volvieron al fin al ejército, y no pudo Juan de Médicis, que había quedado solo con su compañía, detenerse aquella noche en Sorbolungo, porque la misma mañana, habiendo entendido Francisco María el movimiento de los enemigos, imaginando adonde íban, se había movido con todo el ejército con gran presteza, y no recibiendo ningún impedimento en el paso del río, porque le pasaron por Fosombrone, donde hay un puente de piedra, llegó antes de anohecer á aquel lugar; por cuya venida, viéndose Juan sin fuerzas para resistirle, se retiró hacia Orciano, siguiéndole los caballos de los enemigos y prendiendo á muchos de los suyos. Entró en Orciano en el alojamiento de Lorenzo y le dijo con gran indignación que la negligencia ó vileza de Brunoro y de Juan Bautista de Stabbia, los cuales estaban presentes, le había quitado la victoria de la guerra.

Esta fué la primera (mas no sola) ocasión de próspero suceso que perdió el ejército de Lorenzo, porque después perdió otras mayores y sucedieron continuamente desórdenes más dañosos, acompañándose los malos consejos con la adversa fortuna.

Los castillos de Orciano y Sorbolungo, situados en lugar eminente, están distantes el uno del otro poco más de dos millas; en medio de ellos, donde todo es montecillos y cerros, está un castillo llamado Barti, donde estaba alojada parte de la gente de Francisco María.

Al día siguiente se atendió todo á la escaramuza por estar tan vecinos los ejércitos.

Varios eran los consejos entre los capitanes del ejército de Lorenzo, porque algunos (mayormente aquellos de cuyo parecer no dependía la determinación) acon-

sejaban que se fuese á acometer á los enemigos, pareciéndoles por ventura que, sin ponerse en peligro á sí ni á otros, alcanzarían nombre de esforzados con proponer vanamente consejos atrevidos, pero Renzo y Vitello, cuyo parecer seguía siempre Lorenzo, disuadieron este dictamen, porque los enemigos estaban alojados en sitio fuerte, tenían el castillo á las espaldas, adonde no se podía ir sino por camino dificultoso, dañando también el detenerse en aquellos lugares, como cosa inútil y de que no procedía el efecto para que se habían movido de Pésaro, porque estando Sorbolungo en poder de Francisco María, era muy dificultoso impedir las virtualas del Vicariato. De estas razones, habiendo hallado mal otra cualquiera determinación, deducían por necesidad que se debía volver atrás, y porque la retirada no pareciese huida, no proponían que el ejército volviese á los alojamientos de antes, sino que se fuese á tomar Monte Baroccio y los lugares de que se habían ido los enemigos y de donde se podía ir hacia Urbino. Con esta determinación partió el ejército la mañana siguiente al amanecer, pero se creía que esta no era retirada, sino fuga. De esta opinión, divulgada por todo el ejército, procedió que dos hombres de armas que se pasaron á Francisco María, le refirieron que los enemigos, llenos de espanto, se levantaban casi huyendo; por lo cual pareciéndole que tenía la victoria casi cierta, movió luego el ejército por el camino que atraviesa los montes, esperando que les alcanzaria en bajando á lo llano, pues creía que irían por el camino más corto y más fácil, y si iban por él ninguna de las partes podría excusar el combatir. Pero la fortuna quiso que, por salvar un cañón que el día antes había quedado atrás por habersele roto una rueda al carro, fuese el ejército de Lorenzo á volver á pasar el Metauro por el mismo molino de la Madona, lugar más abajo cuatro millas que

el camino más fácil y breve. ¡Por causas y accidentes tan pequeños varían muchas veces en las guerras sucesos de muy grande importancia!

Pasaron todos los caballos y los infantes por el vado, pero con grande trabajo y tardanza, y los que habían pasado se volvían luego en orden hacia Fosombrone. Había pasado ya la infantería, y debiendo pasar la gente de armas y caballos ligeros que caminaban en la retaguardia del ejército, comenzaron los caballos ligeros de los enemigos (que eran muchos y escogidos) á escaramuzar con ellos. En esta escaramuza fué preso Constantino, sobrino é hijo de Juan Pablo Baglione, porque había nacido de él y de una hermana suya; y atendiendo Juan Pablo que, venido pocos días antes al ejército conducía la vanguardia, á hacer todo esfuerzo posible por recuperarle, tardó tanto que, de vanguardia, se hizo retaguardia, sucediendo en el primer lugar Lorenzo que mandaba la batalla y en el lugar de Lorenzo Troilo Savello que conducía la retaguardia, porque Renzo y Vitello iban delante con los infantes.

Al ver Francisco María y sus capitanes que los enemigos en la forma que habían pasado el río se volvían hacia Fosombrone, echaron de ver que no se habían movido para huir, sino para ocupar á Monte Baroccio; por lo cual, cesando el deseo de pelear, fundado en el terror imaginado de los enemigos, dejando el bagaje, corrieron luego con suma presteza sin ningún orden y con banderas á las espaldas, para ocupar un paso fuerte del río llamado las Tabernillas, donde la naturaleza ha hecho un barranco como foso que toma todo el través de un llano hasta el monte y no se puede pasar sino por un paso que está hecho para el camino. Si le hubiera ocupado la gente de Lorenzo que, según pasaba el río, se volvía hacia aquella parte, quedarán reducidos los españoles á manifiesto peligro; pero aunque Luis, hijo

de Liverotto de Fermo, que aquel mismo día había venido al ejército de Lorenzo con mil infantes, y un sargento español práctico en el país, se lo advirtiesen á Lorenzo y á sus capitanes, no hicieron algún fruto, porque si bien los infantes tudescos y gascones se mostraban prontos para pelear, pidiéndose lo mismo á voces por todo el ejército, con todo eso, aconsejaron Renzo de Ceri y Vitello que no era bien ir á encontrarse con los enemigos, sino que se debían retirar á un collado cercano, de donde, sin sujetarse á ningún peligro, les harían gran daño con los caballos al pasar el río, por lo cual, dejando aquel paso fuerte se volvió Renzo hacia el monte: los españoles, al ocupar el paso, saludando con los arcabuces á los tudescos, de los cuales estaban más cerca, significaron con grandes voces que conocían que de manifiesto peligro se habían reducido á casi libertad cumplida. Así ó por imprudencia ó por vileza (si ya no tuvo parte la malicia) perdió Lorenzo aquel día, á juicio de todos, la victoria.

Alojó aquella noche su ejército en un castillo vecino que se llamaba Saltara; pero continuando el ejército de Francisco María con grande brevedad el camino hasta muy entrada la noche, llegó al alojamiento de Monte Baroccio, previniendo á los mil infantes que había enviado Lorenzo para ocuparle, el cual fué el día siguiente á alojar dos millas más arriba de Saltara hacia el monte, lugar que mira al Monte Baroccio, pero más abajo y á la parte del mar.

Estuvieron en estos lugares ambos ejércitos vecinos á una milla de distancia, mas el de Lorenzo con mayor incomodidad, padeciendo muy á menudo falta de vituallas porque, trayéndose por mar de Pésaro á Fano, era necesario, cuando impedían la navegación los vientos contrarios, llevarlas por tierra, y para esto causaban mucho impedimento los caballos ligeros de Fran-

cisco María, los cuales, advertidos por la gente del país de cualquier movimiento de los enemigos aunque fuese pequeño, corrían continuamente por todas partes.

En este tiempo envió Francisco María un trompeta á mostrar á los gascones unas cartas que se habían hallado en los papeles del secretario de Lorenzo, que las habían tomado los caballos ligeros juntamente con una parte de sus carros el día que partió del castillo de Saltara. Comprendíase por estas cartas que el Papa, disgustado de las injustas peticiones de los gascones, á los cuales había sido necesario acrecentar grandemente cada mes sus pagas, deseaba que se interpusieran todos los medios para inducirles á que se volviesen de la otra parte de los montes; por esta causa hubo riesgo de que en el mismo día se alborotasen si el gascón Carbón su capitán y Lorenzo de Médicis, procurando persuadirles de que eran cartas fingidas y engaños de los enemigos, no les hubieran refrenado. Con todo eso, la sospecha de esta materia, la dificultad de las vituallas y el estar alojados en lugar donde sin comparación se mostraba mayor el peligro de perder que la esperanza de ganar, hizo tomar la resolución de levantarse, aunque no parecía que dejaba de ser cosa vergonzosa el apartarse tantas veces de los enemigos, y entrar por aquella parte que está más cercana al mar en el Vicariato, caminando hasta el fin hacia Fosombrone; determinación aprobada por todo el ejército, mas no sin gran infamia de Renzo y de Vitello, porque las voces de todos los soldados decían que, si desde el principio hubieran determinado esto mismo, habrían puesto á los enemigos en gran dificultad de vituallas, y el mismo Lorenzo los reprendía más que los otros, quejándose de que, ó por alargar la guerra por su propia utilidad, ó por impedirle el hacerse famoso en las armas (quizá temiendo de su grandeza semejantes efectos á aquellos que había

producido contra sus casas la grandeza del Valentino, habían traído á tantas dificultades y peligros un ejército tan poderoso, tan superior en número y fuerzas á los enemigos.

Fué, pues, el ejército á sitiar á San Gonstanzo, castillo del Vicariato, y aunque sus defensores procuraban rendirse, por ser ya batidas las murallas con la artillería, con todo eso, conociéndose cuán fácil era forzarle y deseando mitigar los ánimos soberbios de los gascones, retirando á todos los otros soldados de las murallas, se les dió libertad á ellos solos para que le acometiesen y que solos le saquearan. Tomado San Gonstanzo, fué el mismo día el ejército á Mondolfo, distante dos millas, que es el castillo más fuerte y mejor del Vicariato, situado sobre un cerro en lugar eminente, ceñido de fosos y de muralla no despreciable, á la cual le sirve de terraplén el sitio del lugar. Había en él doscientos infantes españoles de guarda; plantóse la misma noche la artillería por la parte del mediodía, pero, ó por negligencia ó por inconsideración de Renzo de Ceri, que tuvo este cuidado, se plantó en lugar descubierto y sin reparos, de manera que una hora después de la salida del sol habían sido ya muertos ocho artilleros por la artillería de dentro y muchos gastadores, y herido Antonio de Santa Cruz, capitán de la artillería; por lo cual, conmovido el ánimo Lorenzo, aunque le aconsejaban todos los capitanes que aquello que podía cometer á otros no lo quisiese ejecutar por sí mismo con tanto peligro, fué en persona á hacer que se hiciesen los reparos adonde, habiendo trabajado hasta mediodía y dejándolo muy bien dispuesto, se retiró hacia atrás para ir á reposar debajo de unos árboles, pareciéndole que estaba cubierto por la cumbre del monte. Pero siguió andando, y cuando iba desapareciendo la altura de los cerros, se descubrió por el costado el cas-

tillo que está situado á la parte de poniente. Apenas lo hubo descubierto, cuando vió dar fuego á un arcabuz; por guardarse del tiro se echó de boca en el suelo, y antes que llegase á la tierra, la bala, que de otra manera le hubiera dado en el cuerpo, le hirió en lo alto de la cabeza, tocándole en el hueso y saliendo por lo largo del pellejo hacia la nuca. Herido Lorenzo, reparando los capitanes que aunque se batiese la muralla quedaba mucha altura de terraplén, comenzaron á hacer una mina, llegando con ella debajo de un torreón que estaba contiguo á la muralla batida y pegándole fuego al quinto día. La explosión derribó al mediodía el torreón y un pedazo grande de la muralla; junto á él se comenzó luego á dar el asalto, pero con poco orden y menor consideración, no sacando de él otro fruto que el que suelen comúnmente producir los asaltos mal ordenados. Con todo eso, habiendo venido la noche, los soldados, sin esperar socorro, porque Francisco María, ó por no perder aquel sitio ó por otra causa, no se había ido del alojamiento de Monte Baroccio, se rindieron salvas las haciendas y las personas, dejando ignominiosamente en prisión la gente del lugar.

Por la herida de Lorenzo, habiendo llegado á gran peligro su vida, envió el Papa por Legado al ejército al cardenal de Santa María in Pórtico, el cual, unida ya la adversa fortuna al mal gobierno, comenzó con infelices agüeros á ejercitar aquella Legacía, porque al día siguiente que llegó al ejército, habiendo nacido por acaso una pendencia entre un soldado italiano y un tudesco, acudiendo los más cercanos y llamando cada uno el nombre de su nación, se extendió el alboroto por todo el ejército, de manera que sin saberse el origen ni causa se retiraban alborotadamente á sus alojamientos para armarse, pero los que al retirarse se encontraban con los infantes de otras naciones, eran muchas

veces muertos por ellos. Lo que fué causa de mayor desorden es que, habiendo ido en orden los infantes italianos hacia el lugar donde se había comenzado la pendencia, fueron saqueados sus alojamientos por los infantes gascones. Concurrieron los capitanes principales del ejército, que entonces estaban en el Consejo, para poner remedio en tan gran desorden; pero, viendo que el tumulto era tan grande y peligroso, desamparando todos los pensamientos de las cosas comunes por su interés particular, se retiraron á sus alojamientos, pusieron luego en orden su gente de armas, y no pensando sino en salvarla, se apartaron con ella del ejército cerca de una milla. Sólo el legado Bibbiena con la constancia y prontitud que tocaba á su oficio y á su honra no desamparó la causa común, estando muchas veces en gran peligro de la vida por el furor de la multitud alborotada, por cuyo medio, interponiéndose en no pequeñas dificultades muchos capitanes de infantería, cesó finalmente el alboroto, habiendo muerto en él en diferentes partes del ejército más de cien infantes tudescos y de veinte italianos y algunos españoles.

Fué causa este accidente de que, temiéndose que si el ejército se juntaba, irritados los infantes por las ofensas recibidas, combatesen unos contra otros por cualquier pequeña ocasión, se determinara que por entonces no se procediese á ninguna empresa, sino que estuviese dividido el ejército; por lo cual se alojaron en la ciudad de Pésaro la gente de armas de la Iglesia y de los florentinos, y los infantes italianos, porque las lanzas francesas no se habían movido nunca de Rímini, por no haberse resuelto todavía las dificultades entre el Papa y el Rey. Alojaron los infantes gascones en el llano á milla y media de aquella ciudad; la otra infantería se distribuyó sobre el monte Imperial, que está sobre Pésaro, por la parte de hacia Rímini, sobre el

cual hay un palacio fabricado por los antiguos Malatestas.

El orden que tuvieron para alejarse fué este: los infantes españoles sobre la cumbre del monte, los tudescos más abajo según el monte baja y los corsos á sus faldas. Así estuvieron veintitrés días, sin hacerse en aquel medio más que escaramuzas de caballos ligeros porque, no pudiendo esperar Francisco María romper en la campaña á tan gran ejército ni intentar, por su cercanía, la expugnación de lugar alguno, se estaba quedo conservando lo que había conquistado. Pero el día 24, partiendo por la noche de Monte Baroccio, llegó al amanecer á la cumbre del monte á los alojamientos de los españoles y creyóse que, con todos ó alguna parte de ellos, por lo que mostró el progreso de las cosas, había tenido secreta inteligencia. En llegando allí luego los españoles, dijeron á voces á los otros que si se querían salvar los siguiesen. A esta voz los siguió la mayor parte, poniéndose todos sobre la cabeza un ramillo de hojas verdes, como le llevaban los que habían llegado; solos los capitanes con cerca de ochocientos infantes se retiraron á Pésaro. Así juntos fueron á los alojamientos de los tudescos, los cuales no tenían alguna guarda por aquella parte, por la seguridad que les daba la vecindad de los infantes españoles, y hallándolos tan descuidados, mataron é hirieron más de seiscientos, y los otros, huyendo á los alojamientos de los corsos, se apartaron todos juntos hacia Pésaro. Los gascones, habiendo oído el alboroto, poniéndose en orden, no quisieron moverse nunca de su lugar. Muertos los tudescos y llevada consigo la mayor parte de los infantes españoles, Francisco María detuvo el ejército entre Urbino y Pésaro, lleno de esperanza de que se le hubiesen de juntar los gascones y de los infantes tudescos, los que, habiéndose ido al mismo tiem-

po que él del ejército de Lautrec, habían caminado, alojado y procedido siempre juntos.

Estaba entre los gascones Ambrá, émulo del capitán Carbón, el cual, mozo de sangre noble y pariente de Lautrec, tenía con él mayor autoridad. Este había tratado ocultamente muchos días de pasarse con aquellos infantes á Francisco María; dábale ocasión para esto que, no contentos con haber acrecentado grandemente sus sueldos, pedían de nuevo con gran insolencia mucho mayores condiciones, y repugnando á ellas los ministros del Papa, se interponían para concordarlos Carbón y el capitán de las lanzas francesas, que por esta causa había venido desde Rímini á Pésaro cinco ó seis días después que sucedió el caso de los españoles y tudescos en el monte de Imperial. Se descubrió Francisco María con todo el ejército cerca de ellos, una parte de los cuales, juntamente con Ambrá, puesta en batalla con seis sacres y seguida de los tudescos se juntó con él, procurando en vano Carbón detenerlos con ruegos y con palabras encendidas, con el cual quedaron siete capitanes con mil trescientos infantes, y todos los otros le desampararon juntamente con los tudescos; y como en las cosas de la guerra se añaden siempre á los desórdenes otros nuevos, viendo los infantes italianos la necesidad que se tenía de ellos, se alborotaron la mañana siguiente, y fué menester para aquietarles conceder en las pagas demandas desmedidas, no habiendo más vergüenza ni menos avaricia en los capitanes que en los soldados, y verdaderamente era cosa maravillosa que en el ejército de Francisco María, donde nunca se daba dinero á los soldados, hubiese tanta paz, obediencia y unión, no dependiendo tanto esto (como en su alabanza se dice del cartaginés Anníbal) del valor ó autoridad del capitán, cuanto del ardor y obstinación de los soldados, y por el contrario, que en el ejército de la Igle-

sia, donde no faltaban excesivas pagas en los tiempos debidos, hubiese tantas confusiones y desórdenes, y tanto deseo de pasarse los infantes á los enemigos; de donde se ve que no tanto el dinero como otras causas mantienen muchas veces la concordia y la obediencia en los ejércitos.

Espantados por tantos accidentes el Legado y los otros que intervenían en el consejo, examinando largamente lo que se debía hacer para el remedio del aprieto de las cosas, y no estando más prudentes ó abundantes de modos hábiles para proveer después de los desórdenes sucedidos, que habían estado en disponer para que no sucediesen, moviéndoles también los intereses y codicia particular, concluyeron que se debía aconsejar al Papa que volviese á los Bentivogli á Bolonia, antes que ellos, tomando ánimo de la declinación de las cosas ó incitados por otros, hiciesen algún movimiento, pues mostraban, por las dificultades que tenían en sustentar la guerra en un lugar solo, cuán mal se les podría resistir; por lo cual, habiendo (para dar mayor autoridad á este consejo ó para justificación de todos en cualquier acontecimiento) hecho extender por escrito el parecer común y firmádole de mano del Legado y del arzobispo Orsino (el uno de los cuales estaba unido con los Bentivogli con estrecha amistad y el otro con parentesco) y por todos los capitanes, enviaron al Papa este papel con el conde Roberto, gentil-hombre modenés, y no sólo lo despreció, sino que se quejó con palabras muy ásperas de que sus ministros y aquellos que habían recibido de él tantos beneficios ó podían esperar recibirlos cada hora, le propusiesen, con tan poca fe y amor, consejos no menos perniciosos que los males que le hacían sus enemigos; resintiéndose principalmente con el arzobispo Orsino, por haber sido quizá el principal provocador de los otros para este consejo. Créese que este enojo

fué por ventura ocasión de no darle la dignidad del cardenalato, que se la habían prometido todos para la primera promoción.

Estando Francisco María tan acrecentado de fuerzas, y tan disminuídas las de sus contrarios, levantó el ánimo á mayores pensamientos, provocado también por la necesidad, porque los infantes que habían venido con él estaban casi tres meses sin dinero, y á los que llegaran de nuevo no tenía de donde dárselos, y estando el Ducado exhausto y casi todo despojado, no sólo carecían los soldados de comodidad para hacer presas en él, sino que con dificultad había vituallas bastantes para sustentarlos. Fuéle necesario en la elección de la empresa seguir la voluntad de otros, porque él deseaba para el establecimiento de su Estado, antes que se intentase otra cosa, acometer de nuevo á Fano ó alguna otra villa situada á la orilla del mar; pero por la inclinación de los soldados, codiciosos de presas y robos, determinó volverse antes á la Toscana, donde, por estar el país lleno y sin sospecha y haber en él pocas prevenciones, esperaban poder hacer grandes ganancias. Instábele, demás de esto, la esperanza de poder hacer por medio de Carlos Baglione y de Borghese Petrucci alguna mudanza en Perusa, con lo cual se aumentarían mucho sus cosas y se acrecentarían las molestias y peligros del Papa y de su sobrino. Por esta causa, un día después de haber recogido los gascones, movió el ejército hacia Perusa; pero al llegar al llano de Agobbio, determinó manifestar la sospecha (ó antes sabiduría casi cierta) que tenía de la traición del coronel Maldonado y de algunos otros cómplices en la misma causa. Había nacido esta malicia y descubriéndose en esta forma:

Quando el ejército pasó por la Romaña, Suárez, uno de los capitanes españoles; se quedó atrás, fingiendo

que estaba malo, y se dejó prender cautelosamente. Llevado al Cesena á la presencia de Lorenzo, le dijo de parte de Maldonado y de otros dos capitanes españoles, que la causa de juntarse con Francisco María no había sido por más que por tener ocasión de hacer algún servicio notable al Papa y á él, pues no había estado en su mano estorbar que no se hiciese este movimiento, prometiéndole en su nombre que, luego que tuviesen ocasión para hacerlo, lo pondrían en ejecución. No siendo notorias estas cosas á Francisco María, comenzó á entrar en sospecha por algunas palabras que dijo Renzo de Ceri á un tambor de los españoles, pues le preguntó como haciendo burla: «¿Cuándo querrán esos españoles darnos preso á vuestro Duque?» Estas palabras, entrando más al vivo en el pecho de Francisco María, le habían dado causa para observar con diligencia si había alguna conjuración en su ejército. Pero al fin, por los papeles que se encontraron en los carros de Lorenzo, entendió que Maldonado era el autor de esta traición, y habiéndolo disimulado hasta aquel día, no pareciéndole que lo debía disimular más, llamó á todos los infantes españoles para hablarles, y estando él en lugar levantado en medio de todos, comenzó á darles gracias con palabras muy eficaces de las hazañas que con tan grande prontitud habían hecho por él, confesando que no había ni en los tiempos modernos ni en las historias antiguas memoria de príncipe ó capitán alguno que tuviese tantas obligaciones á gente de guerra cuantas conocía que les tenía; pues careciendo de dinero y de medios para prometerles remuneración, siendo pequeño Señor aunque hubiese recuperado todo su Estado, no habiéndoles hecho nunca beneficio alguno, no siendo de su misma nación ni habiendo militado jamás en sus ejércitos, se habían dispuesto tan prontamente á seguirle contra un príncipe de tanta grandeza

y reputación, sin ser llevados de la esperanza del robo, porque sabían que estaban en un país pobre y estéril; que no teniendo poder para darles las gracias por estas obras, sino con la sinceridad de su voluntad y ánimo, se había alegrado sumamente de que hubieran alcanzado, no sólo por toda Italia, sino por todas las provincias de Europa, gran fama, levantando hasta el cielo cada uno su excelente fe y valor, pues que, siendo pocos en número, sin dinero, sin artillería y sin ninguna de las provisiones necesarias para la guerra, habían tantas veces hecho volver las espaldas á un ejército abundante de dinero y de todas las demás cosas, en el cual militaban tan belicosas naciones, y contra el poder de un Pontífice grande y del Estado de los florentinos, con los cuales estaba unida la victoria, la autoridad y nombre de los reyes de España y Francia; despreciando por mantener la fe y la fama de los hombres militares, las órdenes de sus propios señores, y como estas cosas, por la gloria de sus nombres, le daban increíble contento, así por el contrario le habían dado y daban grandísimos disgustos todas las cosas que pudiesen obscurecer tan gran esplendor; que de mala gana y con inestimable congoja se inclinaba á manifestar cosas que le obligasen á ofender á alguno de aquellos de quien había antes determinado ser esclavo mientras le durase la vida; pero que por temor de que por su silencio no se hiciese mayor el desorden que había comenzado, y porque la malicia de algunos no obscureciese tan grande gloria como había alcanzado aquel ejército, y siendo también conveniente que pudiese más en él la honra de todos que el respeto de algunos, les manifestaba que había en aquel ejército cuatro personas que hacían traición á la gloria y bien de todos; que de la suya no hacía mención ni se quejaba porque, trabajado por tantos accidentes y perseguido tan cruelmente por la fortuna, sin culpa suya,

deseaba algunas veces menos la vida que la muerte, mas que no sufrían las obligaciones que les tenía ni lo mucho que les amaba que les dejase de descubrir cómo el coronel Maldonado, en quien debía haber mayor cuidado de la salud y gloria de todos, el capitán Suárez, aquel que para trazar tan gran maldad, fingiendo que estaba enfermo se había dejado prender en la Romaña por los enemigos y otros dos capitanes, habían con facinerosos consejos prometido entregarle á Lorenzo de Médicis; que estos consejos fueron desbaratados por su diligencia, y que, estando seguro por ella, aunque no había querido manifestar antes tan grande alevosía, pareciéndole ya conveniente no tener más tiempo sujeta su persona y á todos los otros en tan gran peligro, les había descubierto lo que mucho antes supo; que esto se veía por las cartas auténticas halladas en los papeles que se tomaron á Lorenzo y por muchos indicios y conjeturas que todas las quería proponer para que fuesen jueces de tan gran delito, y que habiendo oído lo que les había propuesto y lo que los acusados dijiesen en su favor, pudiesen tomar la resolución que pareciese más conforme á la justicia, á la gloria y bien del ejército.

Al acabar de hablar hizo leer y publicar los indicios que, oídos por todos con grande atención, no se dudó por el juicio común (sin oírlos de otra manera) en condenar á muerte á Maldonado, á Suárez y á los otros capitanes, y luego la pusieron en ejecución, haciéndolos pasar por en medio de las hileras de las picas.

Habiendo purgado, según decían, con este castigo toda la malicia del ejército, siguieron el camino hacia Perusa, en donde había ya entrado Juan Pablo Baglione, que partió de Pésaro luego que entendió el desigmo del Duque y se prevenía para defenderse, habiendo armado á sus amigos y metido dentro muchos de la comarca y de los lugares cercanos. El Legado le había

enviado en su ayuda á Camilo Orsino, su yerno, capitán de los florentinos, con los hombres de armas de su conducta, y con doscientos cincuenta caballos ligeros. Creíase que con estas fuerzas había de resistir la de los enemigos, mayormente por haberse hecho muchas provisiones para interrumpir sus progresos, porque á Ciudad del Castillo había ido Vitello con su compañía de gente de armas y Sisé con las lanzas francesas, las cuales no eran ya sospechosas, porque entre el Papa y el Rey se había establecido la confederación, y Lorenzo de Médicis que, curado de su herida, vino nuevamente de Ancona á Pésaro, había ido por la posta á Florencia para hacer allí las provisiones necesarias para la conservación de aquel dominio y de las villas cercanas, y se había determinado que el Legado con el resto del ejército, por obligar á Francisco María á que dejase la empresa de Toscana, entrase en el ducado de Urbino, en cuya guarda no había quedado más que la gente de la tierra.

Arrimóse Francisco María á Perusa, no sin esperanza de alguna inteligencia donde, andando á caballo Juan Pablo por la ciudad, fué acometido en medio de la calle por uno del lugar que, no habiendo podido herirle, murió á manos de los que acompañaban á Juan Pablo, el cual hizo dar muerte á algunos otros de aquellos de quien tenía sospecha. Libre de la traición parecía que lo estaba de todos los peligros, porque los enemigos, habiendo estado ya á los contornos de Perusa muchos días, no tenían poder para rendirla. Con todo eso, Juan Pablo cuando menos lo esperaba el Papa, alegando en su justificación que el pueblo de Perusa (al cual no estaba en su mano resistir) no quería sufrir más los daños que se hacían en el país, concertó con aquel ejército que le daría vituallas por cuatro días y que no tomaría las armas contra Francisco María en

aquella guerra, como ellos se fuesen luego del Perusino, cosa muy molesta y mal recibida por el Papa porque confirmó la opinión que desde el principio de la guerra había concebido de él, cuando fué muy despacio al ejército con las ayudas prometidas, de que, por serle sospechoso el poder de Lorenzo, deseaba que Francisco María conservase el ducado de Urbino. Añadiéndose el haberle sido molesto mientras estuvo en el ejército cerca de la persona de Lorenzo, que la autoridad de Renzo y Vitello hubiese sido mucho mayor que la suya y la memoria de estas cosas fué, por ventura, en el tiempo siguiente gran parte para sus calamidades.

Concertado Francisco María con los perusinos, se volvió hacia Ciudad del Castillo, de donde, después de hacer algunas correrías con intención de entrar por la parte del burgo en Santo Sepulcro, del dominio florentino, le obligó á otra determinación el peligro de su propio Estado, porque habiendo el legado Bibbiena levantado de nuevo muchos infantes italianos, siguiendo la determinación que se había tomado en Pésaro, se arrió con el resto del ejército á Fosombrone y batiendo á esta ciudad con la artillería, al tercero día la ganaron y saquearon. Fué después á sitiar á la Pérgola, donde el día 2 se juntó con el ejército el conde de Potenza, con cuatrocientas lanzas españolas, enviadas por el rey de España en ayuda del Papa. No había soldado alguno en la Pérgola, sino sólo un capitán español y muchos hombres del país, los cuales, temerosos, comenzaron á tratar de rendirse; mas habiendo sido herido en el rostro (mientras esto se trataba) el capitán que estaba sobre la muralla, volviéndose los soldados hacia los muros sin orden y sin mandato de los capitanes, tomaron por fuerza el lugar de la Pérgola.

Se trataba de ir á sitiar á Cagli, mas habiendo veni-

do aviso de que Francisco María, por saber la pérdida de Fosombrone, volvía con gran presteza á aquel Estado, determinaron retirarse, por lo cual, la misma noche que el Legado tuvo esta noticia, se levantaron de la Pér-gola y viniendo á Montelione y comenzando ya á hacer los alojamientos para detenerse allí aquella noche, teniendo nuevos avisos de que la celeridad de los contrarios era mayor de lo que se habían persuadido y que enviaban delante mil caballos con un infante á la grupa de cada uno para que, obligándoles á caminar más despacio, tuviese tiempo el ejército para alcanzarlos, fueron siete millas más adelante á un lugar llamado el Bosco. De allí partieron la mañana siguiente antes de amanecer, y llegaron por la tarde á Fano, teniendo ya casi á la cola los caballos de los enemigos, que habían venido con tan grande presteza, que si tardan sólo cuatro horas en la retirada no se hubiera rehusado sin dificultad el combatir.

CAPITULO III.

Conjuración del cardenal Petrucci contra el Pontífice.—Prisión de varios cardenales.—Creación de treinta y un cardenales.—El duque de Urbino en la Marca. Es derrotado por el ejército pontificio.—Invade la Toscana.—Se pone de acuerdo con el Papa y vuelve á Mantua.

No procedían en este tiempo las cosas del Papa más felizmente en las otras acciones que en los trances de la guerra, á cuya vida quería hacer traición Alfonso, cardenal de Siena, enojado con el Papa, porque olvidándose de los trabajos y peligros que, en tiempo pa-

sado, había sufrido Pandolfo Petrucci, su padre, porque él y sus hermanos fueran restituídos al Estado de Florencia, y de las obras que había hecho por sí mismo con los otros cardenales mozos en el Cónclave para que fuese asumpto al Pontificado, hubiese hecho echar de Siena, en recompensa de tantos beneficios, á Borg-hese, su hermano, y á él; por lo cual, privado también de la hacienda de su padre, no podía sustentar con el esplendor que solía la dignidad del cardenalato. Encendido en odio por esto y casi reducido á desesperación, tuvo pensamientos juveniles de ofenderle él mismo violentamente con las armas; pero, deteniendo el peligro y la dificultad del caso, más que el ejemplo ó escándalo común que habría en toda la cristiandad, si un cardenal hubiese muerto por su mano á un Papa, había enderezado todos sus pensamientos á quitarle la vida con veneno, por medio de Bautista de Vercelli, cirujano famoso y muy amigo suyo.

Este propósito (si tal nombre merece tan malvado furor) se había de ejecutar en esta forma: Habíase de procurar, con decir muchas alabanzas de la facultad de este cirujano, que el Papa, cobrando buen concepto de él, le llamase para la cura de una fístula antigua que tenía debajo de las asentaderas, para lo cual usaba continuamente de la cura de los cirujanos; pero la impaciencia de Alfonso dificultó mucho la esperanza de este medio porque, mientras trataba con Vercelli, no pudiendo dejar de quejarse muy descubiertamente de la ingratitud del Papa, haciéndose cada día más aborrecible y llegando á sospechar que maquinase algo contra su Estado, fué finalmente casi obligado á irse de Roma por su seguridad, mas dejó allí á Antonio Nino, su secretario, con el cual tenía continua correspondencia de cartas. Comprendió el Papa por algunas que se tomaron, que se trataba de su vida, por lo cual, debajo

de color de querer cuidar de las cosas de Alfonso, le llamó á Roma, concediéndole salvoconducto y dando al embajador de España, por su misma boca, palabra de no faltar á la promesa.

Debajo de esta seguridad, aunque sabedor de maldad tan grande, fueron detenidos en la Cámara del mismo Papa, yendo imprudentemente á su presencia él y Bandinello, cardenal de Sauli, genovés, que aunque había sido fautor de la asunción de León al Pontificado, era tan amigo de Alfonso, que se pensaba tenía noticia de todo. De allí fueron llevados presos al castillo de Sant' Angelo, y luego se ordenó que Bautista Vercelli, cirujano que curaba entonces en la ciudad de Florencia, fuese preso y al punto enviado á Roma.

Procuró el embajador del rey de España con vivas quejas y protestas que se librase á Alfonso, alegando que la palabra que le había dado como embajador de aquel Rey, había sido lo mismo que si se la hubiera dado el mismo Rey; pero respondía el Papa que en ningún salvoconducto, aunque fuese muy amplio y lleno de cláusulas fuertes y especiales, se entiende jamás que pueda estar asegurado el delito contra la vida del Papa, si no está nombradamente especificado; que tiene la misma prerrogativa la causa del veneno, tan aborrecida de las leyes divinas y humanas y de todos los sentimientos de los hombres, que había menester particular é individual expresión.

Nombró el Papa para que los examinase á Mario Perusco, romano, procurador fiscal, y examinándolos rigurosamente confesaron el delito trazado por Alfonso con sabiduría de Bandinello. Confirmaron esta confesión el cirujano Bautista Vercelli y Pocointesta de Bagnacaballo, el cual, debajo del gobierno de Pandolfo, su padre, y de Borghese, su hermano, había sido largo tiempo capitán de la guarda que estaba en la plaza de

Siena, y estos dos fueron públicamente descuartizados.

Después de esta confesión, en el primer Consistorio fué detenido y llevado al castillo Rafael Riario, cardenal de San Jorge, camarlengo de la Sede Apostólica, el cual, por sus riquezas, por la magnificencia de su casa y por el largo tiempo que había estado en aquella dignidad, era sin duda el principal cardenal del Colegio. Este confesó que no se le había comunicado el caso; pero que el cardenal de Siena, quejándose y amenazando al Papa, le había dicho muchas veces palabras por las cuales había podido echar de ver que se proponía ofenderle en su persona si tenía ocasión. Quejóse después el Papa en otro Consistorio, en el cual los cardenales, no acostumbrados á ser presos, estaban todos caídos de ánimo y espantados de que tan cruel y facinerosamente le hubiesen querido matar aquellos que puestos en tan gran dignidad y siendo miembros principales de la Sede Apostólica, estaban obligados á defenderla más que todos los otros; doliéndose con grande eficacia de su infortunio, y de que no le hubiese bastado el haber sido y ser continuamente bienhechor y grato á todos para no ser murmurado de muchos; añadió que en esta culpa se comprendía también á otros cardenales, los cuales, si antes que se despidiese el Consistorio confesaban voluntariamente sus delitos, estaba dispuesto á usar de clemencia y perdonarles, pero que, acabado el Consistorio, se usaría contra quien hubiese sido partícipe de tan grande maldad de toda severidad y justicia; por cuyas palabras, Adriano, cardenal de Corneto, y Francisco Soderini, cardenal de Volterra, postrados delante de la silla del Papa, dijeron que el cardenal de Siena había usado con ellos de las mismas palabras que con el cardenal de San Jorge.

Acabados y publicados en el Consistorio los exáme-

nes, fueron Alfonso y Bandinello, por sentencia dada en el Consistorio público, privados de la dignidad del cardenalato, degradados y entregados al tribunal seglar. Á Alfonso la noche siguiente le extrangularon secretamente en la cárcel. La pena de Bandinello fué, por gracia del Papa, permutada en cárcel perpetua, al cual poco después, no sólo lo libró de la prisión, sino pagando algún dinero, le restituyó á la dignidad del cardenalato, aunque había tenido muy justa causa del enojo con él porque, habiendo sido de su mano beneficiado y bien visto siempre, no se había apartado de él por otra cosa que por la gran amistad que tenía con Alfonso y por el enojo de que el cardenal de Médicis le hubiese sido antepuesto en la petición de unos beneficios. Mas no faltaron intérpretes (quizá maliciosos) que juzgaron que antes que fuese libre de la cárcel, se le había dado por orden del Papa veneno de aquella especie que, no matando luego, consume con el tiempo la vida de quien le recibe.

Con el cardenal de San Jorge procedió el Papa más mansamente, teniendo respeto á su edad y autoridad, y á la grande unión que había habido entre ellos antes del Pontificado, y por ser menor su delito (aunque las leyes interpretadas por los Príncipes para seguridad de sus Estados quieren que, en el crimen de lesa majestad, esté sujeto al último castigo, no sólo quien traza sino también el que sabe quien amaga contra el Estado, y mucho más cuando se trata contra la vida del Príncipe). Pero si bien en la misma sentencia fué privado del cardenalato por no perder el punto de la severidad, luego se le restituyó por gracia, obligándose á pagar gran cantidad de dinero; pero á la voz activa y pasiva fué restituido antes que pasase un año.

Á Adriano y á Volterra no se les dió disgusto alguno, excepto que en secreto pagaron cierta cantidad de

dinero; pero no fiándose ni el uno ni el otro de estar en Roma seguramente ni con el lustre conveniente, se fué Volterra á Fondi con licencia del Papa, donde estuvo hasta su muerte, debajo del amparo de Próspero Colonna y Adriano; partiendo ocultamente, nadie supo jamás lo que había sido de él, ni fué hallado ni visto en lugar alguno.

Obligó la crueldad de este caso al Papa á pensar en la creación de nuevos cardenales, conociendo que casi todo el Colegio tenía el ánimo muy ajeno de él por los castigos de estos y por otras causas, y procedió tan poco moderadamente en la creación, que pronunció en una misma mañana en el Consistorio, conviniendo en ello el Colegio y no por voluntad, treinta y un cardenales. Tuvo disposición en tanto número para satisfacer á muchos fines y para elegir hombres de todas calidades, porque promovió á dos hijos de sus hermanas y á algunos de aquellos que, habiendo sido en el pontificado y antes de él criados suyos y agradables al cardenal de Médicis y á él por diversas causas, no eran por otro concepto capaces de tan gran dignidad. Satisfizo á algunos Príncipes, eligiéndolos á su instancia y muchos creó por dinero, por hallarse exhausto y en grande necesidad. Algunos fueron por opinión de doctrina y tres generales (este es entre ellos el supremo grado) de las religiones de San Agustín, Santo Domingo y San Francisco. Y lo que fué cosa rara es que en una misma promoción creó dos de la familia de los Trivulcios, moviéndole en el uno el ser su camarero y el deseo de satisfacer á Juan Jacobo, y en el otro la fama de su doctrina, ayudada con alguna cantidad de dinero. Pero lo que admiró más fué la creación de Franciotto Orsino, de Pompeo Colonna y de otros cinco romanos de las familias principales que seguían ó á esta ó á aquella facción, con consejo contrario á las determinaciones de

su antecesor, mas tenida por cosa imprudente y que salió poco feliz para los suyos, porque siendo siempre la grandeza de los barones de Roma inquietud de los Papas, Julio, habiendo faltado los cardenales antiguos de aquellas familias, á las cuales había perseguido cruelmente Alejandro VI por quitarles sus propios Estados, no había jamás querido volver á ninguno de ellos á aquella dignidad. León hizo lo contrario con poca moderación, y no pudiendo decirse que fuese llevado de los méritos de las partes, porque Franciotto fué promovido á la dignidad del cardenalato de la profesión de la milicia y á Pompeo le debiera estorbar la memoria de que había procurado (aunque era obispo) con ocasión de la enfermedad del Papa Julio, alborotar el pueblo de Roma contra el imperio de los sacerdotes. y por esta causa fué privado de la dignidad episcopal.

En este tiempo Francisco María, por la retirada ó por mejor decir fuga de los enemigos, no había tenido ocasión de pelear contando con ejército muy poderoso, porque á la fama de que no tenía resistencia en la campaña, concurrían continuamente nuevos soldados, llevados de la esperanza de las presas. Entró en la Marca, donde Fabriano y otros muchos lugares se compusieron con él, rescatando con dinero el peligro del saco y de los robos de sus comarcas. Saqueó algunos lugares, y entre ellos fué la ciudad de Iesi, mientras trataba de composición, y después, arrimándose á Ancona, para cuya defensa había enviado el Legado gente, estuvo sobre ella muchos días con gran daño de sus cosas por el tiempo que perdía no peleando, sino tratando de componerse con los de aquella ciudad, los cuales finalmente, por no perder las cosechas que ya estaban en sazón, le pagaron ocho mil ducados, no apartándose en ninguna otra cosa de la obediencia de la Iglesia.

Acometió después poco felizmente la ciudad de Osimo y sitió á Corinaldo, donde estaban doscientos infantes forasteros, por los cuales y por los del lugar fué defendido tan gallardamente, que habiendo estado en el sitio veinte dias, desesperado de tomarlo, se levantó, con menoscabo de la reputación de aquel ejército, pues no logró rendir ningún lugar de los que habían rehusado componerse; lo cual no procedía ni de la poca práctica de los capitanes, ni de la flojedad de los soldados, sino de que tenían muy poca artillería y piezas pequeñas y casi sin municiones y, con todo eso, fué necesario á las villas que no habían querido cederles, mostrar por sí mismas su constancia y su valor, porque los capitanes del ejército eclesiástico, de los cuales era el principal el conde de Potenza, si bien habían enviado gente á robar hasta las murallas de Urbino, y Sisé vuelto de Ciudad del Castillo á la Romana, había entrado después en el Montefeltro y tomado por fuerza á Secchiano y algunos otros lugares pequeños, se habían reducido á alojar á cinco millas de Pésaro, determinados á no socorrer ningún lugar ni á moverse sino cuando le obligase á hacerlo la necesidad de retirarse; porque habiendo sucedido tan infelizmente las cosas cuando estaban tan superiores de fuerzas, hallándose ahora tanto menos poderosos de infantería, no habían de atreverse á acercarse á los enemigos.

En esta determinación, tomada según la intención del Papa, les confirmaba la esperanza de la venida de los seis mil suizos que el Papa había enviado á levantar, siguiendo el consejo del rey de Francia, porque aquel Rey después de la conferencia hecha, deseaba la victoria del Papa y al mismo tiempo tenía de él la misma sospecha que antes. Conservábales en estos recelos las relaciones que le hicieron Galeazzo Visconti y Marco Antonio Colonna, que el uno restituyó del destierro á

su patria y el otro por no parecerle que reconocía el Emperador sus servicios, conducidos con honradas condiciones al servicio del Rey, le refirieron que el Papa había tratado con el Emperador y con los suizos contra él, y conmovía mucho más al Rey el haber hecho el Papa ocultamente nueva confederación con el Emperador, con el rey de España y con el rey de Inglaterra, porque aunque le había sido lícito hacerla siendo solamente para defensa, con todo, turbaba mucho su ánimo.

Obligábale á desear que se librase de la guerra el miedo de que si el Papa no veía prontas sus ayudas, hiciese mayor unión con los Príncipes dichos, y demás de esto, le comenzaba á causar disgusto y sospecha la prosperidad de aquel ejército, cuyo nervio eran infantes españoles y tudescos, por lo cual, demás de haber aconsejado al Papa que se armase de infantería suiza, le había ofrecido enviarle de nuevo trescientas lanzas debajo del gobierno de Tomás de Foix, señor de Scudo, hermano de Odetto, alegando que, demás de la reputación y valor de su persona, le sería útil para hacer que se apartasen de Francisco María los infantes gascones, con los cuales tenían grande autoridad estos hermanos Foix, por haber nacido de sangre muy noble en la Gascona.

Había aceptado el Papa esta oferta, pero con el ánimo muy suspenso, porque dudaba, como antes, de la voluntad del Rey, y habíale hecho acrecentar la sospecha que tenía de ella la fuga de los infantes gascones, temiendo que hubiese procedido ocultamente por medio de Lautrec, y cierto que, quien observó en este tiempo los progresos de los Príncipes, pudo conocer claramente que ninguna cortesía, ningún beneficio, ni ninguna unión es bastante para apartar de sus pechos las diferencias que tienen el uno del otro; porque no solamente eran recíprocos los celos entre el rey de Francia y

el Papa, sino que, entendiendo el rey de España que se trataba de la ida de los suizos y de Tomás de Foix, no estaba sin temor de que el Papa y el Rey juntos pensasen en quitarle el reino de Nápoles.

Créese que estas causas ayudaron á las cosas del Papa, porque cada uno de ellos, por no darle motivos ó justificación de apartarse de sí, procuraba confirmarle y asegurarle con beneficios y con ayudas.

Pero Francisco María, partiendo de Corinaldo volvió al Estado de Urbino á defender á sus pueblos para que hiciesen la cosecha, de donde, deseando mucho (como siempre) la conquista de Pésaro, ciudad en que estaba el conde de Potenza con su gente, se arrimó con el ejército, y, para impedirle las vituallas, puso en la mar algunos barcos; mas para su oposición se prepararon en Rímimi diez y seis bajeles entre barcas y bergantines, los cuales, después de armados, fueron á Pésaro para seguridad de unas barcas que conducían vituallas á aquella ciudad y se encontraron con los bajeles de Francisco María. Viniendo con ellos á las manos echaron á pique la nave principal y tomaron todas las otras. Desesperado por esta causa de tomar á Pésaro se apartó de allí.

Adelantábase en este medio Scudo con las trescientas lanzas, pero los suizos tardaban porque los Cantones rehusaban concederlos si primero no les pagaban las pensiones viejas. No pudiendo apartarlos de esta disposición y no teniendo fuerzas el Papa para satisfacerles por los grandes gastos, sus agentes, después de haber gastado en esta instancia muchos días, tomaron á sueldo, sin decreto público, dos mil infantes particulares de aquella nación y otros cuatro mil entre tudescos y grisonos, los cuales vinieron y alojaron en los burgos de Rímimi que, divididos de lo restante de la ciudad, están cercados de murallas. Francisco María

entró aquella noche debajo de los pilares del excelente puente de mármol que junta los burgos con la ciudad, y no pudo pasar el río, que estaba crecido por la corriente del mar.

Fué grande la batalla que hubo entre su gente y los infantes que estaban alojados en los burgos, en la cual murió Guasparri, capitán de la guarda del Papa, que los había conducido; pero mayor fué el daño de los enemigos, porque murieron Valastigni y Vinea, capitanes españoles, y herido Federico de Bozzole y Francisco María de un arcabuzazo en la coraza.

Volvió después el ejército hacia Toscana, llevado más de la necesidad que de la esperanza, porque no se podía sustentar tan grande ejército en Estado tan consumido. Habiéndose detenido en Toscana algunos días entre la Pieve de San Esteban, el burgo de Santo Sepulcro y Anghiari, villas de los florentinos, y ocupado á Montedoglio, lugar flaco y de poca importancia, dió un asalto muy largo á Anghiari, villa más fuerte por la fe y valor de la gente que por la fortaleza de su muralla ó por otra prevención, y no habiéndola ganado, se fué á las faldas del Apenino, entre el Burgo y Ciudad del Castillo, donde habiendo hecho traer cuatro piezas de artillería de Mercatello, alojó menos de media milla del burgo sobre el camino por donde se va á Urbino, incierto de lo que había de hacer, porque, habiendo pasado los enemigos en su seguimiento á Toscana y entrado en el Burgo muchos soldados italianos, había hecho alto Vitello en Ciudad del Castillo con la otra parte del ejército. En Anghiari, en la Pieve, en San Esteban y otros lugares cercanos, habían entrado los infantes tudescos, corsos, grisonos y suizos.

Vino asimismo, aunque más tarde, Lorenzo de Médicis de Florencia al Burgo, en cuyo contorno estuvo ociosamente Francisco María muchos días, comenzan-

do á haber en estos lugares gran incomodidad de vituallas, y no viéndose presente ninguna esperanza de poder hacer buen efecto; antes habiéndose hecho su ejército (el cual era necesario que se sustentase con presas y robos), no menos molesto á los amigos que á los enemigos, comenzaba él mismo á conocer que no tendrían alegre fin sus cosas, y careciendo de paga los infantes que le habían seguido, y de esperanza de poder robar más, por no tener artillería ni municiones de calidad que pudiesen forzar las villas, padeciendo falta de vituallas y viendo que los enemigos crecían en fuerzas y reputación, pues se les había descubierto tan grande ayuda de los Príncipes, comenzaban á cansarse de la dilación de la guerra, no esperando que pudiesen tener ya feliz suceso ni con pelear presto ni con alargar el tiempo.

Al Papa por otra parte le sucedía lo mismo, estando exhausto de dinero, con pocas fuerzas por sí mismo para hacer las provisiones necesarias en su ejército, y dudoso, como siempre, de la fe de los Reyes y especialmente del rey de Francia, el cual proveía con tardanza la ayuda de dinero que le debía por la capitulación, y porque, habiéndose detenido Scudo, según la voluntad del Papa, en la Romaña, había rehusado enviar á Toscana parte de su gente, diciendo que no la quería dividir.

Por ello, antes que los ejércitos pasasen el Apenino y por estar reducidas las cosas á este estado, habían sido varias las pláticas del acuerdo entre el Legado y Francisco María, juntamente con sus capitanes, interponiéndose en ello Scudo y D. Hugo de Moncada, virrey de Sicilia, enviado por Rey Católico para este efecto; pero no se había hecho nada hasta entonces por la dureza de las condiciones propuestas por Francisco María. Finalmente, los infantes españoles, inducidos por las di-

ficultades que se mostraban y por la instancia de Don Hugo, quien, pasando á ellos y añadiendo las amenazas á la autoridad, había mostrado que era ésta la voluntad del rey de España, se inclinaron á la paz, concertándose en esta forma, dando su consentimiento, aunque de mala gana, Francisco María, interviniendo en ella por el Papa el obispo de Avellino, enviado por el Legado, y consintiendo también los gascones por la interposición de Scudo; que el Papa pagase á los infantes españoles cuarenta y cinco mil ducados que les debía, según decían, por el sueldo de cuatro meses, y á los gascones y tudescos, que estaban juntos con ellos, sesenta mil ducados; que se fuesen todos dentro de ocho días de los Estados de la Iglesia, de los florentinos y de Urbino; que Francisco María desamparase en el mismo término todo lo que poseía y se le diese licencia para pasar á Mantua; que pudiese llevar la artillería, toda su hacienda y nombradamente aquella librería famosa que con tan gran gusto y diligencia había juntado Fadrique, su abuelo materno, capitán de ejército, esclarecido también, entre otras muchas excelentes virtudes, por el patrocinio de las letras; que le absolviese el Papa de todas las censuras y perdonase á los súbditos del Estado de Urbino y á cualquiera que le hubiese sido contrario en esta guerra. Mientras más prolijamente se ponía por escrito la sustancia de estas cosas, quería Francisco María que se consignasen allí unas palabras por las cuales se infería que los españoles eran los que prometían dejar al Papa el Estado de Urbino, y rehusando ellos esto, como contrario á su honra, riñeron, por lo cual, sospechoso Francisco María de que le vendiesen al Papa, se fué súbitamente al Pivieri de Sestina, con parte de los caballos ligeros, con los infantes italianos, gascones y tudescos y con cuatro piezas de artillería.

Los españoles, concluída la paz y recibido el dinero prometido, se fueron al reino de Nápoles, siendo cuando partieron poco más ó menos de seiscientos caballos y de cuatro mil infantes.

Hizo lo mismo la otra infantería, habiendo recibido el premio de su maldad.

Sólo á los italianos no se les prometió ni se les dió cosa alguna, por lo cual Francisco María (de cuyo bien parece que el Scudo tenía particular cuidado), después que se vió desamparado de todos, siguiendo la concordia que se había tratado primero, se fué por la Romana y por el Boloñés á Mantua, acompañado de Federico de Bozzole con cien caballos y seiscientos infantes.

De esta manera se acabó la guerra del Estado de Urbino, continuada ocho meses con gran gasto é ignominia de los vencedores, porque de la parte del Papa se gastaron ochocientos mil ducados. La mayor parte de ellos los pagó la república de Florencia, por el poder que tenía en aquella ciudad. Los capitanes que trataban la sustancia de las cosas fueron imputados por todos de gran vileza, de gobierno muy desordenado y algunos decían que tenían mala intención, porque en el principio de la guerra, estando muy poderosas las fuerzas de Lorenzo y flacas las de los enemigos, nunca supieron, ni con valor descubierto ni con industria ó providencia, usar de ninguna ocasión, y siguiendo á estos principios, por la reputación que habían perdido, confusión é inobediencia del ejército, se añadió en el progreso de la guerra la falta en el ejército de muchas provisiones. Finalmente, habiéndose querido holgar la fortuna con sus yerros, se multiplicaron por su medio tantos desórdenes, que llegó la guerra á estado que el Papa, habiendo descubierto traiciones contra su vida, trabajado en el dominio de la Iglesia, temiendo alguna vez mucho al Estado de Florencia y necesitado á pedir

ayuda á cada uno con ruegos y con nuevas obligaciones, no pudo librarse de tantos trabajos, sino pagando con su propia hacienda aquella gente del ejército enemigo que, ó había sido origen de la guerra ó, conducida á su sueldo, después de haberle hecho muchas extorsiones, se había vuelto contra él ignominiosamente.

En este mismo año, ya casi al fin de él, fué el rey de España con feliz navegación á tomar la posesión de sus reinos, habiendo alcanzado del rey de Francia (entre los cuales, encubriendo la disposición interior, había demostraciones amigables) que le prorrogase por seis meses la paga de los primeros cien mil ducados que estaba obligado á darle por el último acuerdo hecho entre ellos, y los venecianos volvieron á confirmar por dos años la liga defensiva que tenían con el rey de Francia, pues estando unidos con él, hacían poco caso de la amistad de todos los otros, y tanto era así, que aún no habían enviado á dar la obediencia al Papa, al cual culparon mucho porque nombró Legado en Venecia á Altobello, obispo de Pola, como cosa indigna de Su Majestad.

CAPITULO IV.

Digresión acerca de los príncipes otomanos y de sus sultanes de Egipto.—León X estimula á los príncipes cristianos á mover guerra á los turcos.—Muerte de Selim.—Le sucede Solimán.—Liga entre Francia é Inglaterra.—Muerte del Trivulcio.—Muerte del César Maximiliano.—Los reyes de Francia y España aspiran al Imperio.—Inclinación de los príncipes del Imperio hacia la casa de Austria.—Muere Lorenzo de Médicis.—San Leo es cedido á los florentinos.—Carlos, rey de España, es elegido Emperador.—Motivos de nueva guerra entre Carlos y el rey de Francia.

Llégase al año de 1518, en el cual, cosa no sucedida en muchos años, no se sintió ni un pequeño movimiento de guerra, antes se veía una misma disposición en todos los príncipes cristianos, entre los cuales, siendo autor el Papa, se trataba (aunque más con pláticas aparentes que con substanciales consejos) la jornada universal de toda la cristiandad contra Selim, príncipe de los turcos, el cual había ampliado tanto el año antes su grandeza, que, considerando no menos su poder y ambición de dominar que su ferocidad y valor, se podía justamente temer que, si los cristianos no le acometían primero, volvería contra ellos las armas victoriosas antes de que pasase mucho tiempo; porque habiendo entendido Selim que Bayaceto, su padre, que ya era muy viejo, pensaba establecer la sucesión del Imperio en Acomath, su hijo primogénito, que se le había rebelado, le obligó con las armas y con haber sobornado á los soldados pretorianos á que renunciase en su persona el Imperio. También se creyó universalmente que por asegurarse de él de todo punto le mató vilmente con veneno. Vencedor después en una batalla contra su

hermano, le quitó públicamente la vida, y lo mismo hizo con Coreú, hermano menor de todos, y no contento con haber hecho matar (según la costumbre de los otomanos) los nietos y los que vivían de aquella estirpe, se cree (tan cruel é implacable fué su natural) que pensó alguna vez quitar la vida á Solimán, su hijo único.

De estos principios, continuando de guerra en guerra y vencidos los Adulitos, pueblos montaraces y feroces, pasando á Persia contra el Sofí y viniendo con él á batalla, le rompió, ocupó la ciudad de Tauris, capital de aquel Imperio, con la mayor parte de la Persia y fué obligado á desampararla, no por el valor de los enemigos que, desconfiando de poder sustentar su ejército, se habían retirado á lugares silvestres y montuosos, sino porque, habiendo sido aquel año muy estéril, le faltaban las vituallas.

Después que de esta jornada volvió á Constantino-
pla, habiendo castigado á muchos soldados autores de sediciones y dado descanso por algunos meses al ejército, fingiendo que quería volver á guerrear en Persia, volvió las armas contra el Sultán, rey de Siria y de Egipto, príncipe no sólo de antigua reverencia y dignidad para con aquella religión, sino muy poderoso por la ampliación de su dominio, por las grandes rentas y por la milicia de los mamelucos, de cuyas armas había estado poseído aquel imperio trescientos años con grande reputación. Porque siendo regido por los sultanes, los cuales suben al supremo grado por elección y no sucesivamente, y donde no son levantados al gobierno de las provincias y de los ejércitos sino los hombres de conocido valor y promovidos por todos los uestos militares, y siendo el nervio de sus armas, no de soldados jornaleros ni forasteros, sino de nomores escogidos, los cuales, robados desde muchachos en las

provincias cercanas, y criados muchos años con poco sustento, tolerancia en los trabajos y ejercicio continuo de las armas, en andar á caballo y en todas las pruebas tocantes á la disciplina militar, los alistaba en la orden de los mamelucos, sucediendo continuamente en aquella dignidad, no los hijos de los mamelucos muertos, sino otros que, tomados desde niños por esclavos, llegaran con la misma disciplina y con los mismos medios donde habían llegado sus antecesores. Estos, en número no más que de diez y seis ó de diez y ocho mil, tenían sojuzgados con asperísimo imperio á todos los pueblos de Egipto y de la Siria, y despojados de todas las armas, les habían prohibido que pudiesen andar á caballo. Siendo hombres de tanto valor y esfuerzo que hacían la guerra por sí mismos, porque de ellos se elegían los sultanes, cuyas eran las honras, el provecho y la administración de todo este riquísimo y opulentísimo imperio. No sólo habían dominado muchas naciones vecinas y vencido á los árabes, sino que, teniendo varias guerras con los turcos, habían quedado muchas veces victoriosos y nunca vencidos.

Moviéndose, pues, contra éstos Selim con su ejército y rompiéndoles en campaña en muchas batallas, en las cuales fué muerto el Sultán, y después preso en otra refriega el Sultán, su sucesor, á quien mató públicamente con ignominioso suplicio, y haciendo grande matanza, ó por mejor decir, acabado el nombre de los mamelucos y destruído el Cairo, ciudad populosísima en donde residían los sultanes, ocupó en breve tiempo toda la Siria y todo el Egipto, de manera que, habiendo tan presto acrecentado tanto el Imperio, doblado casi las rentas, quitádose el estorbo de enemigos tan poderosos y de tan grande reputación, era, no sin causa, formidable á los cristianos.

Acrecentaba justamente el miedo el haberse juntado

á tan gran poder y valor una ardiente sed de conquistar y de hacer glorioso su nombre en la posteridad con las victorias, y leyendo muchas veces (como se decía) las cosas que hicieron Alejandro Magno y Julio César, se atormentaba en su ánimo grandemente de que las cosas que él había hecho no fuesen en parte alguna comparables á las grandes victorias y triunfos de aquellos, y poniendo continuamente en orden sus ejércitos y su milicia, fabricando de nuevo grande número de bajeles y haciendo nuevas provisiones necesarias para la guerra, temían algunos que, en estando prevenido, pensaba acometer á Rodas, propugnáculo de los cristianos en las partes del Oriente, y otros decían que al reino de Hungría, temido en lo pasado por los turcos por el valor de sus habitantes, pero en este tiempo débil por estar en manos de un rey muchacho y gobernado por los prelados y barones del reino, discordes entre ellos mismos. Otros afirmaban que todos sus pensamientos se enderezaban á Italia, pues le daba atrevimiento para embestirla la discordia de los príncipes y el saber cuán maltratada estaba por las largas guerras, é incitándole la memoria de Mahomet, su abuelo, que con poder mucho menor y con pequeña armada enviada al reino de Nápoles había tomado la ciudad de Otranto, acometiéndola de repente, abierto (si no le hubiera sobrevenido la muerte) una puerta y establecido una silla para ofender continuamente á los italianos.

Por esto el Papa, juntamente con toda la corte de Roma, espantado de tan gran suceso, y mostrando para acudir á tan gran peligro que quería recurrir primero á las ayudas divinas, hizo celebrar en Roma devotísimas procesiones, en las cuales iban con él todos los cardenales y él con los pies descalzos; y después, volviéndose á pensar y á tratar de los medios humanos, sembró Breves á todos los príncipes cristianos, avisándoles de tan

grande peligro y aconsejándoles que, depuestas las diferencias y discordias, quisiesen atender prontamente á la defensa de la religión y del bien común, el cual estaba continuamente sujeto á gravísimos peligros si con los ánimos y con las fuerzas de todos unidas no se pasase la guerra al Imperio de los turcos y acometiesen al enemigo en su propia casa.

Habiéndose examinado sobre esto muchos pareceres de militares y de personas peritas de distintos países sobre la disposición de las provincias y de las fuerzas y armas de aquel Imperio, se resolvía que era necesario que, haciendo grande provisión de dinero con la contribución voluntaria de los Príncipes y con imposiciones universales en todos los pueblos cristianos, el Emperador, acompañado de la caballería de los húngaros y de los polacos, naciones belicosas y ejercitadas en continuas guerras contra los turcos y con un ejército cual era conveniente para tan grande empresa de caballos y de infantes, navegase por el Danubio á la Bosnia (llamábase antiguamente Mesia) para ir desde allí á Tracia y arrimarse á Constantinopla, capital del Imperio de los otomanos; que el rey de Francia con todas las fuerzas de su Reino, de los venecianos y de los otros de Italia, acompañado de la infantería suiza pasase desde el puerto de Brindis á Albania, pasaje fácil y muy breve para acometer á Grecia, que estaba llena de moradores cristianos, y por esto y por la crueldad del Imperio de los turcos, muy dispuesta para rebelarse; que los reyes de España, de Portugal é Inglaterra, juntando sus armadas en Cartagena y en los puertos cercanos, se enderezasen con doscientas naves llenas de infantes españoles y de otros soldados al estrecho de Gallipoli para acometer á Constantinopla después de haber tomado los Dardanelos, que son los castillos que están sobre la boca del estrecho y que á este viaje ayudase

también el Papa enviando desde Ancona cien galeras.

Estando cubierta la tierra y la mar con estos aparatos y acometido por tantas partes el Estado de los turcos, los cuales, el principal fundamento que hacen para defenderse es la campaña, parecía (mayormente añadida la autoridad divina) que se podría esperar feliz fin de guerra tan piadosa.

Para tratar estas cosas, ó á lo menos para que no se le pudiese imputar que faltaba al oficio de Pontífice, publicó León en el Consistorio, tentando primero los ánimos de los Príncipes, tregua universal por cinco años entre todos los potentados de la cristiandad, so pena de gravísimas censuras á quien contraviñese á ella, y porque fuesen aceptadas y tratadas las cosas pertenecientes á tan gran empresa, las cuales trataba también continuamente con los embajadores de los Príncipes, destinó por legados al Emperador, el cardenal de Sant Sixto; al rey de Francia, el de Santa María in Portici; al de España, el cardenal Gil; y al rey de Inglaterra, á Lorenzo, cardenal Campeggio, todos de autoridad ó por experiencia de negocios ó por opinión de letras ó por ser muy dependientes del Papa. Pero aunque estas cosas se comenzaron con gran expectación y la tregua universal fué aceptada por todos y se mostraban contra los turcos con ostentación y magnificencia de palabras, diciendo que estaban dispuestos (si los otros concurrían) con todas sus fuerzas para cosa tan justa, con todo eso, teniendo todos el peligro por incierto y remoto y que tocaba más á los Estados del uno que del otro, y siendo muy dificultoso y obra de argo tiempo introducir un ardor y una unión tan universal, prevalecían los intereses particulares y la comodidad; de manera que estas pláticas no llegaron á esperanza alguna, porque no se trataron sino muy ligeramente y casi por ceremonia, siendo también natural en

los hombres que las cosas que al principio se representan muy espantosas se van de día en día de tal manera disminuyendo y borrando que, si no sobrevienen nuevos accidentes que refresquen el miedo, se tienen después de poco tiempo por casi seguros de ellas.

Confirmó está negligencia en las cosas públicas y afición inmoderada en las particulares la muerte que poco después sucedió de Selim; el cual, habiendo suspendido los aparatos de la guerra por larga enfermedad y consumido por ella, pasó á la otra vida, dejando tan grande imperio á Solimán su hijo, mozo en edad, pero tenido por de natural más manso y de ánimo menos encendido para la guerra, aunque los efectos después fueron otros.

Mostrábase en este tiempo entre el Papa y el rey de Francia grande unión, porque el Rey dió por mujer á Lorenzo, sobrino del Papa, á Magdalena, nacida de la noble sangre de la casa de Boloña, con diez mil ducados de renta, parte dados por el Rey y parte que le pertenecían de su patrimonio y, habiéndole nacido al Rey un hijo varón, pidió al Papa que le hiciese sacar de pila en su nombre. Por esta causa Lorenzo, que se ponía en orden para irse á desposar con la nueva mujer, acelerando al jornada, llegó por la posta á la corte de Francia, donde fué muy acariciado y honrado del Rey, y mostrando Lorenzo que enteramente se ponía en sus manos y prometiendo que en cualquier caso seguiría su fortuna, ganó mucho en su gracia. Llevó al Rey un Breve del Papa por el cual le concedía que hasta que el dinero recogido de la décima y de la cruzada no se hubiese de emplear contra los turcos, pudiese gastarlo á su albedrío; prometiendo restituirle siempre que fuese necesario para el efecto que se había concedido, pero convirtiendo en uso de Lorenzo diez mil escudos. El Rey, que hasta aquel día había disimulado que no cumpliese el Papa

lo que le había prometido por un Breve, de la restitución de Módena y de Regio al duque de Ferrara, aunque había pasado el término de siete meses, conociendo que no podía hacer cosa más molesta al Papa que instarle para esta restitución, y haciendo más caso (como muchas veces sucedía) de los mayores que de los menores, puso en manos de Lorenzo el Breve de la promesa.

Prorrogaron también los venecianos casi en el mismo tiempo por medio del rey de Francia la tregua con el Emperador por cinco años, con condición de que le pagasen cada uno de estos cinco años veinte mil escudos. Expresábase en esta tregua que cada año pagasen á los expatriados de sus lugares que habían seguido al Emperador la cuarta parte de las rentas de los bienes que poseían, tasando el pago por esta causa en cinco mil ducados y por ventura se hubiera inclinado el Emperador á hacer la paz si le dieran mayor suma de dinero; pero al Rey le era más grata la tregua, porque, no asegurados los venecianos de todo punto, tuviesen más causa de estimar su amistad y porque al Emperador no se le diese facultad para hacer alguna novedad con el dinero que tuviera de ellos.

Enderezándose las cosas por todas partes á la paz, se compusieron también las diferencias entre los reyes de Francia é Inglaterra, confirmándolas con nuevo parentesco para que el concierto fuese más firme, porque el rey de Inglaterra le prometió que le daría su hija única (la cual se creía que sucedería en el Reino por no tener otros hijos) para el Delfín, hijo primogénito del rey de Francia, con cuatrocientos mil ducados de dote. Eran ambos de tan tierna edad que podían nacer infinitos accidentes antes que por la suficiencia de la edad se pudiese establecer el matrimonio. Hízose liga defensiva entre ellos, invitando á figurar en ella como con-

trayentes principales al Emperador y al rey de España, en caso de que dentro de cierto tiempo, la ratificasen, y el rey de Inglaterra se obligó á restituir á Tournay, cuya guarda le era muy costosa, recibiendo del de Francia al presente, por los gastos hechos, doscientos sesenta mil ducados; que confesase que había recibido trescientos mil por la dote de la nuera futura, pagarle otros trescientos mil en tiempo de doce años y prometerle también devolver á Tournay si la paz y el parentesco no se hiciesen. Fueron para esta liga y parentesco embajadores de una parte á otra á recibir las ratificaciones y juramentos. Se despacharon estos actos en ambas cortes con gran solemnidad y ceremonia, establecióse que los dos Reyes se viesen entre Calais y Bolonia y poco después se hizo la restitución de Tournay.

En este mismo tiempo, habiendo muerto la hija del rey de Francia, que estaba destinada para mujer del de España, se volvió á confirmar entre ellos la paz y la capitulación con la promesa del matrimonio con la hija segunda, celebrando ambos Príncipes esta unión con demostraciones exteriores de amistad: el rey de España á quien había hecho pagar en Lyon los cien mil ducados, llevó publicamente la insignia de la orden de San Miguel el día de su festividad, y el de Francia, el día dedicado á San Andrés, públicamente la del Toisón.

Estando así quietas las cosas de Italia y las ultramontanas, trabajaba sólo Juan Jacobo Trivulcio, sin ayudarle ni la edad (que estaba ya casi en lo último de la vejez) ni el valor experimentado tantas veces en servicio de la casa de Francia porque dando quizá causa en alguna parte su ambición é inquietud, estando combatido por las intrigas de sus emulos y perseguido en muchas cosas por Lautrec, había entrado en recelos el Rey de que él y su casa, por los intereses de la

facción güelfa, fueran muy afectos á los venecianos, á cuya gente gobernaba Teodoro Trivulcio y habían nuevamente tomado á sueldo á Renato, de la misma familia; por lo cual el Rey, habiendo quedado, después de la muerte de Francisco Bernardino Visconti, como cabeza de la facción gibelina Galeazo Visconti, para oponerle con más autoridad al Trivulcio, le había dado la orden de San Miguel y señaládole pensión, y él y Lautrec en todas las ocasiones le daban reputación. No pasando estas cosas sin ofensa del Trivulcio, impaciente en disimular y quejándose á menudo, se hacía cada día más aborrecible y sospechoso. Pero acrecentóle ocasión á Lautrec y á los otros que le calumniaban con el Rey el haberse hecho burgués de los suizos, como si quisiese por su medio tener patrocinio contra el Rey y quizá aspirase á mayores pensamientos.

Fué á Francia á justificarse de estas calumnias, así viejo como estaba, y cuando partió, no sólo detuvo Lautrec en Vigevene, por orden del Rey, con honesta guarda á su mujer y á su nieto, nacido del conde Musocco, su único hijo ya muerto, sino que tampoco le recibió el Rey con la benignidad y honra acostumbrada antes. Reprendiéndole el haberse hecho suizo, le dijo que no le detenía otra cosa para castigarle como era justo, sino la fama divulgada por todas partes y sobre todo la verdad de sus méritos con la corona de Francia. Fué obligado á deshacer lo que había hecho, y pocos dias después, siguiendo la corte, cayó malo en Chartres y murió.

Hombre, á juicio de todos, como lo habían confirmado muchas experiencias, de gran valor en la disciplina militar y sujeto toda su vida á la inconstancia de la fortuna, que unas veces lo abrazaba con prósperos sucesos y otras le maltraba con adversos, y á quien justamente le tocaba aquello que por su orden se escribió

en su sepulcro: *Reposa en este lugar Juan Jacobo Trivulcio, que antes nunca habia reposado.*

En este mismo año, deseoso el Emperador de establecer la sucesión del Imperio romano después de su muerte en uno de sus nietos, trataba con los electores de hacer elegir á uno de ellos por Rey de romanos. Quien alcanza esta dignidad sucede inmediatamente en el Imperio, sin otra elección ó confirmación, cuando muere el Emperador. Porque no se podía llegar á esta elección hasta que quien ha sido elegido en el Imperio ha tomado la Corona imperial, hacía instancia con el Papa para que, con ejemplo nuevo, le hiciese coronar en Alemania por mano de algunos cardenales señalados como legados apostólicos para este acto.

Aunque había deseado antes el Emperador que esta dignidad se confriese á Fernando, su nieto, pareciéndole conveniente que, pues en el hermano mayor habían concurrido tantos Estados y tanta grandeza, se sustentase él con esta dignidad y juzgando que, por mantener más ilustre su casa y por todos los casos contrarios que pudiesen suceder en la persona del mayor, era mejor tener dos personas grandes que una sola, con todo eso, estimulado á lo contrario por muchos de los suyos, por el cardenal Sedunense y por todos aquellos que temían y odiaban el poder de franceses, desechando el primer consejo, volvió el ánimo á disponer que fuese levantado á esta dignidad el rey de España; mostrándole estos mismos que era más útil para la exaltación de la casa de Austria juntar todo el poder en uno sólo que, dividiéndole en muchas partes, hacerlos menos poderosos para conseguir sus designios; que eran tantos y tales los fundamentos de la grandeza de Carlos, que se podía esperar (si se le añadía la dignidad del Imperio) que había de reducir á una monarquía toda Italia y gran parte de la cristiandad, cosa no sólo

perteneciente á la grandeza de sus descendientes, sino también á la quietud de sus vasallos, y por respeto de las cosas de los infieles, en beneficio de toda la cristiandad; que era oficio y deuda suya pensar en el aumento y exaltación de la dignidad imperial que tantos años había estado en su persona y en la casa de Austria, la cual, habiendo sido hasta aquel día, por su poco poder y de sus antecesores, mayor en el título y nombre que en la sustancia y en los efectos, no se podía esperar que se enalteciera, ni volviera á su primer esplendor, sino pasándola á la persona de Carlos y juntándose con su poder; que no era oficio suyo impedir esta ocasión que le había traído la naturaleza y la fortuna, sino aprovecharla; que se veía por los ejemplos de los antiguos emperadores, que César Augusto y muchos de sus sucesores, faltándoles hijos y persona de su misma casa, celosos de que no se acabase ó disminuyese la dignidad que había residido en sus personas, habían buscado sucesores (remotos de parentesco y que no les tocaban por parte alguna), por medio de las adopciones; que era reciente el ejemplo del Rey Católico, que amando como á hijo á Fernando, criado siempre con él, y no habiendo visto nunca á Carlos, antes habiendo probado en su última edad que era desobediente á sus órdenes, con todo eso, no teniendo compasión de la pobreza de aquel que amaba como á hijo, no le había dado parte alguna de tantos Estados suyos, ni tampoco de aquéllos que había conquistado por sí propio, estando en su mano disponer de ellos; antes lo había dejado todo á aquel que casi no conocía sino como extraño; que se acordase de que el mismo Rey le había aconsejado siempre que conquistase nuevos Estados para Fernando, pero que á Carlos dejase la dignidad imperial; que se había visto que por hacer mayor al poder de su sucesor, había, quizá por consejo, condenado

de muchos y por ventura injusto, sin ser movido de otra causa que de ésta, despojado del reino de Aragón su propia casa, tan noble y tan ilustre, y venido, contra el deseo común de la mayor parte, á que el nombre de su casa se extinguiese y aniquilase. A esta instancia del Emperador se oponía el rey de Francia con todo arte é industria, siéndole muy molesto que se añadiese á tantos Reinos y Estados del rey de España también la corona imperial, pues tomando fuerza con tan grande poder, se haría formidable á todos; por lo cual, procurando embarazarla ocultamente con los electores, hacía instancia con el Papa para que no consintiese que, con nuevo ejemplo, pidiese al Emperador la corona, y había enviado embajadores á los venecianos para que se juntasen con él á fin de oponerse á esto, amonestando al Papa y á ellos el peligro que tendrían de tanta grandeza.

Con todo eso, los electores estaban ya en gran parte del parecer del Emperador y asegurados del dinero que por esta elección se prometían del rey de España, el cual había enviado para este efecto á Alemania doscientos mil ducados, no pudiendo ni con justa causa ni sin peligro de escándalo (teniendo respeto á los ejemplos pasados) negar esta petición.

No se creía que el Papa (aunque le era muy molesto) rehusase el conceder que, por mano de los legados apostólicos, recibiese el Emperador en Alemania la corona del Imperio en su nombre, pues el irse á coronar á Roma era por cualquier otro respeto más cefemonia que cosa de substancia, aunque es de mayor autoridad para la Sede Apostólica.

Con estos pensamientos y con estas acciones se acabó el año de 1518, no habiendo tomado aún determinación los electores, la cual se hizo más difícil y dudosa por la muerte del Emperador, que sucedió en los primeros días del año 1519.

Murió en Lintz, villa situada en los confines de Austria, atento como siempre á la caza de las fieras y con la misma fortuna que había vivido casi siempre; pues habiéndole sido muy benigna en ofrecerle grandes ocasiones, no sé si le fué igualmente contraria en no dejárselas conseguir, ó si por ventura le privaba de lo que la fortuna le traía á su propia casa su inconstancia y los conceptos inmoderados y diferentes muchas veces de los juicios de los otros hombres, unidos á la prodigalidad infinita y disipación del dinero. Estas cosas fueron las que le interrumpieron todos los sucesos y ocasiones. Príncipe por otra parte muy diestro en la guerra, diligente, secreto, trabajador, piadoso y dotado de muchas cualidades y dones excelentes.

Muerto el Emperador, comenzaron á aspirar descubiertamente al imperio los reyes de España y Francia, y aunque esta diferencia era sobre cosa tan importante y entre Príncipes de tanto poder, con todo eso la trataron modestamente, no pasando á injurias de palabras ni amenazas de armas, sino procurando cada uno con su autoridad y medios ganar los ánimos de los electores; antes el rey de Francia hablando sobre esta elección con los embajadores del de España, les dijo que se debía alabar que cada uno de ellos procurase honestamente honrarse con el esplendor de tan gran dignidad, que en tiempos antiguos había estado en las casas y personas de sus antecesores; mas que no por esto lo debía tomar el uno por injuria del otro, ni disminuirse por tal causa el amor y unión; antes se debía seguir el ejemplo que alguna vez se ve entre dos mozos amantes, que aunque amen á una misma mujer y procure cada uno alcanzarla con todos los medios é industria posibles, ni por esto vienen entre ellos á reñir.

Parecía al rey de España que debidamente le pertenecía el imperio por haberse continuado muchos años

en la casa de Austria y no haber sido costumbre de los electores privar á los descendientes del muerto, sin evidente causa, de la sucesión; que no había ninguno en Alemania de tanta autoridad ó poder que compitiese con él en esta elección, ni le parecía justo ó verosímil que pasasen los electores á un Príncipe forastero tan gran dignidad, continuada muchos siglos en la nación alemana, y cuando alguno, sobornado con dinero ó por alguna otra causa, tuviese diferente intención, esperaba espantarle con las armas que tenía dispuestas para su tiempo y que los otros electores se le opondrían, ó á lo menos que todos los otros Príncipes y las villas francas de Alemania no sufrirían tan grande infamia é ignominia para todos, mayormente tratándose de transferirla en la persona de un rey de Francia, como acrecentar el poder de un rey enemigo de su nación, y de donde se podía tener por cierto que no volvería jamás aquella dignidad á Alemania.

Tenía por fácil alcanzar la perfección de aquello que se había tratado con su abuelo, estando ya concertado con premios y donativos con cada uno de los electores.

Por otra parte, no era menor la codicia ni la esperanza del rey de Francia, fundada principalmente en creer que ganaría los votos de los electores con gran suma de dinero, de los cuales, unidos algunos con él por antigua amistad, mostrándole la facilidad del negocio le incitaban á que hiciese la empresa. Esta esperanza (como están dispuestas las gentes á persuadirse de lo que desean) sustentaba con razones más aparentes que ciertas, porque sabía que ordinariamente era molesto á los príncipes de Alemania que los Emperadores fuesen muy poderosos, por la sospecha de que no quisiesen ó en todo ó en alguna parte reconocer las jurisdicciones y autoridades imperiales ocupadas por muchos, y por

esto se persuadía que de ninguna manera convendrían en la elección del rey de España, sujetándose por sí mismos á un Emperador más poderoso que había sido otro alguno desde la memoria de los antiguos; cosa que no parecía del todo semejante en él, porque no teniendo Estados ni adherencias antiguas en Alemania no podían tener tanta sospecha de su grandeza. Por estas razones pensaba que en las villas francas, no sólo se contrapesaba, sino se oprimía el respeto de la gloria de la nación, como suelen comúnmente poder sin comparación más en los hombres los estímulos del propio interés que el respeto del beneficio común. Sabía que era muy molesto á muchas casas ilustres de Alemania que pretendían estar capaces para aquella dignidad, que hubiese estado el imperio tantos años en una misma casa; que lo que debían dar por elección hoy á la una y mañana á la otra, se hubiese comenzado casi á perpetuar por elección en una misma descendencia, y que se podía llamar sucesión aquella elección que no osaba apartarse de los más próximos de la familia de los Emperadores muertos. Así había pasado el imperio de Alberto de Austria en Federico su hermano, de Federico en Maximiliano su hijo, y ahora se trataba de pasarle de Maximiliano en la persona de Carlos su nieto. Estos humores é indignación de los príncipes de Alemania, le daban esperanza de que las discordias y emulaciones entre ellos mismos pudiesen ayudar á su causa, sucediendo muchas veces en las diferencias que quien se ve excluído se precipite (pospuestos todos los respetos) á ceder á cualquier tercero que á quien ha sido opositor de su intención. Esperó demás de esto el rey de Francia en la ayuda del Papa, tanto por la unión y amistad que le pareció había contraído con él, como porque no creía que le pudiese agradar que Carlos, príncipe de tanto poder, y que estando arrimado el reino de Nápo-

les al Estado de la Iglesia, tenía, por la amistad de los barones gibelinos, abierto el paso hasta las puertas de Roma, consiguiese también la corona del imperio; no considerando que esta razón, verdadera contra Carlos, militaba también contra él; porque ni al Papa ni á cualquiera otro había de ser menos formidable el imperio unido con él que con Carlos, siendo así que el uno poseía quizá más reinos y más Estados y el otro no se debía estimar menos, porque no tenía apartado ni dividido en diferentes partes su poder, sino todo el reino recogido y muy junto, con grande obediencia de sus pueblos y lleno de muchas riquezas. Pero no conociendo en sí lo que fácilmente consideraba en otros, recurrió al Papa, suplicándole quisiese darle favor porque de él y de su reino se podía valer como de propio hijo.

Tenía en gran cuidado al Pontífice esta elección, siéndole muy molesto, por la seguridad de la Sede Apostólica y de todo lo restante de Italia, que cualquiera de los dos Reyes fuese promovido al imperio, y no siendo tal su autoridad con los electores que esperase poder ayudar mucho con ella, juzgó que era necesario emplear en cosa de tanta consideración la prudencia y el arte. Persuadiase que, engañado el rey de Francia por algunos de los electores, no tendría parte alguna en la elección, ni que en hombres, aunque fuesen vendibles, podrían tanto los sobornos que injustamente pasasen el imperio de la nación alemana al rey de Francia. Parecíale que al rey de España, por ser de la misma nación, por las pláticas comenzadas por Maximiliano y por otros muchos respetos, le era fácil conseguir su intento si no se le hacía oposición muy poderosa, la cual juzgaba que no podía ser de otra manera, sino disponiéndose el rey de Francia á mudar en uno de los electores las mismas ayudas y dineros de que usaba para elegirse á sí. Creía imposible reducir al Rey

á esto mientras estaba en el fervor de las vanas esperanzas, por lo cual esperaba que, cuanto más ardientemente y con mayores esperanzas se engolfase en esta plática, tanto más fácilmente (cuando comenzase á caer en que le salían vanos sus pensamientos, hallándose ya descubierto, irritado y sobré la porfía) se precipitaría á favorecer la elección en un tercero con no menor calor que había ayudado la suya misma, y que podría en este tiempo, habiendo ganado crédito con el Rey de que le era favorable y de que había deseado lo mismo que él, ser oída su autoridad y consejo. Que asimismo podría suceder, favoreciéndose gallardamente en los principios las cosas del rey de Francia, que el otro Rey, viendo que se dificultaba su deseo y temiendo que el Rey su contrario tuviese alguna parte, se precipitase también á un tercero, por lo cual, no sólo mostró al rey de Francia que tenía sumo deseo de que alcanzase el imperio, sino le aconsejó con muchas razones que procediese vivamente en esta empresa, prometiendo que le favorecería amplísimamente con toda la autoridad del Pontificado; y pareciéndole que no podía dar mayor seguridad de ser este su verdadero intento que usar en esta materia de un instrumento que juzgase el rey de Francia que tenía más dependencia de él que de los otros, señaló luego por su Nuncio en Alemania á Roberto Orsino, arzobispo de Regio, persona confidente del Rey, con comisión de que por sí y junto con los otros agentes que estaban allí por el Rey, favoreciesen cuanto pudiesen su elección con los Electores; pero advirtiéndole que procediese con mayor ó menor moderación, según como hallase en Alemania la disposición de los Electores y el estado de las cosas.

Discurridas por el Papa con prudencia estas acciones y cubiertas con sumo fingimiento, fuera menester que en el rey de Francia y en sus ministros, que estaban en

Alemánia, hubiese habido mayor prudencia y en los del Papa mayor gravedad y fe. Pero mientras se trataban estas cosas de palabra y con las armas, ordenó el rey de Francia que Pedro Navarro saliese á la mar con una armada de veinte galeras y otros bajeles y con cuatro mil infantes pagados, echando voz que era para reprimir las piraterías de los moros que, habiendo corrido muchos años sin embarazo nuestros mares, los corrían al presente más que nunca, y de acometer á los moros de África si se lo pareciese al Pontífice; pero principalmente porque el Papa, habiéndose descubierto totalmente por él en la causa del Imperio, no tuviese causa de temer á las fuerzas del Rey Católico, el cual, más por temor que tenía de ser ofendido, que por deseos de ofender á otros, prevenía con solicitud una armada para enviarla á la guarda del reino de Nápoles, y con todo eso, continuándose entre ambos en estas diferencias y sospechas el fingimiento de amistad, se juntaron en sus nombres en Montpellier el gran maestre de Francia y monseñor de Gebres, en cada uno de los cuales casi consistía el consejo y ánimo de su Rey para tratar sobre el establecimiento del matrimonio de la hija segunda del rey de Francia con el rey de España y mucho más para resolver las cosas del reino de Navarra, cuya restitución á su antiguo Rey, prometida en la paz que se hizo en Noyón, aunque la solicitaba mucho el rey de Francia, la había diferido hasta aquel día el de España con varias excusas. Pero la muerte del gran maestre, que sucedió antes que se juntasen á hablar, interrumpió la esperanza de esta jornada.

Murió en este tiempo Lorenzo de Médicis, oprimido, de una enfermedad casi continua, después que, habiendo consumado el matrimonio con infelices agüeros, había vuelto de Francia; porque muriendo su mujer de parto, le dispuso el camino.

Por la muerte de Lorenzo, deseoso el Papa de tener unido con aquella Sede, mientras vivía, el poder de los florentinos, despreciando los consejos de algunos que le aconsejaban que, no quedando otro sino él de los descendientes por línea masculina de Cosme de Médicis, fundador de aquella grandeza, restituyese á su patria la libertad, puso al cardenal de Médicis en la administración de aquel Estado ó por deseo de perpetuar el nombre de su casa ó por odio que, causado por el destierro, tenía contra el nombre de República. Pensando que el ducado de Urbino (por el amor de los pueblos al antiguo Duque, podía estar difícilmente debajo de nombre de la hija única que había quedado de Lorenzo, comprendida en la investidura de su padre, lo restituyó á la Sede Apostólica, juntamente con Pésaro y Sinigaglia. No le pareció que bastaba esto para refrenar el ardor de los pueblos, y así hizo demoler las murallas de la ciudad de Urbino y de los otros lugares principales del Ducado, excepto las de Agobio. A esta ciudad, por no tener el ánimo tan inclinado á Francisco María por la emulación que tenía con la ciudad de Urbino, dió favor y reputación, constituyéndola como cabeza de aquel Ducado, y para enflaquecerle más dió á los florentinos en paga del dinero que habían gastado por él en la guerra de Urbino, del cual los había hecho antes acreedores en la Cámara apostólica, la fortaleza de San Leo con todo el Montefetro y el Pivieri de Sestina, que solía ser territorio de Cesena, contentándose poco los florentinos con esta satisfacción, mas no pudiendo oponerse á su voluntad.

Quedaba la diferencia del Imperio con grande suspensión de toda la cristiandad, proseguida por ambos Reyes con mayor calor que nunca, en la cual el rey de Francia se engañaba cada día más, inducido por las grandes promesas del marqués de Brandemburgo, uno

de los Electores, el cual, habiendo recibido del Rey grandes ofertas de dinero y quizá alguna suma de presente, se había obligado con ocultas capitulaciones, no sólo á darle su voto, sino prometiéndole que el arzobispo de Magnuncia, su hermano, uno de los tres prelados electores, haría lo mismo. Prometíase asimismo el Rey mucho de otra parte de los Electores, y esperaba (en caso que los votos estuviesen iguales) en el rey de Bohemia, por cuyo voto, si discuerdan los seis Electores (de los que tres son prelados y los otros tres Príncipes) se decide la diferencia. Por esta causa envió al Almirante (que primero había ido á Alemania sobre estas cosas) gran cantidad de dinero para dar á los Electores, y entendiendo que muchas villas francas juntamente con el duque de Vitemberg, amenazando á quien quería pasar el Imperio á forasteros, juntaban muchas fuerzas, hacía provisión de más dinero para oponerse con las armas á quien quisiese impedir que le eligiesen los Electores.

Era grande la inclinación de los pueblos de Alemania á que no se quitase de aquella nación la dignidad Imperial; antes hasta los suizos, movidos del amor de la patria común alemana, habían suplicado al Papa que no favoreciese en esta elección á ninguno que no fuese tudesco; el cual, perseverando con todo eso en favorecer al rey de Francia, esperaba que, mostrándose tan fino por él, oiría el Rey con más crédito sus consejos, con los cuales finalmente intentó persuadirle de que, depuesta la esperanza de ser elegido, procurase con la misma instancia la elección de algún otro Príncipe de Alemania; consejo dado sin fruto alguno porque, engañados el Almirante y Roberto Orsino con las promesas de aquellos que, por sacar dinero de la mano de franceses, le daban esperanzas; y dominados por la pasión propia, el uno por ser de ingenio francés

y ministro del Rey y el otro de natural ligero y deseoso de ganar su gracia, le confirmaban cada día más con vanos avisos en la esperanza de obtener el Imperio.

Habiendo ido con estas pláticas, según el uso antiguo, á Francfort, villa de la baja Alemania, aquellos á quien, no por antigua costumbre ó razón fundada, sino por concesión de Gregorio V, Pontífice romano, pertenece la facultad de elegir el Emperador Romano, mientras estaban en varias disputas para venir al tiempo debido, según sus órdenes, á la elección, un ejército puesto en campaña por orden del rey de España (el cual estuvo más pronto en juntar gente con el dinero que en darlo á los Electores), arrimándose á Francfort, debajo de nombre de estorbar á quien procurase violentar la elección, acrecentó el ánimo á los Electores que favorecían su causa, redujo al parecer de los otros á aquellos que tenían duda y espantó tanto al de Brandemburgo (que estaba inclinado al rey de Francia) que, desesperado de que concurriesen en esto los otros Electores y queriendo huir del odio y de la infamia con toda la nación, no tuvo osadía para descubrir su intento, de manera que, llegando el acto de la elección, fué elegido por Emperador en 28 de Junio Carlos de Austria, rey de España, por votos concordes de cuatro electores, el arzobispo de Maguncia, el de Colonia, el conde Palatino y el duque de Sajonia; pero el arzobispo de Tréveris eligió al marqués de Brandemburgo, el cual concurrió también en la elección por sí mismo, y no se duda que si, por la igualdad de los votos, hubiera venido la elección al voto del elector séptimo, sucediera lo mismo, porque Luis, rey de Bohemia, que también era rey de Hungría, había prometido su voto á Carlos.

Afligió mucho esta elección el ánimo del rey de Francia y de aquellos que en Italia dependían de él, y por el contrario animó mucho á quien tenía esperanzas

ó pensamientos opuestos, viendo junto tan gran poder en un Príncipe solo, mozo, y á quien se decía, por varios juicios, que estaba prometido grande imperio y estupenda felicidad, y si bien no estaba tan rico de dinero como el rey de Francia, con todo eso, se tenía por de grande importancia el poder llenar sus ejércitos de infantería tudesca y española, que era de mucho valor y estimación, cosa que en contrario sucedía al rey de Francia porque, no teniendo en su reino infantes que oponer á éstos, no podía enredarse en guerras poderosas, sino sacando con gran gasto y alguna vez con mucha dificultad infantería de los países forasteros. Esto le obligaba á entretener con mucho gasto y diligencia á los suizos y á sufrir de ellos muchas injurias, y con todo eso nunca estaba seguro ni de su constancia ni de su fe.

No se dudaba que entre dos príncipes mozos, entre los cuales había muchas causas de emulación y diferencia, dejasen de nacer graves guerras, porque en el rey de Francia vivía el deseo de recuperar el reino de Nápoles, pretendiendo que tenía sobre él justo título. Tenía en el corazón la entrega del reino de Navarra al rey Juan, de la cual echaba de ver que le habían dado vanas esperanzas. Al Emperador le era molesta la paga de los cien mil ducados que había prometido en el acuerdo de Noyón, y le parecía que, despreciando el Rey el acuerdo primero hecho en París, usando inmoderadamente de la ocasión de estar necesitado él de pasar á España, le hubiese obligado casi por fuerza á hacer nueva concordia. Estaba siempre fresca entre ellos la causa del duque de Güeldres, la cual sólo podía ser bastante á hacerles mover las armas, por tenerle el rey de Francia en su protección y reputarle el estado de Flandes por su enemigo. Pero sobre todo engendraba en el ánimo del nuevo Emperador muy ardientes de-

seos el ducado de Borgoña, el cual, ocupado por Luis XI con ocasión de la muerte de Carlos, duque de Borgoña, abuelo materno del padre del Emperador, había atormentado siempre el ánimo de sus sucesores.

No faltaban estímulos ni causas de diferencias por razón del ducado de Milán, del cual, no habiendo alcanzado ni pedido la investidura el presente Rey después de la muerte de Luis XII, y pretendiéndose muchas excepciones á los derechos que le nacían de la investidura dada á su antecesor de invalidación y de pérdida de derecho, era esto bastante á levantar guerras entre ellos.

Pero ni los tiempos ni la oportunidad permitían que por entonces hiciesen movimiento porque, demás que al Emperador le era necesario volver á pasar primero á Alemania para tomar en Aquisgrán (según el uso de los otros electos) la corona del imperio, se añadía que, siendo ambos tan poderosos, les detenía la dificultad de poderse ofender uno á otro, si primero no entendían el ánimo de los otros príncipes y su disposición, especialmente la del Papa, habiéndose de hacer guerra en Italia; pues por tenerla encubierta con sus fingimientos y mañas, no la sabía nadie, y por ventura tal vez no se resolvía en sí mismo; si bien más por no tener ocasión de negárselo sin ofender su ánimo gravemente, que por libre voluntad, había dispensado á Carlos que aceptase la elección hecha del imperio, contra el tenor de la investidura del reino de Nápoles; en la cual, hecha según la forma de las investiduras antiguas, se le prohibía expresamente.

CAPITULO V.

Deseo del Pontífice de ocupar á Ferrara. Descúbrese una conjuración contra Alfonso.—Principio de la herejía de Lutero.—Es excomulgado por el Papá.—Progresos de su doctrina.—Juan Pablo Baglione es decapitado en Roma.—Coronación de Carlos V.—Tumultos en España.—Motín de los españoles en Sicilia.

Conservábase, pues, Italia en paz por estas razones, aunque al fin de este mismo año intentó el Papa ocupar la ciudad de Ferrara, no con armas manifiestas, sino con ardidés, porque si bien se creía que, por la muerte de Lorenzo, su sobrino, faltando ya á su casa más hombres que Estados, había dejado el intento de ocupar á Ferrara, habiendo aspirado primero á ella, con todo eso, ó provocado del odio concebido contra aquel Duque ó de la codicia de igualarse ó á lo menos acercarse cuanto pudiese á la gloria de Julio, no había dejado parte alguna de este ardor por las muertes de su hermano y sobrino, de donde se puede colegir fácilmente que la ambición de los sacerdotes de ninguna otra cosa recibe mayor aumento que de sí misma.

No sufriendo la calidad de los tiempos ni el sitio y fortaleza de aquella ciudad, por haberla prevenido con gran diligencia Alfonso, que se pensase en expugnarla á viva fuerza, mayormente teniendo casi infinita cantidad de artillería muy bella y de municiones y habiendo juntado, según se creía, grande cantidad de dinero con evitar los gastos, con añadir tributos y gabelas, con acrecentar de cualquier modo sus rentas y ejercitándose con industria en representar en muchas cosas más el papel de mercader que el de Príncipe, no le

quedaba al Papa, si no se mudaban las calidades de los tiempos, otra esperanza de obtenerla que ocultas mañas y tratos, y habiéndolos intentado vanamente en los tiempos pasados por medio de Nicolás de Este y de otros muchos, y estando Alfonso (por no tener noticia que atendía ya á estas pláticas) casi asegurado de sus asechanzas, aunque no de su voluntad, le pareció al Papa (por algunos partidos que le fueron propuestos y por haber Alfonso llegado á estar oprimido de una larga enfermedad) que casi se desesperaba de su salud, y hallarse el cardenal, su hermano, en Hungría, por no estar en Roma mal querido del Papa, que era tiempo á propósito para intentar conseguir el designio que le habían propuesto algunos expatriados de Ferrara, y por medio de ellos Alejandro Fregoso, obispo de Ventimiglia, que entonces habitaba en Bolonia, porque aspirando á ser Dux, como lo había sido el cardenal, su padre, causaba sospecha á Octaviano Fregoso. Este Alejandro, habiendo sido poco feliz en los tratos que hizo para volver á entrar en su propia patria, prometía más próspero suceso en los que hacía por otros en las patrias forasteras.

Debajo, pues, de color de querer entrar el obispo con las armas en Génova, habiendo recibido en secreto diez mil ducados del Papa, levantó dos mil infantes, parte en el país de Roma y parte en la Lunigiana. Al rumor de esta junta, habiéndose armado, por sospecha de su persona, Octaviano Fregoso, por mar y tierra, el obispo, como si por haberse descubierto sus designios quedase excluido de esperanza de poder revolver el Estado de Génova por entonces, dando á entender á Federico de Bozzole, con cuya ayuda se mantenía en gran parte la concordia contra el conde Juan Francisco de la Mirán-dola, que le podría servir con aquella gente hasta que se hubiese acabado su paga, que duraba cerca de un

mes, pasando el Apenino, bajó á tierra de Corregio, tomando despacio el camino de la Concordia. Era el fundamento de este trato el pasar el Pó, y para este efecto, unos ministros de Carpi, sabedor de esta plática, habían fletado, diciendo que eran mercaderes de trigo, muchas barcas que estaban en la boca del río Secchia (así llamaron los vecinos á aquel lugar donde las aguas del Secchia entran en el Pó), y pasando el Pó con ellas trazaba el obispo arrimarse con presteza á Ferrara, donde, habiendo estado pocos meses antes, reconoció un lugar de la ciudad sobre el Pó, por donde estaban derribadas más de cuarenta brazas de muralla, lugar abierto y muy fácil de entrar. Caída esta muralla poco antes, no se había reparado tan prèsto porque la vecindad del río y el estar sin temor había causado negligencia en quien sabía disponer estas cosas con solitud.

Pero al saberse en el país circunvecino que el Ventimiglia había pasado el Apenino con esta gente, el marqués de Mantua retiró á aquella ciudad todas las barcas que estaban á la boca de la Secchia, no por alguna sospecha particular, sino por costumbre antigua de dificultar á la gente forastera el paso de los ríos; de manera que, no pudiendo servirse el Ventimiglia de las barcas fletadas y no teniendo comodidad para disponer tan presto otras, mayormente porque los gobernadores vecinos de la Iglesia no estaban advertidos de esta plática, ni tenían comisión (cuando bien lo hubieran sabido) para intervenir en ella, mientras que buscaban algún remedio él y los ministros de Alberto, se detuvo en tierra de Corregio y en los lugares vecinos, donde, habiendo hablado con muchos descuidadamente y descubierto todas las particularidades de su designio, advertido de ello el marqués de Mantua envió á dar cuenta de este negocio con un hombre suyo al duque

de Ferrara, el cual estaba tan ajeno de esta sospecha que con dificultad le dió crédito.

Al fin, moviéndole más que otra cosa el cuidado del muro arruinado, comenzó á prevenirse de gente, y no mostrando sospechar del Papa (aunque tenía diferente dictamen) dándole á entender la traición que le tenía ordenada el obispo de Ventimiglia, le suplicó que ordenase á sus gobernadores vecinos que si tuviese necesidad de su ayuda se la diesen, lo cual hizo el Papa prontamente por Breves favorables, pero dando al mismo tiempo en secreto otra comisión.

La fama de que en Ferrara se comenzaban á hacer prevenciones, añadida á la dificultad de pasar el río le quitó al Obispo todas las esperanzas, por lo cual, acercándose con la gente á la Concordia, mientras que trataba con los que había dentro (los cuales estaban ya sospechosos de él) de que quería ofender á la Mirándola, presentándose una noche de repente ante las murallas de la Concordia, hizo dar el asalto por hacer creer á todos que había venido á estos lugares para ocupar aquella plaza y no para ir á Ferrara. Salió en vano este asalto, y después de él los infantes se deshicieron con su licencia, dejando opinión en muchos y en el mismo Alfonso que, si no les hubieran estorbado pasar el río, hubieran ganado á Ferrara por el muro roto, donde no había gente alguna ni sospecha. El Duque estaba enfermo gravemente y el pueblo tan mal satisfecho de él, que muy pocos, en tumulto tan de repente, hubieran tomado las armas y opuéstose al peligro.

Síguese el año de 1520, en el cual, continuando la paz en Italia por las mismas causas que el año antes, comenzaron á extenderse mucho algunas doctrinas nacidas de nuevo, primero contra la autoridad de la Iglesia romana y después contra la de la religión cristiana. Este veneno pestífero tuvo origen en Alemania, en la

provincia de Sajonia, por los sermones de Martín Lutero, fraile profeso de la orden de San Agustín, despertador, por la mayor parte en sus principios, de los errores que antiguamente tenían los bohemios, los cuales, reprobados por el Concilio universal de la Iglesia, que se celebró en Constanza, y quemados con su autoridad Juan Hus y Jerónimo de Praga, dos de las cabezas principales de esta herejía, habían estado mucho tiempo retirados en los confines de Bohemia. Para que de nuevo despertasen estas herejías en Alemania había dado ocasión la autoridad de la Sede Apostólica, usada muy licenciosamente por León, el cual, siguiendo en las gracias espirituales y beneficas que concedía la corte pontificia, el Consejo de Lorenzo de Pucci, cardenal de Santi Quatro, había esparcido por todo el mundo, sin distinción de tiempos ni de lugares, indulgencias amplísimas, no sólo para agrandar con ellas á los que están en vida, sino para poder librar las ánimas de los difuntos de las penas del purgatorio; las cuales, porque era notorio que solamente se concedían para sacar dinero de la gente, y porque las ejercitaban con imprudencia los comisarios señalados para esta cobranza, quienes en su mayor parte compraban de la corte pontificia la facultad para ejercitarlas, habían concitado en muchos lugares gran indignación y escándalo, especialmente en Alemania, donde se veía que muchos de los ministros vendían la facultad de sacar las ánimas del purgatorio á poco precio ó la jugaban en las tabernas.

Acrescentó esto ver que el Papa, que por la facilidad de su naturaleza ejercitaba en muchas cosas con poco decoro el oficio pontifical, dió á Magdalena su hermana los emolumentos y la cobranza de las indulgencias de muchas partes de Alemania, y habiendo ella hecho señalar por comisario al obispo de Aremboldo, ministro digno de esta comisión, pues la ejercitaba con grande

avaricia y extorsiones, y sabiéndose por toda Alemania que el dinero que se sacaba no iba al Papa ni á la Cámara Apostólica (donde fuera posible que alguna parte se gastase en buenos usos), sino que estaba señalado para satisfacer la avaricia de una mujer, había hecho detestable, no sólo la cobranza y los ministros de ella, pero también el nombre y la autoridad de quien, tan sin mirar en ello, las concedía. Tomando Lutero esta ocasión y comenzado á despreciar estas comisiones y á limitar en ellas la autoridad del Papa, y aumentándose gran número de oyentes en causa que era bien oída de los pueblos, comenzó cada día más descubiertamente á negar la autoridad del Papa. De estos principios, por ventura honestos, ó á lo menos, por la justa causa que se le daba, en alguna manera disculpables, llevado de la ambición del aplauso del pueblo y favor del duque de Sajonia, no sólo fué descomedido contra la potestad del Papa y autoridad de la Iglesia romana, sino que cayendo también en los yerros de los bohemios, comenzó en el progreso del tiempo á quitar las imágenes, á despojar los lugares eclesiásticos de sus bienes, á permitir á los monjes y á las monjas profesar el matrimonio, revalidando esta opinión, no sólo con la autoridad y los argumentos, sino también con su mismo ejemplo; á negar que el poder del Papa se extendía fuera de su obispado de Roma, sosteniendo que cualquiera otro obispo tenía en su diócesis la misma autoridad que tenía el Papa en la romana. Despreciaba todas las cosas determinadas en los Concilios; todo lo escrito por los que se llaman doctores de la Iglesia; todas las leyes canónicas y decretos pontificales, reduciéndose sólo al Testamento Viejo, al libro de los Evangelios, á los Hechos de los Apóstoles, todo lo que se comprende debajo del nombre de Testamento Nuevo, y á las epístolas de San Pablo; pero dando á todos estos libros y escritos nue-

vos y sospechosos sentidos é interpretaciones nunca oídas.

No se quedó en este término la locura de éste y de sus secuaces, pero seguida se puede decir de casi toda Alemania, pasando cada día á más detestables y perniciosos errores, penetró á herir en los Santos Sacramentos de la Iglesia, á despreciar los ayunos, las penitencias y las confesiones; corriendo después algunos de sus sectarios, que discrepaban ya en parte de su autoridad, á hacer pestíferas y diabólicas invenciones sobre la Eucaristía. Todas estas cosas, teniendo por fundamento la reprobación de la autoridad de los Concilios y de los sagrados doctores, han dado paso á toda nueva perversa invención é interpretación, y extendiéndose á muchos lugares también fuera de Alemania, por contener doctrina de tal calidad que, librando á los hombres de muchos preceptos hallados para el bien común por los Concilios universales de la Iglesia, por decretos de los Pontífices, por autoridad de los cánones y de las sanas interpretaciones de los doctores sagrados, los reducen á modo de vida casi libre y arbitraria.

Trabajaba el Papa por extinguir en su principio esta pestífera doctrina, no usando para ello remedios ni medicinas convenientes para sanar tan gran dolencia, porque citó á Roma á Martín Lutero, suspendióle del oficio de predicador, y después, por su inobediencia, le sometió á las censuras eclesiásticas. Pero no se abstuvo de muchas cosas de mal ejemplo y que, condenadas justamente por Lutero, eran molestas á todos, por lo cual el proceder contra Martín con las armas eclesiásticas no le disminuyó con los pueblos la reputación, sino antes se la aumentó, como si las persecuciones nacieran más de la inocencia de su vida y de la seguridad de su doctrina que de otra causa.

Envió el Papa muchos religiosos á predicar á Alema-

nia contra él; sembró muchos Breves á los príncipes y á los prelados; pero no ayudando ni este ni otros modos usados para reprimirle, por la inclinación de los prelados y por el favor que tenía en los lugares del duque de Sajonia, comenzaba á parecer en la corte de Roma esta matéria más grave cada día, y á acrecentar el temor de que se siguiese grandísimo detrimento á la grandeza de los Papas, á la utilidad de la corte de Roma y á la unidad de la religión cristiana.

Por esto se hacían aquel año en Roma muchos consistorios, muchas consultas de los cardenales y teólogos señalados para que en el aposento del Papa buscasen remedios para este mal que continuamente crecía; y aunque no faltaba quien trajese á la memoria que la persecución que se le había hecho hasta aquel día, pues no iba acompañada con corregir ellos mismos sus faltas, le había acrecentado la reputación y amor de los pueblos, y que menor mal hubiera sido disimular que se sentía esta locura (que por ventura por sí misma se disolvería), que, soplando en el fuego, encenderle y hacerle mayor, con todo eso, como es natural en los hombres proceder voluntariosamente en los remedios vivos, no sólo se acrecentaron las persecuciones contra él y contra los otros sectarios llamados vulgarmente luteranos, sino que determinaron también un Monitorio muy grave contra el duque de Sajonia, que, exasperado con él, se hizo autor más vehemente de su causa, la cual, en espacio de algunos años se fué multiplicando de manera, que ha corrido mucho riesgo de quedar inficionada toda la cristiandad de este contagio. Ninguna otra cosa ha estorbado tanto su aumento como el haberse conocido que los sectarios de esta doctrina no son menos molestos al poder de los príncipes temporales que á la autoridad de los Pontífices romanos. Esto ha hecho que muchos príncipes, por su propio interés,

han prohibido con vigilancia y severidad que en sus reinos entre este contagio, y por el contrario, ninguna cosa ha sostenido tanto la pertinacia de estos errores, los cuales alguna vez, por la mucha transgresión de las cabezas de estas herejías y por la variedad y contrariedad de las opiniones entre ellos mismos han estado cerca de confundirse y de perderse, como la licenciosa libertad que han tomado los pueblos en el modo de vivir, y la avaricia de los poderosos por no quedar despojados de los bienes que han ocupado de las iglesias.

No sucedió este año cosa digna de memoria, salvo que estando en Perusa Juan Pablo y Gentile, de la misma familia de los Baglione, ó porque naciese entre ellos diferencia, ó porque á Juan Pablo, no bastándole tener mayor parte y autoridad en el gobierno, quisiese tomárselo todo, echó á Gentile de Perusa, y causando esto grandísimo disgusto al Papa, le hizo citar para que personalmente pareciese en Roma, el cual, temiendo ir, envió á Malatesta, su hijo, á justificarle y á ofrecer que estaría pronto para obedecer todas sus órdenes; pero instando al fin el Papa por su venida, después que hubo estado muchos días perplejo, se resolvió á ir, confiándose parte en la antigua servidumbre que en todos tiempos había profesado con su casa, y parte persuadido por Camilo Orsino, su yerno, y por otros amigos suyos, que, usando de su autoridad, y valiéndose de medios poderosos con el Papa, ó alcanzaron palabra expresa de él, aunque no por escrito, ó á lo menos usó el Papa tales palabras con suma astucia y tales demostraciones, que aquellos que pensaban que podían entender su intención, le dieron ánimo á presentarse, dándole á entender que lo podía hacer con seguridad; pero en llegando á Roma, halló que el Papa (con pretexto de que se iba á recrear como otras veces lo hacía), había ido pocos días antes al castillo de Sant'Angelo, y yen-

do la mañana siguiente Juan Pablo para presentarse en su preseñia, fué preso por el castellano antes que llegara á verle, y examinado rigurosamente por jueces señalados para ello, confesó muchos delitos gravísimos, así por cosas tocantes á la conservación de la tiranía, como por placeres nefandos y otros intereses suyos particulares, por los cuales después que estuvo preso más de dos meses, fué decapitado por orden de la justicia; moviéndose el Papa á esto, según se creyó, por haber comprendido por muchas señales en la guerra de Urbino que Juan Pablo tenía el ánimo ajeno de su persona, que tenía pláticas con Francisco María y que no podía fiar en él en los accidentes que le sobreviniesen y consiguientemente en las cosas de Perugia mientras estuviera en aquel Estado. Para ponerlas en orden, habiendo huído los hijos de Juan Pablo al saber su detención, dió aquella legacía á Silvio, cardenal de Cortona, antiguo servidor y criado suyo, volvió á Gentile á Perugia, y le dió los bienes que había poseído Juan Pablo, y apoyándose en un sujeto muy débil, le volvió la reputación y grandeza.

Continuó asimismo este año el Papa (atribuyendo más al acaso ó á la poca prudencia que á otra cosa la ocasión que perdió el obispo de Ventimiglia), el intentar nuevas astucias contra el duque de Ferrara por medio de Uberto de Gambera, protonotario apostólico con Ridolfel, tudesco, capitán de algunos infantes tudescos que Alfonso tenía en su guarda, el cual le había prometido que le daría á su gusto la entrada de la puerta de Castillo Tialto, adonde, pudiendo llegar la gente que se enviase de Bolonia y de Módena sin tener necesidad de pasar el Pó, sino por el puente de madera que está delante de esta puerta, se dió orden á Guido Rangone y al gobernador de Módena para que, recogiendo toda la gente con otro pretexto, fuese luego á ocupar aquella

•

puerta y la defendiera mientras llegaba la ayuda de Módena y de Bolonia, en donde se había dado orden que se moviese la gente casi popularmente; pero señalado ya el día para acometerla, se descubrió que Ridolfel, á quien por orden del Papa dió Uberto de Gambera cerca de dos mil ducados, había comunicado desde el principio esta materia con Alfonso, el cual, después que hubo descubierto mucho de la intención del Papa y de sus designios, no queriendo que pasase más adelante el trato, tuvo modo para que se publicase el engaño de Ridolfel.

En este mismo año pasó el Emperador por la mar de España á Flandes, habiendo, cuando pasaba, tocado en Inglaterra, no por necesidad, como lo hizo su padre, sino voluntariamente para hablar con aquel Rey, con el cual quedó en buena paz. Yendo de Flandes á Alemania recibió por el mes de Octubre en Aquisgrán, ciudad noble por la residencia y por el sepulcro de Carlo Magno, con gran concurso, la primera corona, que es la misma (según se dice) con que fué Carlo Magno coronado, dándosela, conforme á la costumbre antigua, con la autoridad de los príncipes de Alemania.

Pero turbóse esta felicidad con los nuevos accidentes que sucedieron en España, porque á los pueblos de aquellos reinos había sido molesta su promoción al Imperio, por conocer que, con gran descomodidad y detrimento de todos, sería necesitado por varias causas á estar mucho tiempo fuera de España. Pero mucho más les había movido el gran odio que concibieron contra la avaricia de aquellos que gobernaban, mayormente contra Gebres, el cual, mostrándose insaciable, había juntado por todos caminos gran suma de dinero: lo mismo habían hecho los otros flamencos, vendiendo por precio á los forasteros los oficios que se solían dar á los naturales, y haciendo vendibles todas las gracias,

•

privilegios y despachos que se pedían en la Corte de manera que, irritados todos los pueblos contra el nombre de los flamencos, se habían alborotado á la partida del Emperador de Valladolid y, apenas hubo salido de España, cuando se levantaron todos, no contra el Rey, según decían, sino contra los malos gobernadores y comunicado entre sí los concejos, sin dar ya obediencia á los oficiales reales, habían hecho congregación de la mayor parte de los pueblos, los cuales, dando forma en el gobierno, se regían en nombre de la Santa Junta (así llamaban al Concejo universal de los pueblos). Habiéndose levantado en armas contra ellos los capitanes y ministros reales, reducidas las cosas á manifiesta guerra, se habían multiplicado tanto los desórdenes, que tenía el Emperador muy poca autoridad, por lo cual en Italia y fuera crecía la esperanza de aquellos que deseaban disminuir tanta grandeza.

Con todo eso, había conquistado su armada contra los moros la isla de los Gelves y en Alemania estaba reprimida en parte la reputación del rey de Francia, porque, ayudando él (por sustentar las discordias en aquella provincia) al duque de Vitemberg, que estaba discorde con la Liga de Suavia, resentidos de esto granmente los pueblos le echaron de su Estado, y habiéndolo conquistado, le vendieron al Emperador, que estaba deseoso de humillar á los secuaces del rey de Francia, obligándose á su defensa contra cualquiera que lo molestase; por lo cual, hallándose aquel Duque destruído debajo de las esperanzas de las ayudas francesas, se vió obligado recurrir á la clemencia del Emperador y á recibir de él las leyes que le dió; si bien no por esto le volvió la posesión de su Ducado.

Cerca del fin de este mismo año, tres mil infantes españoles que habían estado muchos meses en Sicilia, no queriendo volver á España, según la orden que te-

nían del Emperador, despreciando la autoridad de los capitanes, pasaron á Regio de Calabria, y haciendo en todas partes gravísimos daños, se dirigieron hacia el Estado de la Iglesia, poniendo en gran terror al Papa, en cuyo ánimo estaba fija la memoria de los accidentes de Urbino, y temiendo que ó sublevados por otros Príncipes ó acompañándose con el duque Francisco María, con los hijos de Juan Pablo Baglione y con los otros enemigos de la Iglesia, levantasen algún incendio; mayormente rehusando las ofertas que el virrey de Nápoles y él les habían hecho de tomar al sueldo una parte y dar dinero á los otros, Tomando mayor ánimo de estas ofertas se movían hacia el río Tronto, no por el país estrecho del Capitanato, sino por el camino ancho de la Pulla, y añadiéndose continuamente otros infantes y algunos caballos se hacían siempre más formidables. Con todo eso se deshizo este movimiento con más presteza y facilidad que se creía, porque pasando el Tronto para entrar en la Marca de Ancona adonde había enviado el Papa mucha gente y yendo á sitiar á Ripatransona, habiendo dado un gallardo asalto en que perdieron muchos de ellos, fueron obligados á retirarse, por lo cual, faltos de ánimo y reputación, aceptaron, con gran deseo de los ministros del Emperador, mucho menores condiciones que las que primero habían despreciado.

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

LIBRO X.

(Continuación.)

CAPÍTULO IV.

Los venecianos se apoderan de Brescia y de Bérgamo.—Son derrotadas en Magnanino.—Foix recobra á Brescia y la saquea.—Sus gloriosas acciones.—El emperador Maximiliano se queja del rey de Francia.—El cardenal de San Severino en el ejército francés.—Foix va con el ejército á Ravena y la asalta.—Ordenamiento del ejército francés para dar la batalla.—Arenga de Foix al ejército antes de la batalla.—Ordenamiento del ejército de la liga.—Batalla de Ravena.—Error y muerte de Foix.—El cardenal Médicis cae prisionero.—Bella retirada de los españoles.—Marco Antonio Colonna entrega el castillo de Ravena á los franceses. . . **Pág. 5.**

CAPÍTULO V.

Llega á Roma la noticia de la derrota de Ravena.—Los cardenales exhortan al Papa á la paz.—Los embajadores aragoneses y venecianos lo persuaden á continuar la guerra.—Diversas negociaciones para la paz.—Apertura del Concilio lateranense.—El cardenal de Médicis prisionero en Milán.—Los suizos en Italia á sueldo del Pontífice.—Los aliados atacan á Pavia.—Bologna vuelve al poder de los Papas. **Pág. 39.**

LIBRO XI.

CAPITULO I.

El marqués de Mantua intercede con el Papa en favor del duque de Ferrara.—Alfonso de Este está en Roma en peligro de ser arrestado por el Papa, y le salvan los Colonna.—Enrique VII de Inglaterra declara la guerra á Francia.—Julio II favorece á la familia de los Médicis.—La liga empieza á desunirse.—Dieta de Mantua.—Guerra contra los florentinos. Pág. 62.

CAPITULO II.

Demanda del Virrey á los florentinos para restablecer la casa de los Médicis.—Desacuerdo entre los ciudadanos.—Discurso del Alférez mayor Soderini.—Toma y saqueo de Prato.—Espanto general en Florencia.—El Alférez mayor es sacado por fuerza del palacio y se retira á Ragusi.—Los florentinos entran en la liga con el rey de Aragón.—Julián de Médicis entra en Florencia y oprime la libertad. Pág. 76.

CAPÍTULO III.

Parte el Virrey de Toscana.—El cardenal Gurgense va á Roma.—Confederación entre el Papa y el César.—Maximiliano Sforza es reconocido duque de Milán.—Guerra entre ingleses y franceses.—Retirada de los ingleses indignados contra el rey de Aragón.—Combate entre franceses y españoles. Pág. 93.

CAPÍTULO IV.

Condiciones de la liga entre el Emperador y Francia.—El Trivulcio en la Dieta de los suizos.—Muerte del papa Julio II.—Sus costumbres.—Parma y Plasencia vuelven al dominio del duque de Milán.—El cardenal de Médicis es elegido Papa y toma el nombre de León X.—Tregua entre el Rey Católico y el Rey de Francia.—Primeros hechos militares de Andrea Doria.—Pasaje de los franceses á la conquista del Milanésado.—El Albiano es puesto en libertad.—Ideas del papa León.—Bajan los suizos á defender el ducado de Milán.—Jerónimo Morone, embajador del duque Sforza, cerca del Papa. Pág. 108.

CAPÍTULO V.

El Albiano es nombrado general de los venecianos.—Conspiración descubierta en Verona para entregar la ciudad á los venecianos.—El Albiano en Cremona.—Génova vuelve á poder del rey de Francia.—Carta enviada por La Tremouille al rey de Francia.—Determinación de los suizos en Novara.—Arenga de Mottino, su capitán.—Asalto nocturno de los suizos.—Derrota de los franceses.—El Albiano es batido en Verona.—Bérgamo, Brescia y Pesquiera se rinden al César..... **Pág. 132.**

CAPÍTULO VI.

Los cardenales que por el concilio de Pisa fueron privados del capelo son restablecidos en su dignidad.—Subsidios que da el Papa al César.—Asedio de Pavia.—Padua librada del asalto.—Combates en el Véneto.—Derrota de los venecianos en Vicenza.—Compromiso pactado entre el Papa, el Emperador y los venecianos..... **Pág. 147.**

LIBRO XII.

CAPÍTULO I.

Guerra de Inglaterra contra Francia.—Los ingleses pasan el mar.—Sitian á Therouaune y á Tournay y las toman.—Invasión de los suizos en Borgoña.—La Tremouille se concierta con los suizos y salva á Francia.—Derrota de los escoceses.—Retirada del ejército inglés.—Los franceses renuncian al Concilio pisano..... **Pág. 170.**

CAPÍTULO II.

Programa de la tregua entre España y Francia.—El papa León sospecha de los príncipes.—Compromiso pactado ante la persona del Pontífice entre el Emperador y los venecianos.—La paz proclamada por el Papa no tiene efecto.—Incendio de Rialto en Venecia.—Combates en el Friul.—Paz entre Inglaterra y Francia, y sus condiciones.—León X exhorta al rey de Francia á la recuperación de Milán.. **Pág. 182.**

CAPÍTULO III.

Deseo de León X de apoderarse de Ferrara.—Compra Módena al César.—Combates en el Véneto.—Próspero Colonna en Bérgamo.—El Albiano toma á Rovigo.—Negociaciones de los príncipes con León X.—Ofrecimiento de los suizos al Papa.—Muerte de Luis XII, rey de Francia.—Le sucede Francisco I.—Paz entre Francia, Inglaterra y el Archiduque, publicada en París.—Liga entre los venecianos y el rey de Francia.—Confederación entre el César, el rey de Aragón y los suizos.—Pedro Navarro á sueldo del rey de Francia.—Muévase el rey de Francia hacia Italia..... **Pág. 202.**

CAPÍTULO IV.

Bajan los suizos á sus posiciones cerca de Susa.—El rey de Inglaterra disuade al de Francia de pasar á Italia.—Paso de la artillería de los franceses á través de los Alpes por sitio apartado de los suizos.—Bajada de los franceses á Italia.—Próspero Colonna cae prisionero.—Lorenzo de Médicis es nombrado general de los florentinos.—Julio de Médicis es nombrado cardenal.—Ríndese Pavia al rey de Francia.—Paz entre el rey Francisco y los suizos.—Condiciones y súbita ruptura de esta paz.—El rey Francisco con el ejército en Marignano.—El cardenal Sedunense con los suizos se aproxima á dicho punto..... **Pág. 223.**

CAPÍTULO V.

Los ejércitos español y eclesiástico pasan el Pó.—Arenga del Sedunense á los suizos para combatir á los franceses en Marignano.—Batalla de Marignano.—Bella resistencia de los franceses.—Derrota y valerosa y ordenada retirada de los suizos.—Milán se entrega al rey de Francia.—Maximiliano Sforza se retira al Castillo.—Confederación entre León X y el rey Francisco.—Pedro Navarro mina el castillo de Milán.—Ríndese el castillo á los franceses y Maximiliano pasa á Francia.—Embajadores venecianos cerca del rey Francisco.—Muerte del Albiano..... **Pág. 238.**

CAPÍTULO VI.

El Trivulcio nombrado general de los venecianos.—Combates en el Bresciano.—Entrevista y acuerdo del papa León y del rey Francisco en Bolonia.—Nueva liga entre Francia y los suizos.—Muerte del rey de Aragón y del Gran Capitán.— Próspero Colonna puesto en libertad.—Asedio de Brescia.—Progresos del César en Lombardia.—Lautrec en Italia.—Los gibelinos son expulsados de Lombardia.—El César se retira hacia Trento.—El rey de Francia sospecha del Papa.—El duque de Urbino, excomulgado y privado de su Estado por el Papa, huye á Mantua.—La fortaleza de San Leo es tomada por asalto.—Lorenzo de Médicis es nombrado duque de Urbino.—Muerte de Próspero Colonna.—Acuerdo entre Francia y España en Noyon.—Lautrec sitia inúltimente á Verona.—Paz entre el César, el rey de Francia y los venecianos, á quienes es restituida Verona..... **Pág. 256.**

LIBRO XIII.

CAPÍTULO I.

Preparativos de Francisco María, duque de Urbino, para recuperar su Estado.—Toma á sueldo á Maldonado y otros capitanes.—Gonzaga se une con él.—Trabajos de León X.—El duque de Urbino reconquista su Estado.—Quéjase el Papa de él á los Príncipes cristianos.—Socorren al Papa los reyes de España y Francia.—Cartel de desafío enviado por Francisco María á Lorenzo de Médicis..... **Pág. 292.**

CAPÍTULO II.

Combates en el ducado de Urbino.—Primeras armas de Juan de Médicis.—Lorenzo de Médicis pierde la ocasión de la victoria.—Es herido junto á Mondolfo.—Desorden en el ejército pontificio.—Maldonado, Suárez y otros capitanes traidores son condenados á muerte..... **Pág. 306.**

CAPÍTULO III.

Conjuración del cardenal Petrucci contra el Pontífice.—Prisión de varios cardenales.—Creación de treinta y un cardenales.—El duque de Urbino en la Marca. Es derrotado por el ejército pontificio.—Invade la Toscana.—Se pone de acuerdo con el Papa y vuelve á Mantua.... **Pág. 325.**

CAPÍTULO IV.

Digresión acerca de los principes otomanos y de sus sultanes de Egipto.—León X estimula á los principes cristianos á mover guerra á los turcos.—Muerte de Selim.—Le sucede Solimán.—Liga entre Francia é Inglaterra.—Muerte del Trivulcio.—Muerte del César Maximiliano.—Los reyes de Francia y España aspiran al Imperio.—Inclinación de los principes del Imperio hacia la casa de Austria.—Muere Lorenzo de Médicis.—San Leo es cedido á los florentinos.—Carlos, rey de España, es elegido Emperador.—Motivos de nueva guerra entre Carlos y el rey de Francia.... **Pág. 340.**

CAPÍTULO V.

Deseo del Pontífice de ocupar á Ferrara.—Descúbrese una conjuración contra Alfonso.—Principio de la herejía de Lutero.—Es excomulgado por el Papa.—Progresos de su doctrina.—Juan Pablo Baglione es decapitado en Roma.—Coronación de Carlos V.—Tumultos en España.—Motín de los españoles en Sicilia..... **Pág. 364.**

VIUDA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA.

ARENAL, 11, MADRID.

BIBLIOTECA CLÁSICA.

Esta colección, la más notable de su género publicada en España, consta hasta hoy de 135 tomos, entre los cuales se hallan las principales obras de Homero, Herodoto, Platón, Plutarco, Aristófanés, Esquilo, Xenofonte, Luciano, Demócrito, Bion, Mosco, Pindaro, Arriano, Anacreonte, Safo, Tirteo, Polibio, Marco Aurelio, Teofrasto, Epicteto, Cebes y Diógenes Laercio, entre los griegos; de los latinos Virgilio, Cicerón, Tácito, Salustio, César, Suetonio, Séneca, Ovidio, Quintiliano, Estacio, Lucano, Tito Livio, Quinto Curcio y Floro; de los españoles Cervantes, Calderón, Hurtado de Mendoza, Quevedo, Melo, Quintana, Duque de Rivas y Alcalá Galiano; entre los ingleses Shakespeare, Milton y Lord Macaulay; de los italianos Guicciardini y Manzoni; de los alemanes Schiller y Heine; del francés Lamartine; del portugués Camoens, y de otros muchos célebres clásicos.

Las traducciones, hechas todas directamente del idioma en que las obras originales fueron escritas, se deben á los catedráticos de Universidad ó Instituto Sres. Menéndez Pelayo, Brieva y Salvatierra, Vidal, Baraibar y Diaz Jiménez, y á escritores tan reputados como los señores D. Ignacio Montes de Oca, obispo de Linares, don Miguel Antonio Caro, D. Guillermo Macpherson, don Eduardo Mier, D. Mariano Juderías Béndez, D. Daniel López, D. Francisco Navarro y Calvo y D. José J. Herrero.

CONDICIONES EDITORIALES.

La BIBLIOTECA CLÁSICA se publica en tomos en 8.º, elegantemente impresos en papel satinado, de 400 á 500 páginas.

Las traducciones están hechas directamente del idioma en que fueron escritos los originales y por las personas más competentes.

Se publica un tomo cada mes.

Todos ellos se venden separadamente.

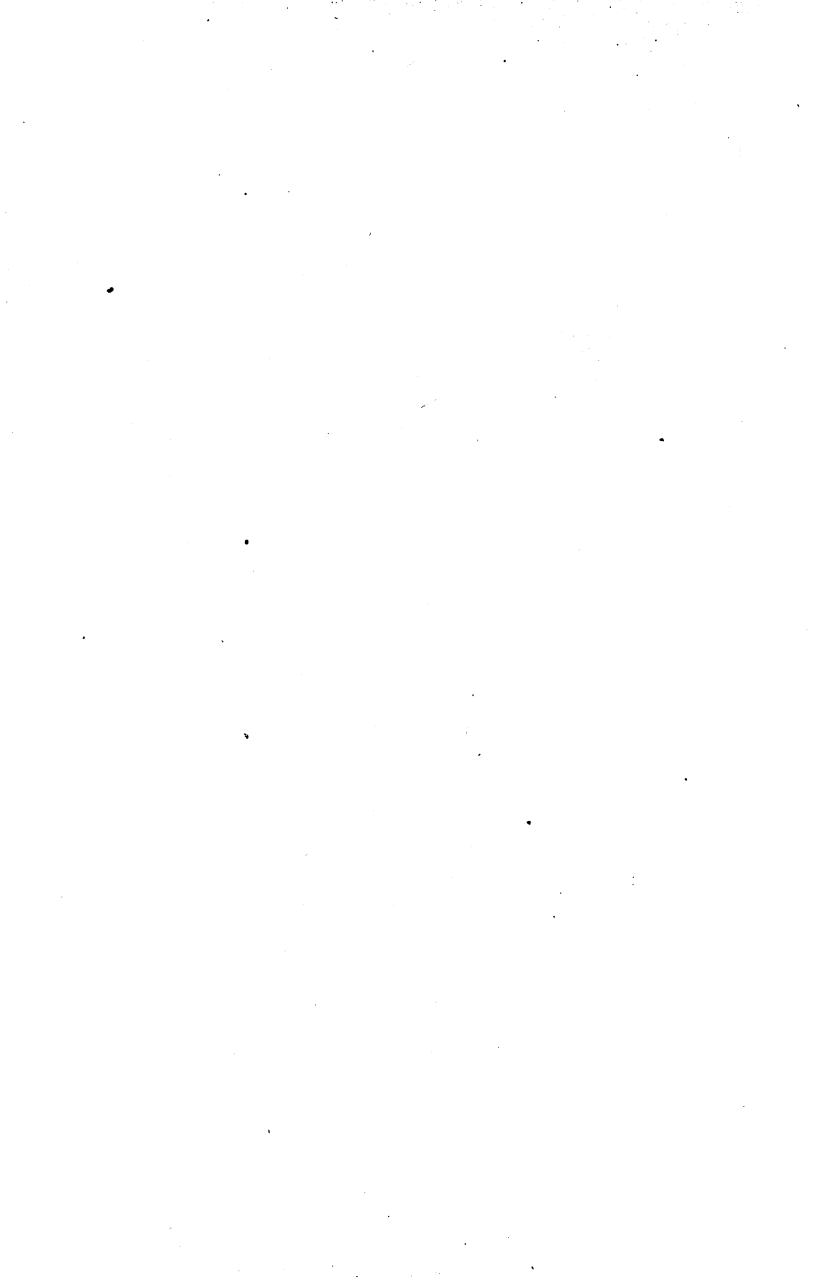
El precio de cada tomo en rústica es de *tres pesetas*, y encuadernado en tela, en pasta ó á la holandesa *cuatro pesetas*.

Haciendo el pedido directamente á la Viuda de Hernando y Compañía, calle del Arenal, núm. 11, Madrid, y remitiendo el importe al hacerlo, *dos pesetas y cincuenta céntimos* en rústica y *tres pesetas y cincuenta céntimos* encuadernado en tela, en pasta ó á la holandesa.

Puede hacerse la suscripción recibiendo el suscriptor mensualmente los tomos que desee.

El suscriptor no está obligado á adquirir más tomos de los publicados ó que en adelante se publiquen que los que sean de su agrado.

En la cubierta de cada tomo se anuncia el que le seguirá en publicación, para que el suscriptor que no quiera recibirlo avise oportunamente á la Administración. Los suscriptores de provincias recibirán los tomos por el correo y con las garantías necesarias para evitar extravíos.



UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
BERKELEY

Return to desk from which borrowed.

This book is DUE on the last date stamped below.

Dec 508G

Beizer

JAN 8 1951

INTERLIBRARY LOAN

SEP 6 - 1984

UNIV. OF CALIF., BERK.
Received in Interlibrary Loan

OCT 1 1984

Guicciardini, F 290769
Historia de Italia

DG539
G83
v.4

DG539

G83

290769

v.4 Guicciardini

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

